



La versión digitalizada de esta obra se publica con permiso de los herederos legales de su autor bajo licencia Comunes Creativos BY-NC-ND. Se permite descargar la obra y compartirla con otras personas, siempre que se reconozca su autoría (BY). No se puede utilizar comercialmente (NC) ni se puede cambiar de ninguna manera (ND).

AMBROSIO HUICI MIRANDA

HISTORIA MUSULMANA DE VALENCIA Y SU REGION

NOVEDADES Y RECTIFICACIONES

II

Ayuntamiento de Valencia

1970

Depósito Legal: V-4318-1969

Impreso por ANUBAR

Darío de Valcárcel, 7

VALENCIA - 11.

I LAS EMPRESAS DEL CID EN LEVANTE

1. EL CID EN ZARAGOZA Y LEVANTE

Inactividad del Cid

Es bien extraña la actitud del Cid Campeador durante los dos años que siguieron a la derrota de Múndir y de Sancho Ramírez, en agosto del 1084. Fue recibido apoteósicamente en Zaragoza¹, donde sigue inactivo, ya que nada sabemos de él, mientras se rinde Toledo y es sitiada Zaragoza. No sólo se abstiene de defender a al-Musta'in, o de ponerse al lado de Alfonso, sino que ni siquiera se tienen indicios de dónde pudiera estar, mientras duró ese asedio. Tampoco lo encontramos en Zallaqa al lado de su sobrino

1 LÉVI-PROVENÇAL sugiere (*Islam d'Occident*, p. 172) que el Cid, al triunfar en Almenar sobre Múndir y Sancho Ramírez, comenzó a ser llamado *sidi*, forma hispánica del árabe (*sayidi*), que significa mi dueño, y que ha pasado al español bajo la forma de Mío Cid; pero ya mucho antes, al ser enviado por Alfonso VI, como su embajador a Sevilla en el año 1079 y vencer al rey de Granada y a los nobles castellanos "dallí adelante llamaron moros et cristianos a este Ruy Diaz de Vivar, el Cid Campeador", según hemos resaltado anteriormente (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 522b).

Alvar Fáñez, bien, porque no lo llamase Alfonso o porque siguiese inactivo. Sólo a los tres meses de conocerse la importancia y las consecuencias de la derrota, vemos que se presenta en Toledo, espontáneamente o llamado por Alfonso, y ofrece sus servicios, que son aceptados.

Al-Musta^Cin va a Valencia

No estuvo el Cid ocioso año y medio en la corte de Alfonso VI, desde¹ principios del 1087 hasta mediados del 1088, como quiere Menéndez Pidal, forzado por la convicción de que el sitio de Aledo tuvo lugar el año 1089, y no el 1088, como creo haber demostrado².

El Cid, enterado de lo que ocurría en Valencia y de la petición urgente de auxilio dirigida por al-Qādir a Alfonso VI y a al-Musta^Cin de Zaragoza, se encamina, en los primeros meses del 1087 de acuerdo con su rey, a Zaragoza, donde fue muy bien recibido y aprovisionado, encontrando la máxima cooperación para ir a descercar a Valencia. Al-Musta^Cin, que había sido yerno del último rey valenciano de la dinastía de Almanzor, Abū Bakr b. ^CAbd al-^CAzīz, por creerse con más derecho que nadie a enseñorearse de Valencia, "puso tan grand codicia de ir a ella, que non cató qué compaña levava, si poca, si mucha, nin cató si eran los suyos más que los del Cid"³. Tenía partidarios en Valencia, que recordaban cómo su abuelo, al-Muqta^Cdir, había comprado a Alfonso VI por una elevada suma el derecho a ocu-

1 Como asegura MENÉNDEZ PIDAL en *La España del Cid*, t. I, p. 349.

2 Cfr. mi libro sobre *Las grandes batallas de la Reconquista*, al tratar de la campaña de Aledo.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 560.

para. El Cid se dejó aprovisionar por él y le hizo confiar que pondría a Valencia en sus manos¹.

La *Primera Crónica General*² señala bien el año 1087 para el cerco de Valencia por Múndir y el comienzo de la campaña del Cid y de al-Musta^Cin para liberar a Valencia de su asedio, pero no distingue las dos campañas del 1087 y 1088; y, en la segunda, hace salir al Cid por la frontera de Aragón y llegar a Calamocha, donde le hace pasar la cuaresma con 7.000 hombres de armas; salida que sólo tuvo lugar el año siguiente [1088], durante el segundo asedio, que le puso el conde de Barcelona, Ramón Berenguer II. Error en que coincide con la *Historia Roderici*³, a la que, quizá, copia, al aplicar a esta expedición del año 1088 el itinerario y las etapas de la campaña que siguió al destierro en 1081, y le atribuye los siete mil hombres bien armados, que nunca tuvo. Hace, además, que las quince semanas que la *Primera Crónica General* había señalado, como hemos visto⁴, para la estancia en Alcocer, y luego de otras tantas en el Poyo ante Monreal, las apliquen ambas fuentes a la del año 1088, ya que si el Cid tenía vagar en 1081 para esas largas estancias, no le era posible hacerlas en esta campaña por la prisa que tenía para acudir a descercar a Valencia, sitiada por Berenguer. También es curioso que al Poyo del Cid, el año 1081, se le llame de Monreal; y en la del 1088, de Calamocha, sin que tampoco podamos aceptar para la campaña del 1088 la estancia en el Poyo, durante la cuaresma de ese año, y el celebrar en él la Pascua de Pentecostés, fecha que sólo se pueden aplicar a la campaña del año 1081. Menéndez Pidal

1 La idea de al-Musta^Cin era que el Cid se contentaría con el botín tan cuantioso que se iba a ganar; y que le dejaría a él, como parecía lógico, el dominio de la ciudad, que ya se había sometido a su padre.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 559 b.

3 Cfr. edición MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 931.

4 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 562 a y nuestro t. I, p. 210.

acepta esta tergiversación y duplicidad, e insiste en perturbar la cronología de estos años.

El levantamiento del asedio

Cuando Mundir supo que se acercaban los dos, y se enteró de las fuerzas que traían, levantó el cerco; y siguiendo la típica diplomacia de todos los protagonistas de esta tragi-comedia, que trataban de engañarse y sobornar unos a otros, comunicó a al-Qādir no sólo que levantaba el cerco, sino que también quería ser su amigo; y, en prueba de ello, le ofrecía todos los víveres y aprestos de su campamento, mas los hombres y el dinero que necesitase para rechazar al rey de Zaragoza¹. Al-Qādir aparentó creerlo, y aceptó sus ofrecimientos, pero enseguida envió sus mensajeros en secreto al Cid con grandes presentes para confirmarle que había pedido socorro a Alfonso VI².

Al-Musta^Cin, por su parte, fingió que iba a descercar a al-Qādir; y éste a su vez simuló agradecerles el favor que le hacían, al venir en su socorro. Los hospedó en la famosa al-munia de ^CAbd al-^CAziz, y hasta los invitó a entrar en el Alcázar, pero no dio el menor indicio de pensar en entregar la ciudad al zaragozano; antes al contrario "puso su amor con el Cid, e enviarale sus donas et grand aver alla a la carrera por o venie, et esto era en poridad, que lo non sabie el rey de Zaragoza"³.

Al-Musta^Cin se impacientó y pidió al Cid cumplir lo prometido, pero éste le contestó que él era un simple vasallo de su rey, que Valencia era de al-Qādir y que, habiéndosela entregado Alfonso, sólo él podía anular esta concesión. Ofendido por este engaño de

su aliado, al-Musta^Cin se retiró lleno de rencor para pensar en la manera de vengarse; y el Cid¹ aconsejó a al-Qādir mantenerse firme en la capital como vasallo fiel del Emperador de las dos religiones.

Suavizó la amargura de al-Musta^Cin, al asegurarle que, si ahora no lo había puesto en posesión de Valencia por respeto a Alfonso VI, le ayudaría a ganarla, en cuanto lograrse la aquiescencia de su rey. Envió también sus mandaderos a Mundir al-Ḥāṣib, señor de Tortosa y de Denia,² et esforçol, quel ayudaríe et que quería aver su amor con él³. Por añadidura confirmó al rey Alfonso que era su vasallo, y que, cuanto hacía y ganaba, era para él; que mantenía sus soldados por su propia cuenta, sin coste alguno para el rey; y que, siempre que los necesitase, los tendría a su disposición. Así no tenía el Cid nada que aprender de los taimados e intrigantes reyes de taifas con los que hacía tantos años convivía.

La intervención del Cid

Al llegar la primavera del 1088, mientras Alfonso emprende una operación de castigo por la zona de Ubeda y Baeza, el Cid, decidido ya a intervenir directamente en Levante, sin la mediación del rey de Zaragoza, reúne una hueste, que el *Cantar* eleva exageradamente a siete mil hombres de armas, cruza el Duero por Navapalos, junto a San Esteban de Gormaz, y acampa en Calamocha durante tres meses. Mientras él acomete la tierra entre Daroca y Monreal y se compromete a dejar en paz al rey de Albarracín, mediante el pago de diez mil dinares anuales.

El Cid, entonces, se llegó a Valencia, y al-Qādir pactó con él pagarle mil dinares semanales, que la *Primera Crónica General* reduce a mil mensuales,

1 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 560.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 561 a.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 562 a.

1 Ningún rey de taifas se atrevió nunca a enfrentarse en batalla con el Cid; todos recurrían a los mercenarios cristianos, y luego, a los almorávides.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 562 a.

con tal que el Cid apremiase a los alcaides de sus castillos a entregar sus rentas. Seguro ya de la sumisión de al-Qādir, se estableció el Campeador en el arrabal de Alcudia; y se comprometió a llevar a él todas las presas que hiciese en sus algaradas, y a tener allí sus alfolís o depósitos de trigo y demás provisiones. Sagunto, se avino también a pagar parias por ocho mil dinares anuales; y tras una razzia despiadada, el reyezuelo de Alpuente se sometió y aceptó pagar el tributo de diez mil dinares¹. Así quedaba el Cid como señor indiscutible de la región valenciana, Albarracín y Alpuente; y nadie se le opuso hasta que, estando en Requena, fue llamado por Alfonso VI.

Reconciliación del Cid y Alfonso VI

Por entonces, o sea en el invierno del 1087-8, después de obligar a Mundir al-Ḥāyib a levantar el cerco de Valencia, regresó el Cid a Toledo; y Alfonso, en recompensa a su actuación, le dio la tenencia de los castillos de Dueñas, San Esteban de Gormaz, Ordejón, Ibias, Campo, Eguña, Briviesca y Langa, con sus alfores². La *Historia Roderici* coloca acertadamente esta donación en el año 1087, mientras que la *Primera Crónica General* la da como recompensa por haber derrotado el año 1084 al rey de Aragón y a Mundir al-Ḥāyib, episodio que no tenía relación con Alfonso, y a consecuencia del cual, no fue el Cid inmediatamente a Toledo, ya que aún siguió a las órdenes del rey de Zaragoza hasta fines del 1086.

La *Historia Roderici*³ expone a continuación las capitulaciones que Alfonso VI pactó con el Cid, sin

1 Cifras que da la *Primera Crónica General* (p. 565), y cuya exactitud y valoración no podemos comprobar.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 535 b.

3 Cfr. edic. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, II, p. 931. Sin señalar fecha.

señalar su fecha, y que Menéndez Pidal fija en el año 1089¹, dado su empeño en retrasar un año el segundo asedio de Valencia por el conde de Barcelona y la campaña de Aledo. No sabemos si estas dos donaciones fueron anteriores a las dos campañas para contribuir y dar más fuerza a las dos empresas, o quizá posteriores, como premios a los éxitos logrados. En todo caso, la generosidad y amplitud con que el rey firma estas capitulaciones quedan ese mismo año anuladas para dar lugar a la exagerada indignación con que Alfonso VI, según la *Historia Roderici*, manda desposeer al Cid de todos los castillos, villas y honores, que acababa de concederle; hace ocupar sus propiedades personales; y, lo que es peor, encadenar y encarcelar cruelmente a su mujer y a sus hijos e incautarse del oro, la plata y todo lo que de sus bienes se pudo encontrar. Todas estas afirmaciones son falsas: en primer lugar, por el mero hecho de haber sido desterrado, el Cid quedó desposeído de todos sus bienes. En segundo lugar, su mujer y sus hijos -sic- no fueron entonces encarcelados y desposeídos de bienes que no tenían, ya que solamente estaban reclusas y mantenidas la mujer y las dos hijas, en el monasterio de Cardena, cuya pensión no pudo pagar el Cid hasta ser dueño de Valencia.

También es falso que inmediatamente, al recibir el rey la oferta del Cid para justificarse personalmente, por sí o por un caballero suyo, en duelo judicial, ponga en libertad a sus familiares y les permita ir a reunirse con él en Elche. Nueva fantasía de este autor, ya que consta por el *Cantar* y por las tres Crónicas generales, que desde que el Cid las dejó en Cardena, al ser desterrado, siguieron en el monasterio "do elle las dexó"². No vé tampoco este autor la imposibilidad de que doña Jimena con dos niñas pequeñas se incorporase a la mesnada de su marido, que no tenía residencia fija, y que:

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, p. 355.

2 Cfr. *Cantar*, verso 1.353.

En tierra de moros, prendiendo e ganando
durmiendo los días e las noches trasnochando
en ganar aquellas villas, mío Cid duró tres años¹.

Liria y el Puig

Al-Musta^Cin, indignado por el engañoso ardid con que le hizo el Cid contribuir a descercar a Valencia sin permitirle apoderarse de ella, "aviasse quito ya de compaña del Cid, cal semeiava quel non ayudaría"². El conde de Barcelona, al saberlo, se presentó con gran hueste en su corte; y al-Musta^Cin lo indujo a sitiar a Valencia con la esperanza de que se la concedería mejor que el Cid; y para colaborar con él, levantó dos bastidas: la una, en Liria; y la otra, en el Puig; y aún pensó en formar otra por la parte de la Albufera³ para que "non pudiese ninguno entrar a Valencia, nin salir". El conde, al atacar diariamente las fuertes murallas de Valencia, reparó y abasteció el castillo de Yubayla [el Puig]⁴ para acogerse a él, si fuese necesario; y al-Qādir, según lo convenido con el Cid el año anterior, se mantenía cercado en espera de su socorro. Los catalanes se habían establecido en Cuart; y el Cid, que estaba en Burgos y que había recibido en ese invierno del 1087-8 la investidura

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.167 a 1.169.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 561.

3 En el lugar hoy llamado El Castellar.

4 Su nombre árabe era Anisa, tomado quizá de un topónimo ibérico, al que los musulmanes valencianos aplicaron el apelativo de Yubayla, diminutivo de Yabal (montaña), como se ve en Yabal Tāriq (montaña de Tāriq). Al pasar al romance degeneró en Juballa, y después, en Cebolla, por asimilación. Su equivalente latino fue Podium, que dio Podio o Pueyo, en castellano, y Puig, en valenciano, que también se conoce en diminutivo, como *las montañetas* del Puig. Sobre este topónimo véase SEYBOLD, en "Homenaje a Codera", p. 416-21.

y el señorío de cuanto conquistase en Levante¹, reunió su mesnada y se encaminó con gran premura a impedir que el Conde se apoderase de Valencia; fue directamente a acampar en Torres-Torres, cerca ya de Sagunto, mientras el Conde mantenía su asedio desde Cuart de Poblet, e inmediatamente le envió sus mandaderos para exigirle que se retirase.

No le atendió, y se dispuso a lidiar con él, pero al Cid, en atención a que el conde era primo de Alfonso VI, no aceptó el combate²; y al cabo de unos días de negociaciones, los orgullosos catalanes³ se avinieron a retirarse por el camino de Requena, sin pasar por Zaragoza.

Problemas de cronología

Esta exposición tan sencilla de los hechos ha sido mal interpretada por *Historia Roderici*⁴, y con ella, por *La España del Cid*, al confundir y tergiversar con este relato los pormenores de la primera campaña del Cid en el destierro, el año 1081, que habían sido descartados por legendarios para insertarlos en los sucesos del año 1088, que por añadidura se retrasan sin razón alguna hasta el 1089.

La salida del Cid y su coincidencia con una expedición de Alfonso por tierras de Sevilla y Baeza, que tuvo lugar en 1080-81, la marcha del desterrado por las cercanías de Gormaz, el paso del Duero por Navapalos, el campamento establecido en el Poyo del

1 Véase MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, p. 365, pero con la fecha retrasada indebidamente hasta el año 1089 (Cfr. *Historia Roderici*, pág. 933).

2 Sólo en este caso parece que el Cid atendió al lejano parentesco de Alfonso VI con el Conde, ya que no lo tuvo en cuenta al vencerlo y hacerlo prisionero en Almenar, ni en Tébar.

3 Epíteto que les aplica la *Primera Crónica General*.

4 Cfr. edición por MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, p. 932.

Cid entre Calamocha y Monreal no son más que una mera trasposición a esta campaña de lo relatado por el *Cantar* y las tres Crónicas que le siguen, dejadas de lado sin razón, y cuya veracidad y exactitud creo haber demostrado ya al tratar de la primera campaña del Cid en el destierro¹.

La cronología de Zallaqa [23 de octubre del año 1086], la tercera venida a al-Andalus de Yūsuf b. Tašfin [junio del 1090], y el destronamiento del rey °Abd Allāh de Granada el 13 de raḡab del 483 [10 de septiembre del 1090] están claramente fijados, y no ofrecen lugar a dudas. No así los sucesos intermedios ocurridos entre ambos acontecimientos en Levante, sobre todo el sitio de Aledo² y la actuación del Cid en Valencia, cuyo estudio ha llevado a los investigadores a fijarlo, bien en el año 1088, o en el 1089, y hasta en el 1090.

Dozy³, que fue el primero en tratar de darnos una fecha para el episodio de Aledo, lo coloca desafortunadamente en 1090; y para ello, por falta de fuentes, reduce a una la segunda y la tercera travesía de Yūsuf que las *Memorias* de °Abd Allāh han acabado de distinguir con toda certeza. Menéndez Pidal, basándose solamente en la documentación latina, pone la campaña en 1089⁴ y como consecuencia de ello hace que el Cid esté inactivo año y medio en la Corte castellana, desde su reconciliación con Alfonso en el invierno del 1086-87 hasta mediados del 1088, en que

1 Ver nuestro t. I, p. 201 a 218.

2 Sobre los episodios del asedio, que duró cuatro meses, el hervidero de rivalidades e intrigas en el campamento musulmán, la descripción del castillo, el número de los combatientes y la retirada de Yūsuf, véase el capítulo sobre el *Sitio de Aledo* (p. 85 a 99), en mi libro *Las grandes batallas de la Reconquista*.

3 En su *Histoire des musulmans d'Espagne*, segunda edición, corregida y anotada por LÉVI-PROVENÇAL, t. III, p. 180.

4 Publicadas por LÉVI-PROVENÇAL, en "Al-Andalus", t. III y IV.

5 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 357.

le hace salir para Zaragoza. Una vez en ella, publica pregones, convoca huestes para entrar en tierra de moros y va a Valencia con el rey de Zaragoza, Mustacín para hacer levantar su cerco al rey de Lérida, Tortosa y Denia, Mundir, e impedir que el mismo Mustacín se apodere de ella. Con manifiesta incompatibilidad se hace que en la primavera del 1089 el conde Berenguer de Barcelona se entienda con Mustacín, quien, reñido con el Cid por el engaño de Valencia, logra que su nuevo aliado la vuelva a sitiar, como hemos visto, acampando en Cuart de Poblet, y que el Cid baje hasta Torres-Torres para obligarle a retirarse. Estas dos campañas se llevaron a cabo: en 1087, la primera; y en 1088, la segunda, sin tanto apremio de tiempo, apremio que agobia también a Yūsuf, si, al terminar la campaña de Aledo, en octubre, y volver a Marruecos en el invierno, no se le deja tiempo más que hasta la primavera del 1090 para licenciar a sus tropas, descansar y volver a movilizarlas con objeto de emprender su tercera travesía para apoderarse de Granada y destronar a su rey °Abd Allāh.

Para ordenar de este modo tan forzado los sucesos, se apoya Menéndez Pidal en la *Historia Roderici* y en el "diploma de San Millán"¹, que señalan el año 1089 para este doble asedio de Valencia y Aledo, así como para la expedición de Alfonso por Andalucía y la sumisión de Levante al Cid. Rechaza por no ser coetáneos los seis testimonios de cinco autores musulmanes² y de dos cristianos³, que explican y confirman cumplidamente todos los sucesos que precedieron y dieron lugar a la tercera venida de

1 Véanse sus citas en *La España del Cid*, II, p. 751, cap. XIX, disq. 37.

2 Su bibliografía en la p. 87 de mis *Las Grandes Batallas de la Reconquista*. Los testimonios musulmanes ahora son seis, gracias a la nueva edición de la parte tercera del *A'māl al-A'lām* de IBN AL-JAṬĪB, publicada por el doctor AHMAD AL-MUJTĀR AL-°ABADĪ, año 1064.

3 Cfr. mis *Las Grandes Batallas de la Reconquista*, p. 92.

Yūsuf a al-Andalus, según los expone minuciosamente ^cAbd Allāh, su único testigo-actor, y lo confirma con fechas concretas *al-Bayān al-Mugrib* ¹.

El asedio de Aledo

No parece que haya error ni cambio de itinerario en la marcha de Alfonso hacia Aledo. Su camino natural y directo, desde Toledo, era por Chinchilla y Hellín; y parece inexacto el afirmar que el rey mandó al Cid que aguardase a que él llegase, desviándose de su ruta con pérdida de tiempo para el socorro de Aledo. Lo más razonable puede ser que le mandó esperarle en Villena hasta que él avisase, y que el Cid no se movió de Onteniente para reunirse con él. Es también extraño que la estancia de Alfonso fuese tan corta en Aledo y no diese tiempo a su ejército para acampar con un merecido descanso, ni al rey para hacer las reparaciones y el aprovisionamiento de Aledo que había sido atacado seriamente durante cuatro meses. La vuelta de Alfonso debió ser lenta, y por el mismo camino que a la ida, pues el 25 de noviembre había llegado por Hellín a Chinchilla, camino de Toledo. De todos modos parece muy inverosímil el cambio de ruta de que habla la *Historia Roderici* ², ya que Chinchilla y Hellín eran etapas obligadas en la ruta Toledo-Aledo y el rey no ordenó al Cid que le esperase en Villena, etapa correcta para el Cid, que estaba en Onteniente; y no para Alfonso, que bajaba desde Toledo hacia Murcia y tenía prisa en llegar y romper el cerco de Aledo. Es más, si fuese cierto que el Cid había enviado atalayas y

¹ En apéndice a las *Memorias*, de ^cABD ALLĀH, publicado en "Al-Andalus", t. IV, p. 124 y siguientes.

² Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, II, p. 934. Según esta fuente, el rey le había mandado que le esperase en Villena, por donde él iba a pasar, y que no era su camino.

Aledo y sus cercanías, según el mapa 1/50.000

exploradores hasta Chinchilla, hubiera sido imposible que un ejército tan numeroso, como el que hacía falta para enfrentarse con el vencedor de Zallaca y que Ibn al-Abbār eleva a 18.000 hombres¹, pasase por Chinchilla o por sus inmediaciones, pues entonces no existía la ciudad de Albacete, para seguir hasta Hellín, sin que ni el Cid ni sus atalayas se aperciesen de ello.

Parece por lo tanto que el Campeador, si avanzó hasta Villena, no siguió hasta Chinchilla ni bajó hasta Molina por Hellín, como quiere la *Historia Roderici*, y dejó que Alfonso llegase solo a Aledo y se retirase.

Lévi-Provençal, que tantas aportaciones y tanta luz dio a la historia del Cid al descubrir, publicar y traducir nuevas fuentes musulmanas, no cree exacta la imagen que de este episodio nos ofrecen la *Historia Roderici* y su comentador Menéndez Pidal. El Cid, dice², desoyó la llamada de Alfonso, o, por lo menos, puso poco empeño en corresponder a ella; lo cual dio lugar a un nuevo disgusto, provocado esta vez deliberadamente por el Cid, quien a partir de entonces, comienza a dar pruebas, por cuenta propia, de una actividad desbordante, actividad que luego, como veremos, la hizo más evidente y enojosa, al creerse superior y colocarse en posición protectora, ante el ejército de Alfonso VI, al llegar a Granada.

Al-ʿUḡrī en su libro histórico-geográfico, publicado recientemente por el Prof. ʿAbd al-ʿAzīz al-Ahwānī³, da así el itinerario de Murcia a Toledo: de Murcia a Molina, ocho millas: de ésta a Cieza, vein-

1 Citado por DOZY, en *Loci de Abbadidis*, t. II, p. 121.

2 Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Islam d'Occident. Le Cid dans l'Histoire*, p. 175.

3 Cfr. AL-ʿUḡRĪ, texto árabe, p. 3.

ticinco millas; de ésta a Iyih, treinta millas; de esta, que fue arrasada en tiempos de ʿAbd al-Raḥmān II, el omeya, y a la que sustituyó Hellín, hasta Tobarra diez millas; y desde ella hasta Chinchilla, treinta millas. No cita para nada Albacete, que no era todavía una ciudad, sino un llano [Basīt].

Rectificaciones cronológicas

Las *Memorias* de ʿAbd Allāh, el rey zirí de Granada, que en parte todavía no habían sido publicadas, y las aclaraciones cronológicas de los fragmentos del *Bayān* de Ibn ʿIdārī, que tampoco habían sido traducidos, impidieron a Menéndez Pidal conocer varios datos concretos, que permiten fijar debidamente las fechas de estos sucesos; ʿAbd Allāh, testigo de mayor excepción, actor y a veces protagonista de los acontecimientos que narra, prescinde de fijar la cronología, pero sigue fielmente el curso de los hechos en su sucesivo desarrollo¹.

Alvar Fáñez, en las negociaciones que se celebran en el invierno del 1088-89, pide tres anualidades de las parias; la del 1086 no pagada a raíz de Zallaca, y las del 1087 y 88. Yūsuf pasa a al-Andalus por tercera vez en junio del 1090. Si se acepta la fecha del 1089 para levantar el asedio de Aledo, y Yūsuf se retira en noviembre, llega ya tarde a Marrākuš y licencia sus tropas que ha de volver a reclutar, pues no había entonces ejércitos permanentes; y tiene que organizarlos de nuevo y emprender la marcha para detenerse mucho en Ceuta y estar en Algeciras ya en junio. Parece difícil, aunque no imposible, que Yūsuf lo realizase, después del fracaso de Aledo, ya que necesitó dos inviernos para volver a al-Andalus, tras el triunfo de Zallaca.

1 Véase "Al-Andalus", t. III y IV, tantas veces citados, y los dos nuevos fragmentos publicados en el vol. VI de la misma revista, p. 1 a 60.

Pero prescindiendo de estas razones, la misma exposición de ^CAbd Allāh con todos los pormenores de su actuación el año siguiente, corroborada por las fechas del *Bayān*, nos demuestra que es imposible reducir a unos pocos meses del invierno 1089-90 todas sus negociaciones y preparativos. Después de retirarse Yūsuf, se encarga Alvar Fáñez de volver a imponer las parias al rey granadino y de castigar su intervención en Aledo y su alianza con los almorávides. Amenaza con ocupar Guadix, si no se le paga una indemnización aceptable, y ^CAbd Allāh entabla negociaciones con él. Va a verlo y le expone la imposibilidad de pagar, dados los gastos que ha hecho en la campaña de Aledo. Alvar Fáñez informa a Alfonso y le aconseja que envíe un emisario para exigir el pago de las parias, y que prepare sus tropas para invadir el territorio granadino, si el embajador regresaba con las manos vacías ¹.

En sus forcejeos, ^CAbd Allāh acaba por aceptar el pago de las tres anualidades vencidas (1086-87 y 88) a razón de diez mil mizcales [monedas de oro] por año, y entrega los 30.000 mizcales, sacados de su fortuna particular. Gestiona la conclusión de un nuevo tratado para asegurarse contra el peligro de la invasión castellana y llega a un completo acuerdo con Alfonso, que se ofrece a ayudarle lo mismo contra al-Mu^Ctamid que contra Yūsuf b. Tašfīn.

Después de firmado el pacto, ^CAbd Allāh da cuenta de él a al-Mu^Ctamid, y más cautelosamente a Yūsuf; justificándose por el paso dado. Yūsuf le contesta, rechazando sus razones, que califica de mentiras, y le amenaza con ir pronto a comprobarlo todo. ^CAbd Allāh vuelve a escribirle, pidiéndole que no de crédito a las acusaciones de los alfaquíes, sus enemigos; pero esta carta y varias más, que a continuación le envía, no reciben respuesta.

1 Cfr. ^CABD ALLĀH, *Memorias*, en "Al-Andalus", III, p. 104; IV, p. 11.

Las negociaciones con el rey de Sevilla

Entretanto las tropas castellanas atacan el territorio de Sevilla, para obligar a al-Mu^Ctamid a imitar la conducta de ^CAbd Allāh y volver al régimen de las parias; al-Mu^Ctamid se enoja con ^CAbd Allāh por creer que Alfonso obra de acuerdo con él. ^CAbd Allāh ya no ve más salida a su situación que declararse en abierta rebeldía contra Yūsuf, y es el primer rey de taifas en prepararse para resistir por la fuerza al inminente destronamiento. Fortifica y aprovisiona su capital y sus castillos con armas, arqueros y peones, así como con víveres para más de un año; repara torres y murallas, levanta "daydabanés" ¹ y se esfuerza en crear una gran reserva de flechas; traslada sus riquezas y su mobiliario al castillo de Almuñécar, arrasa los castillos de los que sospecha que se puedan alzar contra él, y envía una gran suma de dinero y regalos a Alfonso, implorando su auxilio, y colocándose bajo su autoridad; Alfonso se compromete a defenderlo con todas sus fuerzas.

Todas estas negociaciones y trabajos se desarrollan, entrada ya la primavera del 482 [1089]; y, después de referirlos con gran minuciosidad e incluso después de iniciada la correspondencia tan agria que por ese motivo sostuvo con Yūsuf, pasa ^CAbd Allāh a exponernos la sublevación de Lucena. Una vez sofocada esta, mientras se trataba de poner en estado de guerra a Granada y sus plazas fuertes, surgen las sublevaciones de Muqātil y la de Loja, donde se proclama la soberanía almorávid, hechos que ocuparon gran parte del verano del 1089. Con esto cesan ya las empresas bélicas del estío; y entrado el otoño o quizá el invierno, ^CAbd Allāh se dedica a asuntos más pacíficos, como las largas e indecisas negociaciones

1 Ingenio de guerra que los musulmanes heredaron de los bizantinos. Era una torre alta y movable, sobre ruedas, que servía para atalayar la formación del ejército enemigo, a punto de entrar en combate.

para el casamiento de su hermana y el envió de emisarios a Murcia, que traten diplomáticamente de gestionar la sumisión de la plaza, en represalias contra Ibn Abbād, que había incitado a los habitantes de Lucena a persistir en su rebeldía.

Estos hechos nos ponen en el invierno del 1089-1090, en que Yūsuf se decide a organizar de nuevo el ejército invasor, destinado a acabar con los reyes de taifas. 'Abd Allāh, al ver cernerse la tormenta sobre su cabeza y saber que Yūsuf había llegado a Ceuta [principios del 483, primavera del 1090], trató, a la desesperada, de aplicarlo y le envió dos embajadores¹, que en vez de defender su causa, aconsejaron a Yūsuf cruzar el Estrecho y empezar los destronamientos por Granada. Además de todas estas negociaciones, maniobras y preparativos de defensa, que requerían bastante tiempo, Yūsuf, antes de volver a la Península, pide y obtiene dos fatwas o decisiones jurídicas de los alfaquíes andaluces² para justificar su intervención; y, aún así, tarda cuatro o cinco meses en ir de Ceuta a Granada, que, como él bien sabía, no podría ofrecerle resistencia.

La fecha del asedio de Aledo

Todas estas negociaciones, correspondencia y preparativos con que 'Abd Allāh trata de justificar su conducta, después la retirada de Aledo, no pudieron realizarse en el corto plazo que media entre

1 Ibn Sahl y Bādīs ibn Warawī, según las *Memorias* de 'ABD ALLĀH (cap. 69), todavía inéditas. Ibn Warawī se ufana, al decir "yo lo maniaté y el cadí Ibn Sahl lo ha degollado".

2 En las que declaran justificada y legal la deposición de los hermanos 'Abd Allāh y Tamīm de sus reinos de Granada y Málaga; y otra en la que exponen a Yūsuf su obligación de intimar a los reyezuelos andaluces la supresión de todos los impuestos ilegales, para atenerse a los establecidos por el Alcorán y la Sunna.

el regreso de Yūsuf a Marrākuš y su tercera vuelta a la Península, si, como pretende Menéndez Pidal, el asedio de Aledo terminó en octubre del 1089. Es verdad, que la *Historia Roderici* y el diploma de San Millán, testimonios coetáneos del Cid, señalan el año 1089 para esa campaña, pero esos dos documentos sólo los poseemos en transcripciones tardías, y los amanuenses copian mal las cifras con relativa frecuencia; pero esta suposición, que en otro caso carecería de todo valor probatorio, tiene aquí en su favor el complicado desarrollo de los sucesos que acabo de exponer, sucesos que necesariamente exigieron más tiempo que el invierno del 1089-90, y que obligan a colocar el asedio de Aledo en el verano del 1088, de acuerdo con el séxtuple testimonio árabe del *Rawd al-qirtās*, del *Kitāb al-iktifā*, del *Wafayāt al-a'cān*, del *Ḥulal al-mawṣiyya*, del *Bayān al-Mugrib* y del *A'māl al-A'clām*, más la doble confirmación cristiana del *Cronicón Najerense* y de la *Crónica de 1344*, con lo cual son ocho los testimonios en favor del 1088 para el sitio de Aledo, y del 1089 para los sucesos que precedieron y dieron lugar a la tercera venida de Yūsuf a al-Andalus. Y como esos ocho testimonios explican y confirman cumplidamente el curso de los sucesos relatados por 'Abd Allāh, su único testigo-actor, queda ya establecido en definitiva, según creo, el cuadro cronológico de la segunda y tercera expedición de Yūsuf a la Península y de los asedios de Valencia que les precedieron¹.

1 La concesión de las Capitulaciones y la intervención del Cid, al obligar al Conde de Barcelona a levantar el asedio de Valencia, explican claramente el porqué ningún reyezuelo de Levante, desde Denia hacia el Norte acudiese a reunirse con Yūsuf ibn Tasfin para cercar a Aledo.

Enemistad entre Alfonso VI y el Cid

El enojo de Alfonso VI, al ver que el Cid no acudía con la debida diligencia a unírsele en su campaña para descercar a Aledo, fue tan profundo, que no debió nacer solamente de la envidia de los cortesanos; las graves y desmesuradas penas con que se vengó, demuestran, si fueron ciertas, que hubo motivos fundados para imponerlas. Sólo la *Historia Roderici* da cuenta de esos castigos impuestos al Cid y a toda su familia, mientras que el *Cantar* y las Crónicas que le siguen los pasos, ignoran tal episodio. Parece razonable, de acuerdo con las ideas germánicas del Cid sobre la justicia y su comprobación por el duelo judicial, que recurriese a proponer su habitual prueba del desaffo; pero en cambio toda la literatura en que el autor de la *Historia Roderici* envuelve este episodio debe ser sometida a la necesaria comprobación¹.

Ignoramos de qué bienes y feudos lo despojó Alfonso, ni, si anuló la investidura de todo lo que conquistase en Levante, como parece deducirse de la

1 Cfr. edición MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, II, p. 935.

2 Es bien extraño que en el mismo año 1088, en que Alfonso VI le firma al Cid tan amplias capitulaciones, con ocasión de la campaña en que obligó al conde Ramón Berenguer II de Barcelona a descercar a Valencia, anule (según el autor de la *Historia Roderici*) tan generoso compromiso y persiga tan despiadadamente al Cid, y sobre todo a su inocente familia por el hecho de no haber podido o no haber querido colaborar en la liberación de Aledo.

En contraste con la invariable fidelidad del Cid a su rey, que las Crónicas ponen de relieve, siguiendo las normas que a sus redactores les dictó Alfonso el Sabio, Lévi-Provençal (al tratar de *El Cid en la historia*, en su *Islam d'Occident*, p. 175) cree que el Cid se hizo sordo al mensaje de su rey, dando lugar a una querella entre el soberano y el vasallo, y cree que esta vez la querella fue buscada deliberadamente por el Cid, que comenzó, a partir de entonces, a dar pruebas, por su cuenta, de una desbordante actividad.

tentativa posterior para apoderarse de Valencia sin la intervención y contra la voluntad del Cid, pero la afirmación de que encadenó y encarceló a doña Jimena y a sus hijos -sic- para ponerlos inmediatamente en libertad y dejarlos irse a reunirse con el Cid, es inaceptable. Ya tenemos el testimonio espontáneo de la misma Jimena, que confiesa, al llegar de Cardena con sus dos hijas a la Valencia recién conquistada, seis años después, en 1094, y reunirse con su marido, que desde la última vez que se despidió de ella para salir al destierro "non oyera del ningunas nuevas"¹. Por otra parte, basta tener en cuenta las condiciones y el ambiente en que el Cid hacía, por entonces, sus campañas en continuas marchas, combates y algaradas, sin residencia fija, para comprender que, al fracasar su ida a Aledo y emprender desde Elche, en condiciones muy difíciles, sus furiosas razzias por los dominios de Mundir, le era imposible tener a su lado con un mínimo de decoro y tranquilidad a su mujer y a sus pequeñas hijas².

Sin querer pasar por hipercríticos ni rechazar sistemáticamente todas las informaciones, en muchos casos muy valiosas, que nos ofrece la *Historia Roderici*, creemos que no se puede aceptar como redactados por el Cid los cuatro alegatos o juramentos que se le atribuyen machacona e innecesariamente, y en los que se ve la debilidad leguleya que su autor siente por hacer literatura, tanto en este caso, como en los escritos y parlamentos, a que recurre más adelante, para adornar el sitio y la toma de Almenara y de Sagunto, amañadamente tratados en una fecha falsa, según expondremos más adelante.

Alega en su primer juramento que el rey le profesaba el mismo cariño en que siempre lo había tenido; -sic- se atreve a afirmar que no supo ni pudo sa-

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 594 b.

2 "En tierra de moros prendiendo e ganando. E los días durmiendo et las noches trasnochando. En ganar aquellas villas, mio Cid duro III años." (Cfr. *Cantar*, versos 1.167 a 1.169).

ber por nadie el paso del rey hacia Aledo y jura que era esa la verdaderísima causa de no estar a su lado. En el segundo juramento repite que no se enteró, ni se pudo enterar de la marcha de Alfonso VI hacia Aledo, hasta que oyó a los que le informaban que ya se volvía a Toledo; y que si hubiera sabido que había llegado a Hellín, se le hubiera presentado en Molina del Segura para continuar hasta Aledo y luchar a su lado. Frases típicas de este panegirista, que trata de envolver en una ignorancia inaceptable y así excusar lo que el Cid conocía de sobra y no podía ni le convenía ignorar.

En el tercer juramento afirma, en cambio, que al saber que el rey se dirigía a Aledo, le escribió finalmente, poniéndose a su disposición para la lucha; que el rey, cuando se puso en marcha, hizo que un enviado suyo llegase a Villena para ordenarle que lo esperase allí, como lo hizo, sin ninguna mala intención. Dice esto sin tener en cuenta el desvío y el retraso que para el rey suponía. Finalmente su cuarto juramento lo redacta, cuando ya había sido despojado de todos sus bienes y encarcelada su mujer sin ninguna razón, y se limita a protestar de esta crueldad tan injusta.

Contra todas estas justificaciones amañadas en estos alegatos jurídicos, está el relato mismo hecho por la *Historia Roderici*. Dice que los ejércitos musulmanes sitiaron y atacaron con tanto ímpetu el castillo, durante todo el verano, que les faltó el agua a los sitiados, dato este falso, ya que consta que en los subterráneos del castillo había y aún hoy hay un manantial de agua, salobre pero potable, con canalizaciones que impedían el rendirse por la sed. Alfonso escribe al Cid para que acuda al socorro de Aledo. Rodrigo acepta y sólo pide ser informado del itinerario; un enviado del rey le anuncia la formación de un gran ejército en Toledo. Se traslada el Cid a Onteniente, y allí se queda. El rey le manda ir a Villena, pero en vez de hacerlo con sus soldados, envía

exploradores a Villena y a la zona de Chinchilla. El rey baja hasta Hellín, dejando, al parecer, de lado a Chinchilla; el Cid se adelanta desde la zona de Hellín y baja hasta Molina del Segura. Pero Alfonso, al ver que los musulmanes se retiraban, se volvió a Toledo. Era ya tarde [el 25 de noviembre del 1088] cuando hacía etapa en Chinchilla, en su camino hacia Toledo, y ese mismo itinerario debió seguir a su ida, para seguir por Hellín hasta Aledo. De todos modos, parece bastante inverosímil ese cambio de ruta, ya que Chinchilla y Hellín eran etapas obligadas para la marcha directa y urgente de Toledo a Aledo, y su regreso, y el rey no le ordenó que le esperase en Villena, ruta correcta hacia Aledo para el Cid que estaba en Onteniente, pero no para Alfonso que bajaba de Toledo hacia Murcia. Es más, si fuese cierto que el Cid tenía atalayas y exploradores en Chinchilla, hubiera sido imposible que un ejército tan numeroso, como el que hacía falta para enfrentarse con el vencedor de Zallaqa, y que Ibn al-Abbār eleva a 18.000 hombres pasase por Chinchilla o sus inmediaciones para seguir a Hellín, sin que ni el Cid ni sus atalayas se aperciesen de ello. Parece por lo tanto que el Campeador, si avanzó hasta Villena, dejó que Alfonso llegase solo a Aledo, ya que tampoco lo había llamado para luchar en Zallaqa. Al cotejar así la exposición histórica con los alegatos de la defensa, parece ya bastante claro que el autor de la *Historia Roderici* no sólo desconoció la ruta de Toledo a Aledo, sino que además señaló dos trayectorias, en gran parte contradictorias, tanto al exponer los hechos históricos como al justificarlos, como abogado defensor.

2. EL CID, EN DESGRACIA; Y LA ACTUACION DE YŪSUF B. TAŠFĪN EN AL-ANDALUS

Conocido es el nuevo episodio de la caída en desgracia de Rodrigo, al no coincidir con su rey en el itinerario hacia Aledo; sólo hay que rectificar en él el error del *Hulal al-mawšiat*¹, aceptado de buena fe por nuestros historiadores, según el cual Yūsuf b. Tašfīn, al retirarse, envió, primero, cuatrocientos jinetes y luego un poderoso ejército, al mando de su hermano uterino Muḥammad b. Tašfīn. Como tampoco es verdad que al llegar ese fantástico socorro almorávid, duplicado imaginario del llegado seis años más tarde, al-Qādir no se preocupase de pagar el tributo convenido. Yūsuf no pensaba por entonces en intervenir en Levante; bastante que hacer tenía con preparar el destronamiento de los reyezuelos andaluces. Su hijo Ibn ʿĀiṣa tardó todavía tres años en apoderarse de Murcia y de Aledo, y no se decidió a enviar un destacamento a Alcira y a Játiva hasta que los valencianos se lo pidieron para colocarlo, como un antemural infranqueable contra el Cid. Nunca tuvo Yūsuf la idea de extender sus dominios hasta Zaragoza; y buena prueba de ello es que, dieciséis años después de su victoria en Zallaqay de la subsiguiente deposición de los reyes de taifas andaluces, aún mantenía la corte de al-Mustaʿīn en 495 [1102] cordiales relaciones con Yūsuf², y enviaba a Marrā-

1 Cfr. p. 53 del texto árabe y 81 de mi trad.; IBN JALDŪN, *Ibar*, II, p. 78.

2 Véase el capítulo sobre *Las relaciones diplomáticas entre Zaragoza y Marrākuš a principios del siglo XI (fines del quinto de la Hégira)*, en mi trabajo sobre *Los Banū Hūd de Zaragoza, Alfonso I, el Batallador y los Almorávides*, publicado en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", VII (Zaragoza, 1967).

kuš una embajada presidida por el príncipe heredero ʿImād al-dawla, para asistir a la proclamación de ʿAlī, presunto sucesor en el trono almorávid; embajada que volvió con una carta de Yūsuf, en la que hacía las más calurosas protestas de afecto y reconocimiento hacia al-Mustaʿīn; y sólo quince años más tarde, durante el reinado de ʿAlī, se atrevió el gobernador de Valencia, Ibn al-Hafy, a entrar en Zaragoza, llamado por sus habitantes, indignados por los humillantes tratos de su rey ʿImād al-dawla con los aragoneses¹.

1 La entrada se produjo el 31 de mayo de 1110 (10 dū-l-qāda del 503), según el legajo primero, p. 15, de al-Bayān al-mugrib, de la biblioteca de al-Qarawiyin.

3. LA CAMPAÑA DEL CID AL SUR DE VALENCIA Y LA VICTORIA DE TEVAR

Estancia en Elche

Los panegiristas del Cid, en su afán inconsciente de exaltar aún más su actuación tan heroica, como afortunada, suponen que al caer en desgracia, después de la expedición de Aledo y de verse abandonado por algunos de sus caballeros, que no quisieron incurrir en el enojo de Alfonso, quedó completamente solo, como en su primer destierro, y rodeado de enemigos, tanto musulmanes de Zaragoza y Denia, como cristianos de Aragón y Barcelona, cuya suprema ambición era apoderarse de Valencia; pero Rodrigo demostró que tenía tanta confianza en su superioridad militar, como segura adhesión en su bien probada mesnada; se estableció en Elche a fines del 1088¹, y en ella celebró la Navidad, para dedicarse en seguida a arrasas los dominios de al-Hāyib; saqueó los tesoros que éste tenía en Polop; y, durante el invierno, hasta Pascua de Resurrección, territor su reino desde Orihuela a Játiva². Al-Hāyib Mundir no sólo no pensó en oponersele, sino que le pidió la paz, al mismo tiempo que bajaba a Sagunto, posesión suya. Al-Qādir, que nunca se apartó del Cid, ni pactó con los almorávides, temió infundadamente que su protector lo destronase en favor de Mundir, y envió al Cid cuantiosos regalos, para rei-

1 La fecha que da *La España del Cid* (p. 375), invierno del 1089-90, hay que rectificarla en 1088-9, de acuerdo con lo expuesto al tratar del sitio de Aledo; y adaptarle por consiguiente las fechas de la Navidad y la Pascua de Resurrección.

2 "No quedó piedra enhiesta, nin señal de puebla ninguna, que todo lo non astragó" (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 562).

terarle su sumisión y pedirle que no lo entregase a su mortal enemigo, que ya lo había sitiado dos veces¹.

La victoria de Tévar

Entonces el intrigante al-Hāyib, al ver que a pesar de las paces hechas con el Cid, no podía con sus propias fuerzas apoderarse de Valencia, se alió con el conde de Barcelona, Berenguer, y dio lugar a la grave derrota de los catalanes, en el pinar de Tévar, junto al castillo de Monroyo, al Norte de Morella, a principios del verano del 1090, en cuyo minucioso y documentado relato sólo me permito rectificar a Menéndez Pidal la afirmación de que al-Hāyib muriese de pesar al enterarse de la derrota de Berenguer, ya que, según lo prueban las monedas suyas y las de su hijo Sulaymān, murió antes de marzo de ese año. Poco después de ese encuentro, en julio-agosto, Rodrigo estaba en Zacarca, cerca de Zaragoza, y en agosto-septiembre se encuentra enfermo en Daroca, donde lo visitó el Conde vencido para pactar con él su renuncia definitiva a las tierras del difunto Mundir.

Es de notar el contraste con que las fuentes cristianas enfocan la actuación de los dos rivales, al-Musta'in de Zaragoza y su tío Mundir de Lérida y Tortosa. La *Historia Roderici* atribuye la iniciativa de los acuerdos con el Conde, y luego con Alfonso VI en Calamocha, a al-Musta'in, que estaba muy resentido con el Cid por el engaño con que le impidió apoderarse de Valencia, pero sus gestiones no tuvieron eficacia y se retiró a Zaragoza. En vez de colaborar con su odiado tío Mundir, tuvo la debilidad de informar al Cid sobre la coalición con las fuerzas catalanas, que fraguaba el irritado Mundir. Este, al ver saqueado y arrasado su territorio por el

1 Cfr. *Historia Roderici*, cap. 36, p. 940.

Sur, entre Elche, Játiva y Denia, había firmado paces con el castellano; pero, bien sea porque el Cid no quisiera respetarlas, o porque Mundir, una vez firmadas a la fuerza, iniciara para vengarse una nueva coalición más fuerte, y así acabar con el Cid, o por lo menos expulsarlo de sus dominios, consiguió aliarse con el conde Berenguer, e hizo que éste, al frente de las grandes fuerzas coaligadas, se encaminase al Pinar de Tévar, como con más claridad y precisión expone la *Primera Crónica General*¹. Al cotejar los puntos de vista de las dos fuentes, se señala evidente la inexactitud en que se incurre al hacer que los dos reyes parientes, pero rivales irreconciliables, cooperasen con el conde Berenguer y le suministrasen tantísimos combatientes que con la sola fama de su llegada harían huir a Rodrigo².

El relato primero y más aceptado de la batalla del Pinar de Tévar es el de la *Historia Roderici*³, y parece que de ella se han servido las Crónicas cristianas, al copiarla con algunas variantes y adiciones. No es fácil comprobar lo que de cierto y de imaginario haya en esa narración tan escenificada; lo que nos resistimos a aceptar, como auténticas, son las dos cartas, llenas de acusaciones e insultos que el conde y el Cid se cruzan antes del encuentro. Es falsa, en primer lugar, la afirmación que el conde atribuye al Cid de vilipendiarlo por su cobardía mujeril y de que, si no se atrevía a entrar en batalla, iría él a buscarlo donde estuviese, a pesar de que esa misma fuente nos asegura que el Cid, al ver las grandes fuerzas, tanto musulmanas como catalanas, que iban contra él, se adentró en la montaña, se atrinchero y recurrió a todos los recursos de su genial estrategia para engañarlos y vencerlos. A pesar de

1 Cfr. *Primera Crónica General*, II, p. 562.

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, p. 377-8.

3 Cfr. *Historia Roderici*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, p. 941.

lo cual, este historiador le hace decir que elegirá para derrotar al Conde un sitio llano, el más llano de todas aquellas tierras, en que, según consta, todo el terreno era tan abrupto y fragoso.

Hay otra fuente, *El Cantar de mio Cid*¹, que para este caso ha sido descartada, y que sin embargo merece estudiarse por darnos una versión muy diferente en ciertos aspectos del relato hasta ahora aceptado. Al ver el conde los estragos y el copioso botín que el Cid hacía en las tierras de su protegido el rey de Lérida y Tortosa, Mundir, reúne un gran ejército; y, a los tres días y dos noches de marcha, alcanza al Cid en el pinar de Tévar, dispuesto a apresarle. Recibe el Cid un mensaje del conde, que el *Cantar* no especifica, pero cuya contexto se adivina en la respuesta que le da verbalmente por medio de un enviado, sin cartas insultantes, ya que le pide cortésmente que no tome a mal lo que ha hecho, puesto que no se apropia de nada que le pertenezca, y le pide que lo deje irse en paz. Responde el Conde que eso no puede ser, y que le hará pagar todo lo de antes [Almenar] y lo de ahora². No puede ser más grande el contraste que ofrece la medida del *Cantar* en su brevedad, con las acusaciones de cobardía, de creencias falsas y de saqueos de iglesias que acumula la *Historia Roderici*.

Convencido el Cid de que no se puede evitar la batalla, hace a sus caballeros prepararse³; y sin recurrir a los ardides y estratagemas, antes expuestos, lanza a su caballería cuesta abajo contra los catalanes que ocupaban la salida al valle, los derrotan en una espolonada frontal y hacen muchos prisioneros, entre los que se encuentra el Conde⁴.

1 Cfr. *Cantar*, versos 959 y siguientes.

2 Cfr. *Cantar*, versos 976-980.

3 Cfr. *Cantar*, versos 985 a 1.010.

4 Menéndez Pidal ha estudiado con su habitual diligencia y maestría

Concuerta el *Cantar* con la *Historia Roderici* en las escenas que siguieron a la derrota y la libertad que se concede al Conde, cuando acepta el banquete que el Cid le ofrece¹. "A mío Cid don Rodrigo, gran cocina ladobaban; y el Cid se limita a decir: "comed, Conde, deste pan e beved deste vino"².

Datos para la cronología

En el invierno del 1090-91 el Cid deja la montaña de Morella, baja al llano y, para castigar la colaboración de al-Musta^cin con el conde de Barcelona, le conmina a abandonar las dos bastidas del Poyo de Yūbayla [el Puig] y de Liria, que cerraban los accesos de Valencia por el Norte. Al negarse al-Musta^cin a hacerlo, sitió Rodrigo a Liria, que no había pagado las parias correspondientes al año 1090; y, estaba ya a punto de tomarla, cuando fue llamado por Alfonso para que le acompañase en su expedición contra Granada, de la que Yūsuf se había apoderado en el verano del año anterior [1090]. Fracasó la empresa, y el Cid, al caer nuevamente en desgracia, regresó a Levante, y reedificó el castillo de Benicadell o Peña Cadiella con la ayuda de los albañiles, obreros y dinero que le suministró al-Qādir para tener en sus manos las entradas y las salidas de Valencia por el

esta batalla, y ha recorrido y puesto en claro su topografía, pero al tener solamente en cuenta el relato de la *Historia Roderici* y de la *Primera Crónica General*, se ha dejado seducir por los excesos literarios de esa versión, a la que hay que poner sordina con la escueta realidad mejor reflejada en el *Cantar*. Hay que rectificar también la afirmación de que Mundir al-Hāyib muriese de pesar al enterarse de la derrota, ya que consta por las monedas, que, precisamente, cuando todos los preparativos se habían hecho, murió antes del encuentro.

¹ Cfr. *Cantar*, versos 957 a 1010.

² Cfr. *Cantar*, verso 1025.

Sur, en previsión de la inminente llegada de los almorávides¹.

Regresó el Cid a Valencia, donde recibió el socorro de cuarenta caballeros aragoneses, que le enviaba el rey Sancho Ramírez, y después de aposentarlos en el arrabal de Alcudia, al lado de sus castellanos y de su obispo, salió para Morella, donde pasó la Navidad del 1091. Se encaminó luego, hacia el valle del Ebro, al ser llamado por al-Musta^cin, que temía verse sitiado por Sancho Ramírez de Aragón. Hizo las paces con él, y en su corte permaneció varios meses hasta que lo sacó de ella una nueva amenaza.

¹ Sobre Peña Cadiella, véase KIBERA TARRAGÓ, *Disertaciones y opúsculos*, t. I, p. 292; y *La España del Cid*, I, p. 410, 453; y t. II, p. 768.

4. EL CID, SEÑOR DE LEVANTE

El resultado de la batalla de Tévar

El resonante triunfo de Rodrigo en Tévar y el pacto formal con que el conde Ramón Berenguer II, vencido, renunció al protectorado de Levante, permitieron al vencedor implantar sin resistencia su régimen de parias desde Lérida y Tortosa hasta Orihuela, abarcando todo el territorio, que fue poseído por al-Ḥāyib Muḍir; y como ya Valencia y su zona le obedecían bajo el mando nominal de Yahya al-Qādir, todo el Levante central, en el que tan destacada actuación iba a desarrollar, se le sometió pacíficamente sin la menor resistencia¹.

Los tres hermanos Banū Bātir², regentes del hijo menor del vencido al-Ḥāyib Muḍir, que tenían los mandos de Tortosa, Játiva y Denia, se obligaron a pagar cincuenta mil maravedís al año³. El señor de Albarracín pagaba ya diez mil; e Ibn Qāsim, señor de Alpuente, otros diez mil anuales. El señor de Murviedro, Ibn Lubón, ocho mil; el de Segorbe, seis mil; el de Jérica, tres mil; y lo mismo el de Almenara⁴; y

1 "Et tornosse todo el hecho en mano et en poder del Cid" (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 565 b).

2 Nombre de dudosa vocalización, según Dozy.

3 Maravedí, moneda que se emplea aquí para los reinos de taifas, por haberse escrito esta crónica después de haber ocupado los almorávides todo Levante, en tiempos ya de Alfonso X, y tratarse de maravedís o sea dirhemes de plata, seis veces más bajos que los maravedís o dinares de oro.

4 Hay un Almenar a veinte Km. de Lérida, donde en 1082, el Cid venció y cautivó por primera vez al conde Ramón Berenguer de Barcelona con los condes catalanes; y una Almenara, a poca distancia de Sagunto, que significa faro o alminar, tomada por el Cid durante el cerco de Va-

Liria, dos mil. Valencia pagaba mil mensuales, más un diez por ciento extra para el obispo mozárabe, al que los musulmanes llamaban "Sayyid al-matrān", el señor metropolitano. Ignoramos lo que de cierto habría en estos tributos, pues la *Crónica Particular*¹, que también los cita, ofrece algunas variantes; y sobre todo, al tomar como maravedís lo que debía ser dinares de oro o dirhemes de plata, y reducirlos a estos últimos, valorados seis veces menos que los primeros.

El *Cantar*, al exponer, a continuación de la victoria de Tévar, la entrada definitiva del Cid en Levante, pasa por alto la facilidad con que los reyes de taifas y los arraeces se le someten a pagar parias por no conocer la fuente que lo expone, o quizá por no serle posible poner en versos la seca lista de sus topónimos y de sus cifras de pagos. La *Historia Roderici*² es única en informarnos sobre la actuación del Cid al bajar de Tévar e internarse en los dominios de al-Mustaḥin. Acampa en Zacarca, lugar próximo a Zaragoza, donde le hace estar dos meses; y luego lo traslada a Daroca, donde sufre una larga enfermedad; traba correspondencia con al-Mustaḥin y recibe al conde Berenguer para confirmar, muy desganado, las paces y amistad que en el campo de batalla de Tévar le había generosamente concedido. Debía ser el otoño, a finales del 1090, cuando juntos bajaron a la costa para quedarse el Cid en Burriana y cruzar el Conde el Ebro, de regreso a sus estados.

La supuesta expedición a Granada

El Cid en los meses siguientes organizó su nue-

lencia, según el *Cantar* (v. 1.109 y 1.328), y no en 1097-8, poco antes de morir el Cid, como quiere la *Historia Roderici* (p. 963 del texto latino).

1 Cfr. cap. 159, p. 135.

2 Cfr. p. 948 del texto latino y *La España del Cid*, p. 386.

vo protectorado, pero respetó todavía el régimen y la jurisdicción de las autoridades locales, limitando su intervención a poner en cada castillo o centro de población un caballero suyo, encargado exclusivamente de vigilar y comprobar el pago de las parias concertadas¹. Una de las acciones, que emprendió en esta ocasión, fue el sitio de la bastida o fortaleza de Liria, porque había cesado de pagar las parias, a que estaba obligada, y que el rey de Zaragoza alegaba ser a cargo del rey de Valencia, Yahya' al-Qādir, en cuyo favor y para cuya defensa había sido construida². Este desacuerdo, creado, al parecer, por la imaginación del autor de la *Historia Roderici*³, le da lugar para inventar una expedición de Alfonso VI contra Granada, a todas luces falsa, que justifique luego la ruptura violenta con el Cid y de pie a la intervención real para arrebatarse el dominio de Valencia.

Afirma este imaginativo autor que fueron la reina Constanza y varios cortesanos los que escribieron al Cid para suplicarle que colaborase con su rey en el intento de expulsar a los almorávides de Granada. Le aseguraban que, al hacerlo, recuperaría la gracia de Alfonso, que había perdido por su defección en el socorro de Aledo. Rodrigo, según esta misma sospechosa fuente, abandona el cerco de Liria, cuando precisamente estaba a punto de rendirla; y en largas jornadas va a reunirse con el ofendido rey en Martos.

1 Según la *Crónica del 1344*, a cada uno de estos caballeros se le pagaban seis maravedís diarios, carga de la que se quejaban los pueblos tributarios; la *Crónica Particular*, cap. 159, p. 135, los reduce a tres, que debían ser de plata, aunque ninguna de las dos lo especifica.

2 Según la *Crónica Particular* (p. 146), lo que pidió el Cid a al-Musta'in de Zaragoza fue el desmantelamiento de la bastida de Liria, y no sus parias. A lo que contestó al-Musta'in que lo haría, cuando al-Qādir le pagase las costas de su edificación, ya que la construyó para defenderlo contra al-Hāyib Muñdir, cuando éste desde Denia, sitió a Valencia.

3 Cfr. *Historia Roderici* (p. 949-50 del texto latino) y 309 del comentario de MENÉNDEZ PIDAL, que acepta la fecha de Navidad del 1090-91.

Este lo recibe muy honrosamente, y juntos se dirigen por la zona montañosa de Alcalá la Real y la sierra de Parapanda hasta entrar por Puentes Pino y dar vista a la vega de Granada¹.

El Cid llega el último a Elvira [la antigua Granada] y, haciendo alarde de la extraordinaria seguridad que se le atribuye, al moverse en tierra enemiga, asienta su campo en el llano, por debajo de las tiendas del rey, con el propósito, al parecer, de protegerlo mejor. Alfonso se indigna por el desprecio y la injuria, que ve en este proceder; y sus cortesanos lo corean en sus vituperios contra el Cid. Se asegura que Alfonso permaneció seis días en su campamento², con la esperanza de que Yūsuf saliese a combatir con él. En vez de hacerlo, huye lleno de terror y se retira ocultamente. Alfonso, al cerciorarse de ello, se vuelve a Toledo. Al pasar por Ubeda, se repite la escena de Elvira; el rey hace etapa en el castillo de Ubeda³ y el Cid acampa a orillas del Guadalquivir. El rey vuelve a indignarse, injuria con ásperas palabras a su arrogante colaborador; y hasta se afirma que quiere y ordena detenerlo⁴. Rodrigo soporta con paciencia la escena, trata de justificarse y al ver que muchos de sus soldados lo abandonan, emprende entristecido el regreso a Valencia.

Este episodio, así amañado, ha sido recogido en parecidos términos por la *Crónica de 1344*, mien-

1 Cfr. *Historia Roderici* (p. 949 del texto latino) y p. 400-3 de los comentarios de *La España del Cid*.

2 Según la *Historia Roderici* (p. 950), ampliados a siete por la *Crónica Particular* (p. 138), que no cita a Yūsuf con razón, pues no estaba entonces en Granada, pero que tergiversa los hechos, aplicando a Granada los datos de Aledo y haciendo que los musulmanes se retiren a Murcia.

3 Ubeda no estaba entonces, ni estuvo hasta muchos años después, en poder de los cristianos.

4 Nueva fantasía, destinada a escenificar, por segunda vez, la indignación del rey.

tras lo ignoran la *Primera Crónica General* y el *Cantar*. La *Crónica Particular del Cid* aborda, pero embrolla su relato con el de la toma de Aledo, al año siguiente, por Ibn ^CĀ'īša. Alude a la carta de la reina¹, y asegura que el Cid salió de Zaragoza con una hueste numerosa, que alcanzó al rey en Martos, que los almorávides, al no querer luchar, se retiraron a Aledo y Murcia, y termina con el enojo profundo que los mestureros infundieron al rey contra el Cid.

Todo el fondo de este relato es falso y, aún en la versión de la *Historia Roderici*, en la que está menos deformado, se ve que ha sido inventado con el propósito decidido de justificar la inesperada campaña que en la primavera siguiente del 1092 iba a emprender Alfonso contra Valencia para despojar al Cid de todas sus posesiones y cortar los vuelos de independencia con que se proclamaba el restaurador definitivo de la independencia y la unidad nacional perdidas en los días del otro Rodrigo, el visigodo.

En primer lugar es absurdo creer que Alfonso VI, al año siguiente de haber sido ocupada Granada por Yūsuf ben Tašfīn, pensase, ni entonces ni mucho después, en expulsar de ella a los almorávides. Es también falso que Yūsuf estuviese en Granada, al llegar ante ella Alfonso y que, al no querer salir a luchar con él, huyese secretamente, ya que después de apoderarse de Granada en 1090, se volvió ese mismo año a Marruecos; y al año siguiente [1091] organizaba desde Ceuta la conquista de Córdoba y Sevilla con toda Andalucía por medio de sus generales, a cuyo frente puso a su primo Sīr Ibn Abī Bakr².

¹ Cfr. cap. 161, p. 138.

² Fue uno de los principales colaboradores de Yūsuf ibn Tašfīn y pariente suyo por afinidad; asistió a la batalla de Zallaqa, en la que se distinguió; y luego, al decidirse Yūsuf a destronar a los reyes de taifas andaluces, se dice que derrotó en Almodóvar a Alvar Fáñez que iba en socorro de al-Mu'tamid; y al apoderarse de Sevilla fue nombrado su gobernador en 481 (1091), cargo que desempeñó durante veintisiete años

Menéndez Pidal¹ ha aceptado como un hecho histórico esta ficción, por no conocer las fuentes árabes sobre la vida y las campañas de Yūsuf en sus cuatro travesías a la Península, que la desvirtúan, pero por lo menos ha podido sospechar que esas alegaciones del acampar más o menos alto o bajo, y las insidias de los mestureros no eran motivo bastante para explicar la fogosa indignación del rey, y su decisión inmediata de anular sus anteriores concesiones y apoderarse por cuenta propia de Valencia para poner fin violento a sus aspiraciones, demasiado amplias, de su señorío casi independiente.

Ibn al-Aṭīr, en su *Kāmil*², al empezar a tratar del año 483 [1092] se refiere a al-Andalus, del que está peor informado que del Oriente, y asegura que ese año Alfonso VI emprendió una expedición contra los almorávides, acompañado por el Cid; fue vencido entre Jaén y Granada y tuvo que huir para no caer en manos de los vencedores. Culpó de su derrota al Cid y, al no poder apresarle, se decidió a despojarlo de Valencia. Es curioso comparar esta fingida derrota con su contrapartida cristiana, según la actual, Alfonso estuvo seis días ante Granada; y Yūsuf no se atrevió a salir a luchar contra él y huyó en secreto.

La verdad, según Sandoval³, es que, al volver de Ubeda, fue Alfonso contra el rey de Valencia, que no podía ser más que al-Qādir; y, al retrasarse la flota italiana, el rey, que no llevaba máquinas de guerra, se volvió a Toledo.

hasta su muerte; después de Sevilla, toma también a Carmona y Niebla, y asistió al cerco de Aledo. En 1104-5 derrota en la zona de Sevilla a un ejército castellano, y en mayo del 1111 toma a Santerem. Tres años más tarde, al llevar a su hija Fátima para presentarla a 'Alī en Marrākuš, muere en las afueras de Sevilla y le sucede su hijo Yahyā'.

¹ Cfr. *La España del Cid*, p. 400-403.

² Cfr. IBN AL-AṬĪR, *Kāmil*, t. X, p. 163.

³ Cfr. SANDOVAL, *Historia de cinco reyes* (Pamplona, 1615).

Los sucesos del año 1092

Este mismo año 1092, mientras Alfonso VI trataba de tomar a Valencia y el Cid se retiraba a Zaragoza, para no enfrentarse con su señor natural, los *Anales Toledanos* nos citan con su habitual laconismo y exactitud una "arrancada sobre Alvar Fáñez en Almodóvar"¹. Es bien extraño que Alfonso, precisamente en esa ocasión, enviase a Alvar Fáñez a luchar contra los almorávides, y que el fiel lugarteniente del Cid lo dejase solo en tan críticos momentos. Este encuentro tan extraño está relacionado con otra derrota, no menos extraña que, el año anterior [1091], sufrió el mismo Alvar Fáñez en el mismo Almodóvar, enviado también por Alfonso para socorrer a al-Muta^cmid, poco antes de que éste cayese prisionero y Sevilla fuese asaltada, el 7 de septiembre del 1091, tras cuatro meses de asedio. No hace falta poner de relieve la rebuscada exageración con que se hace ascender el destacamento de Alvar Fáñez a veinte mil caballos y cuarenta mil infantes, ni la contradicción en que incurren las fuentes cristianas, al convertir en triunfo esta hipotética derrota del caudillo castellano y adjudicarle a él o a su adversario la herida en la frente con que se acaba este duelo personal².

Varios son los sucesos que conviene estudiar y coordinar en el año 1092. En él coinciden, en sucesión razonable, la toma de Murcia y Aledo por los almorávides de Ibn Ḳā'īša, el asedio de Valencia por Alfonso VI, la algarada que, para descercarla,

1 Cfr. *Anales Toledanos Segundos*, en *ES*, XXIII, p. 404.

2 No encontramos explicación razonable para que lo abandonase en ocasión tan crítica, como tampoco para que la ordenase Alfonso al mismo tiempo que la de Valencia. Los *Anales Toledanos* anotan la "arrancada sobre Alvar Fáñez", que otras Crónicas transforman en victoria cristiana, e incluso la duplican en los años 1091 y 1092 (véase MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, cap. XIX, disquisición núm. 41, p. 764-5).

emprende el Cid contra la Rioja, los intentos de la flota combinada de Génova y Pisa contra Tortosa, la estancia del Cid en Zaragoza, los avances de Ibn Ḳā'īša desde Murcia hasta Denia y Alcira, la sublevación de Valencia en favor de los almorávides, el asesinato de al-Qādir y la llegada del Cid para emprender su primer asedio.

Muḥammad ibn Ḳā'īša fue uno de los varios hijos de Yūsuf ibn Tašfīn. Se llamó ibn Ḳā'īša, hijo de Ḳā'īša, por seguir la costumbre beréber de los saharianos, que tomaban el nombre de su madre para apellidarse. Su prenombre fue Abū Ḳabd Allāh, según la norma seguida por los que se llamaban Muḥammad. Otro hermano suyo, Ibrāhīm, se llamó del mismo modo, Ibn Taḳaiyašt, cuya madre, además de ser beréber, era negra. Sus otros hermanos Tamīm, Ḳalī y Ḳumar son bien conocidos. Un dato inédito del *Bayān al-Mugrib*, en el legajo primero folio 5 v^o), nos informa sobre el hijo primogénito de Yūsuf habido en la famosa Zaynab, el año 1072, a quien encontramos sitiando a Ceuta en nombre de su padre en 1084 y que probablemente es el heredero con el prenombre de Abū Bakr, que se dice murió cuando su padre obtuvo la victoria de Zallaqa. Sobre Muḥammad ibn Ḳā'īša se extienden en elogios los autores árabes, copiados por las Crónicas cristianas. Ibn al-Abbār se limita a decir que su padre lo nombró gobernador de Murcia, cuando se conquistó, y que conservó ese cargo hasta el año 1115 en que, al ser derrotado en el Congost de Martorell, se quedó ciego y perdió el juicio. Sus victorias contra Alvar Fáñez en Cuenca y contra un destacamento del Cid en Alcira son pura invención del sospechoso *Kitāb al-iktifā'*. Ignoramos si es verdad que llegó a apoderarse de Aledo por hambre; en todo caso es una ficción el que Murcia fue sitiada y hubo de entregarse, porque Alvar Fáñez, que se había comprometido a socorrerla -sic- no lo pudo hacer.

Intervención de Alfonso VI de Castilla

La actitud altiva y protectora atribuida al Cid, al acampar con Alfonso ante Granada y luego, al regresar por Ubeda, así como sus propósitos de someter a parias y conquistar toda la zona de Levante, los confirmó con sus manifestaciones, que se difundieron por todo el país, de que apremiaría a cuantos señores en el Andalucía eran, de guisa que todos serían suyos, y que el rey Rodrigo, que fue señor de la Andalucía, no fuera de linaje de reyes y sin embargo reinó; así él reinaría y sería el segundo rey Rodrigo¹.

Estas frases tan lozanas, que se basaban en la realidad de las parias que cobraba el Cid desde Tortosa hasta Orihuela, según la lista y las cantidades que enumera y señala la *Primera Crónica General*², serían luego la razón decisiva, más que la invidencia de los cortesanos, para impulsar a Alfonso a apoderarse de Valencia y anular el pacto de la investidura solemne que hizo al Cid señor de todas las tierras que arrancase a los musulmanes.

Ante todo hay que tener en cuenta que los preparativos de Alfonso para cercar a Valencia y acabar con el dominio del Cid en Levante debieron ser muy meditados; y más largas serían aún las gestiones para conseguir la cooperación de las escuadras italianas, que, además, llegaron tarde y tuvieron que desviarse hacia Tortosa para retirarse fracasadas. La estancia de las tropas aliadas de Castilla, Aragón y Cataluña se prolongó más de lo previsto; y para paliar su ineficacia y justificar la retirada, se alegó la falta de víveres, a pesar de la riqueza de la zona de Yubayla [El Puig] en que estaba su campamento³.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 564 b.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, t. II, p. 565 a.

3 Sobre los motivos que tuvo Alfonso VI para emprender este fra-

Alfonso VI debió emprender su campaña contra Valencia en la primavera-verano del 1092, mientras Ibn CÂ'îša se apoderaba de Aledo. No se acercó a la ciudad, de cuyas fuertes defensas estaría bien enterado, y se limitó a acampar en Yubayla [El Puig], desde la que exigió a todos los alcaides de la región que le pagasen las parias que daban al Cid, sin intentar siquiera un verdadero asedio de Valencia.

El Cid se retira a Zaragoza

El Cid, al ver que se emprendía con tan aparatosos medios la campaña contra él, tuvo que retirarse a Zaragoza para no llegar a una lucha abierta contra su señor natural, repitiendo lo que dijo, a poco de emprender su primera campaña como desterrado:

buscar nos ie el rey Alfonso con toda su mesnada,
con Alfonso mio sennor non querria lidiar¹.

Zaragoza era su retiro casi obligado, desde la que con su mesnada observó la marcha de la desafortunada campaña de su señor; le escribió, quejándose por tan duro agravio, y le anunció que se vengaría de los envidiosos rivales que tan mal le habían aconsejado. Todo el verano debió pasarse en estas ofensiva y contra-ofensiva, y todo ese tiempo tuvo el Cid como base de operaciones a Zaragoza, cuyo rey al-Musta'in le proporcionó hombres y recursos para atacar a García Ordóñez en la Rioja. Alfonso debió dejar en paz al grupo de soldados y recaudadores, que estaban en el arrabal de Alcudia, y que sólo huyeron con toda

casado asedio y cortar los vuelos a la desmesurada influencia y poder del Cid, véase LÉVI-PROVENÇAL, en *Islam d'Occident*, p. 176.

1 Cfr. *Cantar*, versos 528 y 538.

su impedimenta, al estallar la revolución contra al-Qādir y ser llamados los almorávides.

Mientras Alfonso VI intentaba apoderarse de Valencia y enviaba a Alvar Fáñez a la enigmática empresa de Almodóvar, los valencianos empezaron a conspirar, y se decidieron a decir a Ibn Ḳā'īsa que se llegase hasta Alcira para, desde ella, entrar en Valencia. Los almorávides ocuparon Denia y envió Ibn Ḳā'īsa un lugarteniente suyo, que ocupó Alcira; y sólo entonces los cristianos establecidos en el arrabal de Alcudia, con los cuarenta caballeros de Sancho Ramírez, huyeron a Zaragoza con toda la impedimenta que pudieron llevarse, e informaron al Cid de lo que ocurría.

Nos sorprende extraordinariamente en este caso la ignorancia o mejor dicho la indiferencia con que el Cid se vuelve a Zaragoza en el mes de septiembre del 1092, cuando ya se fraguaba la conspiración en Valencia y los almorávides llegaban a sus puertas; se pasan los meses de septiembre y octubre en un ambiente revolucionario, antes de que se decida a salir de Zaragoza. En su marcha hacia Valencia se detiene a razzar todas las comarcas que no obedecían al rey de Zaragoza; y, como era el tiempo de las vendimias, se apropia de toda la cosecha que en ellas se recogía. Llega así a Yubayla [El Puig] ya entrado el mes de noviembre; y allí se entera de que el 28 de octubre había sido degollado al-Qādir.

No hay duda que al-Qādir, como heredero del opulento al-Ma'mūn y como rey de Toledo y de Valencia, dispuso de una gran fortuna personal, que excitó la codicia, primero del cadí Ibn Ḳā'īsa y luego del Cid; pero hay que tener en cuenta, además de las exageraciones propias de las fuentes árabes, en cuanto a tesoros se refiere, el hecho de que gran parte de esas riquezas se llevó a los castillos de Segorbe y Olocáu y que la revuelta popular, que dio lugar al saqueo del alcázar, provocaría un desvalijamiento general. No todas las joyas, que, se dice, llevaba al-Qādir entre sus vestidos de mujer, cuando fue degollado,

serían entregadas fielmente por sus asesinos al Cadí; y que éste, después de las riquezas que se enviaron a Segorbe y Olocáu, encontrase en el alcázar gran cantidad de dinero, mobiliario y tesoros reales.

El Cid por tierras riojanas

Entretanto ese mismo verano, cuando Alfonso VI trataba de apoderarse de Valencia, los almorávides de Ibn Ḳā'īsa entraban en Murcia sin luchar y se apoderaban de Aledo¹. Pero más que la alegada falta de víveres y las dificultades que ofrecía el asedio, movió a Alfonso a levantar el cerco, la contra-ofensiva del Cid, que se había retirado a Zaragoza; y desde ella con su mesnada y los refuerzos musulmanes que le proporcionó al-Mustacín y quizá el nuevo señor de Lérida, hijo y sucesor de Muḍir, entró por tierras de Calahorra y Nájera para vengarse de su gran enemigo el conde García Ordóñez, inspirador, quizá, de la expoliación del Cid, cuyas tierras y poblados saqueó y devastó del modo más cruel. Aguardó en vano al Conde, que había prometido enfrentarse con él en batalla campal y Alfonso impresionado por el fracaso de su expedición y por la cobardía de su favorito, reconoció su falta y escribió al Cid, excusándose y perdonándole².

Al sentirse desagraviado, regresó a Zaragoza; había pasado ya todo el verano de ese año 1092 y poco fue el tiempo que pudo pasar al lado de su amigo y protegido al-Mustacín. Hay por lo tanto que rechazar la afirmación de la *Primera Crónica General*, según la cual "ovo de tardar allá muy gran tiempo"³.

1. Cfr. *Primera Crónica General*, p. 565 b.

2. Cfr. *Historia Roderici*, p. 953, y *Crónica Particular del Cid*, cap. 161.

3. Ver p. 565. Que no fue tan larga nos consta por el testimonio de Ibn Ḳā'īsa recogido por Ibn Ḳā'īsa en su *al-Bayān al-mugrib*, que dice:

Explicación que se ve obligada a dar por la manera sistemática con que las Crónicas redactadas en tiempos de Alfonso X, el Sabio, suprimen en su relato todos los sucesos y episodios en que la actuación de Alfonso VI pueda ser menos acertada y brillante; y así en este caso, después de indicar que los almorávides tomaron a Murcia y Aledo, pasa por alto toda la campaña de Valencia y la algarada de la Rioja. Mantiene todo ese tiempo, que fueron varios meses, al Cid en Zaragoza, al lado de al-Mustacín en inexplicadas e inexplicables consultas, mientras en su ausencia parte de su mesnada con los cuarenta caballeros cedidos por el rey de Aragón y multitud de cristianos con sus mayordomos, bajo el gobierno del visir Abū-l-Faraḡ, se ocupan en el arrabal contiguo de la Alcudia "la Colina" de cobrar las parias y de administrar los intereses del Cid.

En ese tiempo se incubaba el complot contra al-Qādir, que ya llevaba mucha parte de ese año enfermo en cama, en una de las muchas recaídas, que minaban su escasa salud.

en el mes de ša'bān del año 485-6 (septiembre a octubre 1092) el Campeador se trasladó a Zaragoza y dejó lugartenientes para asegurar la guarda de los víveres almacenados, que le pertenecían, y percibir las parias que impuso a Valencia. Los valencianos respiraron entonces y la opresión dejó de reinar en la ciudad (Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Islam d'Occident*, p. 201).

1 Es la actual zona de la Zaidía y de la avenida de Burjasot; debía tener una elevación bastante superior al cauce del río, pero es llana y no ofrece hoy el aspecto de ser colina o altozano.

5. LA REBELION DE VALENCIA CONTRA EL CID

Conjuración pro-almorávid

En la primavera y el verano del 1091 caen Córdoba y Sevilla en manos del general almorávid Sīr¹, al final del año se entrega Murcia a Ibn Ḥā'isa, hijo de Yūsuf; y a primeros del 1092, el famoso castillo de Aledo.

Los valencianos más influyentes, reunidos en la casa del cadí Ibn Ḥāḡḡ se conjuraron para llamar a Ibn Ḥā'isa, adelantado de los almorávides, señor ya de Murcia "que viniese et quel daríen Valencia"². El alcaide de Alcira se unió a los conjurados; y al apresurarse Ibn Ḥā'isa a ocupar Denia y rendirle los castillos de la región, todos los cristianos, que el Cid había dejado en Valencia, huyeron despavoridos. Al-Qādir, que ya se había restablecido de la dolencia grave que le aquejó durante la ausencia del Cid, no se atrevía a cabalgar ni a mostrarse en público; y no encontró mejor solución en su cobardía, que el envío de todas sus riquezas³ a los castillos de Se-

1 El emir Sīr fue uno de los principales colaboradores de Yūsuf ibn Tašfin y pariente suyo por afinidad. Véase su biografía en mi trabajo *Alī Ibn Yūsuf y sus empresas en al-Andalus*, en "Tamuda", año VII, semestres I y II, p. 89-90.

2 De acuerdo con su futuro competidor en el gobierno de Valencia, el magistrado Ibn Wāḡib, según IBN ḤALQAMA, copiado por IBN ḤIDRĪ, en la edición de LÉVI-PROVENÇAL, sobre *La toma de Valencia*, en "Al-Andalus", t. XIII, fascículo 2, p. 109-10 del texto árabe y 128 de su traducción.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 566 a. Contra esta afirmación pondera luego (p. 567 a), y con ella la *Crónica Particular* (p. 140 a) los tesoros que sacó consigo al-Qādir del más preciado aljófar, piedras preciosas y una arqueta llena de oro, además del famoso sartal de Zūbayda, la mujer de Harūn al-Rašid. Añaden estas fuentes que Ibn Ḥāḡḡ, al

gorbe y Olocau¹, reforzar la guardia de ballesteros y peones en el Alcázar, y despachar a toda prisa un correo al Cid para que viniese en seguida a Valencia. Se tardó en estas diligencias unos veinte días, que fueron de gran bullicio en la ciudad, pues bastó que el alcaide, enviado por Ibn ʿĀʾiṣa a Alcira, saliese de ella, a primera hora de la noche con solo veinte caballos almorávides y otros tantos alcireños, hasta situarse a la mañana ante la puerta de la Boatella, al sur de Valencia.

El asesinato de al-Qādir

El almojarife del Cid, de acuerdo con al-Qādir, mandó a sus soldados ocupar las murallas, pero los sublevados "fueron todos a las puertas et echaron los omnes del rey dende et querfen abrir las puertas, mes non pudieron, et pusiéronles fuego et ardieron et otros echaron sogas por el muro et cogieron a los almorávides"². No hubo por lo tanto resistencia de

enterarse de ello, sólo pensó en apoderarse de tanta riqueza, y para tenerla, sin que nadie lo supiese, lo mandó matar esa noche por pura codicia y no por motivos políticos más altos.

1 Olocau (Hisn al-Uqāb = castillo de las águilas) es una pequeña localidad entre Liria y Segorbe. Castro Ferral, castillo de la vertiente sur de Sierra Morena, en cuyas navas o laderas se dio la batalla llamada por eso las Navas de Tolosa (la Losa), se ha llamado también Hisn al-Uqāb, pero en este caso hay que leer Hisn al-iqāb (el castillo de la cuesta), por estar casi al borde del desfiladero de la Losa y ser el que defendía su paso.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 566 b. Temieron que al-Qādir entregase Valencia a Alfonso VI, como le había entregado Toledo; se reunieron entonces y decidieron matarlo y poner a su frente a Ibn ʿĀḥḥāf, que fue proclamado a la mañana siguiente (Cfr. *Crónica anónima*, publicado su texto árabe en apéndice al tomo tercero de *al-Bayān al-mugrib*, y su traducción al francés en *Islam d'Occident*, p. 228). Mal se compaginan estos textos con las acusaciones de regicida y usurpador que le atribuye *La España del Cid*, p. 435.

parte de la guarnición; y al-Qādir, dando la prueba final de su cobardía, "vistiose vestiduras de mujer, et salió del alcázar en compaña de sus mujeres, et metiose en una casa pequeña, cerca de un baño"¹, mientras los amotinados saqueaban el alcázar y las casas de los servidores y del séquito del rey. El cadí, ibn ʿĀḥḥāf, a quien todo el pueblo reconoció por su caudillo, se enteró de que al-Qādir no había salido de la ciudad, lo hizo buscar, y, al encontrarlo, le puso guardias durante el día y mandó que al anochecer lo decapitasen. El que se encargó de su ejecución fue un hijo de aquel Ibn Ḥadidī, visir y brazo derecho de su abuelo al-Maʾmūn, a quien al-Qādir dejó asesinar impunemente en su presencia, apenas subió al trono².

La proclamación de Ibn ʿĀḥḥāf

Proclamado Ibn ʿĀḥḥāf a la mañana siguiente, o sea el martes, 24 de ramadān del año 485 [29 de octubre del 1092], entró en el alcázar, donde encontró una gran cantidad de dinero, mobiliario y tesoros reales, de todos los cuales se apoderó³.

1 No hizo más que imitar con menos decisión y sin ningún éxito la fuga que seis años antes emprendió Utmān, el hijo de Abū Bakr, a quien había destronado y perseguido, que salió de noche a una casa de las afueras y a caballo huyó a refugiarse en Zaragoza, al lado de su cuñado, al-Mustaʿīn. Al-Qādir no tomó ninguna precaución y salió inerte, sin más compañía que algunas de las mujeres de su harem; y nadie, ni siquiera entre su guardia personal y los servidores de su palacio, se arriesgó a protegerlo y defenderlo.

2 Sobre este crimen y sus consecuencias, véase LÉVI-PROVENÇAL, en *Islam d'Occident*, p. 122-24.

3 IBN ʿIDĀRĪ (*Al-Bayān al-mugrib*), al copiar a IBN ʿALQAMA, se limita a decir que Ibn ʿĀḥḥāf se apropió los bienes que al-Qādir tenía en Valencia, y para nada cita el collar de la sultana Zūbayda, de cuya historia y

Si las fuentes árabes se han distinguido siempre por su abusiva exageración, como ya observaba Ibn Jaldūn, al dar las cifras de combatientes, no son menos hiperbólicas al ponderar las riquezas y tesoros de sus emires, y, en este caso, de los modestos reyezuelos de taifas. Yahya' al-Qādir, al suceder y heredar a su abuelo, el famoso y opulento al-Ma'mūn, tuvo que pagar enormes parias a Alfonso VI para ganarse su protección; y cuando estas no bastaban y se habían agotado sus recursos financieros, entregarle importantes plazas y castillos. Cuando le permitió su protector encaminarse a Valencia para reinar en ella, le prohibió llevarse oro y plata, según acredita su contemporáneo, 'Abd Allāh, rey de Granada¹. Una vez en Valencia le fue pesado mantener a Alvar Fáñez y su mesnada; y al sitiar durante tres meses al alcaide de Játiva, agotó sus recursos y tuvo que incautarse de la fortuna personal de 'Uṭmān, a quien había destronado, y luego abrumar con impuestos pesados e impopulares a sus nuevos súbditos². Para soportar el asedio de Muḍir, al año siguiente [1087], tuvo que recurrir a la fortuna de su amigo y protegido, el rico y destronado emir de Murcia, Abū-l-Ṭāhir, que se había refugiado en su corte³.

autenticidad nos ocuparemos al tratar de la condena y ejecución del cadí, ya que sirvió de pieza principal acusatoria en el proceso que le instruyó el Cid.

1 En sus *Memorias*, publicadas y traducidas por LÉVI-PROVENÇAL en los tomos III y IV de "Al-Andalus", años 1935 y 1936.

2 Cuando al-Qādir se apoderó de Valencia, introdujo en ella novedades, alteró sentencias y observó una conducta muy reprobable, tratando amistosamente con Alfonso VI, enviándole regalos y manteniendo con él correspondencia. Los habitantes de Valencia, recelando de él que pusiese a Alfonso en posesión de Valencia, lo mismo que le había puesto en posesión de Toledo, se reunieron y acordaron matarlo y poner a su frente a Ibn Yāhḥāf. Así reinó al-Qādir desde febrero-marzo del 1086 en que fue entronizado en Valencia hasta el 28 de octubre del 1092 (24 de ramadān del 485 de la Hégira), en que fue muerto.

3 Ya antes de caer Toledo en manos de Alfonso VI, cuando sus

Se dice que los asesinos, además de reservarse no sabemos qué parte de esas joyas, presentaron el resto al cadí con la cabeza del rey, que fue paseada ensartada en una pica y su cuerpo arrojado a un muladar, ignominiosamente¹. No hubo ni una voz ni un brazo que se alzase para defenderlo; el pueblo acogió con satisfacción su muerte, por considerarlo como un gran traidor a la causa musulmana, vendido a los mercenarios del Cid; tan incapaz para defender su trono como cruel y pérfido en vengarse de sus enemigos y en oprimir a sus súbditos con impuestos odiosos, destinados a pagar los gastos de la ocupación cristiana. El séquito y los servidores inmediatos de al-Qādir, demasiado ligados a los intereses de su causa, fueron los únicos en abandonar enseguida la ciudad², en la que el ambiente les era hostil, y huyeron a Yūbayla [El Puig] para acogerse al Cid, que regresaba a marchas forzadas de Zaragoza, decidido a enfrentarse con la nueva situación, creada por el asesinato de al-Qādir y la ocupación de Valencia por los almorávides³.

súbditos se sublevaron y huyó solo, todos los tesoros que no habían pasado a manos de Alfonso VI, fueron saqueados por los familiares del huido, según atestigua IBN BASSĀM en su *Dajira*, citado por LÉVI-PROVENÇAL en su *Islam d'Occident*, p. 125.

1 El cadáver del rey fue arrojado a un charco. Un hombre, de oficio comerciante, se ocupó de enterrarlo; y tapándolo con una estera vieja, lo hizo pasar por una de las puertas y le dio tierra sin mortaja (Cfr. *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, en mi traducción, p. 69). En cambio la *Primera Crónica General*, (p. 576 b) traduciendo otro texto árabe, dice que quedó su cuerpo en el sitio en que lo mataron hasta la mañana siguiente; entonces llegó un hombre muy acompañado, que tomó el cuerpo, lo puso en unas angarillas y lo cubrió con una estera vieja; lo sacó fuera de la ciudad y le hicieron una huesa en un lugar en el que aparcaban los camellós y allí lo enterraron como a cualquier hombre vil.

2 "Otros de los que eran de compañía del rey fueron para el Cid a Zaragoza et dixieronle esto que avia acaecido" (*Primera Crónica General*, p. 567 b. y 568 a).

3 Cfr. *Nuevos fragmentos*, p. 71, n. 5.

Los cristianos por su portavoz, el Cid, protestaron enérgicamente contra la sublevación, y acusaron de regicida, al cadí Ibn ʿYahhāf, y con él, a todos los valencianos, por el crimen cometido contra su señor legítimo; y juraron vengarlo, ya que lo consideraban su más fiel aliado; "y mientras él viviese, estaban seguros de ser los verdaderos dueños de Valencia"¹. En cambio, los musulmanes con el agrio y resentido Ibn Bassām, consideraron a al-Qādir como reode alta traición contra el Islam, que entregaba Toledo a Alfonso VI con la condición de ponerlo en posesión de Valencia.

Los valencianos, que lo recibieron por su señor forzados por los caballeros de Alvar Fáñez, lo consideraron un intruso, que los agobió con los impuestos necesarios para pagar a los castellanos, que, seguidos por la hez del populacho, se entregaban a las más negras violencias. Cobarde y rencoroso con los últimos miembros de la dinastía, a la que destrona, se deja vencer por el alcaide de Játiva; y criado en el harem, tan débil e impotente de cuerpo como de alma, es el juguete de las ambiciones de todos los reyes, sus vecinos.

Ibn ʿYahhāf tomó, desde entonces, aires de verdadero príncipe. Fijó sueldos a los soldados del ejército regular y a sus funcionarios; manifestó la arrogancia de los soberanos, y se rodeó de una pompa real con los ojos fijos en la feliz carrera del cadí de Sevilla, Muḥammad ibn Ismaʿīl ibn ʿAbbād; pero su pretensión era injustificada y no le secundó la suerte. Se sentaba en su consejo, rodeado de visires, alfaquies y dignatarios, teniendo ante sí a los oficiales de la corte². Si montaba a caballo, lo hacía precedido de soldados negros y de agentes, que le abrían paso, y seguido de los soldados de la milicia, mientras

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 548 a.

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 567 b; *La España del Cid*, t. I, p. 436.

las hechuras de su casa le formaban la carrera, alzando la voz con bendiciones y alabanzas¹, a lo que añade la *Primera Crónica General* que, cuando iba por la calle daban las mujeres albuérbolas², y mostraban grandes alegrías con él y salían todos a otearlo.

La vuelta del Cid

No es de extrañar que el cadí Ibn ʿYahhāf, al ver que tenía a su favor a todo el pueblo y que todos unánimemente estaban a su lado, "cresció mucho en su corazón, y empezó a desdeñar a las demás autoridades de la ciudad, que eran tan buenas como él o mejores". Dada su formación leguleya y casuística, carente de capacidad política para resolver los gravísimos problemas, que el Cid le iba a plantear, este súbito encumbramiento lo conduciría al más trágico fracaso³.

Según el mismo *al-Bayān al-Mugrib*⁴ en el mes de šaʿbān del año 485, o sea septiembre del 1092, poco antes de ser asesinado al-Qādir, fue el Cid a Zaragoza llamado por al-Mustaʿīn, que temía ser atacado por Sancho Ramírez, rey de Aragón, pero, al enterarse de la sublevación de los valencianos

¹ Según Ibn ʿIdārī, en *al-Bayān al-mugrib*, editado y traducido por LÉVI-PROVENÇAL, en "Al-Andalus", t. III, fasc. I, p. 111 del texto y 130 de la traducción; y mis *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, p. 69-70.

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 567 b. O sea los melodiosos gritos de "lu, lu, lu... que las mujeres musulmanas deslizan en sus cantos y en sus fiestas" (*La España del Cid*, t. I, p. 436).

³ Pero nunca llegó a usar oficialmente el título de rey; era solamente el presidente del gobierno municipal, a imitación de lo hecho por Ibn Ḥamdīn en Córdoba y por Ibn ʿAbbād en Sevilla.

⁴ *Al-Bayān al-mugrib*, traducido por LÉVI-PROVENÇAL para su artículo sobre la toma de Valencia, p. 204, en *Islam d'Occident*.

contra al-Qādir, emprendió en el mes de octubre la vuelta con tanta rapidez que, según la *Primera Crónica General*¹, cuando llegó a Yubayla [El Puig] notaba por toda provisión más que cuatro panes. La *Historia Roderici*, después de asegurar que el Cid estuvo mucho tiempo en Zaragoza, nos informa que en su regreso, recogió las vendimias en todos los lugares que no estaban sometidos a al-Musta'in².

Se ha creído que en Yubayla [El Puig] se presentaron al Cid los principales representantes del partido español o mudéjar, pidiéndole venganza y prometiendo obedecerle y seguirle a muerte y vida³. Pero la *Primera Crónica General* nos aclara⁴ que no había tal partido, y que los que huyeron de Valencia con el destacamento, allí dejado por el Cid, eran los sirvientes y los eunucos y la otra compañía del séquito de al-Qādir, parte de los cuales se quedaron en Yubayla [El Puig] mientras otros continuaron hasta Zaragoza para informar al Cid de lo ocurrido y ponerse a su servicio con todos los que formaban el séquito de al-Qādir.

El pago de parias

Menéndez Pidal ha creído que el primer asedio de Valencia duró desde noviembre del 1092 hasta julio del 1093, y que sólo entonces se retiró el destacamento almorávid, que formaba parte de su guarnición y rechaza la fecha del martes, cuatro día de abril del 1093, indicada por Ibn 'Alqama, sin admitir que en esa fecha se había llegado al acuerdo de

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 568 a.

2 Cfr. *Historia Roderici*, p. 955 de la edición MENÉNDEZ PIDAL.

3 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 437.

4 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 567.

hacerlo salir. En contra de ese cálculo, que eleva a casi once meses el primer asedio, tenemos el testimonio de Ibn 'Alqama, transcrito por Ibn 'Idārī en su *Bayān*¹ según el cual, "[poco después] de arrasar la huerta valenciana, concibió el Cid la esperanza de expulsar a los almorávides de Valencia".

Por otra parte, al demostrarse la ineficacia de la colaboración ofrecida desde Murcia por Ibn 'Alqama y retrasarse tanto el envío de tropas de socorro pedidas con insistencia a Yūsuf b. Tašfīn, fue también lógico, aunque muy penoso, que tanto el cadí, como el pueblo valenciano, al verse acosados por las algaradas de la mesnada del Cid, que arrasaba diariamente la huerta y causaba graves pérdidas a la guarnición de la ciudad, pensasen que, para evitar mayores males, no había más remedio que someterse a pagar parias² al Cid y hacer que los escasos almorávides, tan inútiles como costosos, se retirasen; y así lograr la ansiada paz. En esta decisión forzada por la necesidad y por la carencia de medios para resistir, animó al cadí y hasta lo ofuscó la hábil diplomacia del Cid, que le ofreció reconocerlo como rey y señor de Valencia, si renunciaba a entregar la ciudad a los almorávides.

Estas parias y esta suspensión de las hostilidades duraron toda la primavera y hasta mediados del verano del 1093³, sin más algaradas y saqueos que los emprendidos contra el arraez de Alcira, por no querer adherirse al pacto y las treguas que firmaron con el Cid el cadí y los alcaides de Játiva y Corbera. Pero entretanto los valencianos, impulsados

1 Cfr. IBN 'IDĀRĪ, *al-Bayān al-muḡrib*, p. 112 del texto y 132 de la traducción, tantas veces citada, del t. XIII, fasc. I, de "Al-Andalus".

2 Mil maravedís al mes, como los pagaba al-Qādir a Alfonso VI. Se le entregó, además, el valor del trigo que dejó en los alfolís de la ciudad, antes de la revolución.

3 Según MENÉNDEZ PIDAL (*La España del Cid*, t. I, p. 449), duró el primer asedio hasta julio del 1093.

por el partido almoravidista de los Banū Wāḡib, pidieron insistentemente por escrito a Yūsuf ibn Tašfīn que viniese a liberarlos del yugo cristiano, y se decidieron a enviarle los recursos pecuniarios que esta empresa requería¹.

La *Historia Roderici* aprovecha bien este vacío histórico para recurrir a sus citas epistolares y rellenarlo con sus invenciones literarias, que el autor de *La España del Cid* toma como fuente fidedigna y no vacila en aceptar su versión para hacernos creer en el desafío que el Cid lanza a Yūsuf ibn Tašfīn, sin tener en cuenta las treguas y el pago de las parias firmado por el cadí con el asentimiento del pueblo valenciano. Le acusa de cobardía; y sin tener en cuenta Zallaqa y la sumisión de todo el Sur peninsular al poder almorávide, lo trata como al más incapaz de los reyes de taifas y se dispone a entablar con él una batalla campal. Pasa por alto los acuerdos firmados por el cadí y los alcaides de Játiva y Corbera, y por su cuenta da un plazo de un mes para esperar que el ejército almorávid llegue ante Valencia.

Se ha creído que el oportunista Ibn Ḥaḡḡāf, al ver fraguarse la tormenta con las protestas de los partidarios de los almorávides, cometió la raposería de buscar su salvación, vendiendo al Cid el favor de echar de Valencia a sus incapaces y molestos colaboradores², pero las fuentes musulmanas aseguran que fue el Campeador el que concibió la esperanza de expulsar de Valencia a los almorávides, al enterarse de que Ibn Ḥaḡḡāf empezaba a considerarlos

1 Tan inaceptable cronológicamente es que el destacamento almorávid se retirase de Valencia en el mes de julio del 1093, como la carta que poco antes dirige Yūsuf al Cid prohibiéndole entrar en tierra de Valencia.

2 *La España del Cid*, p. 443, citando a la *Primera Crónica General* (p. 569), la *Crónica Particular del Cid* y la *Crónica de 1344*.

como carga inútil, y sólo entonces le sugirió expulsarlos, proponiéndole que le dejaría ejercer personalmente el poder, y que él estaría a su lado, como poco antes había estado al de al-Qādir; que protegería su territorio y que combatiría por defenderlo¹. Pero estas ideas del Campeador y estas negociaciones con el cadí no eran compartidas por el pueblo valenciano, que, al verse en situación tan crítica, decidió acceder a las demandas de Ibn Ḥaḡḡāf y enviar todos los recursos disponibles, incluso los incautados del tesoro de al-Qādir, para contribuir a la formación del gran ejército, que debía liberarlos.

1 Cfr. *Al-Bayān al-mugrib*, en mi traducción de *Fragmentos inéditos almorávides y almohades*, p. 71-2. Ante el peligro que para su empresa suponía la llegada de los almorávides y su entrada en Valencia, se olvidó de los juramentos y de las amenazas proferidas.

6. EL PRIMER ASEDIO CIDIANO DE VALENCIA

La presencia del Cid

El cadí ni quiso ni pudo oponerse a esta iniciativa, que era la única capaz de ofrecer razonables probabilidades de éxito; propuso como emisarios a varios de los Banū Wāyib, decididos partidarios de los almorávides, y al visir Ibn al-Faraḡ, a quien sacó de la cárcel, en que había sido encerrado, al ser asesinado su señor, al-Qādir. Fracasa este intento por la traición de Ibn al-Faraḡ, que no olvidó su fidelidad a al-Qādir y su incondicional sumisión al Cid. Una vez fortificada y bien provista la fortaleza de Yūbayla [El Puig]¹, traslada el Cid, en la primavera del 1093, su campamento a Mestalla, toma el arrabal de Villanueva y luego el de Alcudia, para emprender en toda regla el cerco de Valencia. Sólo entonces, al ver su situación desesperada, deciden los valencianos expulsar a los almorávides y pactar con el Campeador para evitar sus atropellos, mientras esperan la llegada del ejército de Yūsuf, que anulará ese convenio provisional, por el que se comprometen, de momento, a devolver el pan que pertenecía al Cid, y a pagar mil dinares mensuales con sus atrasos, o sea a renovar el acuerdo celebrado con al-Qādir

1 Nueva contradicción entre la *Primera Crónica General* (p. 569), al asegurar que la tenía cercada de guisa que no entraba ni salía nadie del castillo hasta rendirlo más tarde y almacenar en él todas las presas que se hacían en la huerta de Valencia, y el testimonio de la *Historia Roderici* (p. 956 de la edición MENÉNDEZ PIDAL), según el cual, la atacó fuertemente por todas partes y en seguida la tomó y la transformó en una villa bien fortificada antes de acampar ante Valencia y apoderarse de los arrabales de Villanueva y Alcudia.

Fantasías de la *Historia Roderici*

La *Historia Roderici*, llevada por su conocida afición a redactar cartas y comunicados, asegura sin ninguna prueba que Yūsuf, al recibir las angustiosas peticiones de los valencianos, escribió a Rodrigo una carta, en la que le mandaba que de ninguna manera se atreviese a entrar en tierras valencianas; carta vacua e inútil, que encendió en ira al Cid, y a la que contestó despreciativamente; y por si esto no bastase a nuestro epistolar autor, le hace comunicar a todas las postades y caudillos de al-Andalus que Yūsuf, por temerle, no se atrevía a pasar el Estrecho y llegar ante Valencia¹.

Ya puesto a redactar cartas y comunicados, nos transcribe esta fuente las palabras textuales con que el Cid da treguas a los valencianos hasta el mes de agosto del 1093 y les ordena que sirvan a Yūsuf, si lo vence y lo echa de sus tierras; y que, si no lo consigue, le sirvan a él y sean suyos. Sabe además, o lo supone, que los valencianos aceptan complacidos esta declaración tan innecesaria del Cid; vuelven a escribir a Yūsuf y a los caudillos de sus ejércitos en demanda de socorro, y les notifican que, si no piensan o no quieren venir hasta el mes de agosto, se pondrán en manos de Rodrigo y le servirán en todo.

La *Historia Roderici*², al creer que los musulmanes valencianos acosados por el Cid piden auxilio a Yūsuf ibn Tašfīn, se decide a redactar las cartas que se cruzan entre ambos, sin que sepamos cómo y

1 El Cid, que necesitó tres años para implantar su protectorado en Levante, sabía, mejor que el autor de la *Historia Roderici*, que el único obstáculo serio ante la empresa que ha iniciado con tanto valor y tan pocos medios, estaba en que los almorávides de Yūsuf llegasen a entrar en la bien fortificada Valencia, y desde ella con sus numerosas fuerzas le obligasen a renunciar a sus planes de conquista. Y por ello estaba muy lejos de acusar a Yūsuf de cobardía por no atreverse a luchar con él.

2 Cfr. *Historia Roderici*, p. 957.

por quién obtuvo la traducción de esas cartas, escritas en árabe, a nombre del Emir almorávid. Sin tener en cuenta la preocupación y el temor con que esa venida obsesionaba al Cid, le hace desafiarlo y acusarle de cobardía por no atreverse a aceptar una batalla campal¹. Y por si este olvido de una realidad tan conocida fuera poco, incurre en el despropósito de ignorar que los valencianos se habían sometido unánimemente² y cumplían el nuevo pacto de sumisión firmado por la autoridad suprema de su cadí Ibn Yāḥḥāf, hace que se les de un mes de treguas, en agosto del 1093, cuando no había lucha.

Expediciones cidianas

Aprovechando esa tregua imaginaria, y como todavía, según la misma fuente, tardaría en llegar el ejército de socorro, da al Cid tiempo y vagar, ya que Valencia quedaba sumisa y en paz, para ir con su ejército a Peña Cadiella y razziar toda la zona de Villena, que estaba ya sometida a los almorávides de Ibn Ḍā'īša. Esta incursión, si es cierta, tuvo que emprenderse entre los meses de mayo y junio, pues por esas fechas, al no querer el alcaide de Alcira Ibn Maymūn adherirse al pacto que acababa de ser suscrito por el cadí y por los alcaides de Játiva y Corbera, salió de Yubayla [El Puig] contoda su hueste, acampó cerca de Alcira e hizo segar todos los trigos para llevarlos a Yubayla³.

1 A la contradicción de dar treguas a quienes están sometidos y cumplen el pacto estipulado, se une la absurda cortedad del plazo de un mes que se da a Yūsuf para que llegue ante Valencia con un ejército inmenso, que venza al Cid y lo arroje de Levante.

2 Ya en la primavera de ese año 1093, como acabamos de ver.

3 *La España del Cid* (p. 445-447) vuelve a incurrir en el error cronológico de prolongar ocho meses, hasta junio del 1093, el asedio de Yubayla (El Puig); y sólo entonces señala la ocupación de los arrabales de Villa-

Como esta algarada se haría en el mes de junio, fecha apropiada para la siega de cereales en la vega valenciana, no vemos posibilidad de aplazarla para su inmediata y súbita coincidencia con la algarada por sorpresa a Albarracín en el mes de agosto. Parece más razonable adelantarla a fines de junio o principios de julio, cuando aún no se habían segado las mieses en las tierras altas de Albarracín, y por ello solo se pudo hacer botín de ganados y cautivos y no de mieses.

Conocido es el episodio de la herida que sufrió el Cid, al recorrer aquellos abruptos riscos casi solo y ser agredido por un grupo de enemigos. No es verdad que esa expedición durase tres meses¹, y menos aún que la herida, casi mortal, tardase otros tantos en curarse, plazo que alguna Crónica reduce a tres semanas². Al difundirse en Valencia la noticia de que el ejército almorávid de socorro se había puesto en marcha, el cadí pidió al Cid que regresase inmediatamente de Albarracín porque empezaba a agitarse la plebe, que acaudillada por los Banū Wāyib, esperaba verse pronto liberada³.

nueva y Alcudia, en el mes de julio, con un retraso inaceptable de diez meses.

1 Aunque tanto la *Historia Roderici* como las tres Crónicas que tratan por extenso de este episodio con muy escasa veracidad histórica, señalan los meses de agosto, septiembre y octubre para la estancia del Cid en la serranía de Albarracín, la realidad es que ya a principios de septiembre tuvo que regresar el Cid a Yubayla (El Puig) para hacer frente a la inminente llegada del ejército almorávid.

2 Cfr. *Primera Crónica General* (p. 573) que la *Crónica Particular* corrige "e duró tres semanas en sanar".

3 Por fiarse demasiado en la cronología, tanto de las tres Crónicas como de la *Historia Roderici*, se ha alargado el episodio de la algarada de Albarracín y la herida del Cid hasta tres meses, y se le ha añadido la fortificación del paso por el valle del Guadalaviar con el castillo del estrecho de Villel, cuyo recuerdo perdura en la Peña del Cid. Todas estas empresas más o menos reales, fuerzan a prolongar la ausencia del

Los valencianos piden ayuda a Yūsuf

Al volver a Yūbayla [El Puig] reunió el Cid al cadí y a los dos alcaides conjurados, quienes confirmaron su fidelidad al pacto, y acordaron escribir al caudillo del ejército esperado y avisarle que el Cid había comprometido al rey de Aragón, Sancho, para luchar a su lado¹. Le aconsejaban que se apercibiese bien, pues, si llegaba ante Valencia, tendría que enfrentarse contra 8.000 caballeros cristianos cubiertos de hierro, que eran los mejores del mundo, si se atrevía a enfrentarse con ellos; de lo contrario, que no viniese y que pensase lo que quería hacer².

Una vez expedida la carta, recurrió el Cid a su habitual manera de combinar el valor y la estrategia con la diplomacia, y pidió al cadí que le permitiese descansar unos días en la famosa almunia de ʿAbd al-ʿAzīz con un pequeño séquito, mientras el grueso de su mesnada acampaba en Rayosa, el arrabal mozárabe, al sur de la ciudad. Esta petición la hacía, no por capricho para deportarse, sino para que los almorávides, al saberlo, creyesen que todos los valencianos preferían tenerlo cerca y apoyarse en él. El Cid mandó hacer en esa residencia de placer las reformas que su seguridad personal exigía; y el cadí que había accedido a su petición, preparó con todo esmero la estancia, pero el Cid que sólo quería ver

Campeador hasta fines de octubre del 1093; lo cual está en manifiesta contradicción con el hecho confirmado de que el segundo asedio duró nueve meses lunares; y como sabemos que terminó el 15 de junio, tuvo forzosamente que empezar a mediados de septiembre y no en noviembre, como se afirma en *La España del Cid* (t. I, p. 458).

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 573 a.

² "Et enbio dezir a Ibn Yāḥḥāf que les enviase decir que non viniessen, ca si en la villa entrassen, quitarle hyan el poder que havia de ser sennor; e que mejor le era de ser ende sennor" (*Crónica Particular*, p. 147 b y 148 a).

cómo reaccionaba el pueblo de Valencia ante aquella pretensión, se abstuvo de presentarse en el momento convenido; y al anochecer, se limitó a enviar quien lo excusase, por sus muchas ocupaciones. Grande fue el revuelo y las protestas de todo el pueblo fomentadas por los Banū Wāyib, pero nadie se atrevió, por temor al Cid, a pasar de las palabras a los hechos.

El Cid ocupa Villanueva y se prepara para la lucha

Transcurrieron bastantes días, y los almorávides no acababan de llegar; un día se aseguraba "helos aquí que vienen"; y otro día se decía "ya vienen". Cesaron las protestas de los valencianos por la concesión de la almunia, y entonces llegó de improviso el Cid y la ocupó, así como todo el arrabal de Villanueva, en que está enclavada.

El Cid había tenido tres años para implantar su protectorado en Levante y apoderarse del Puig, cuando se anunció en el verano de 1093 la llegada del primer ejército almorávid que debía liberarla. Venía mandado por Abū Bakr b. Ibrāhīm b. Tašfīn, sobrino de Yūsuf². Hubo dos emires Tašfīnes, con los cuales estuvo casada una sahariana, cuyo nombre no conocemos. De uno de ellos tuvo a su hijo Yūsuf, el príncipe de los musulmanes; y del otro Tašfīn, con quien no sabemos si estuvo casada antes o después, otro hijo llamado Ibrāhīm, hermano uterino, por lo tanto de Yūsuf b. Tašfīn. Este Ibrāhīm fue el padre de los príncipes Abū ʿAbd Allāh Muḥammad y Abū Bakr, quienes al mando de los dos ejércitos, que intentaron liberar a Valencia del asedio del Cid, fracasaron, el

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 573 b, al final.

² Es el Bukar de las crónicas cristianas, a quien, por desconocer su genealogía, se ha hecho cuñado de ʿAlī, el hijo, sucesor de Yūsuf.

uno en Almusafes-Alcira; y el otro, en Cuarte de Poble. El Cid, por conocer el poder almorávid y sus conquistas en el Sur y el Oeste de la Península, temía mucho, y con razón, el verse en la necesidad de enfrentarse con el ejército enviado por Yūsuf y tener su retaguardia expuesta a una salida de los valencianos. Para evitar a toda costa tan grave peligro, reconoció al cadí Ibn ʿĪṣḥāf, le ofreció el apoyo más eficaz y le perdonó su rebelión. Pactó también con los alcaides de Corbera y de Játiva, y logró de los tres con su hábil diplomacia que escribiesen al jefe del ejército almorávid, Abū Bakr b. Ibrāhīm b. Tašfīn que viniese bien preparado para luchar con la aguerrida mesnada del Cid, que elevaban a 8.000 caballeros, los mejores combatientes del mundo¹.

La fracasada ayuda almorávid en Almusafes

El ejército almorávid estaba ya en Lorca y se dirigía por Murcia a Játiva, donde fue reforzado por los voluntarios y las guarniciones de al-Andalus, mientras el Cid plantaba sus tiendas en el arrabal de Rayosa, los valencianos constituían al cadí Ibn Yahhaf y se preparaban a colaborar con los atacantes en el exterminio de los castellanos². Pero todo este aparato agresor y su peligro se desvanecieron como por ensalmo, al retirarse los almorávides sin combate, cuando sus avanzadas habían llegado ya a Almusafes y las hogueras de su campamento se percibían desde Valencia.

¹ Cfr. *Nuevos fragmentos almorávides y almohades del Bayān al-mugrib* (p. 76 y nota 1), por A. HUICI, en *Textos Medievales*, núm. 8; y LÉVI-PROVENÇAL, *La prise de Valence par le Cid*, en *Islam d'Occident*, p. 211.

² "Habían acordado de cuando legassen los almorávides et oviessen fazienda con el Cid, que saliessen ellos et robassen las tiendas et todas las posadas del Cid" (*Primera Crónica General*, p. 274 b).

Después de tantos preparativos, y a pesar de las órdenes de Yūsuf y del prestigio adquirido contra los reinos de taifas, su sobrino, Abū Bakr se retiró sin presentar batalla, y dejó abandonados a los valencianos, que aún tardarían otro año en esperar a sus libertadores, para volver a perder las esperanzas de socorro.

El efecto psicológico de la carta de Ibn ʿĪṣḥāf y los alcaides de Játiva y Corbera, las maniobras del Cid para aceptar el encuentro en las mejores condiciones de éxito, la tormenta aparatosa del otoño, la amañada razón de falta de víveres y la enfermedad, varias veces alegada, de su caudillo, y sobre todo el no confesado prestigio del Cid sirvieron de excusa y justificación a la retirada de aquel ejército, que demostró entonces e iba a confirmar luego en Cuarte, su inferioridad combativa frente a una mesnada aguerrida, mandada por un caudillo tan genial en sus disposiciones de combate y tan valeroso como el Cid.

Tras esta ofensiva psicológica, en vista de la información sobre el número de los soldados almorávides y del estado de ánimo de los valencianos, que sólo esperaban el momento propicio para lanzarse contra el campamento castellano, meditó si debía esperarlos y afrontar el encuentro frontal o retirarse, pero acabó por decidirse con su férrea energía a mantener su línea y tomar las disposiciones tácticas, que unidas a su valor y a la disciplina de sus soldados le hacían superar siempre las mayores dificultades. Cortó los puentes, inundó la vega con el agua de las acequias para ofrecer al enemigo un frente más estrecho¹, y con su habitual previsión dividió sus fuerzas en dos columnas, una que iniciase el choque frontal; y otra que, siguiendo su táctica favorita, que tan eficaz

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, edic. MENÉNDEZ PIDAL, t. II, p. 573 a. Además de amedrentarlo con ese excesivo número de caballeros cubiertos de hierro, le avisaban que el Cid "avie postura con el rey don Ramiro de Aragón quel ayudasse".

le fue en Tévar y le será luego en Cuarte, atacase de costado al enemigo y provocase su desbandada. La formación y la marcha del ejército almorávid eran tan lentas y dificultosas como en las anteriores travesías del Estrecho, y dieron tiempo al Cid para mantener treguas con los valencianos por todo el mes de agosto, avituallar a Peña Cadiella, y devastar los dominios del señor de Albarracín, que se había negado a pagar las parias.

Se ha creído ver en las derrotas que inflige a los almorávides el milagro cidiano, con lo cual se renuncia a toda explicación. El ejército cristiano con una caballería enlorigada, de mucho más poder combativo que el musulmán y consciente de su superioridad, tras un siglo de continuadas victorias, atacaba y vencía a fuerzas mucho más numerosas, y su ardor se acrecía, cuando llevaba a su frente a un caudillo tan heroico y a un estratega tan inspirado como el Cid. El único peligro para un ejército de esta calidad era el verse envuelto por las alas, dado su reducido número, y el dejarse dominar por el pánico, al ser atacado por la espalda. Alfonso VI no se dio cuenta de ello; y además, tras ser derrotado y herido en Zallaqa no volvió, durante diez años, a entrar en batalla con sus tropas hasta ser derrotado en Consuegra y encerrarse en su castillo para no ser copado.

La lentitud con que se preparan las expediciones para someter a los reyes de taifas y la enorme distancia que las abigarradas tropas musulmanas tenían que recorrer, dificultaban y hacían casi imposible frenar los avances del Cid en Levante. Ya el año 1082 el emir de Málaga pedía socorro a Yūsuf b. Tašfīn contra su hermano el rey de Granada; el verano siguiente 1083, al-Muṭtamid de Sevilla y al-Mutawakkil de Badajoz piden también socorro, pero pasan dos años antes de que caiga Toledo en poder de Alfonso VI, el 25 de mayo del 1085; y sólo al año siguiente llegaba Yūsuf a al-Andalus y triunfaba en Zallaqa, el 23 de octubre de 1086. Regresa a Marruecos y deja pasar otros dos años antes de acudir al sitio

de Aledo. En 1090 vuelve por tercera vez a la Península para destronar al rey de Granada y pasar de nuevo a Marruecos para organizar desde Ceuta, al año siguiente (1091), la ocupación de los restantes reinos de taifas por medio de sus generales destacados en Andalucía. Marrākuš está a unos mil quinientos kilómetros de Badajoz y a otros tantos de Valencia, mientras que Alfonso VI, que sitiaba a Zaragoza, cuando se enteró del paso de los almorávides por el Estrecho, pudo movilizar y presentarse ante las puertas de Badajoz en un plazo de ocho semanas¹.

El Cid prepara la batalla

Por fin se recibió el aviso de que la hueste almorávid estaba ya en Lorca, que se encaminaba a Murcia, y que, si se había retrasado tanto, era por la enfermedad que padecía su caudillo y que ahora, al haberse repuesto, venían con toda la prisa que podían. Esto bastó para que, tanto los Banū Wāṣib², como las demás autoridades y todo el pueblo, se sublevaran. Se rompió el pacto, se obligó al cadí a dimitir y se ocuparon los muros para la defensa. Los almorávides habían ya llegado a Játiva, y el Cid se retiró de la Villanueva a Rayosa para reunirse con su tropa.

¹ Véase sobre el mismo tema *Las Grandes Batallas de la Reconquista*, p. 11.

² Los Banū Wāṣib, que tanto intervinieron en la vida intelectual y política de la Valencia medieval musulmana, figuraron primero, al lado de los Banū Ḥāḥḥāf, cuando se trató de llamar a los almorávides contra el Cid Campeador, pero muy pronto quedaron relegados a segundo término, al tratarse de confiar o no en el socorro de los africanos, como propugnaban los Banū Wāṣib o resignarse a pactar con el Cid e incluso rendírsele, al agotarse su capacidad de resistencia, como querían el cadí Ibn Ḥāḥḥāf y la mayoría de los valencianos (véase la genealogía y hechos de ambas familias por J. RIBERA TARRAGÓ, en *Disertaciones y Opúsculos*, p. 214 a 227).

Se dice que dudó un momento en enfrentarse con el nuevo enemigo muy numeroso, y más ante el peligro que para su retaguardia suponía la inevitable salida de los sitiados, que asaltarían su campamento si los almorávides se lanzaban al combate; pero pronto, dado su carácter, se decidió a prepararse para el encuentro campal. Como siempre en los casos mas difíciles, unió a su probado valor una acertada previsión estratégica; hizo derribar los puentes de las acequias, e inundó la vega, como hemos visto, para no dejar más que un paso estrecho por donde avanzase el enemigo¹. Ignoramos cómo estaban entonces repartidos esos puentes y esas acequias, e incluso qué brazos tenía el río, pues por lo menos uno, el de Roterós, que bajaba hasta la Boatella, fue, no sabemos en qué fecha, cegado y quedó seco².

La alegría de los valencianos se desbordó, al saber que la hueste libertadora estaba ya en Alcira, y subieron todos a las torres para otearlos y ver la lumbre y las hogueras que hacían, cuando acamparon en la torre de Racer, junto a Almusafes, dispuestos, según habían acordado, no a luchar, sino a robar las tiendas y el campamento del Cid, en cuanto se entablase la batalla.

Debía ser a principios de septiembre; y si es verdad que, como siempre ha ocurrido en esa zona costera, al llegar el otoño, descargó sobre el campamento almorávid una fuerte turbonada, les sirvió, por lo menos, de excusa para levantar el campo y retirarse despavoridos. Al amanecer y no verse las enseñas almorávides ni conjeturar donde acamparían, el desaliento en la ciudad fue completo, y más al saber a media mañana que habían acordado retirarse³.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 574 b.

2 No tenemos datos para fijar la topografía de los caminos y acequias que cruzaban la huerta de Valencia.

3 "Tuviéronse por muertos. y andaban cual si fuesen ebrios, sin

La cronología del primer asedio y de la batalla

Se ha creído, con una cronología mal fundada, que la pseudo-batalla de Almusafes tuvo lugar en noviembre del 1093, pero los sucesos que acabamos de relatar no tuvieron por eje la falsa tregua de agosto de ese año y el *Cantar* nos lo viene a confirmar, al asegurar que el segundo asedio, que siguió a la ruptura de la tregua y a la retirada de los almorávides, duró nueve meses cumplidos; y como consta que la rendición de la ciudad fue a mediados de junio del 1094, es evidente que comenzó a mediados de septiembre del 1093, y que en esa primera quincena tuvo lugar la retirada de los almorávides y el comienzo del segundo asedio. Resulta, además, inaceptable el plazo del mes de agosto, no solo por ser una ficción de la *Historia Roderici*, sino además por los muchos sucesos que no pudieron tener lugar, como hemos visto, en los pocos días de la primera quincena de septiembre del 1093.

Seducido por las novedades con que la fantasía del autor de la *Historia Roderici* engalana su relato, Menéndez Pidal¹ acepta como auténtica la prolongación del primer asedio hasta julio del 1093 y el compromiso de hacer las paces y pagar parias e indemnizar al Cid por el despojo del trigo, que había dejado en los alfolíes de la ciudad. Esto, además de ir contra el testimonio de *al-Bayān al-Mugrib*², según el

entenderse el uno al otro; sus rostros ennegrecieron como la pez y perdieron la memoria, así como el que cae en las ondas del mar", "oían aterradoras, como relámpagos y truenos, las amenazas de los cristianos que se llegaban a los muros de la ciudad para gritarles la huida de los almorávides y demostrarles el perjurio de haver roto la capitulación". "Falsos traidores renegados, dad la villa al Cid Ruy Diaz, que no podéis escapar con ella."

1 Cfr. *La España del Cid*, p. 448.

2 Cfr. *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, p. 71.

cual "[poco después] de atacar la caballería cristiana al destacamento valenciano-almorávid de los trescientos jinetes de que disponía el cadí Ibn ʿĀḥḥāf, concibió el Cid la esperanza de expulsarlos", y como por otra parte Ibn ʿĀḥḥāf se había convencido de que eran una carga tan penosa como inútil, se percataron ambos de la necesidad de poner término a una lucha tan agria, que duraba ya varios meses.

La *Crónica de Veinte Reyes*, citada y rechazada por Menéndez Pidal¹, puntualiza, basada en una fuente árabe [probablemente Ibn ʿAlqama], que el destacamento almorávid salió de Valencia el martes cuatro de rabīʿ primero del año 486 [6 de abril del 1093], o sea a los seis meses aproximadamente de sufrir diariamente, mañana y tarde, las devastadoras incursiones de la mesnada del Cid y de convencerse de su incapacidad para cortarlas. En esos meses, y no mucho más tarde, como quiere Menéndez Pidal, el Cid, para mejor dirigir la campaña, trasladó su campamento a los arrabales de Valencia y se apoderó de Villanueva y de Alcudia, con lo cual se vieron los valencianos obligados a pedir la paz y someterse a pagar parias e indemnizar el valor del trigo, que el Cid tenía en los alfolíes de la ciudad y que había sido saqueado, a raíz de la revolución.

Una nueva prueba de que el primer asedio sólo fue de cuatro o cinco meses, la tenemos bien claramente comprobada en el examen y el estudio de las fuentes, que nos la exponen. Tuvo forzosamente que ser más corto y mucho menos duro que el segundo, y no se caracterizó por el hambre y los suplicios, que dieron lugar a la rendición final. Si el primero hubiese durado diez meses, desde principios de noviembre del 1092 hasta julio del 1093, o sea un mes más que el segundo², sus consecuencias ha-

1 Cfr. *La España del Cid*, p. 449, núm. 3.

2 Como quiere MENÉNDEZ PIDAL, en su *España del Cid*, p. 437 a 449.

brían sido mucho más trágicas. Y todas las fuentes, tanto las musulmanas como las cristianas, no aluden, ni pueden aludir, al hambre y los suplicios, que nos ofrecen en un cuadro tan vivo y tan recargado de sufrimientos, al exponernos el segundo.

Valoración de los almorávides por el Cid

Si el retraso en pedir la tregua y capitular es inaceptable cronológicamente, aún es más absurdo el desafío del Cid a Yūsuf, así como la apócrifa carta de éste al Campeador, y la contestación que se le atribuye, tan contraria a su pensamiento y a sus planes de campaña, basados en la realidad y en la enorme diferencia de medios de que disponían los dos beligerantes.

La prueba más evidente de lo que pensaba y temía el Cid, acerca de los almorávides, la tenemos en su mudable conducta y tratos con el cadí Ibn ʿĀḥḥāf. Cuando éste de acuerdo con las demás autoridades de Valencia buscó la colaboración de Ibn ʿĀʾīša, gobernador almorávid de Murcia, para asesinar a al-Qādir, protegido de Alfonso VI, Rodrigo, al saberlo y ver que un pequeño grupo de almorávides había entrado ya en Valencia, regresó rápidamente de Zaragoza y juró solemnemente no levantar el cerco de la ciudad hasta vengar con la muerte del cadí su regicidio. Le escribió indignado, como hemos visto, echándole encara su fea acción de matar a su rey en ramadán [el mes de ayuno y penitencia]¹, jurando con los más graves y solemnes acentos, que no levantaría el asedio de Valencia hasta tomarla y haber hecho al cadí expiar su crimen. Pero a los pocos

1 "Et que cumpliera su ayuno con buen sacrificio, que fiziera en matar su sennor et echar su cabeça en la laguna et el cuerpo en el muradal et soterrarle de guisa quel soterraron" (*Primera Crónica General*, p. 568 a).

meses, al ver la imposibilidad de tomar por asalto la ciudad, y que era inminente la intervención del ejército almorávid, se puso en contacto con el cadí, lo indujo a expulsar al destacamento, tan costoso como inútil, que ocupaba la ciudad, y con la mayor sutileza le animó a prescindir de la soberanía de Yūsuf Ibn Tašfin, bajo cuya invocación se había dado aquel golpe de Estado¹. Olvidó todo lo pasado y, halagando su ambición y sus ansias de poder, le prometió su sincero apoyo para defenderlo contra todos sus enemigos y asegurar su trono con las mismas garantías de fidelidad que había ofrecido a al-Qadir. El cadí, seducido con estas promesas y enemigo, por su carácter y formación jurídica, de luchas armadas, aceptó tan seductora propuesta y la hubiera mantenido sin la sublevación de los valencianos, que le obligaron a dimitir, al ver llegar al ejército de socorro.

Repuesto en el poder, volvió, al sufrir los rigores del segundo asedio, a recurrir al Cid para someterse a pagar parias; y, seducido por el trato que, como a rey, éste le daba, hubiera seguido en el gobierno nominal de Valencia, sin que se permitiese recordar la acusación de regicidio². Después del largo y sangriento asedio, al firmarse el pacto de rendición, volvió el Cid a reconocerlo, y aceptó el compromiso de que fuese poderoso en la villa, así como estaba antes³.

1 "Et el Cid punnana quanto podíe por los almorávides sacar de Valencia, et quando sopó que estava mal Ibn Yāḥḥāf con ellos et con los fijos de Abū Wāyib, et que avíe entrellos gran desabenhencia, buscó manera por o oviesse su amor con el en su poridad" (*Primera Crónica General*, p. 559 b).

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 472 a, 484.

3 Cfr. *Nuevos fragmentos almorávides de al-Bayān al-mugrib*, p. 73.

Las negociaciones del Cid con Ibn Yāḥḥāf

Estudiados así los hechos y su correlación, se deduce claramente que la estancia del Cid en Zaragoza, no fue para ponerse de acuerdo con al-Mustaʿīn en una alianza contra los almorávides¹, por constar que, incluso bastantes años después, las relaciones de Yūsuf con el rey de Zaragoza eran muy cordiales, como se demostró al ser proclamado ʿAlī heredero del trono almorávid. De todos modos, le sorprendió la noticia de haber estallado la revolución en Valencia y alarmado se puso en seguida en marcha con su gente sin pensar en aprovisionarse. En el camino se enteró de que los almorávides habían entrado en la ciudad, y de que al-Qādir había sido asesinado. A marchas forzadas llegó ante Yubayla, a la que puso inmediatamente cerco² y escribió a Ibn Yāḥḥāf la cartaya citada, en la que le echaba en cara su regicidio y le pedía la devolución del trigo de su propiedad, que había dejado en los alfolíes o graneros de Valencia.

El cadí Ibn Yāḥḥāf le respondió, dentro de la más estricta legalidad islámica que la ciudad era ahora del Emir de los musulmanes, Yūsuf, y que no era él sino los almorávides los que habían saqueado sus graneros. El Campeador le replicó con una carta en la

1 Se ha exagerado mucho la preocupación que se atribuye a los reyes de Zaragoza y a las gestiones que hacían con el Cid para conjurarla. Ya hemos visto que las relaciones entre los Banū Hūd y Yūsuf ibn Tašfin fueron muy cordiales, y que sólo treinta años después de destituir a los reyes de Granada y Sevilla y nueve de haber reconquistado Valencia, fueron los mismos zaragozanos los que llamaron al segundo gobernador almorávid de Valencia para abrirle sus puertas, al destronar a ʿImād al-Dawla, el último de los Banū Hūd, en 1110.

2 La *Historia Roderici* (cap. 54, p. 956) afirma que al ponerle cerco, se rindió inmediatamente. La *Primera Crónica General* (p. 569-570) alega que tardó unos meses en rendirse, para no parecer que se entregaba sin lucha.

que le juraba con sus más solemnes juramentos, que no había de moverse de delante de Valencia hasta cogerlo preso y vengar en su persona la muerte de al-Qādir. Su primera medida fue arrasar la huerta valenciana y en especial las propiedades particulares del cadí, al mismo tiempo que exigía a todos los castillos de la zona el abastecimiento de víveres a su hueste. Todos obedecieron por temor a su crueldad, ya que, dos veces al día lanzaba sus escuadrones de caballería, aunque respetaba a los labradores para no cortar sus fuentes de aprovisionamiento¹.

Lo único que pudo hacer Ibn Yāḥḥāf en tan grave aprieto, fue alistar cierto número de soldados regulares, que, unidos a los pocos que le envió Ibn Ḥā'isha desde Denia y Alcira, llegaron a sumar trescientos jinetes incapaces de oponer la menor resistencia a las devastaciones del Cid. La situación del cadí se hacía insostenible, al no recibir socorros ni de la Península ni de Marruecos.

El *Cantar* describe con emoción la ya difícil situación de los valencianos en esta primera fase del asedio, que en la segunda se agravará en términos de tragedia.

Mal se aquexan los de Valencia, que no saben ques far,
de ninguna part que sea non les vinie pan,
fijos e mugieres veer los morir de fambre.
Delante veyen so duelo, non se pueden huviar,
por el rey de Marruecos ovieron a enbiar
non les dixo consejo, ninlos vino huviar

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 566 b. Todo el botín hecho se llevaba al campamento de Yubayla (El Puig), y, desde él, a Murviedro para ser vendido a los mismos musulmanes.

2 Entre estos dos últimos versos se intercala otro en el que se dice "con el de los Montes Claros abie guerra tan grand", o sea la de Ḥālī ibn Yūsuf y de su hijo Tašfīn contra los almohades de Ḥabd al-Mu'min, a mediados del siglo XII; dato que puede servir para fijar la fecha de una de las redacciones del *Cantar* (versos 1.170- a 1.183).

Algunas conquistas cidianas

Tras la victoria de Tévar comienza para el *Cantar* la gesta de mió Cid, el de Vivar; prescinde como la *Primera Crónica General* de la intentona de Alfonso VI para apoderarse de Valencia, del asesinato de al-Qādir y de la llegada de los almorávides, y nos presenta a su héroe, que

dexado a Zaragoza e a las tierras d'acá
e dexado a Huesa e tierras de Mont Alvan
Contra la mar salada, conpeço de guerrear;
a orient exe el sol, et tornós a essa part .

y con gran sorpresa nuestra, comienza a darnos cuenta de muchos pormenores interesantes sobre los avances y conquistas que hace el Cid en los dos años, que duran la sumisión de los castillos valencianos y el doble asedio de la ciudad. Pormenoriza con exacta toponimia las poblaciones y castillos que, en la primera parte del asedio, somete a su dominio, las guarniciones que en ellas pone, y sobre todo, las gestiones que en el intervalo de los dos asedios, hace para aumentar sus fuerzas y establecer el cerco definitivo de la ciudad.

Antes de emprender el segundo asedio, gana a Jérica, Onda y Almenara, así como la comarca de Burriana. Toma Murviedro y Cebolla [El Puig], y pone en todas esas localidades destacamentos contra la guarnición de Valencia. Recapitula los choques de los comienzos del primer asedio y los concentra en una salida en masa de los valencianos, que se deciden a cercar el campamento del Cid en Murviedro y son derrotados en una batalla campal de la que solo el *Cantar* habla, y que parece una dúplica, hasta en su

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.088 a 1.091.

estrategia, de la de Cuart. Todas estas conquistas las hace el Cid, antes de que los musulmanes valencianos escarmentados cesen en sus salidas y rehúsen el combate. Alvar Fáñez, cuando en 1094 va a ofrecer a Alfonso VI la parte del botín hecho en la toma de la ciudad, repite los mismos conceptos.

Ganada a Jérica e a Onda por nombre
Priso a Almenar e a Murviedro que es miyor
Así fizo Cebolla e adelant Casteiön
E Peña Cadiella, que es una peña fort.

Mal se compagina esta exposición tan realista y racional, en medio de su sencilla versificación, con el más sofisticado e inverosímil retraso y los artificios literarios que dejan para los dos últimos años de la vida del Cid la toma de esos dos castillos, que ya debían, mucho antes, por razones bélicas y necesidades estratégicas, haber pasado a manos del Campeador.

Tampoco se puede justificar este silencio y esta tardanza en ver la verdad, que se trasluce en los versos del *Cantar*, con decir que todos esos castillos y en especial, Murviedro y Almenara, estaban sometidos a parias, de las que ya no se habla, pues el tono y la seguridad, con que se dan, repetidas veces, como ganadas y poseídas desde mucho antes por el Cid, se oponen rotundamente a aceptar la interpretación de otra fuente más tardía y menos realista.

Las Crónicas generales pasan por alto la toma de estos castillos y sólo generalizan las algaras que diariamente mañana y tarde lanzaban por la comarca los soldados del Cid. El *Cantar*, además de darnos los nombres de esas localidades, nos ofrece una novedad, que es preciso tener en cuenta, aunque nos resistamos a aceptar los pormenores con que la adorna. Concentra y simplifica en una sola batalla campal, que la guarnición de Valencia, reforzada con

un destacamento almorávid, sostuvo con la mesnada del Cid, a la que cercaron en la zona de Murviedro y le obligaron a una salida, en la que, gracias a un ataque lateral de Alvar Fáñez Minaya con cien caballeros, se decide el triunfo a favor del Campeador; ardid que luego veremos tener el mismo éxito en Cuart.

Para esta batalla, que ninguna otra fuente menciona, tuvo el Cid que llamar a las pequeñas guarniciones de Jérica, Alucád, Almenar y Burriana, quienes, al cabo de tres días, acudieron a su campamento.¹ Al ponderar la brillantez del triunfo y la cuantía del botín, el "Cantar" se atreve a afirmar que al perseguir a los derrotados, se dio muerte a dos reyes fugitivos, sin indicar quiénes eran, ni su procedencia, ya que, por entonces, el único gobernante de Valencia era el cadí Ibn Yāḥḥāf, que nunca usó el título de rey, aunque varias veces lo animó al Cid a tomarlo.

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.327 a 1.331.

7. EL SEGUNDO ASEDIO

El Cid pregona su futura empresa

Al retirarse los almorávides de Almusafes y Alcira y empezar el segundo asedio de Valencia, nos encontramos en el *Cantar de mio Cid*¹ con una información tan interesante como ignorada por las demás fuentes y desdeñada por los historiadores, que se han ocupado de este tema. Veía el Cid con toda claridad que con las aguerridas, pero escasas fuerzas, de que disponía, podía luchar en campo abierto con sus enemigos, pero que ante la amplitud y la solidez de las fortificaciones de una ciudad, tan grande como Valencia, se sentía impotente, ya que no disponía de un tren de asedio, y tampoco podía establecer un cerco continuo y cerrado, que impidiese toda comunicación con el exterior y forzase a sus habitantes a rendirse, víctimas del hambre.

Por ello su primera medida, después de volver a instalarse en la almunia de Villanueva fue trasladarse con una pequeña escolta a Murviedro; y desde allí, en una trasnochada, amanecer en Monreal del Campo; manda echar pregón por Aragón y Navarra, al mismo tiempo que envía sus mensajes a Castilla para invitar al asedio a cuantos quieran, con sabor de cabalgar, resolver sus problemas económicos y enriquecerse. Los esperó tres días en la Canal de Celfa² [Cella] y regresó a Murviedro, de la que ya se había apoderado.

Los pregones surten efecto y de todas partes, al sabor de la ganancia, acuden combatientes, con los que se completa y se estrechará el cerco definitivo

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.170 a 1.174.

2 Cfr. *Cantar*, versos 1.185 y siguientes.

de Valencia. Ni la *Historia Roderici*, ni las tres "Crónicas", que concuerdan con ella en la exposición del asedio, citan para nada esta maniobra tan necesaria para hacer efectivo el cerco e imponer por el hambre la rendición. Coincidiendo con esta gestión del Cid, nos ofrecen las "Crónicas" cristianas la algarada de castigo por el territorio de Albarracín contra su emir Abū Marwān ibn Razīn, que no pagaba las parias y que además pretendía que el infante [rey de Aragón, Pedro I], le ayudase a apoderarse de la Valencia revolucionaria; tentativa descabellada, si existió, dadas las buenas relaciones que Aragón mantenía con el Cid.

El cerco definitivo

Al contar con las fuerzas necesarias y asegurarse de que los almorávides ya no volvían, mandó saquear los arrabales, cuyos habitantes se metieron en la villa con sus mujeres e hijos y lo que pudieron salvar de sus haberes. Al verlo que hacían los castellanos, salieron también y saquearon todo lo que estaba cerca de los muros, antes de verlo perdido, y así se derribó y allanó todo lo que no se podía defender desde las murallas. Después de quedar todo robado, allanado y quemado, los sitiadores cavaron los cimientos de las casas, los sótanos y los silos, en los que encontraron haberes, ropa y mucho trigo¹. Tras este saqueo y allanamiento, el Cid acercó más sus

1 Para valorar el cahíz de trigo en 1092-3, véase el trabajo de BELTRÁN VILLAGRASA sobre *El sistema monetario del Califato de Córdoba*, publicado en "Ligarzas", p. 7-79. Las crónicas cristianas, al traducir a las musulmanas, nos van dando en el curso del segundo asedio la subida que experimentaban los precios de los víveres, pero no podemos señalar su equivalencia por las variantes y oscilaciones a que estaba sometido el valor del oro y de la plata, así como las emisiones monetarias en una época tan agitada y confusa.

fuerzas a la ciudad, la cercó por completo y peleó cada día con los sitiados, que salían animosos y aceptaban el combate, alentados por las cartas de Ibn CĀ'īsa y de los valencianos residentes en Denia, que les aseguraban la pronta vuelta de los libertadores.

Carestía y descontento

Al retirarse los almorávides desde Almusafes, el cahiz de trigo valía en Valencia once dinares; el de cebada, siete; y el de panizo, nueve. Pero una vez estrechado el cerco de manera que nadie podía entrar ni salir libremente, y que todas las propiedades de las afueras se habían labrado por cuenta del Cid y eran administradas por su almojarife, se habría entrado en el invierno del 1093-4; y aunque todavía se vendían los víveres por cahices y arrobas, habían subido los precios para el trigo de once dinares a dieciocho; para la cebada, a diez; y para el panizo, a catorce y así en los demás víveres o sea con un aumento de un cincuenta a un sesenta por ciento.

A pesar de todo, la masa del pueblo veía en los Banū Wāyib a sus más ardientes defensores, y los estimaba y seguía, como a los auténticos campeones de la guerra santa y de la integridad de su fe islámica, pero la campaña derrotista del cadí se vio apoyada decididamente por el Cid, quien se avino a acercarse a la muralla y exponer de viva voz a los sitiados (no sabemos si en árabe o en castellano)¹ que el destituir y expulsar a los Banū Wāyib y reponer a Ibn Ŷahhāf con plenos poderes, era condición inexcusable para cesar en las hostilidades. Al mismo tiempo, con su habitual diplomacia les expresaba el gran duelo que sentía por sus sufrimientos y les confirmaba su pro-

1 Es muy verosímil que durante su larga permanencia entre musulmanes hubiese aprendido el árabe y que, como los mozárabes, practicara el bilingüismo, pero no tenemos testimonios fehacientes sobre ello.

pósito de ampararlos y defenderlos, como lo había hecho en tiempos del rey Yaḥya al-Qādir

Los valencianos, a pesar de estas halagüeñas promesas, seguían divididos; y los unos, apasionados musulmanes y patriotas, sólo confiaban en los almorávides con los Banū Wāyib; los otros, no menos patriotas y creyentes, eran más realistas y veían con claridad su angustiosa situación; y el cadí, ante esta disparidad insoluble, se puso secretamente de acuerdo con el Cid para dar un golpe de fuerza y hacer asaltar la casa fortificada, en que los Banū Wāyib se habían refugiado. Sorprendidos estos y apresados, fueron conducidos al campamento del Cid en Alcudia.

Ibn Ŷahhāf, señor absoluto

El cadí, al verse en el poder, como dueño absoluto de la situación interior, se convenció, una vez más, de que el único camino a seguir era reconciliarse con el Cid y someterse a pagarle parias, prescindiendo ya de todo contacto con los almorávides, para lo cual le pidió una entrevista en la que llegar a un acuerdo definitivo de reconciliación. El Cid, en su afán por ver eliminado el peligro almorávid, y para acabar con un asedio, que amenazaba prolongarse demasiado, hizo que el obispo con un séquito de caballeros y en compañía de los principales jefes de su mesnada saliese a recibir al cadí, quien pasó con una numerosa comitiva por el puente de piedra de Serranos al arrenal o glera del río, en su orilla izquierda. Todos los acogieron con grandes demostraciones de respeto, tanto por la importancia que podía tener ese encuentro, como por las dádivas que esperaban recibir. También el Cid creía que el cadí le iba a ofrecer parte del tesoro y las riquezas de que, según la fama, se apoderó al dar muerte al rey al-Qādir.

Salió a la puerta de su residencia en la almunia de la Villanueva e hizo ademán de querer tenerle la estribera, cuando descabalgó. Lo abrazó, lo sosegó con halagos y le ofreció muchos y nobles regalos. Departió luego con él en secreto, y lo primero que hizo, fue pedirle que se quitase el taylasan con que,

como cadí y hombre de leyes, se tocaba¹; y que se vistiese con la ropa y los arreos de la realeza, pues rey era. Al terminar el largo coloquio de cortesía diplomática, pasó el Cid a dictarle las duras condiciones que le imponía, si quería sinceramente que le levantase el asedio y aceptase su amistad. Le exigió, ante todo, que, si le animaba a usar atavíos de rey, renunciase a todo poder, tanto dentro como fuera de la ciudad; y a que, en su lugar, el almojarife del Cid residiese en la capital y la administrase. Como, además, la experiencia le había enseñado a no tener ninguna confianza en la seriedad de sus promesas, le impuso como última y más dura condición, que le diese en rehenes a su hijo, que debía ser único, para tenerlo, como garantía, encerrado en el castillo de Yubayla [El Puig].

Con estas galantes muestras de respeto a su cargo y de afecto a su persona, creyó el Cid que conseguiría inducirlo a aceptar las duras condiciones, que le iba a imponer y que lograría tenerlo sometido totalmente a sus órdenes, como había tenido a al-Qādir, al dejarle solemnemente los signos externos de la realeza. Pero se equivocó una vez más, y el cadí, en vez de firmar ese acuerdo, prefirió arrostrar, junto con su pueblo, los horrores del hambre y de la lucha, antes que entregarse y vegetar en una dorada servidumbre.

El alfaquí al-Waqāṣī y su elegía

La oportunidad para esta decisión la dio, además del insostenible agobio a que habían llegado, la impresión que en el pueblo había causado la famosa

¹ Amplia pieza de tela que, echada sobre los hombros o arrollada en la cabeza, sustituía en Levante al turbante y era el distintivo de los cadíes y los juristas (Cfr. LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire de l'Espagne musulmane*, t. III, p. 429).

elegía, llena de imágenes y alegorías, con la que el alfaquí al-Waqāṣī expuso en la plaza pública la desesperada incapacidad defensiva a que habían llegado¹.

Nuestro gran arabista Ribera Tarragó pudo fijar la personalidad de este célebre alfaquí y puntualizar su nombre tan desfigurado en las Crónicas castellanas; no sólo nos ha dado su biografía, sino que además ha podido rehacer el texto árabe de su elegía y probar que no es el original declamado por su autor, sino una retraducción vulgar del texto castellano, hecha por quien apenas conocía el árabe, con una pobreza sorprendente de léxico y de gramática; funda este juicio peyorativo en el análisis y la completa transcripción árabe que ha hecho en vista de los tres manuscritos consultados².

Resuelto este problema por la perspicacia y los conocimientos lingüísticos de Ribera Tarragó, nos queda por descifrar una incógnita, que no ha podido ser aclarada todavía. El texto de la *Primera Crónica General*³ es evidentemente la traducción castellana correcta de la elocuente improvisación del sabio al-Waqāṣī; lo inexplicable es que la misma Crónica General, que la conoció y la tradujo debidamente, dejó de reproducirla para confirmar su autenticidad y recurrió a esa transcripción tan bárbara, impro-

¹ No conocemos la fecha exacta en que al-Waqāṣī pronunció en la plaza pública esta alocución tan pesimista, pero parece indudable que fue antes de hacerse más grave la tragedia del hambre que tan duramente afligió a los valencianos, ya que para nada alude a ella su autor, y sólo lamenta la incapacidad de defenderse ante la dolorosa perspectiva de tener que entregarse al enemigo sin perder su fe islámica.

² Véase sobre al-Waqāṣī y la elegía árabe de Valencia el trabajo de MENÉNDEZ PIDAL y la transcripción y estudio de su texto por RIBERA TARRAGÓ, en "Homenaje a D. Francisco Codera", p. 393 y siguientes.

³ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 576 a y b. La *Crónica Particular* desconoce esta elegía y su traducción.

pia no solo de un literato tan célebre como al-Waqāṣī, sino hasta del moro más vulgar.

La transcripción del lamento elegíaco pronunciado desde la torre más alta de la ciudad, dice así¹: "Valencia, Valencia, vinieron sobre tí muchos quebrantos y estás a punto de morir; pues, si tu ventura fuese que tú escapases desto, será gran maravilla para quienquier que te viese. Y si Dios hizo merced a algún lugar, tenga a bien de hacerlo a tí, que fuiste siempre nobleza y alegría y solaz, en que todos los musulmanes folgaban y tenían placer. Y si Dios quiere que de todo en todote hayas de perder de esta vez, será por tus grandes pecados y por los grandes atrevimientos que tuviste con tu soberbia".

"Las primeras cuatro piedras caudales sobre que tu fuiste afirmada, quiérense ajuntar para hacer gran duelo por tí, y no pueden. Tu muy noble muro, que sobre estas cuatro piedras fue levantado, se estremece todo y quiere caerse, porque ha perdido la fuerza que tenía. Tus torres muy altas y muy hermosas, que aparecían de lejos y confortaban los corazones de su pueblo, poco a poco se van cayendo. Tus muy blancas almenas, que de lejos relumbraban muy bien, han perdido su belleza con la que se parecían al rayo del sol. Tu muy noble río caudal, el Guadalaviar, con todas las otras aguas de que tú te servías muy bien, se ha salido de madre y va por donde no debía ir. Tus acequias claras, que te aprovechaban mucho, se tornaron turbias con la mengua de la limpieza, y van llenas de mucho cieno. A tus muy nobles y viciosas huertas, que están en tus alrededores, el lobo furioso les cavó las raíces y no pueden dar flor. Tus muy nobles prados, en que tenía y tomaba tu pueblo muchas y muy hermosas flores con gran alegría, todos están secos. Tu muy noble puerto de mar, del que tu tomabas muy grande honra, ya está menguado en las noblezas que por él te solían venir a menudo.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 582 a y b.

Tu muy gran término, del que te llamabas señora antigua, lo han quemado los fuegos y le llegan ya los grandes humos".

"A tu gran enfermedad no le pueden encontrar medicina los físicos, y ya han desesperado de nunca poder te sanar. Valencia!, Valencia!, todas estas cosas que he dicho de tí, las razoné con muy gran quebranto que tengo en mi corazón y quiero razonarlo en mi interior, y que no lo sepa nadie, sino cuando fuese menester exponerlo".

Después de declamar esta alegórica elegía desde la torre más alta de las defensas de Valencia, bajó a exponer en la plaza pública el significado de sus lirismos. Vuelve a ponderar las tribulaciones y los quebrantos con que el gran poder del enemigo los pone a punto de perecer, y pide a Dios que haga un gran milagro para librarlos de sus enemigos y disfrutar de la holgura, alegría y solaz en que vivía todo el pueblo de Valencia. Su alusión a las cuatro piedras caudales, la aplica de una manera extraña al rey de Valencia, que en este caso es Abū Bakr Muḥammad ibn ʿAbd al-ʿAzīz, a su hijo ʿUṭmān, que hacía tiempo habían muerto, al rey de Zaragoza, que era yerno de Abū Bakr, y a un visir y privado del rey [Abū Bakr] a quien no podemos identificar, sin aludir para nada a al-Qādir, que fue su último rey ni al cadí que le sucedió en el poder.

En las murallas de su recinto, ve al noble y gran pueblo de Valencia; en las altas torres, a los ricos hombres y a los nobles defensores de la ciudad y de su rey. En las blancas y resplandecientes almenas, encuentra a los personajes que regían al pueblo. En el río simboliza al noble libro de los fueros, del que salían muchos buenos gobiernos; en las acequias ve a los justos jueces que mantenían en derecho e igualdad a todos. Las nobles huertas son la expresión de las alegrías y los placeres en que todos vivían. Finalmente en el lobo rabioso que cavó las raíces de esas huertas, ve al Cid, que es muy pode-

roso y los estraga cada día con el poder de su caballería. Las flores de esos prados son los sabios que ya han muerto; y el puerto del mar es para él su rey, que tantas mercedes y libertades les ha traído sin que sepamos a que rey se refiere. El gran término territorial de Valencia, significa la fama, grandeza y poder de su pueblo. No encuentra medicina para sus males en la guarnición de la ciudad, que es estragada en esta guerra; todo esto lo dice con gran quebranto de su corazón por la gran cuita en que se encuentra Valencia".

No se puede ver en estas amargas manifestaciones el derrotismo de un musulmán que es partidario de los cristianos y que prefiere vivir bajo el yugo del Cid [ese lobo rabioso] en una confraternidad hispana de árabes, muladíes y mozárabes, a la que se da el nombre ficticio de partido mudéjar. No ve ninguna solución a su tragedia, y así vuelve a afirmar en público "si quisiéremos seguir nuestra ley, nos matará el muy gran poder de nuestros enemigos, que está sobre nosotros; si siguiéremos la ley de nuestros enemigos, caeremos en la ira y en la saña de nuestro señor, Mahoma, porque no seguimos la ley que nos dio, hasta la muerte, y será contra nosotros muy fuerte león. Si siguiéremos y mantuviésemos esta carrera en que estamos, moriremos, sufriendo mucha cuita, porque no tendremos ningún socorro; y si quisiéremos seguir la voluntad de nuestros enemigos e ir contra nuestra ley, nos acusará de renegados a nuestra ley".

1 Estas lamentaciones, en las que para nada se alude todavía al hambre sufrida por los sitiados, coincidieron con las angustias que provocó el cerco más estrecho de la ciudad, "que fincó sennera y apartada de toda la gente morisca", por haber ordenado el Cid a los alcaides de todos los castillos de la comarca que le enviasen ballesteros y peones para combatir a Valencia; y no hubo ninguno que no hiciese su mandado (Cfr. *Primera Crónica General*, p. 576 a).

La ruptura de los pactos

Pacta el cadí con el Cid, forzado por la implacable necesidad, y acepta en principio, aunque con gran pesar, sus duras condiciones, pero al ver, al día siguiente, que se le exige renunciar a todo el poder, entregando la administración de la ciudad con la de todo su territorio y que, en garantía de ello, se le pide en rehenes a su hijo, se niega, y con él todo su pueblo, a entregarse inermes; y se deciden a resistir con el mayor estoicismo y a sufrir las máximas penalidades, sin más esperanza, que la de poder soportar el duro asedio y el hambre más espantosa hasta que llegase el ejército liberador. No llegó a tiempo, y hubo que rendirse, sin que el cadí, en los días más angustiosos del asedio, hiciese gala del cinismo y de la vanidad, que se le atribuye; ya que nadie protestó por tal conducta, antes bien, todos le fueron fieles en esos días aciagos y siguieron bajo su autoridad después de la rendición. En los perjuros que se le atribuyen con ocasión de sus joyas y sus riquezas, sólo ven los autores musulmanes falsos pretextos para condenarlo y encubrir con ellos el odio que le profesaba el Cid por los esfuerzos que hizo para conseguir el socorro de los almorávides, y por la heroica defensa, que, secundado por todo el pueblo valenciano, opuso a una rendición incondicional.

Se ha creído con manifiesto apasionamiento que el cadí, al romper las negociaciones con el Cid por las inaceptables condiciones que éste le impuso, había sacado todo el provecho que podía ambicionar. Se asegura que el hambre de los valencianos no le preocupaba; la suerte propia, tampoco. Al verse sin competidor dentro de la ciudad, se enorgulleció más que nunca, y desdeñaba a todos. Era desabrido para cuantos venían a él con alguna querella o demanda; sólo ponía atención y empeño en volver a darse humos de rey, entregado a fastuosos divertimientos, mientras el Cid situaba a sus combatientes más cerca de la

ciudad y el alfaquí al-Waqašī lanzaba sus desconsoladoras alegorías¹.

Contra esta absurda afirmación tenemos el testimonio de la *Primera Crónica General*, al asegurar que la comaña de Ibn ʿYahhāf "e sus parientes eran desesperados de poder pasar tiempo, nin atender al rey de Zaragoza, mas ni a los almorávides, et tenfen la muerte por sabrosa, antes que pasar aquella laceria".

Hambre dentro de la ciudad

El hambre y los sufrimientos de los sitiados acabaron por ser pavorosos, pero para juzgarlos y calibrar sus proporciones, es preciso estudiar el proceso de su agudez y tener en cuenta que las fuentes árabes y las cristianas, que las traducen y adaptan a sus puntos de vista, son forzosamente parciales y exageran deliberadamente la gravedad de la tragedia.

Valencia, enriquecida por la naturaleza y próspera, gracias a la laboriosidad e ingenio de sus habitantes, gozaba de una opulencia reconocida entre las demás regiones de la España islámica; no había sufrido en el curso de su historia musulmana, como hemos tenido la ocasión de comprobar, las guerras, las revoluciones y los saqueos de que fue víctima el resto meridional de la Península. Como además su rey al-Qādir se había sometido sin resistencia a pagar parias; y el cadí con todos los valencianos, tras el breve periodo del primer asedio, lo había imitado, el hambre no pudo aparecer, como calamidad pública, hasta los meses que siguieron a la retirada de los almorávides de Almusafes y Alcira.

Al comenzar el segundo asedio, los valencianos hacían vigorosas salidas², y se animaban con los a-

lientos que les daba Ibn ʿĀʾīša desde Murcia, al escribirles falsamente que el ejército almorávid no se había retirado por temor, sino por dificultades de aprovisionamiento y por haber sufrido una gran tormenta, y los animaba a resistir con la esperanza de ser pronto socorridos de nuevo.

Todavía no estaba la ciudad debidamente cercada y aunque había cierta escasez que elevaba los precios, podía comprarse el pan en grandes cantidades y las verduras, la miel, el aceite y las algarrobas se vendían por cahices¹ y arrobas; lo cual prueba que aún se podían introducir esos víveres desde la huerta. Se tardó luego en arrasar todo lo edificado extra-muros, pues eran muchas las granjas de labor o de recreo, en cuyos graneros o silos se guardaban grandes cantidades de provisiones, que en parte fueron saqueadas por los sitiadores y en parte fueron retiradas por los valencianos, sobre todo de noche, al interior de la ciudad.

Consiguió el Cid por el terror obligar a los alcaides de los castillos cercanos a suministrarle todas las provisiones necesarias, e incluso a enviarle peones y ballesteros, que colaborasen contra sus compatriotas en el rigor del asedio. Con esto se debió llegar a la primavera del año 1094; ya la masa del pueblo no podía aprovisionarse debidamente, y, ante el espectro del hambre que se cernía sobre la ciudad, el famoso alfaquí al-Waqašī, pronunció su conmovedora elegía, en la que anunciaba como inminente la catástrofe que iba a acabar con la vida y la religión de sus conciudadanos. Lo primero que se hizo, al oír esta elegía y convencerse de que no había posibilidad de resistencia ni esperanza del socorro almorávid, fue destituir a Abū Wāḡib, jefe de los intransigentes almoravidistas y devolver el poder al

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 472.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 575 a.

1 Nombre derivado del árabe *qafiz*, cuya capacidad en el siglo XI no se puede fijar; los diccionarios dicen que equivalía a doce *saʿas* (plural, *asūʿa*), o a veinticuatro *makakid*, cuya capacidad en esa época tampoco se puede fijar.

cadí destituido. "Ca ya bien sabían cómo les fuera, cuando él los guiara et que auíen fiuza en Dios que los guiarie de guisa que non oviessen guerra con el Cid ni con otro ninguno"¹.

Se tardó varias semanas en estas discusiones y reajustes, pero, aunque los precios subían continuamente, todavía se vendían los cereales por cahices; y las verduras, higos, miel y algarrobas, por arrobas, lo cual prueba, una vez más, que el cerco no era tan riguroso, y completo, que no se pudiese introducir víveres más o menos secretamente en apreciables cantidades

Un ataque a la Puerta de la Culebra

El Cid seguía hondamente preocupado, y, como "a veces cuidábala haber por fuerza", atendió el consejo de varios mayores de la villa, que le aseguraron poder asaltarla. Reunió a toda su gente y bien ordenados dieron una espolonada a la Puerta de la Culebra [Bāb al-Ḥanaš]. Llegaron hasta el muro, pero se juntó todo el poder de la villa en esa puerta, y lanzaron desde los adarbes tantas saetas y piedras, que obligaron a los asaltantes a retirarse. El Cid, que entró en un baño, próximo a la puerta, para dirigir el asalto, tuvo que horadar la pared por la parte de atrás del refugio y retirarse muy perdidioso y muy resentido².

Antes mandó hacer un ingenio [almajaneque] junto a una de las puertas de la ciudad, con el que hacían mucho daño a sus defensas, pero los sitiados levantaron, a su vez, otros ingenios, con los que lo desmontaron³.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 579 b.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 585 b. Manifiesta contradicción entre esta vigorosa defensa y el cuadro exagerado del hambre que nos pintan las crónicas.

3 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 582.

Ante este fracaso, "tuvo el Cid que la mayor guerra que les podrie facer serie en dexarlos morir de fambre; et mandó echar pregón que non saliesse dallí en adelante ninguno, et aquel que el Cid podíe fallar que salíe de la villa, mandabal quemar ante todo el pueblo, et quemó en undía diecisiete dellos. Et echaba otros a los perros, que los despedaçaban bivos"¹. Los soldados del Cid escondían, a espaldas suyas a muchos de estos fugitivos y los enviaban por mar a tierras de cristianos para venderlos, sobre todo, si eran muchachos y doncellas vírgenes; y en su avaricia y crueldad, llegaban hasta atormentar a estos desgraciados para forzarles, a ellos o a sus familiares, a entregarles su rescate.

Continúa el asedio

Llegaron al campamento cristiano muchos negociantes en esclavos, que compraban los cautivos, que se cogían en la lucha y los fugitivos, que desesperados y hambrientos, se entregaban a merced. Los sitiadores ocultaban a las mujeres, y sobre todo a las jóvenes vírgenes para abusar de ellas o venderlas².

En enero había llegado ya el valor del cahiz de trigo a cuarenta maravedís; y en febrero, a noventa. Los sitiadores ya apedreaban los adarbes de los sitiados y cruzaban con sus saetas el ámbito de la ciudad.

Es bien extraña la contradicción que se observa en la *Primera Crónica General* y sus fuentes árabes entre la injusticia y tiranía, de que acusan al cadí, por maltratar a sus súbditos en los momentos más angustiosos, que precedieron a la rendición, y la suma fidelidad que le demostraron, al cooperar con él en la defensa, ayudarle a desbaratar el complot de los Banū Wāḥib y soportar los mortales rigores del

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 586 a.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 586 a.

asedio, participando vanamente con él en la esperanza de ser socorridos por el rey de Zaragoza.

Ya no había víveres que se pudiesen comprar a ningún precio; se llegó hasta el canibalismo con los que caían muertos por las calles -sic-; la explanada del alcázar, las demás plazas de la ciudad, e incluso los accesos a las murallas, se llenaron de fosas comunes, en la menor de las cuales había, por lo menos, diez cadáveres. En este cuadro macabro se nos presenta al cadí tan orgulloso, que desdeñaba las quejas y reclamaciones de sus conciudadanos, que lo habían elevado al poder; se entretenía con sus poetas y trovadores en sesiones literarias; y, por si esto fuera poco, apremiaba y esquilma a todos; se apoderaba de los bienes, que dejaban los que morían de hambre, trataba con igual despotismo a los buenos y a los malos, y los azotaba y encarcelaba sin compasión.

Se ha acusado al cadí de no preocuparse en los momentos más críticos del asedio por la suerte de los valencianos y hasta por la suya propia, y gozar fastuosamente de su efímero poder en fiestas y sesiones literarias con ciego egoísmo. Así se justifica la burla condenación de su fracaso, debido a la fatal confianza en el socorro del rey de Zaragoza, que a falta de los almorávides, lo libraría de la vergonzosa humillación de entregarse al Cid, pero al-Musta'in, llamado repetidas veces con la máxima insistencia, sólo respondió con vanas promesas y bellas exhortaciones a la resistencia y a la resignación¹.

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 472.

Medidas drásticas contra los cercados

Se decapitaba a los desesperados tráfugas, colgando sus cadáveres en los alminares de sus arrabales y en la cima de los grandes árboles. Esta excesiva dureza se quiere justificar con el ambiente de crueldad y desprecio a la vida, que reinaba en aquel siglo de violencias, pero no hay duda que influyó decisivamente en esa agravación, el afán de conseguir la entrega, antes de la llegada de los almorávides. En el posterior sitio de Valencia por don Jaime, y en los de Córdoba y Sevilla por Fernando III, no se llegó a esos excesos de crueldad inhumana, ya que el peligro de la intervención almohade era mucho menor que el de los ejércitos de Yūsuf b. Tašfin.

La escasez

En rabī^c I del 487 [21 de marzo a 19 de abril del 1094] ya no se vendían los víveres por cahices, ni por arrobas; y valía la libra de trigo un dinar y medio de oro en abril-mayo. El cadí, ante la escasez que igualaba a ricos y a pobres, hizo registrar todas las casas, en que podían ocultarse víveres¹, mientras renovaba sus peticiones de socorro a al-Musta'in de

1 Según el testimonio de IBN 'ALQAMA, transcrito por *al-Bayān al-mugrib*, traducido al francés (por LÉVI-PROVENÇAL en *La Prise de Valence par le Cid*, p. 216 del *Islam d'Occident*), al español, por mí en mis *Nuevos fragmentos almorávides y almohades* (p. 90); se encuentra también en la *Primera Crónica General* (p. 385 a). Era el momento en que Ibn Yāḥḥāf enviaba a sus emisarios que aún tenía cabalgando a Zaragoza para pedir socorro a su rey Musta'in.

Zaragoza y le prometía dinero y territorios. A mediados de mayo ya valía la libra de trigo dos dineros y tres cuartos, que sólo los muy ricos podían pagar. Los de condición modesta se sostenían con cueros cocidos, de bestias de carga; y los pobres de solemnidad se alimentaban con ratas y con gatos, e incluso practicaban el canibalismo con sus muertos. Un cristiano cayó accidentalmente en el foso de la muralla, lo sacaron, y se lo comieron.

Con la entrada del mes de *ŷumāda* primero [mediados de mayo de 1094] faltaron, según Ibn *ʿAlqama*, los víveres en absoluto, y los valencianos comenzaron a morir de hambre. De aquella gran multitud de vecinos sólo quedó una parte muy exigua¹.

El 15 del mes de *ŷumāda* I se entablaron las negociaciones para la rendición, mediante una suspensión de las hostilidades. El precio de las subsistencias en esa fecha, o sea quince días antes de la rendición, había subido un poco, al llegar a los tres mizcales la libra de trigo; la de cebada, a dos y medio; y aún había queso a diez *dírhemes* la onza; y huevos de gallina a ocho *dírhemes* la unidad.

"E era ya la gent tan flaca de fambre, que non avé quien subiese al muro, sino muy pocos de los que avien algo"².

Es evidente la exageración con que se nos pinta este cuadro. No hay duda que el hambre fue grande, y que decidió a los valencianos a rendirse, pero de ahí a creer que yendo por las calles caían muertos de inanición, y que llegaron a practicar el canibalismo hasta con sus propios parientes muertos, hay una gran distancia³. El cerco no podía, como hemos vis-

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 586 a.

² Requisaba los depósitos y dejaba a sus dueños, sin pagar, lo necesario para quince días; a los demás les dejaba comprar para el día *Primera Crónica General*, p. 583 b.

³ Sólo se dio un mulo a los emisarios que iban a Zaragoza; y de las otras tres cabalgaduras que aún quedaban, se sacrificó un caballo

to, ser tan riguroso y eficaz, al no tener el número suficiente de soldados para cortar toda posibilidad de introducir víveres furtivamente; el cadí permitía acumular provisiones hasta para quince días; y si multaba y castigaba a los panaderos que vendían el pan caro, no se puede negar que los hornos funcionaban; y hasta el Cid encontró luego que esa carestía y esas ganancias eran legítimas. Por otra parte, cuando el Cid, cansado de la resistencia tan prolongada que encontraba, intentó con todas sus fuerzas el asalto por la Puerta de la Culebra, el ímpetu y el arrojo, con que se enfrentaron con él, demostró que aún tenían fuerzas bastantes para rechazarlo y que no eran meras sombras famélicas, cuando lo pusieron en tal aprieto.

Nueva prueba de que no fueron tantos los muertos de hambre y de que es exagerado el juicio de Ibn *ʿAlqama*, al afirmar que de aquella gran multitud de vecinos sólo quedó una parte muy escasa, que la demencia y la peste se enseñorearon de la ciudad y que había quienes se caían muertos andando por las calles. Para ensombrecer aún más este cuadro, afirma otra fuente árabe, citada por la *Primera Crónica General*¹, que al abrirse la puerta principal de la ciudad, se juntó toda la gente "que semeiava que dellos de la fuesa se levantaban, así como dicen que será el pregón el día del juicio". Y más adelante cuenta la misma historia, que tanta "era la gente, que dende salió, que duró dos días que non fizieran al, sinon salir, sin los que fincaron, que el Cid mandó fincar. Et dallí adelante fue llamado el Cid, mio Cid Campeador, sennor de Valencia"².

para vender su carne a precio de oro; y se dejó a Ibn *Ŷahhāf* y a su hijo los otros dos.

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 587.

² Cfr. *Primera Crónica General*, p. 592 a.

Las negociaciones para la capitulación

El mismo cadí, sus familiares y sus seguidores, desesperados de poder recibir socorro, ni de los almorávides, ni del rey de Zaragoza "tenien la muerte ya por sabrosa ante que pasar aquella laceria". Se convino en capitular. Al ver la realidad expuesta en brillantes y dolidas imágenes por al-Waqašī, lo toma por mediador y se somete a la voluntad de su pueblo. El almojarife Ibn ʿAbdūz entra en Valencia y expone públicamente las condiciones exigidas por el Cid; e Ibn ʿYahhāf se aviene a enviar tres delegados suyos para firmar el acuerdo, pero aún impone el pueblo una última e inútil condición; que se enviasen mandaderos al rey de Zaragoza, al-Mustaʿin y al gobernador almorávid de Murcia, Ibn ʿĀʾiṣa, para que en el plazo de quince días viniesen a socorrerlos. Exigen además que el compromiso de que, si no recibiesen socorro y entregaban la ciudad al Cid, "fincase el cadí poderoso en la villa, assy como estava antes, seguro de su cuerpo et de sus averes et de sus fijos et de sus mugeres"¹. Prueba de que, aún vencido y privado de todo poder, conservaba el aprecio de sus conciudadanos, y no eran, por lo tanto, verdad los crímenes de que se le acusa.

Consta que los delegados que iban a Murcia llevaban grandes cantidades de oro, plata y joyas, tanto suyas como de otros comerciantes, que pensaban emigrar de Valencia, y todo les fue embargado, cuando fueron a tomar la nave cristiana, que los debía llevar a Denia. No sabemos, si se tomó igual precaución con los enviados a Zaragoza.

El Cid por su parte, exigió que Ibn ʿAbdūz administrase la economía de la ciudad y que fuese su gobernador el que fue visir del rey al-Qādir, y que huyó a ʿYubayla, y que por ser siempre fiel al Cid, tuvo a su cargo la guarda de las puertas de la ciudad con

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 587 b.

soldados mozárabes. El Cid entonces se retiró al Puig, mientras cinco delegados iban a Zaragoza y otros cinco a Murcia. Al salir estos emisarios y retirarse el Cid, debió ser más fácil la introducción de víveres; y los acaparadores, convencidos de que se iba a acabar el asedio, empezaron a sacar y vender más baratos los víveres, que tenían escondidos¹.

El final

Hasta el último momento hubo acaparadores que, cuando vieron iniciarse las negociaciones para la rendición, pusieron a la venta sus reservas, y rebajaron los precios² ante la catastrófica caída que iban a experimentar, al abrirse las puertas de la ciudad.

Y en este plazo, por lo menos de quince días, los sitiados pudieron alimentarse y no llegar al día de la entrega para presentarse como difuntos que se levantaban de sus tumbas.

Son varias las fuentes árabes que, como el contemporáneo Ibn al-Abbār, elevan a veinte meses la duración del cerco de Valencia por el Cid; y pasan por alto los seis o siete meses de la primavera y verano del 1093 en los que duró el acuerdo de levantar el cerco, mediante el pago de parias y el de retirarse el Cid a ʿYubayla [El Puig], con lo cual fueron mucho menores el hambre y los sufrimientos primeros, como hemos justificado, ya que, si el primero hubiera sido de diez u once meses³, el hambre y las penalidades hubieran tenido que ser mucho mayores que las

1 El Cid, en su discurso primero, después de entrar en Valencia, para congraciarse con los vencidos, acusa al cadí de haberse apropiado de las ganancias que tuvieron los panaderos, al aprovecharse de la escasez, y manda que se les devuelva lo que de esa manera ganaron (*Primera Crónica General*, p. 585).

2 Cfr. *Takmila*, edición CODERA, biografía núm. 1.206.

3 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 791-792.

del segundo asedio, que sólo fue de nueve meses; y sin embargo ninguna fuente árabe hace alusión alguna al hambre y a los sufrimientos de los once primeros meses, cuando tan extensos y ampulosos se muestran al tratar del segundo de nueve meses.

II

EL CID, SEÑOR DE VALENCIA

1. LA RENDICION

Se abrieron las puertas al mediodía del 15 de junio del 1094, al cabo de veinte meses lunares o sea diecinueve y medio solares, y al aparecer el cadí con gran acompañamiento para formalizar la entrega, "la gente aiuntose que semeiava que dellos de las fuesas se levantavan, assy como dizen que sera el pregón el día del Juicio"¹. El Cid se aposentó en la almunia de los Jardines del Real, y allí gozó unos cuatro meses de la gloria de su magnífico triunfo, e hizo llegar de Cardeña a su mujer Jimena y a sus hijas para hacerlas partícipes de su felicidad, de su poder y de sus riquezas, mientras el cadí, derrotado y oscurecido, volvía a dedicarse a las habituales ocupaciones de su ya casi nominal cadiazgo.

Menéndez Pidal cree que todas las condiciones puestas por los valencianos para su rendición y las complicadas negociaciones, a que dio lugar, no pasaban de ser quiméricas pretensiones del cadí Ibn Yāḥḥāf, y que el Cid no se comprometió a nada y les declaró que, después que la ciudad le fuese entregada, él les haría concesiones semejantes a las que antes habían convenido en el pacto anulado².

Ibn Yāḥḥāf protestaba de que tantos soldados subiesen a las torres, contra lo pactado en el acta de sumisión. La razón era que desde ellas la curiosa mirada de los vencedores importunaba la recatada intimidad de las casas musulmanas, condición que, si

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 587 b y 588 a.

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 483.

de momento no fue respetada, luego la impuso el Cid en su discurso.

Ibn Bassām asegura que Ibn ʿYāḥḥāf para rendirse, obtuvo del Cid un tratado que no fue observado mucho tiempo¹.

¹ Fragmento anónimo del tomo tercero sobre los reyes de taifas (p. 304-5). Su traducción en Dozy, *Histoire*, t. III, p. 227-8.

2 LA DIPLOMACIA DEL CID CON LOS VENCIDOS

Medidas prudentes

La justicia y merecida fama del Cid Campeador, como caudillo valeroso y guerrero invencible, ha sido universalmente reconocida, y se juzga natural y casi obligada su vocación por las armas, dado el ambiente de lucha en que nace y vive; pero lo que no puede menos de sorprendernos es que tan relevantes dotes bélicas se vean realzadas por una extraordinaria capacidad diplomática y una visión tan clara y certera del extraño y laberíntico escenario en que se ve obligado a vivir y actuar. Era ya dueño de Valencia, suprema aspiración de su vida, pero al meditar sobre la enorme desproporción en que se encontraban su mesnada y los mozárabes, frente a la masa de los habitantes de esta gran ciudad y de su huerta, desproporción que sería aún más peligrosa con la llegada de los almorávides, puso todo su empeño y todos sus recursos psicológicos en ganarse a los vencidos, ya que para suavizar su resentimiento, tomó las más discretas medidas de policía: "mandó cerrar las finiestras de las torres que eran contra la villa de dentro, por que los cristianos no pudiesen descubrir las casas de los moros. Et dixo a los moros que aquellos omnes [los mozárabes] que guardaban las torres et aquella puerta de la villa que él tenía, que non los pusiera y por mengua que él avie de los de su casa, sesudos et sabidores para quequier, mas porque fueran criados con los moros et fablaban assy comme ellos, et que por esso los escogiera et los pusiera en aquel lugar, et que les mandava et les rogava que ficiessen mucha de onra a los moros et que cada que passassen, los saludassen et se les humillassen et les diessen carrera et que dixiesen; "nuestro sennor, el Cid, nos manda que vos fagamos

onrra assy commo a su cuerpo mesmo o como a su fijo¹.

Para mayor confirmación de estas medidas de suavidad y convivencia con los vencidos, mandó el Cid, al cuarto día de su posesión de Valencia, que se reuniesen con él en la citada almunia de los Jardines del Real, ricamente engalanada con tapices y alfombras, las autoridades de la ciudad y los alcaides de los castillos cercanos, y les pronunció un razonadísimo discurso político de generosas normas de gobierno para atenuar su resentimiento y evitar que volviesen a colaborar con los almorávides.

"Yo soy omne, les dice, que nunca ove regnado, nin omne de mi linaje non lo ovo; et del día que vin a esta villa, pagueme della mucho, et cobdiciela et rogué a Nuestro Sennor Dios que me la diesse; et veet qual es el poder de Dios, el día que yo posé sobre Juballa non avía más de quatro panes, et fizome Dios merced que gané Valencia et so apoderado della. Pues si derecho fiziese en ella et aderesçase sus cosas, dexármela a Dios; et si yo mal fago, a tuerto o a sobervia, bien se que me la toldrá. Et desde oy mas, vaya cada uno a sus heredades et áyalas assy commo las solien aver; et el que fallare suhuerta o su vinnao su tierra vacía, éntrela luego; et el que fallare su hereditat labrada, dé a aquel que la labró quantol costó et la espensa que y fizo, et tómele assy commo manda la ley de los moros. Et otrossy mando a los que an de tomar los derechos de la villa, que non tomen más del diezmo, assy commo manda la ley de los moros. Et yo he puesto de veer vuestras fazien- das dos días en la setmana; el lunes et el jueves; et si algunos otros pleitos ovieredes, que sean apresurados, venit, ca yo vos oiré, ca yo non me aparto con mugeres nin a cantar nin a beber, como fazien vuestros sennores que los non podiedes veer; et yo por mí quiero veer todas vuestras cosas, et servos assy

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 588 a y 589.

commo companero et guidarvos assí commo amigo a amigo et pariente a pariente; et yo quiero seer alcallé et alguazil, et cada que alguna querella ovierdes unos dotros, yo vos la faré luego emendar". Para confirmar con hechos estas buenas disposiciones, se declaró dispuesto a hacer que Ibn Yāḥḥāf reparase las injustas expoliaciones que cometió con algunos valencianos, al incautarse de sus haberes, durante el sitio, y prometió también devolver a los mensajeros que habían ido a Murcia para pedir la intervención de los almorávides, todo lo que les había tomado por ley de guerra y a pesar de haber falseado lo que convinieron con él¹.

El Cid cambia de parecer

Se equivocó el Cid, al creer que estos rasgos de generosidad y de buen gobierno le iban a conciliar el afecto de los vencidos y que los atraería a su causa, pero era tan profunda la discrepancia y el antagonismo entre musulmanes y cristianos, que nunca formó ese imaginario partido mudéjar, en el que los secueces de Mahoma renunciasen a su nacionalismo regional y le sirviesen lealmente sin rencor, al reconocer sus excelsas cualidades. Quiso, como es natural, condicionar todas estas concesiones con una sumisión completa e incondicional a su autoridad y una fiel observancia de todo lo pactado; y más explícitamente de no buscar su liberación, como las veces pasadas, en la llegada de los almorávides o del rey de Zaragoza, hasta el último día de la rendición, ya que se informaban con el mayor interés sobre los preparativos que se hacían en Marruecos y en al-Andalus para organizar y poner en marcha el ejército liberador.

1 Cfr. *Primera Crónica General* (p. 589 b) y *Crónica Particular* (p. 205).

Pero estas generosas concesiones disgustaron tanto a los cristianos vencedores como a los musulmanes vencidos, y todos protestaron contra las normas dictadas. Los soldados del Cid se negaron a devolver inmediatamente a los valencianos las propiedades que estos reclamaban, como suyas, alegando que el Cid se las había dado para explotarlas todo el año agrícola en concepto de soldada, y la misma protesta presentaron los que las habían tomado en arriendo por ese año y lo habían pagado.

El Cid, al recibir esas protestas justificadas, y darse cuenta de que en ninguna manera podía violar los derechos concedidos a sus soldados y correr el peligro de enajenarse su imprescindible fidelidad y colaboración¹, cambió radicalmente el tono de sus ordenanzas, al reunir el jueves siguiente en la almunia de la Villanueva a todas las autoridades y personalidades de la ciudad.

Los oyentes se maravillaron, al ver que el Cid no mantenía las promesas que tan generosamente les había hecho en la sesión del jueves anterior².

El vencedor, al darse cuenta de este desengaño, trató de tranquilizarlos, y les aseguró que esa medida no significaba una violación de sus derechos consuetudinarios del Islam, y que sólo les iba a exigir el diezmo de sus cosechas bajo el señorío absoluto a que los había sometido.

Instalación en el alcázar valenciano

Duraron estas pleitesías un mes, o sea hasta mediados de julio; y sólo entonces dejó el Cid la almunia y entró con todas sus fuerzas en la ciudad para

1 "Pues la primera cosa que yo debo veer et enderezar es pleito de mis omnes, et fazerles cosas que sean más apuestas et más complidas, et que yo et ellos seamos mejor guardados" (*Primera Crónica General*, p. 590 a).

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 590 a.

instalarse en el alcázar, sobre cuya torre más alta hizo ondear su enseña¹. Una vez acomodadas sus tropas en los alrededores del alcázar, celebró consejo con sus más allegados colaboradores y acordó expulsar de la ciudad a todos los que se habían distinguido por su obstinada resistencia, y por el peligro que suponían dentro de las murallas, si llegaban los almorávides.

En contraste con las primeras manifestaciones tan benévolas, que todas las Crónicas han subrayado y exagerado, así como extremaron su intervención, casi suicida, en los combates, cual si fuese un simple soldado de su mesnada, tenemos las propias confesiones, en las que nos da a conocer su más íntimo pensamiento sobre los vencidos, "Sois, dice, todos en mi poder, para hacer todo lo que yo quiera de vosotros, en los cuerpos y en los haberes, en las mujeres y en los cuerpos"², y a continuación para confirmar este dominio absoluto, expulsa de Valencia a todos los que no merecían ser considerados como fieles en su sumisión. Los musulmanes de Valencia recibieron con gran tristeza esta orden, a la que no podían oponerse, e inmediatamente todos los opuestos a su dominio, que eran la gran mayoría, empezaron en el acto a abandonar sus casas con sus mujeres y sus hijos para cederlas a los cristianos que moraban en el suburbio de Alcudia. Fueron tantos los expulsados, que duró dos días completos su evacuación ininterrumpida.

Durarían estos desplazamientos todo el mes de agosto; y al dejar en la ciudad solamente a los habitantes que no le inspiraban desconfianza, se consideró señor indiscutible de la ciudad con gran satisfacción suya y de los suyos; y de allí en adelante se llamó el Cid "mío Cid Campeador, señor de Valencia".

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 592 a.

2 Cfr. *Crónica Particular*, p. 178-79.

La familia del Cid va a Valencia

Muy pronto en pleno verano del 1094, "de que todas estas buenas cosas et estas buenas andanzas, ovo el Cid avidas et ordenadas todas aquellas cosas, que avemos dichas", vino en mientes de su mujer doña Jimena et de sus hijas doña Elvira et doña Sol, que él avia dexadas en el monasterio de San Pedro de Cardeña¹. Las fuentes árabes por tratarse de un episodio familiar, no se ocupan, como es natural, de este viaje para reunirse con el Cid en la Valencia recién conquistada; tenemos que recurrir a las fuentes cristianas y aceptarlas sin más comprobación. Tanto el *Cantar* como las tres Crónicas, se ocupan de este episodio con especial complacencia y Menéndez Pidal ha seguido, sobre todo, al *Cantar*, por percibir en sus versos un eco de la intimidad de los hombres de entonces y descubrir algunos rasgos preciosos del estado de la tierra en que el Cid histórico operaba, y que lindaba con la tierra de Medinaceli, donde el poeta vivía. Pero antes de seguirle en su minuciosa exposición del viaje, niega el autor de *La España del Cid*, la separación de trece años, en que doña Jimena y sus dos hijas se vieron recluidas en Cardeña, sin ningún contacto con el Cid, según consta en el relato del *Cantar* y de las tres Crónicas que se ocupan especialmente del suceso, y afirma que volvió el Cid a unirse el 1089 con su mujer y sus tres hijos y por tanto tuvo a su lado a toda su familia en las campañas y algaradas que hacía por tierras de Denia y Valencia; y que sólo en 1092, o sea al cabo de tres años, al devolver el rey Alfonso al Cid sus propiedades, se supone que se volvió doña Jimena con sus hijas a Castilla. Suposición infundada, pues tiene por base el testimonio falso de la *Historia Roderici*, de cuyas falsedades nos hemos ocupado y volveremos a ocuparnos para desvirtuarlas. Tanto el *Cantar*, como

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 593 a.

las tres Crónicas ponderan efusivamente todas las incidencias del viaje, que se desarrolla con la mayor brillantez y ponen de relieve las cálidas muestras de cariño familiar, que se prodigan sus protagonistas, en medio del frío silencio en que se envuelve al hijo primogénito, Diego, desaparecido con su madre, doña Jimena Gómez, de la escena cidiana, desde mucho antes de julio del 1074 en que sabemos que se casó con Rodrigo Díaz, que iba a llamarse el Cid Campeador¹.

Esa frase "vino en mientes" no significa que las había olvidado y que volviese entonces a acordarse de ellas, sino que, sólo entonces, vio la posibilidad de llevarlas a su lado sin peligros y se dispuso a hacer todo lo necesario para lograr ese deseo. Cuando las dejó con su madre en Cardeña, apenas tendrían tres o cuatro años, ya que el segundo casamiento tuvo lugar el año 1074, según consta en las arras que le dio el Cid a Jimena Díaz; y el primero, con Jimena Gómez, no debió tener lugar antes de que el Cid cumpliera los veinte años; y por lo tanto es muy probable que se realizase hacia el año 1070, y que no debiese durar más que el tiempo necesario para que naciese Diego; y el divorcio o la separación surgirían muy pronto, dando lugar a que la madre con su hijo Diego, de dos años o tres a lo más, se alejase definitivamente del Cid y se rompiera definitivamente toda relación y contacto con la primera mujer y su hijo, para concentrarse en la segunda y en sus hijas todo el afecto tan sincero y conmovedor, que no pudo desarrollarse en el efímero y forzado enlace primero.

La divorciada debió inculcar a su hijo todo el rencor que el asesinato del padre y el abandono del marido debieron incubar en su pecho, para dar, a su vez, lugar al frío abandono del padre y a la trage-

1 Las arras de su segundo matrimonio se fecharon el 19 de julio del 1074 (véase MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 210).

dia de la breve y estéril epopeya, que supone la pérdida de tan gloriosa conquista sin derecho a quien trasmitirla.

La tardía reacción almorávid

El Cid, una vez dueño de Valencia, extremó deliberadamente su benevolencia para los habitantes sumisos, que renunciaron, al menos exteriormente, a insistir en su resistencia y a pedir claramente socorro a los almorávides, al mismo tiempo que obligaba a los disidentes a abandonar la ciudad, los recluía en el suburbio de Alcudia y enviaba sus algareros a razar las ciudades del sur de Valencia, como Denia y Játiva, para cortar todos los intentos almorávides de atacar el feudo del Cid.

Yūsuf se trasladó una vez más a Ceuta para organizar desde ella la movilización y la travesía del Estrecho, como lo había hecho en 484 [1091] al dirigir desde su puerto las operaciones que le dieron la sumisión de todos los reinos de taifas del Sur y del Oeste de al-Andalus. Dio el mando del nuevo ejército, que iba a intentar la recuperación de Valencia, vergonzosamente derrotado en Cuart de Poblet en el otoño del 1094, a su sobrino Muḥammad, que era hijo también de Ibrahīm b. Tašfīn, hermano uterino de Yūsuf b. Tašfīn.

Cuando estos llegaron al cabo de cuatro meses de ocupación cristiana para acampar en Cuart de Poblet con imponentes fuerzas, entre el traslado de las tropas llegadas de Marruecos, la movilización de los contingentes andaluces y su acampada en Cuarte se pasó todo el mes del ayuno (ramadān) [del 13 de septiembre al 15 de octubre del 1094]. Con la ruptura del ayuno se inició el ataque con reiterado ardor, y durante diez días se intentó el asalto, asaeteando las tiendas y las casas de los castellanos. De todas partes llegaban recuas cargadas de víveres para aprovisionar a las columnas atacantes, mientras en la

ciudad la sorda agitación se hacía, cada vez más patente y peligrosa, alentada por la esperanza, cada día más viva, de que el Cid no podría resistir, una vez más, a aquella avalancha incontenible.

3. LA BATALLA DE CUART DE POBLET¹

Las fuentes musulmanas: primera versión

Un solo autor musulmán, Ibn ʿIdārī, nos informa con cierta amplitud sobre esta batalla, pero, siguiendo la vieja costumbre de los historiadores de la Edad Media, relata los sucesos por orden cronológico, valiéndose de una fuente, sin especificar el crédito que le merece, para volver luego a tratar del mismo tema y recurrir a otra fuente con nuevos datos, a veces bastante diferentes y dejar así al lector la elección entre las dos versiones².

Aunque los valencianos, durante los casi veinte meses que duró el doble asedio, habían pedido socorro a Yūsuf b. Tašfin con la más desesperada urgencia, tardó este demasiado tiempo en socorrerlos; tanto la lejanía de sus nuevos territorios, como la falta de un ejército permanente, le impidieron movilizar rápidamente sus fuerzas, hacerlas pasar el Estrecho de Gibraltar y unir las a las guarniciones y a los voluntarios de la Península. Cuando se emprendió la marcha hacia Valencia, ya había caído en poder del Cid. *Al-Bayān al-Mugrib*, en su primera versión, dice que las tropas africanas, que pasaron a

1 Véase mi trabajo *Las luchas del Cid Campeador con los Almorávides* en "Hesperis-Tamuda", vol. VI, fasc. único.

2 El texto árabe lo publicó LÉVI-PROVENÇAL en "Al-Andalus", volumen XIII, año 1948, p. 97 a 156, y su traducción española E. GARCÍA GÓMEZ. La traducción francesa la dio el mismo LÉVI-PROVENÇAL, en *La prise de Valence par le Cid* (p. 210 a 214 de su *Islam d'Occident*). Véase también MENÉNDEZ PIDAL (*La España del Cid*, tomo I, p. 506-8; y el capítulo XX del tomo II, p. 890) y mis *Nuevos fragmentos inéditos almorávides y almohades de al-Bayān al-mugrib* (p. 76 de la traducción).

España eran sólo cuatro mil jinetes¹ y un número mucho mayor de infantes. Yūsuf ordenó al gobernador de Granada concurrir con los contingentes de su región, y escribió al señor de Santa María de Albarracín y al al-Šanyāti, intrépido guerrero, para que se les uniesen con todas sus fuerzas.

Los contingentes africanos llegaron a la Península a fines de šaʿbān de este año [13 de septiembre del 1094], y unidos a los refuerzos andaluces acamparon a una parasanga² de Valencia; su masa era tan considerable que se parecía al mar cercano. Todos los cristianos pensaron en huir, excepto su jefe maldito, que no se dejó intimidar y que sacaba buenos augurios del vuelo de las aves. Los sitiadores estaban bien aprovisionados por sus correligionarios españoles que acudían de todas partes con convoyes de víveres.

A pesar de estas excelentes perspectivas, se dedica esta fuente a preparar y justificar las causas de la inminente derrota. El Cid había expulsado de la ciudad a las mujeres y niños indigentes; la soldadesca abusó y ocultó a las infelices mujeres sin que el emir Muḥammad se apercibiese de ello. Una parte de las columnas sitiadoras emprendió la marcha hacia Denia y otros lugares sin justificación alguna; se vio falta de firmeza y energía, y el cansancio se apoderó de las tropas, que se desordenaron. El emir Muḥammad no se apercibió de nada, confiado en el número de sus soldados y seguro de que el asedio iba a continuarse normalmente. El Cid se veía incapacitado para resistir, y pidió socorro a Alfonso VI, petición que, al ser conocida en el campo musulmán, causó la más viva inquietud. De pronto el Campeador, que se había apercibido de las deserciones en el campo enemigo, se decidió a no esperar la llegada de refuerzos. Salió una noche al frente de una parte

1 Número mucho más razonable que el de las demás fuentes.

2 Medida persa equivalente a la marcha aproximada de una hora de caballo o sea algo más de cinco kilómetros.

de su caballería y puso en celada la otra parte cerca del campo musulmán. A la mañana siguiente avanzó en formación de combate, mientras que los soldados musulmanes habían dejado de vigilar. Se dio la alarma en el campamento; los soldados regulares, que no habían desertado, montaron a caballo y dejaron el campo sin defensa. Atacaron a Rodrigo, que fingió huir hacia Valencia, y perseguido con ardor, se abrigó tras las murallas, en contacto con las tropas musulmanas, que le causaban pérdidas y parecían vencer. Entonces los soldados emboscados salieron en dirección al campamento musulmán y lo atacaron. El emir Muḥammad, sobrino de Yūsuf, que estaba enfermo, se apresuró a abandonarlo; se oyó un prolongado grito, al verlo invadido, se creyó en la llegada de Alfonso VI y la desbandada fue general. Asegura que las bajas de los vencidos fueron escasas, ya que el enemigo se dedicó al saqueo y sus caballeros estaban muy cansados.

Después de tan extraños razonamientos para justificar de antemano la derrota, asegura esta fuente que el rey de Castilla llevabaya andando medio camino, para llegar en socorro de Rodrigo, que recibió en él su parte del botín; y que por no licenciar a sus tropas sin haber luchado, se encaminó a la región de Guadix, la saqueó en todos sentidos y se llevó buen golpe de mozárabes para repoblar a Toledo. Las tres afirmaciones son falsas: Alfonso no fue llamado por el Cid; y, aunque lo hubiese sido, no tuvo tiempo, en tan breve plazo, para organizar el socorro y recorrer la mitad de la distancia entre Toledo y Valencia. Tampoco es cierto que, habiendo andado medio camino, recibiese su parte en el botín del campamento musulmán, ya que se tardó bastante en reconstruirlo; y hasta pasados veinticinco días, no puso en marcha Rodrigo a los emisarios que lo encontrasen en Toledo, como también es falsa la expedición contra Guadix y la repatriación de los mozárabes, de los que sólo habla esta primera fuente.

Segunda versión musulmana

La segunda, que utiliza Ibn ʿIdāri, difiere, sin que él lo tenga en cuenta, de la primera en varios pormenores. A los auxiliares andaluces, ya mencionados, añade los reyezuelos de Lérida, Taʿyid al-dawla; de Tortosa, Sayyid al-dawla; Ḥusam al-dawla, señor de Santaver [Santa María de Oriente]; y Nizām al-dawla, señor de Alpuente, todos los cuales habían de desmentir con sus actos tales sobrenombres honoríficos. También llegaron a incorporarse al-Šanyā-tī, desde la frontera; Ibn Yasīn, señor de Segorbe; Ibn Yamlūl, señor de Jérica, y otros¹. Se celebró el fin de ramadán [13 de octubre] y la fiesta de la ruptura del ayuno en Manzil Ata [Mislata], junto a la acequia de Hawara [hoy Favara]. El 18 de šawwāl [21 de octubre] el Cid, en vez de pedir socorro a Alfonso VI, hace correr el rumor de que Pedro I de Aragón venía con tropas de auxilio; y entonces, con un cambio de táctica, hace que un destacamento suyo entretenga, mediante escaramuzas, a los sitiadores, creídos que iba a su frente el Cid. Entretanto sale por otro barrio de la ciudad, dispersando a los enemigos que encuentra, se dirige al campamento musulmán y lo asalta. El emir Moḥammad, del que, en vez de dejarlo enfermo en el campamento, dice que había salido a combatir, acude al real, al ver las peticiones de socorro que salían de él, pero lo encuentra asaltado y saqueado y se retira. El enemigo dedicado a hacer botín, no se ocupó de perseguir a los fugitivos.

Las dos versiones a que recurre Ibn ʿIdāri, sin detenerse a estudiarlas ni comentarlas, coinciden en que la victoria se debió a la audacia y la estrategia con que el Cid organizó el ataque, pero difieren

¹ Cfr. "Al-Andalus", año XIII, fasc. I, p. 125 del texto árabe, y 146-7 de la traducción.

respecto al auxilio real o fingido de los reyes de Castilla y de Aragón y al asalto al campamento, que en el primer caso llevan a cabo los emboscados; y en el segundo, el Cid personalmente. La primera fuente recurre a causas poco lógicas o absurdas para explicar y paliar la tremenda derrota; y las dos coinciden en la fecha, el lugar y la escasez de víctimas musulmanas. La segunda de las fuentes, más razonable y más pormenorizada, debe ser, según parece, de Ibn ʿAlqama, bien conocida y seguida por el autor del *Bayān al-Mugrib*; la procedencia de la primera nos es totalmente desconocida. El fragmento de una Crónica árabe anónima¹, que publicó Lévi-Provençal, aunque trata del gobierno del cadí Ibn ʿYahhāf y de su suplicio, no hace referencia a la batalla de Cuarte, si bien conoce y cita la obra de Ibn ʿAlqama. Finalmente Ibn al-Jatīb, aunque también se ocupa de la toma de Valencia por el Cid, se limita, a propósito de Cuarte, a decir que después de rendida la plaza, se enviaron tropas por segunda vez contra el Campeador, pero no consiguieron nada².

Las fuentes cristianas

Una vez estudiados los pormenores, escasos, pero bastante definidos, que nos ofrecen las dos versiones musulmanas, tenemos, para encontrar más elementos de juicio, que internarnos en la maraña de los relatos amplios, aunque muy contaminados, de las Crónicas cristianas, que abordan con manifiesta complacencia los episodios de este brillante triunfo, lo exaltan exageradamente con pormenores, en los que

1 Cfr. *Al-Bayān al-mugrib*, segunda parte del tomo segundo, relativo al siglo XIII (p. 307-8 del texto árabe y p. 228 de la traducción francesa, en el *Islam d'Occident*).

2 IBN AL-JATĪB, en su *Aʿmāl al-Aʿlām*, p. 235 de la edición LÉVI-PROVENÇAL.

no pueden fijar la filiación de los caudillos musulmanes, ignoran la localización del campo de batalla y desvarían sin freno sobre el número de combatientes y de muertos musulmanes.

La magnitud del peligro pasado y de la brillante victoria conseguida, con tan escasos medios, causó tal emoción entre los vencedores, que sus fuentes nos ofrecen hasta cinco versiones distintas en su desarrollo y a veces contradictorias en los episodios fantásticos con que los envuelven; han desorbitado y descompuesto de forma extraordinaria, al dejarse llevar por su apasionamiento patriótico y fantasear todo lo que conocían de las fuentes árabes. A las de una batalla única, asignan cinco caudillos musulmanes distintos. El primero es el gobernador de Sevilla, al que no se nombra, y que en esa fecha no podía ser más que Sir ibn Abī Bakr, que la gobernó desde 1091 hasta 1114¹, y del que consta que nunca apareció por Levante en su larga y brillante carrera. El segundo caudillo musulmán que el *Cantar*² se atreve a presentarnos en el llano de Cuarte es nada menos que el emir de los musulmanes, fundador del imperio almorávid y héroe victorioso de Sagrajas [Zallaqa], y se atreve a enfrentarlo en un duelo personal con el Cid para hacerlo huir con tres heridas.

Yūsuf ibn Tašfīn estuvo por tercera vez en al-Andalus el año 1091, y no volvió a ella para su cuarta y última travesía hasta el año 1104, en que hizo proclamar a su hijo ʿAlī, como príncipe heredero del trono³. Yūsuf se informó en la primavera de 1094 de

1 Según la lista completa que da *al-Bayān al-mugrib* de los gobernadores de Sevilla (p. 51 del texto árabe y 241 de mi traducción).

2 Cfr. *Cantar*, versos 1.620-1.720.

3 Según hemos visto ya, su biografía en mi trabajo sobre *ʿAlī b. Yūsuf y sus empresas en al-Andalus*, en "Tamuda" (p. 89), y en mi traducción de *al-Bayān al-mugrib*, *Nuevos fragmentos almorávides y almohades* (p. 241).

la crítica situación en que se veían los valencianos musulmanes, y empezó a tomar las medidas necesarias para organizar y poner en marcha una expedición tan importante, pero ya la *Crónica Particular del Cid*¹, que disponía de otras fuentes y que encabeza casi siempre sus capítulos con un "Dice la Historia", sin especificarla ni citar al *Cantar* en ninguna de sus tres partes, rectifica esta absurda intervención personal de Yūsuf y lo sustituye con mala fortuna por su hijo Yunes, a quien la *Primera Crónica General*² hace el protagonista musulmán de la batalla. El *Cantar*, por otro lado, al llegar a su tercera parte, deja pasar dos años a los infantes de Carrión en Valencia con sus esposas, las hijas del Cid³, y nos ofrece con un retraso inaceptable una nueva batalla de Cuart hacia 1096, en la que Búcar sustituye a su hermano Yunes, quien, al morir de pesar por su derrota, le había encargado que lo vengase⁴.

Búcar sólo sirve para montar la tramoya, en la que se pondrá de relieve con la máxima exageración la cobardía y maldad de los infantes de Carrión. El nombre de Búcar e incluso su persona no es más que una mixtificación del Abū Bakr, que huyó de Almusafes [Alcira], para no enfrentarse con el Cid, y que era sobrino de Yūsuf, como hemos visto, y hermano del Muḥammad, vencido realmente en Cuart.

La topografía del campo de batalla es también desconocida para nuestros cronistas cristianos, que traen a los almorávides por mar, los colocan cercaados entre la reducida hueste del Cid y las murallas de la ciudad, y hacen a Minaya atacar por el lado del mar. En cuanto al exagerado número de enemigos y

de muertos, nuestras fuentes no conocen freno y son a todas luces inaceptables. No hubo estrategia ni táctica especial por parte almorávid, y la victoria se debió exclusivamente al arrojo del Cid, a la confianza y ardor de sus soldados, y a la iniciativa y habilidad de Minaya Alvar Fáñez para provocar el pánico en el enemigo, al atacarlo de costado.

La versión del *Cantar de mio Cid*

Menéndez Pidal, en el volumen primero de su *Cantar de mio Cid*, (p. 124 y sigs.) estudia las diversas crónicas que nos han dado un trasunto más o menos fiel del texto, y llega a la conclusión de que el *Cantar* que hoy conocemos es por su mayor sencillez y concisión marcadamente más viejo, mientras que el perdido es a todas luces una ampliación posterior, que toma todos los giros de un libro de caballería, y renuncia al tono de un verdadero poema heroico. Esta disparidad es manifiesta entre la parte primera del destierro y la segunda de las bodas. Pero ya dentro de esta segunda parte encontramos en el relato tales contradicciones con lo que le antecede, que no podemos atribuirlo todo a un mismo autor y nos vemos obligados a reconocer dos fuentes y dos autores distintos, que un refundidor ha yuxtapuesto sin reparar en los antagonismos, que tan claramente se evidencian en los relatos de la batalla de Cuart.

El cerco y la caída de Valencia en manos del Cid, expuestos con gran concisión en la primera parte, dan lugar a la reacción almorávid de acudir a rescatarla. Con la misma brevedad nos informa que es el gobernador de Sevilla, el que llega al frente de treinta mil hombres ante la ciudad; acampa en su huerta y es derrotado por el Cid, quien lucha personalmente con él y le causa tres heridas. La persecución dura hasta Játiva y son muchos los fugitivos que se ahogan en el Júcar. El botín de esta arrancada es muy grande y se

1 Cfr. *Crónica Particular*, p. 185 b, cap. 218.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 595 a.

3 Cfr. *Cantar*, verso 2.271.

4 Cfr. *Crónica Particular*, p. 198.

reparten a cada simple soldado cien marcos de plata¹.

Se ha tomado esta batalla como un episodio aislado, sin pararse a reconocer en él la primera versión, casi embrionaria, de la batalla del Llano de Cuart con características y pormenores que proceden de otra pluma.

En esta versión no se indica que el Cid enviase a Alfonso VI parte del botín hecho dentro de Valencia; en cambio lo hace después de la victoria, y sólo consiste en cien caballos, con cuyo envío pide la liberación de su mujer y de sus dos hijas. Pero ya a partir de la entrevista de los enviados del Cid con el rey, el tono del relato adquiere una amplitud y un énfasis que contrasta con la parca sencillez anterior. Este contraste se hace aún más visible e inaceptable, cuando, después de la victoria y de la llegada de esas damas, la misma fuente o mejor dicho, la que le sustituye, olvida todo lo que se acaba de exponer y nos escenifica, con tanta amplitud como fantasía, un duplicado de esa misma batalla, que había precedido a la llegada de doña Jimena y sus hijas, y hace de ella una descripción tan extensa y pormenorizada, que deja en la más completa oscuridad al primer relato y lo hace pasar por un alarde de imaginación, al que todos nuestros historiadores han condenado al silencio.

La España del Cid ignora esta versión de la primera batalla para liberar a Valencia, que se localiza cerca de la almunia de ^CAbd al-^CAziz en vez de Cuart de Poblet, y la ofrenda de cien caballos que el Cid da a Alfonso para pedirle que permita a su mujer

1 Esta primera versión de la batalla de Cuart, dada por la *Primera Crónica General* (p. 592 b) y por la *Particular del Cid* (p. 179), se basa en un informe escueto e impreciso, al que, como es natural, para nada aluden las fuentes árabes, y que luego se concreta en los nuevos relatos, más extensos y especificados en cuanto al lugar, aunque no menos desfigurados en sus episodios y en el caudillo musulmán que provoca la batalla.

y a sus hijas ir a reunirse con él y fijar su residencia definitiva en el palacio real de Valencia. Las fuentes árabes no se ocupan de este episodio doméstico; en cambio el *Cantar* y las tres Crónicas que se ocupan de esta exaltación, nos ofrecen un panorama poético de los pormenores del viaje y del apoteósico recibimiento, que Menéndez Pidal ha recogido con su habitual y meticulosa diligencia, aunque no se atreva a excluir de este cuadro al hijo mayor del Cid. Se entregan quinientos marcos al Abad de Cardena para pagar el hospedaje de los trece años, que doña Jimena y sus dos hijas pasaron recluidas en el monasterio, se dedican otros quinientos marcos a renovar la indumentaria de las tres damas, que debía estar muy gastada; por fin se indemniza a los judíos Rachel y Vidas del largo y peligroso préstamo al que se habían visto forzados.

El viaje de Cardena a Medinaceli se hace en cinco días; y, de acuerdo con las instrucciones del Cid, llega el cortejo a Molina de Aragón. Las escenas del encuentro con el arraez Ibn Galbun, y la brillante cabalgada, que cruza el Jalón, parecen hacer juego con la marcha primera del Cid al ser desterrado, y luego con la novelesca retirada de los infantes de Carrión, al abandonar a las hijas del Cid. Las escenas tan emotivas del encuentro familiar con todos sus aderezos poéticos contrastan vivamente con la ausencia y el olvido de ese hijo enigmático, de quien nos ocuparemos luego, al tratar de su muerte.

Expulsó a las mujeres y los niños de las familias indigentes, para que fuesen al campamento de los sitiadores; para prevenir el inminente levantamiento de los sitiados, hizo pregonar que, si encontraba en poder de alguien cualquier herramienta de hierro, sería lícita la confiscación de sus bienes y su muerte. Una vez conseguido el que, llenos de terror y espanto, entregasen hasta las agujas y los clavos, dio el orden, al día siguiente, de reunirse todos los vecinos en la playa para arrastrar a la ribera y embarrancar todas las embarcaciones ancladas en el mar,

para que no fuesen aprovechadas por los atacantes. Cuando los valencianos acudieron, hizo una selección, devolviendo a la ciudad a los que tenían aspecto de poco bravos y dejándolos aparte, desterrar a los que tenían aire de valientes, con lo cual la mayoría creyó que los habían matado y sus casas se sumieron en el duelo¹. Estas medidas preventivas, tan rigurosas y tan contrarias al espíritu de fraternidad e indulgencia en que se inspiró el discurso de su entrada en Valencia, eran la prueba más evidente de la grave preocupación con que el Cid veía la doble amenaza interior y exterior de verse desbordado y envuelto por fuerzas tan superiores numéricamente a las suyas.

Se han atribuido a la posterior ejecución del cadí, las tentativas de rebelión de los valencianos, exasperados contra la crueldad de que fue víctima, aunque es mucho más razonable atribuir a los disturbios provocados dentro de Valencia con ocasión de los ataques almorávides, que precedieron a la batalla de Cuart, el rigor desplegado por el Cid, al ocupar el alcázar y encarcelar al cadí y a los que más se distinguieron en favor de los almorávides. Pero si bien es indudable que una profunda conmoción libertadora se produjo en la ciudad, las fuentes que hablan de la derrota y de sus consecuencias, no puntualizan las fechas exactas de la agitación interna y de las duras medidas con las que el Cid cortó ese grave peligro y castigó a los sublevados².

1 Todas estas medidas se tomaron, según la misma fuente, en el mes de ramadán (14 de septiembre a 13 de octubre de 1094), durante el ayuno, antes de emprenderse el ataque a la plaza, al aparecer la luna de šawwāl (14 de octubre).

2 Por ahora y mientras nuevas fuentes no lo rectifiquen, sólo *al-Bayān al-mugrib*, después de puntualizar en el mes de ramadán las medidas previas tomadas por el Cid para impedir el levantamiento de los valencianos de acuerdo con los almorávides sitiadores, aclara que una vez lograda la victoria de Cuart, reunió el Cid a los musulmanes en el

El *Cantar de mio Cides* la primera fuente castellana, que nos da noticias de la batalla de Cuart, tomadas directamente de la tradición popular, sin recurrir a traducciones, mejor o peor interpretadas, de origen árabe. Comienza por afirmar que ya ha pasado el invierno y al entrar el mes de marzo, va a darnos las nuevas que le llegan sobre Yūsuf, el rey de Marruecos, quien muy apesadumbrado por la pérdida de Valencia, reúne cincuenta mil hombres de armas, que llegan directamente por mar ante Valencia¹. Plantan sus tiendas y el Cid se dispone a rechazarlos, pero antes hace que su mujer y sus hijas contemplen la maravillosa riqueza de la vega, vean a los jinetes enemigos que entran por las huertas sin pavor y oigan el estruendo de los tambores almorávides, que luego verán colgados como ex-votos en la catedral².

alcázar, les habló largamente de la derrota de los sitiadores y les impuso una multa de 700.000 mizcales (monedas de oro), que luego el visir judío logró rebajar a 200.000. Expone a continuación el rigor y las humillaciones con que ese visir, nombrado gobernador de la ciudad, y sus correligionarios, cumplieron las órdenes del Cid, como agentes del fisco, al detener, condenar y despojar a los valencianos. LÉVI-PROVENÇAL publicó este nuevo texto, cuya cronología, sin ser infalible, no concuerda siempre con la de *La España del Cid*, fundada a veces, según el profesor de la Sorbona, en simples suposiciones. Al acabar de publicarse la cuarta edición de *La España del Cid* en 1947, recibió su autor en copia mecanográfica los importantes extractos de *al-Bayān al-mugrib*, que acabo de comentar y los incluyó al final de su obra (en el capítulo XX, p. 892) sobre las fuentes históricas, y las repitió en la reedición de 1956, pero no pudo estudiarlos e incorporar en el texto los comentarios y deducciones a que dan lugar. Había recurrido a AL-MAQQARĪ, autor argelino y enciclopédico del siglo XVII, que señala con IBN AL-ABBĀR dos tomas de Valencia, una en 487 (junio de 1094) y otra, a sangre y fuego en 488 (1095), después de la ejecución de Ibn Yāḥḥāf.

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.619 a 1.630.

2 Cfr. *Cantar*, verso 1.658. Sobre las pueriles fantasías del redoble de los tambores en Zalaca, véase *Las Grandes Batallas*, p. 72: El desas-

El atalaya, que está de guardia, hace sonar la esquila de rebato¹, y Alvar Salvadórez sale con un destacamento para ahuyentarlos, pero después de matar a quinientos enemigos, y mientras sus compañeros regresan a la ciudad, se ve cercado y queda prisionero. A la mañana siguiente, muy de madrugada, después de oír misa y disponerse a cabalgar, pidió Alvar Fáñez al Cid ciento treinta caballeros, para que, "cuando vos los fueredes ferir, entraré yo del otra parte; o de amas o del una Dios nos valdrá".

El obispo don Jerónimo

El obispo don Jerónimo, después de cantarles la misa y de darles la absolución, pide ser el primero en el ataque. Salen bienarmados y dejan fuerte guardia en las puertas de la ciudad. Sólo son cuatro mil menos treinta los que van a enfrentarse con los cincuenta mil almorávides; mientras el Cid y el obispo don Jerónimo se adentran en el fragor de la pelea como simples soldados.

Los obispos de Valencia, antes y después de la conquista del Cid, fueron dos; uno mozárabe, nombrado por Alfonso VI, que rigió la numerosa comunidad cristiana, que, desde hacía siglos, vivía instalada en la ciudad y su región, y que al sublevarse los valencianos musulmanes contra el Cid y llamar a los almorávides, huyó contodo el destacamento que ocupaba el arrabal de Alcudia para reunirse con él en Zaragoza. Desde esa fecha [fines del 1092] no hubo obispo nombrado canónicamente hasta que el Cid y su

troso efecto que se les ha atribuido en ese primer encuentro con los almorávides, ha debido desaparecer, si es que existió cuando los oyen el Cid y su familia.

1 "Ca dize la historia que porque el Cid vivía siempre en guerra, avie ordenado qual sennal avien de fazer, quando se avien de armar CC o CCC o CCCC cavalleros" (*Primera Crónica General*, p. 596 b).

mesnada proclamaron al monje francés Jerónimo de Perigord, probablemente el año 1097, para ser confirmado por el Papa, según consta documentalmente, el año siguiente 1098.

Al *Cantar*, y sobre todo a las "Crónicas generales" les hizo falta un obispo en Valencia desde el 1094 al 98 para completar el relato de todos los sucesos creados durante esos cuatro años; y así como recurrieron a su fantasía para no dejar inactivo al Cid y forjaron toda la leyenda de los infantes de Carrión con sus variados e inverosímiles episodios, no tuvieron reparo en acoplar a ella la intervención adelantada del monje francés, Jerónimo de Perigord. El obispo mozárabe pacífico y habituado como sus feligreses a la sumisión tradicional, sin asomo de resistencia, al poder musulmán, desaparece de la escena valenciana tan revuelta y peligrosa, y se le sustituye, sin atender a la cronología con ese monje francés de fogoso temperamento bélico, que por no estar acostumbrado como los españoles a luchar, pactar y convivir con sus vecinos, los musulmanes peninsulares, llega enardecido a tomar parte personal en la guerra contra el infiel. Se exagera deliberadamente su sed de sangre, así como la maestría guerrera con que emula al Cid, al adentrarse en lo más recio del combate, al mismo tiempo que celebra con el mayor rigor litúrgico las ceremonias religiosas relacionadas con estos combates.

Su intervención en las bodas primeras de las hijas del Cid, su ardor exagerado en la falsa repetición de la batalla de Cuart contra Búcar, todas las escenas diplomáticas y las ceremonias cortesanas en las que se le hace intervenir, son pinceladas necesarias para dar vida y realidad al gran fresco documental con que se adornan los cinco años de vida, que, como hemos visto, no pueden dejarse en blanco, al terminar la biografía del Cid.

Los cruzados extranjeros, habituados a la guerra de exterminio contra los herejes y los infieles, demostraron aún más cruelmente su intransigencia al

concurrir a la batalla de las Navas de Tolosa y luego en la guerra contra los albigenses¹.

Ha sorprendido el espíritu aventurero de don Jerónimo, mientras que los otros monjes sus compatriotas se quedaban en Toledo e iban a ocupar las tranquilas sedes episcopales de Segovia y Osma, pero esta extrañeza no puede aplicarse al Jerónimo histórico, sino al Jerónimo de la leyenda, al que se hace actuar con tan inusitado valor, varios años antes de su llegada a Valencia, cuando en realidad se consagró exclusivamente a sus ocupaciones religiosas, hasta la evacuación de la ciudad por doña Jimena y Alfonso VI; y luego, al ser trasladado a Salamanca y Zamora, no dejó de ser un ejemplar prelado, como sus colegas, traídos de Francia con otros muchos varones honestos y literatos por Bernardo de Sedirac para implantar la reforma francesa de Cluny en las iglesias castellanas.

En las cinco versiones cristianas, que vamos a encontrar de esta batalla, siempre se trata de reconquistar a Valencia; el ejército liberador viene mandado por el emir almorávid o por un príncipe de su familia, que en este primer caso es el yerno de Ibn cA'ísa, hijo de Yūsuf ibn Tašfīn; todos se batían personalmente con el Cid, quien les causa en cada caso tres heridas. El botín logrado es muy grande, y son muchos los soldados que, al verse enriquecidos, piensan volverse a Castilla, pero el Cid se lo veda bajo pena de muerte. Hace entonces a Alvar Fáñez y a Martín Antolínez pasar revista a su mesnada, y ve que sólo ascienden a tres mil quinientos entre caballeros y peones, cifra muy superior al pequeño grupo que le acompañó al salir desterrado, pero a todas luces indispensable para mantener su conquista.

¹ Véase mi libro *Las grandes batallas de la Reconquista*, p. 246.

La versión de la *Primera Crónica General*

La *Primera Crónica General*¹, casi en los mismos términos que el *Cantar*², atribuye también al rey de Sevilla la primera derrota sufrida al intentar recuperar a Valencia, y se extiende en los pormenores de la embajada y los dones enviados a Alfonso VI. Entonces "vínole en mientes de su mujer y de sus hijas que había dejado en Cardena". El regalo que envía a Alfonso es también de cien caballos enfrenados y ensillados, pero aumenta el donativo a Cardena hasta mil marcos de plata, y envía otros treinta de oro para el atavío de su mujer y de sus hijas. Manda también seiscientos marcos, la mitad en oro y el resto en plata, para pagar a los judíos prestamistas, de quienes el *Cantar* no se acordó³.

Se extiende en pormenores de la acogida que los embajadores encontraron en Toledo y en Cardena; escenas de las que no se ocupan las crónicas árabes, y que Menéndez Pidal ha estudiado con su habitual diligencia. Esta fuente, lo mismo que el *Cantar*, se olvida de lo que ha referido sobre la primera batalla para recuperar a Valencia, y nos informa con notoria incongruencia que a los tres meses de haber llegado doña Jimena y sus hijas, se reciben nuevas de que llega por mar el emir de los musulmanes, cuyo nombre reduce de Yūsuf a Yunes, y lo hace también Miramamolín, como si fuese almohade. Nos informa que el Cid se alegra de su venida, pero hace abastecer y fortificar debidamente la ciudad y todos los castillos de la región, al mismo tiempo que recluta a todos los musulmanes de sus dominios.

Según esta fuente, lanzada ya a excesos novelescos, el Cid, para demostrar a todos su confianza en la victoria, hace subir a su familia a la torre más

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 592 b.

² Cfr. *Cantar*, versos 1.222 a 1.231.

³ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 593 b.

alta del alcázar, y para que vean cual es el poder de los musulmanes, que acampaban del lado del mar, les brinda el espectáculo que ofrece Alvar Salvadórez, tocando a rebato la esquila y saliendo con sólo doscientos caballos; y, en una violenta arrancada, expulsa de las huertas a los sitiadores con tanto placer del Cid y del obispo don Jerónimo, como pavor de doña Jimena y de sus hijas. Puesta a fantasear hace que Alvar Salvadórez aguije con sus doscientos hombres y penetre en el inmenso campamento musulmán, donde cae prisionero y es encerrado en la tienda del emir, mientras que sus hombres regresan indemnes a la ciudad. Y para colmo de ficción, lo deja en esa tienda, hasta que, al día siguiente, vengan los atacantes cristianos a liberarlo sano y salvo.

Alvar Fáñez, al ver que no podrían derrotar, sino con gran maestría guerrera a tan enorme ejército, pide al Cid trescientos caballeros para salir al primer canto del gallo y meterse en celada por el lado de la Albufera, dispuesto a atacar de costado, cuando se hubiese trabado el combate. Aprueba el Cid esta idea y tras aprestarse, tanto religiosa como militarmente, salen por la Puerta de la Culebra, cuando aún no era bien de día. La salida por esa puerta, que estaba al noroeste de la ciudad, así como la postura de las celadas son correctas, pero ya no lo es tanto que Alvar Fáñez saliese a atacar por la parte del mar, y que el Cid metiese a la multitud enemiga entre sí y la ciudad.

La lucha fue muy agria y los cristianos estaban a punto de ser vencidos, pero la arenga del Cid, que, invocando a Santiago, se arriesgaba en lo más duro de la pelea, a matar enemigos, empapado en sangre, y sobre todo el ataque de las celadas, que sembró el pánico en el campo musulmán, decidieron la victoria. El rey Yūsuf huyó, aunque al igual que el emir de Sevilla, fue alcanzado por el Cid, que le causó las mismas tres heridas, que se iban a repetir en las demás versiones de esta batalla, pero Yūsuf estaba muy bien armado y pudo escaparse y llegar al

castillo de Cullera [Jorquera]. No escaparon más de diez mil quinientos almorávides, y fue maravilloso el botín que se hizo en oro, plata, armas y caballos, pero el más rico trofeo fue la tienda del rey de Marruecos [o sea de Yūsuf], la mayor y más noble que nunca hombre vio; pero aún fue mayor maravilla el encontrar a Alvar Salvadórez, que sin duda pasó casi un día entero en compañía del emir; doña Jimena y sus hijas salen a recibir al vencedor, que llega todo ensangrentado.

La versión de la *Crónica Particular*

La *Crónica Particular*¹ sigue en sus líneas generales el esbozo que de la segunda batalla nos ha dado el *Cantar de mio Cid*. En vez de hacer venir a Yūsuf b. Tašfin en persona, trae a un hijo suyo, al que llama Yúñez y a sus cincuenta mil hombres de armas les añade innumerables peones. Repite la escena de Alvar Salvadórez, y para el ataque por sorpresa le da a Alvar Fáñez trescientos caballos y lo pone en celada en el valle de la Albufera². Por desconocer la topografía, hace que el Cid, al atacar, meta a los musulmanes entre sí y la villa, y que Alvar Fáñez los vaya a herir muy denodadamente por el lado del mar. Los enemigos, al creer que llegaban tropas castellanas de socorro, se desbaratan y huyen hacia el castillo desconocido de Torrevera con su rey. Hace que apenas se salven quince mil hombres de armas de los cincuenta mil que habían llegado, y se olvida de los innumerables peones que les acompañaban. Las naves, que estaban ante Valencia, se dirigen a Denia, a donde también se va Yúñez, que se embarca y llega a

1 Cfr. *Crónica del famoso cavallero Cid Ruydiez Campeador*, edición de JUAN DE VELORADO, Burgos, 1593.

2 No hay tal valle, y la Albufera queda demasiado lejos del campo de batalla para emboscarse cerca de ella, y menos aún para atacar por el lado del mar al enemigo que estaba en Cuart de Poblet.

Marruecos, donde muere de pesar y encarga a su hermano Búcar que lo vengue.

Acopla esta *Crónica Particular*, mejor que el *Cantar*, las dos batallas de Cuart, gracias al error que comete, al no fijar las fechas y retrasar vagamente lo ocurrido, casi un año antes, en Alcira y Almusafes. Las fuentes cristianas debieron tener un conocimiento muy confuso de este episodio fallido, del primer intento de uno de los sobrinos de Yūsuf b. Tašfin, para liberar a Valencia, sitiada por el Cid. De este incidente hace la *Crónica Particular* una espectacular batalla, que localiza por ignorancia en Cuart, y así justifica el que su hermano, el otro sobrino de Yūsuf b. Tašfin, llegue para vengarlo, y tengamos la doble batalla de Cuart, que tan confusamente acopla el *Cantar*.

No sólo hay error en el desdoblamiento de la batalla, sino también en el nombre y la actuación de los dos caudillos musulmanes. El que se retiró de Alcira y Almusafes, sin llegar a medir sus armas con el Cid fue, según hemos visto, Abū Bakr, hijo de Ibrāhīm b. Tašfin; y el derrotado luego en Cuart, fue su hermano Muḥammad, sobrino, como el primero, del emir de los musulmanes. Las Crónicas cristianas desconocen la verdadera filiación de los dos, y, además de darles nombres falseados, acaban por hacer del primero, Abū Bakr [castellanizado en Búcar] el protagonista de la gran derrota que sufrió después su hermano Muḥammad.

De esta segunda batalla, la única real, se vale la *Crónica Particular*, como lo hizo el *Cantar*, para dar mayor relieve a la cobardía de los infantes de Carrión en el burlesco episodio del león y en el curso de la batalla. Nos cuenta, además, que el rey Búcar envía un emisario al Cid para que le devuelva Valencia, que fue de sus abuelos¹. El Campeador lo des-

1 La escena del emisario del rey Búcar es falsa, así como la alusión a los últimos reyes de Valencia, al-Ma'mūn y su nieto al-Qādir, que no tuvieron ningún parentesco con los emires almorávides.

precia y se prepara para la batalla, como la primera vez; da el mando de la vanguardia a Alvar Fáñez con quinientos caballos y mil quinientos peones, y lleva su enseña Pedro Bermúdez; el ala derecha la manda el obispo Jerónimo con otros tantos caballos e infantes; el ala izquierda Martín Antolínez y Alvar Salvadórez con el mismo número de hombres. El Cid llevaba en la zaga mil caballeros de loriga y dos mil quinientos hombres a pie, con una increíble desproporción, frente a un enemigo, del que afirma con manifiesto y absurdo desenfado que tuvo más de diecisiete mil bajas en el campo y doble número de ahogados en el mar. El rey Búcar perseguido y mal herido por el Cid llega a la playa y se salva en un batel¹.

Otra versión de la *Primera Crónica General*

La *Primera Crónica General* se vale del mismo relato con algunas modificaciones²; la llegada del rey Yúñez, la invasión de la huerta, el temor de la familia del Cid, el rebato de Alvar Salvadórez³ y su prisión, la celada de Alvar Fáñez, que sorprende al enemigo por el lado del mar y la derrota de la que no escaparon más de diez mil quinientos. Yúñez herido se salva en el castillo de Xuquera⁴. Entre el botín, figura la tienda del rey de Marruecos, la mayor y más noble que nunca hombre vio y en ella se encontró a Alvar Salvadórez, vivo y sano⁵.

1 En contraste con el *Cantar*, que lo hace huir hacia Cullera.

2 Cfr. *Primera Crónica General* (p. 596) para la primera batalla, y p. 605 para la segunda.

3 En contraste con la *Crónica Particular* que le da el mando del ala izquierda, durante la batalla.

4 Variante también imaginaria del Torrevera, que dio antes la *Crónica Particular*.

5 Dato nuevo. Era ovalada, sostenida por dos tendales de madera preciosa, labrados con oro; el Cid mandó que nadie la tocara, pues

Deja esta fuente pasar dos años en Valencia a los infantes de Carrión, después de casados, en mucha paz y con gran placer, e incurre luego en la misma distorsión histórica de duplicar la batalla de Cuart, para dar pie a la leyenda incomprensible de la cobardía de los infantes de Carrión y de su indigno proceder en el robledo de Corpes.

La versión de la *Historia Roderici*

Y con esto llegamos a la última fuente cristiana que trata de este tema¹ y que, a pesar de ser tardía y escueta, es la más verídica, al no estar contaminada con relatos falseados o imaginarios. Comienza por informarnos sobre la carta que Yūsuf b. Tašfīn le escribió al Cid², ordenándole retirarse del territorio valenciano, con lo cual se irritó el Campeador y le comunicó a él y a todas las autoridades de al-Andalus que el emir de los musulmanes no se atrevía a cruzar el mar para enfrentarse con él. Afirmación contraria a toda la política seguida siempre por el Cid, quien temía y trataba de evitar que el poder almorávid viniese a enfrentarse con él. Afirma que levantó el cerco y dio de plazo a los valencianos todo el mes de agosto del 1093 para esperar la llegada de Yūsuf y decidir en una batalla campal la suerte de la ciudad.

Pasado el mes de agosto, y al saber que un poderoso ejército musulmán se aproximaba, los valencia-

quería enviarla a don Alfonso VI con 200 caballos, para que el rey apreciase la victoria y para agradecerle los azasajos que había prodigado a doña Jimena en su viaje a Valencia (Cfr. *Cantar*, verso 1.875, y *Primera Crónica General*, p. 599 a).

1 Cfr. *Historia Roderici*, que MENÉNDEZ PIDAL ha reeditado y comentado en *La España del Cid*, tomo II, p. 904 a 969.

2 No la creo auténtica, sino invención del cronista, muy aficionado a estos ejercicios epistolares, como comprobaremos más adelante.

nos, como hemos visto, creyeron segura su liberación, pero el ejército de socorro no se atrevió a entablar combate y lleno de terror huyó de noche¹. Yūsuf b. Tašfīn, indignado por esta cobardía y exasperado por la caída de Valencia, envió un segundo ejército al mando de su sobrino Muḥammad² con la orden de sitiar y cautivar al Cid para enviárselo aherrojado a Marruecos. Un lapsus de copista, con evidente y manifiesto error, le hace decir que los atacantes eran ciento cincuenta mil jinetes y tres mil peones. En todo caso era un enorme ejército, que rodeaba, vociferando, a Valencia, asaeteaba las tiendas y las casas de los sitiados, y atacaba, seguro de vencer; pero el Cid cayó sobre ellos, los derrotó, les hizo muchas bajas y prisioneros y se apoderó de inmenso botín.

Gracias a esta fuente acaba de ponerse en claro que no hubo dos batallas de Cuarte, sino una tentativa, fracasada sin lucha, de liberar a Valencia desde Játiva, Alcira y Almusafes en el otoño del 1093, y una sola batalla de Cuarte en octubre del 1094. Al hacer esta escueta y realista exposición, deja de lado todos los pormenores, que empezando con el ataque y prisión de Alvar Salvadórez y acabando con la muerte o las heridas y la fuga de Búcar, nos ofrecen las tres fuentes anteriores.

1 Coincide esta exposición con la dada por *al-Bayān* de la batalla de Almusafes, sin recurrir a las excusas alegadas para justificar la retirada.

2 Es la única fuente cristiana que acierta en su nombre y apenas difiere de las fuentes musulmanas, al darlo como hijo de la hermana, en vez del hermano de Yūsuf b. Tašfīn.

4 EL PROCESO Y CONDENA DEL CADI IBN YĀHHĀF

Las acusaciones cristianas¹

Después de la brillante y definitiva victoria de Cuart de Poblet, sólo dos intervenciones históricas encontramos en los cinco últimos años de la vida del Cid Campeador y ninguna de ellas es de carácter guerrero y conquistador, sino meros actos civiles, judicial el uno; y familiar, el otro, o sea la condena a ser quemado vivo el cadí, exponente fiel de la obstinada resistencia de Valencia a ser ocupada; y el casamiento de sus dos hijas, que ya eran núbiles, con los infantes de Navarra y Aragón.

El protagonista musulmán de la gran tragedia provocada por la sumisión del Levante español al Cid Campeador y la intervención de los almorávides, fue el cadí Abū Aḥmad Yāʿfar ibn Yāhhāf, de la ilustre familia de los Banū Yāhhāf, que durante dos siglos ocuparon las más altas dignidades administrativas y judiciales en su ciudad natal. Su infortunada actuación en una época tristísima para los musulmanes y los estériles esfuerzos, que, en su afán por salvaguardar la independencia de su país, hizo con tan catastrófico resultado, han merecido los calificativos más opuestos de su seguidores y de sus enemigos.

Menéndez Pidal, en su apasionado panegírico del Cid, se complace en recoger las acusaciones más o menos fundadas contra el cadí, que encuentra en las fuentes históricas de la época, y subraya su aspecto peyorativo. Comienza por apodarlo despectivamente el Zambo, aunque sabe que ese epíteto tiene un doble

¹ Véase mi trabajo *El cadí de Valencia, Ibn Yāhhāf, quemado vivo por el Cid*, publicado en la "Revista del Instituto egipcio en Madrid", vols. XI y XII (1963-1964).

significado menos mortificante. Sólo ve en el cadí un vulgar ambicioso, que hace matar al rey al-Qādir sin más finalidad que la de apoderarse de sus tesoros; al ser elevado al poder, se infatúa con desdén hacia sus conciudadanos; las codicias se multiplican en su corazón. Se da enseguida aires de soberano, y se crea una corte; cuando el Cid le achaca el asesinato de su rey y le pide la devolución del trigo que tenía depositado en Valencia, le contesta neciamente que Valencia pertenecía al emir de los musulmanes, Yūsuf ibn Tašfīn. A la vez trata mal a los almorávides, a los que debía el éxito de la revolución; y sus raposeras le hacen vender al Cid el favor de echarlos de Valencia. Por otra parte, siempre artero, voluble y egoísta, decide enviar a Yūsuf parte de los tesoros de al-Qādir para que venga en su ayuda.

Ante el malestar general por el primer asedio del Cid, sólo piensa en medrar a costa del sufrimiento de todos; se somete a pagar parias y hospeda a Rodrigo en la almunia de ʿAbd al-ʿAzīz [Jardines del Real]; cede el gobierno, al verse desplazado por el partido almoravidista de los Banū Wāʿib, ante la llegada de los saharianos hasta Alcira y Almusafes; al retirarse éstos, vuelve al poder, reconocido por el Cid, y acepta las duras condiciones que éste le impone, para desdecirse al día siguiente, sin importarle la indignación del Campeador, que extrema con todo rigor la aspereza del asedio. El hambre de los valencianos no le preocupa, ni la suya propia tampoco, ya que sin la menor consideración del porvenir, se enorgullece más que nunca; vuelve a darse humos de rey, y se entrega a fastuosas sesiones literarias, mientras los sitiados se mueren de hambre. Sólo, cuando es ya imposible la resistencia, y el asalto inminente, consiente en negociar la rendición de la ciudad con la condición de conservar su cargo de ca-

¹ Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, quinta edición, p. 472.

di'. Jura en falso que no poseía el tesoro robado a al-Qādir, perjurio que se le hace confesar más tarde bajo horrendos tormentos. Se pasa por alto la serenidad y el fervor islámicos con que sufre el suplicio del fuego; y los elogios que le dedicaron hasta sus más encarnizados adversarios, se atribuyen a la compasión que su martirio provocó en el pueblo valenciano.

Al lado de esta serie de acusaciones, bueno será enumerar las cualidades que eran exigidas por la opinión pública en un cadí, sin que esto quiera significar que todas las poseía Ibn Ŷaḥḥāf. En al-Andalus sus características, estudiadas por Lévi-Provençal y Ribera Tarragó en las fuentes árabes, hacen de él un jurista experto y avezado en la práctica del derecho canónico; era siempre un musulmán modelo, cuya dignidad, franqueza y libertad de lenguaje lindaban en el ascetismo.

Los Banū Ŷaḥḥāf en el gobierno de Valencia

La decisiva, aunque fatal, intervención que ejerció el cadí Aḥmad ibn Ŷaḥḥāf en el asedio y toma de la ciudad por el Cid Campeador, ha sido presentada con tan negros colores y tanta parcialidad, que nos obliga a detenernos en el estudio de la genealogía y los hechos de esta ilustre familia, muchos de cuyos miembros desempeñaron importantes cargos y casi monopolizaron el cadiazgo de la ciudad. Nuestro eminente arabista Ribera Tarragó, al tratar de esta familia, nos dice textualmente²:

"El personaje que ennoblecía a esta familia, cuyo nombre heredaron por apellido sus descendientes, fue Ŷaḥḥāf ibn Ymn, alcalde o gobernador de Valencia, nombrado por Ḥabd al-Raḥmān III. Fue erudito

en materia de tradiciones musulmanas. Murió mártir en una expedición guerrera contra los cristianos del Norte, que se llamó del Barranco [al-Jamdaq], el año 327 de la hégira [939]¹. Un hijo suyo, Ḥabd al-Raḥmān, le sucedió en el cargo de alcaide de Valencia. En el reinado del sabio y pacífico, al-Ḥakam II, cuando por las guerras civiles que mantenían la debilidad en los estados cristianos, se mostraba con más esplendor la majestad del monarca musulmán, fue a Córdoba un príncipe destronado del Norte, Ordoño, a implorar la ayuda de esa corte. En su viaje hacia la capital salían a su encuentro varios destacamentos de brillante caballería para festejarle y recibirlo con la pompa debida a su rango. En las cercanías de Córdoba, por indicación del Califa, se hallaba el apuesto y principal caballero de la región del Este, gobernador entonces de Valencia, Ḥabd al-Raḥmān ibn Ŷaḥḥāf, acompañado por de Guadalajara, con numeroso seguimiento, para ofrecer sus respetos al pretendiente. Pocos días después, cuando al-Ḥakam, en solemne y pública recepción en el palacio de az-Zahrā', había prometido el apoyo a dicho príncipe, aquellos dos personajes recibían el encargo de acompañarle para restablecerlo en el trono e imponer la obediencia a sus vasallos. Nuestro gobernador de Valencia debió ir en aquella comisión, que se nombró de personajes tan singulares, como el juez de los cristianos de Córdoba, Walīd ibn Jaizurān y el arzobispo metropolitano de Toledo, ḤUbayd Allāh ibn Qāsim².

Por la genealogía, que los historiadores dan a sus descendientes, conocemos el nombre de dos de sus hijos, Ḥabd Allāh y Ŷaḥḥāf. El primero fue padre de otro Ḥabd al-Raḥmān, tradicionista sabio, maestro del eminente Abū al-Asadī de Murviedro y otros varios jurisconsultos nacionales y extranjeros, que respetaron la autoridad de sus enseñanzas. El cro-

1 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, quinta edición, p. 482.

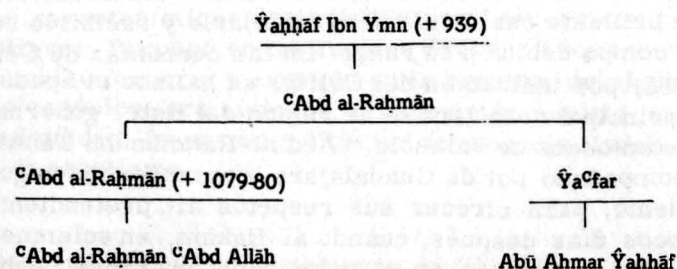
2 Cfr. RIBERA, *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 214.

1 Cfr. RIBERA, *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 215.

2 Véase LÉVI-PROVENÇAL, en su *Histoire*, t. II, p. 177.

nista ad-Dabbī dice que fue alcalde de Valencia y que pertenecía a un linaje, que se distinguía por su principalidad y ciencia, cuyos individuos se sucedían unos a otros en el gobierno de la ciudad. Nació en el año 383 de la Hégira [993] y murió de avanzada edad en el 472 [1079-80]¹.

Genealogía de los Ibn Yāḥḥāf



Hijo y discípulo suyo fue Abū ʿAbd al-Raḥmān ʿAbd Allāh ibn ʿAbd al-Raḥmān ibn ʿAbd Allāh ibn ʿAbd al-Raḥmān ibn Yāḥḥāf,² quien, entiempos ya del Cid, desempeñó el cargo de Justicia mayor y no tuvo la intervención trágica en el gobierno de Valencia, que le cupo a su primo Abū Aḥmad Yāʿfar ibn ʿAbd al-Raḥmān, el defensor de Valencia contra el Cid, cuya gestión y condena han de ser estudiadas con la debida imparcialidad y extensión. Solo tenemos noticia de un hijo suyo, al que, a pesar de su menor edad, trató el Cid de condenar a muerte, como a su padre. Recobrada Valencia por los almorávides, este último

¹ Edición CODERA-RIBERA, t. III, p. 354.

² IBN ḤAZM lo cita tres veces en su *Collar de la Paloma* (traducción GARCÍA GÓMEZ, p. 272, 287 y 307), y en la primera lo califica como "el mejor cadí que he visto".

vástago de los Banū Yāḥḥāf fue respetado y querido, tanto por los valencianos, como por sus nuevos gobernantes, y fue diversas veces, durante quince años, cadí en varias poblaciones de la región hasta que murió el año 547 [1152].

La figura de Ibn Yāḥḥāf ante la crítica

La evidente parcialidad del juicio de Menéndez Pidal, que sólo toma en cuenta el interés del Cid y su triunfo final, renuncia de antemano a considerar el punto de vista musulmán, y no tiene en cuenta la formación jurídica del cadí, el medio ambiente en que vive, su patriotismo regional y el odio acumulado contra el causante de todas las calamidades que sufre al lado de su pueblo.

Las fuentes árabes que han censurado con el mayor rigor esta inhumana e injusta condena, son unánimes en asegurar y recalcar que el motivo real que impulsó al Cid a violar el amān concedido al cadí fue el rencor que le produjo su resistencia tan prolongada y tan peligrosa.

Como era de suponer, no sólo ponderan la nobleza de su casa, sino también sus cualidades personales, que, según parece, distinguieron a los de su estirpe, la hombría de bien, la afabilidad en el trato, la suavidad y blandura de carácter, la excesiva bondad, que en los hombres públicos se tacha de poco vigor; la sobrada dejadez y negligencia, más dañosas, cuanto más difíciles son las circunstancias del mando¹. Estas cualidades, que quizá lo distinguieron en su vida privada, antes de subir al poder y enfrentarse desesperadamente con el Cid, se vieron deformadas y oscurecidas por las trágicas conmociones de su vida pública.

La sublevación unánime de los valencianos, que

¹ Cfr. RIBERA TARRAGÓ, *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 218.

lo hacen su caudillo, a ejemplo de lo que se hizo con los cadíes de Sevilla y de Córdoba, es un acto tan atrevido como patriótico, al deponer y dar muerte a un tirano cobarde, vendido al mayor enemigo de la causa islámica. No teme enfrentarse con las represalias del Cid, y aspira imprudentemente a sacudir el yugo castellano y dar la independencia a su región, o, si esto no era posible, a ponerla en manos de los almorávides, que, si bien extraños y dominadores, eran por lo menos musulmanes ortodoxos, recibidos como libertadores en toda la Andalucía musulmana.

Sólo cuando ve que el socorro almorávid es tan ineficaz como dispendioso, se decide a pactar con el Cid y someterse a su protectorado. El Cid lo reconoce como señor de Valencia y lo anima a usar atavíos reales, pero luego, cuando, para firmar el acuerdo, le impone condiciones inadmisibles, que suponen el despojarlo de todas las rentas de la ciudad tanto las de dentro como las de fuera, y le exige en cumplimiento de lo acordado que le dé en rehenes a su hijo, para tenerlo en el castillo del Puig, la ilusión de conservar la independencia, mediante unas parias anuales, se desvanece para el cadí, al prescindir de los almorávides, y se niega a firmar el acuerdo. Sabe que el Cid reanudará con más saña el asedio, y se resigna con su pueblo a soportar los indecibles tormentos de una resistencia desesperada. Deja a los Banū Wāḡib que ocupen el poder, como partidarios más decididos y más esperanzados de los almorávides, pero al fallar, una vez más, este socorro, el pueblo vuelve a llamar a su cadí, a pesar de los excesos tiránicos que se le atribuyen; en una furiosa salida se rechaza un asalto que puso en peligro la vida del Cid, y aunque "tenían la muerte ya por sabrosa, antes que pasar aquella lazería", aún logró el cadí un plazo de quince días para pedir por última vez socorro al rey de Zaragoza y a Ibn ʿĀʾiṣa, go-

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 586.

bernador almorávid de Murcia; y se convino que, al fracasar este último y desesperado recurso, se entregaría la ciudad, "por tal pleito que fincase el cadí poderoso en la villa, asy como estaba antes, seguro de su cuerpo et de sus averes et de sus fijos et de sus mugeres".

Tantas vacilaciones y tan bruscos cambios en la orientación política de Valencia ante las exigencias cidianas, y la incapacidad reconocida de poder rechazarlas con sus propias fuerzas, han hecho creer que se llegaron a formar tres partidos entre los musulmanes valencianos: 'el español o mudéjar', o sea el de al-Qādir, afecto a los cristianos y aborrecedor de los almorávides; el intransigente o africanista, que sólo veía en la intervención del ejército de Yūsuf b. Tašfin la posibilidad de sacudir el yugo cristiano; y por fin, el oportunista, o sea el del cadí Ibn Ḥāḥḥāf, que no buscaba sino el poder a toda costa².

Esta clasificación me parece muy ficticia, pues no creo que hubiese más que un partido, bastante numeroso para merecer ese nombre, el formado por la masa de los musulmanes, que tanto en Levante como en el resto de al-Andalus eran, con sus alfaquies, unánimes en su deseo de ver triunfar a los almorávides. Sometidos, después del Califato omeya, al enmarañado gobierno de un enjambre de reyes de taifas incapaces y tan ambiciosos como impotentes, sentían siempre que el odiado régimen de las parias no bastaría a librarlos de caer bajo el poder cristia-

1 Se le ha llamado infundadamente partido mudéjar por creer que lo formaban unidos árabes, muladíes y mozárabes en una racial confraternidad hispana con la misma repulsión natural hacia los africanos. Mudéjares eran, como es bien sabido, los musulmanes españoles, sometidos total y definitivamente a la autoridad de los reyes cristianos, y por consiguiente no tenían ni las apariencias de auto-gobierno, por el que se regían los súbditos de los reyes de taifas, aunque sometidos al tributo de las parias.

2 MENÉNDEZ PIDAL trata de estos partidos en las páginas 443, 449, 456 y 465 de *La España del Cid*.

no y por ello ansiaban verse gobernados por los vencedores de Zallaqa, que, aunque extraños, respetaban sus costumbres, tenían la misma fe y les daban la seguridad de formar parte de un gran imperio musulmán.

El segundo partido, el de los oportunistas, que lo mismo se había formado en Valencia, que en Sevilla y Córdoba, era el de cada rey de taifas, que veía en peligro su trono, y no merecía el nombre de partido, pues estaba formado por el séquito cortesano y los servidores de cada uno de estos reyezuelos, cuyas ideas y aspiraciones eran muy distintas de las de la plebe musulmana, pues al ver que los ejércitos de Yūsuf los deponían y los mataban o deportaban para apoderarse de sus estados, prefirieron volver a pagar parias, con la esperanza de mantenerse más tiempo en el trono.

Ibn Yāḥḥāf es el exponente típico de este llamado partido, pues empezó por intentar establecer en Valencia un gobierno autónomo, que la librase de caer en manos de los castellanos; tuvo que recurrir a los almorávides por exigirlo así todo el pueblo; y cuando vio que no recibía de ellos un socorro eficaz, se decidió a pactar con el Cid; y si hubiese sido tan ambicioso y falaz como lo pintan sus detractores, y no un buen musulmán, hubiera podido disfrutar del poder que le ofrecía el Cid, y vivir tranquilo, en vez de renunciar heroicamente a todo bienestar y sufrir los horrores de tan largo y cruel asedio, antes que entregar voluntariamente Valencia a los castellanos.

El partido derrotista no se puede tampoco llamar partido, pues solo nació y duró mientras el Cid extremaba el rigor del asedio con los castigos más crueles y el hambre más espantosa. Lo formaban los espíritus apocados, los pesimistas, que veían inevitable el triunfo del Cid e inútil una resistencia, que no hacía más que agravar su desesperada situación. El exponente más significativo de este estado transitorio de ánimo es el viejo alfaquí al-Waqaṣī, que lejos de preferir la sumisión a los cristianos, se la-

mentaba de no tener salvación, porque si persistían en su fe, los mataría el gran poder del Cid; y si renegaban de su religión, caerían en la saña de su Profeta, y declara que no dejarán la ley por él dictada, ni incurrirán en el baldón de ser apóstatas¹.

Esta declaración tan rotunda de su fe islámica, hecha en la plaza pública, no dejaría de ser comunicada al Cid, ya que prueba claramente que su expositor, lo mismo que sus oyentes, no eran partidarios y amigos de los castellanos, sino sinceros musulmanes, que veían, con tanto pesar como claridad, la abrumadora fuerza bélica de Rodrigo y su genio militar y político, reconocido como un milagro de Dios.

La actuación de Ibn Galbūn

Una prueba, hasta ahora desconocida, de que no existía tal sector español o mudéjar, partidario del dominio cristiano, nos lo ofrece el gran amigo del Cid, Ibn Galbūn, señor de Molina de Aragón². El Cid, al establecerse en el Poyo de Calamocha, sometió a parias a este arraez o reyezuelo de taifas, que le fue extremadamente fiel y sumiso, como lo acredita con marcada insistencia el *Cantar de mio Cid*³. Hasta ahora sólo se le conocía por su apellido, el hijo de Galbūn, pero hoy podemos darle su nombre, ^ʿAzzūn, que en la copia del *Mann bil Imama*⁴ se deforma en Ibn Garūn. Tanto el Galbūn como el ^ʿAzzūn o Garrūn son aumentativos honoríficos en "on", tan frecuentes entre las clases altas hispano-musulmanas, como Ibn Badrūn, Ibn Zaydūn, Ibn Jaldūn, y tantos otros.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 582, al fin de la primera columna.

2 Pequeña ciudad, enclavada en la cumbre de la divisoria del Tajo y del Jalón, cuyo territorio correspondía en su mitad norte a la zona aragonesa con las cuencas del Mera, Piedra y Jiloca; y a Castilla, en su parte sur, bañada por el Gallo y el Tajo.

3 Véase los versos 1.463-1.507 y 1.528-1.551.

4 Cfr. IBN ŠAHIB AL-ŠALĀ, *Al-mann bil-imāma*, en "Textos Medievales", 24, p. 13 (Valencia, 1969).

Conocida es la galantería con que recibió a los caballeros enviados desde Valencia para escoltar a doña Jimena y sus hijas y les añadió doscientos jinetes suyos para honrarlas. Al tratar de la leyenda de Corpes, nos lo presenta como un perfecto caballero, que les echa en cara a los condes sufelonía, y sólo por ser yernos del Cid, su gran amigo, no hace en ellos un sonado escarmiento, y devuelve muy honradamente a Valencia las dos damas tan villanamente mal tratadas. Así acaba para el *Cantar* el paso por la historia de este caudillo musulmán, tan elogiado por su devoción al Campeador, pero tenemos fundados motivos para poner sordina a esos elogios, ya que el mismo interesado nos afirma que "aunque le queramos mal, no se lo podremos hacer, ya que tanta es su buena estrella, que en paz o en guerra, siempre tendrá de lo nuestro y mucho es torpe quien no reconoce la verdad"¹.

Y esta actitud política tan realista y tan lejana de basarse en un sincero afecto, y en el reconocimiento de la legalidad y justicia del campeón castellano, queda claramente confirmada, ya que hoy sabemos que, una vez muerto el Cid y reconquistada Valencia por los almorávides, Ibn Galbūn ve la posibilidad de resistir y vencer en campo abierto a los aragoneses, y no vacila en acudir con su mesnada y tomar parte en la batalla de Cutanda contra Alfonso I el Batallador, en el verano del 514 [1120], al lado de los gobernadores de Lérida, Valencia y Granada con los demás caudillos locales que, como él, habían reconocido y sostenían con las armas el gobierno de ^cAlī b. Yūsuf². Ya nada más sabemos de Ibn Galbūn,

1 Actitud que confirma no acudiendo a reforzar el ejército almorávid, en Cuart; al contrario de lo que hicieron el gobernador de Granada y tantos señores y guerreros de todo el al-Andalus.

2 Dato inédito y muy significativo, que hoy puedo aportar, gracias a dos nuevos folios de *al-Bayān al-mugrib*, descubiertos por mi amigo y colega el historiador Muḥammad ^cAbd Allāh ^cInān, en la biblioteca de

pues el territorio de Molina de Aragón no tardó en ser ocupado por el vencedor de Cutanda, y pasó luego a ser el señorío de Enrique de Lara y sus descendientes. Es muy probable que se retirase a Andalucía, donde encontramos a dos de sus hijos, que al derrumbarse el imperio almorávid, se alzaron a ejemplo de su padre, como reyezuelos de taifas en Jerez y Ronda¹. El primogénito Abū-l-Gamar ibn ^cAzzūn se apresuró a reconocer a los almorávides y les dio pruebas de su adhesión, mucho más grandes y efectivas que las galantes cortesías de su padre².

En contraste con los demás reyezuelos andaluces, que se alzaron contra ^cAbd al-Mu'min, al enterarse de la sublevación y primera victoria de al-Massi, no solo se mantuvo fiel, sino que, además, cooperó con Barrāz en la toma de Sevilla y con los hermanos de al-

la mezquita al-Qarawiyyīn de Fez. Estos dos folios faltaban en el legajo primero sobre los almorávides, entre los años 511 a 516 (1117 a 1122), en la página 80 del texto árabe que publiqué en "Hesperis-Tamuda" (vol. II, fasc. 1.º del año 1961), antes de dar noticia del gobierno de Abū Ḥafṣ ^cUmar b. Yūsuf en Sevilla, cuya traducción di en *Nuevos fragmentos almorávides y almohades del Bayān al-mugrib*, en "Textos Medievales", vol. 8 (Valencia, 1963), p. 512 nota 1.ª Véase también mi artículo sobre Ibn Galbūn en "Enciclopedia del Islam", segunda edición, sub verbo; e IBN AL-AṬĪR, *Kamil*, tomo X, p. 88-9.

1 Al expulsar Ibn Ganiya a Ibn Hamdīn de Córdoba, se acogió su secretario Ajjal a Ronda, su tierra natal, y se independizó en ella durante poco tiempo, pero lo odiaron sus habitantes e introdujeron a Abū-l-Gamar, hijo del expeditivo Ibn Garrūn, que se adueñó de ella. Estaba entonces bajo la obediencia de Ibn Hamdīn, como señor de Arcos y Jerez, y llevó a cabo este golpe, al apoderarse sin lucha ni resistencia por parte de Ajjal; saqueó las casas de los partidarios de éste, rompió la obediencia de Ibn Hamdīn y se le sometieron los castillos vecinos (IBN AL-ABBĀR, en su *Hulla*, edic. DOZY, p. 222).

2 De sus hechos me he ocupado repetidas veces en mi *Historia política del Imperio almohade* y en el artículo *Un nuevo manuscrito del Bayān al-mugrib* en "Al-Andalus" vol. XXIV, fasc. 1.ª, año 1959, donde trazo su biografía.

Mahdī, al expulsar a los almorávides de Algeciras y acompañarlos a presentarse en Marrākuš. Cuando Alfonso VII sitió a Córdoba, contribuyó con gran decisión y rapidez a descercarla, al introducir en la plaza a las fuerzas almohades estacionadas en la Sierra de Córdoba y, por fin, al lado del Sayyid Yūsuf, hijo y futuro sucesor de ^cAbd al-Mu'min, tomó parte en la batalla de Za^cabula o Zagabuqa, en rabi^c primero del año 533 [abril-mayo de 1158], en la zona del Viso y Mairena del Alcor, al norte de Alcalá de Guadaira, contra la milicia de Avila, mandada por el famoso conde Sancho Gimeno, el Giboso; y en la derrota murió mártir este hijo de Ibn Galbūn. Su hermano, llamado Abū-l-^cAla y los descendientes de ambos, se distinguieron por su lealtad, atestiguada muy expresivamente por el califa Ya^cqūb al-Manṣūr en su discurso testamento¹.

La incomprensión del Cid

Es indudable, aunque de ello no hay testimonios explícitos, que los musulmanes valencianos que habían soportado con el mayor heroísmo todos los horrores de tan largo asedio, recibieron, como llovía del cielo, la noticia de la llegada a Cuart del gran ejército liberador; y no pudieron ocultar su alborozo, aunque pasivo, ante el inminente desastre de los castellanos. La gran marea reconquistadora que llegaba a la huerta valenciana, no podía menos de producir una fuerte resaca dentro de sus muros; y la prueba de lo ocurrido, aunque no se exteriorizase en actos de violencia, la tenemos en el viraje completo que dio el Cid al timón de su gobierno, tomando las más graves medidas para castigar los desórdenes y conjurando, que debieron producirse antes de la batalla y

1 Véanse los tres artículos que le he dedicado en "Las Provincias" los días 12, 19 y 26 de noviembre de 1961.

no después, cuando ya no tenían sentido ni finalidad razonable.

Se han atribuido a la ejecución del cadí Ibn ʿĀḥḥāf las tentativas de rebelión de los valencianos, exasperados contra el rigor de que fue víctima, pero parece mucho más razonable atribuir a los disturbios provocados con ocasión de la batalla inminente, el rigor desplegado por el Cid, a raíz de su triunfo, al ocupar el alcázar, imponer a la ciudad una multa exorbitante, encarcelar al cadí y a los que más se habían distinguido a favor de los almorávides. Ya se habían sublevado contra los castellanos y desafiado al Cid, al dar muerte a su protegido al-Qādir; y luego, cuando el primer ejército enviado por Yūsuf b. Tašfin, llegó hasta Alcira y Almusafes, y parecía, que iba a enfrentarse con el Campeador, extremaron su alborozo, al otearlo desde las torres y las murallas; y se comprometieron, cuando se trabase la batalla, a salir y asaltar el campamento cristiano.

Menéndez Pidal ha creído que nadie en la ciudad se movió para exteriorizar su afán de colaborar con los sitiadores; y, al conseguir la victoria, expulsar definitivamente al Cid y su odiada mesnada. Supone, sin explicar los motivos, que apenas logró Rodrigo su brillante e inesperada victoria, mandó detener al cadí y someterlo a un proceso en el que las más atroces torturas le obligaron a reconocer sus crímenes para condenarlo a ser quemado vivo. Piensa que la indignación, provocada por el suplicio, dio lugar a una tardía revuelta, tan insensata como suicida; entonces tuvo el Cid que hacer frente a la abierta rebelión de una parte de los musulmanes valencianos, hubo saqueos e incendios, lamentados, sin fijar la fecha, por el contemporáneo poeta de Alcira Ibn Jafāya y por el literato Ibn Bassām, ya continuación expulsó a gran número de musulmanes desleales y los sustituyó por cristianos. Y así los vencedores quedaron por fin dueños de Valencia, con el Cid, como señor absoluto, bajo el vasallaje de Alfonso VI.

Al vencer a los almorávides y quedar como señor

indiscutible de Valencia, se dispone el Cid a vengarse del cadí, que tantas dificultades le había creado. Al parangonarlo con el protagonista vencido del drama valenciano, todas las ventajas y todas las garantías de éxito están de su parte. Es un guerrero tan destacado por su heroico valor como por sus magníficas dotes de estrategia, que le dan la victoria, aun en las circunstancias más difíciles; cuenta con una mesnada tan fiel como veterana, a la que ningún rey de taifas en Levante es capaz de hacer frente; y hasta un enemigo tan ardiente como Ibn Bassām, lo reconoce como uno de los grandes milagros del Señor.

Sus maravillosas dotes personales y las sorprendentes victorias que le permiten crear un pequeño principado en Valencia, han hecho de él una figura mundial [la única de existencia auténtica] que con don Juan y don Quijote forman el trío de tipos universales, que España ha dado a la humanidad. Su inmensa popularidad, como héroe nacional, encarna todas las glorias de la Reconquista, y lo hacen acreedor a nuestra más cálida devoción, como españoles, en el mismo grado en que mereció los amargos juicios de los musulmanes vencidos y sacrificados en una lucha tan desigual como cruel; pero no debemos, seducidos por el brillo de su vida épica, hacer de él un superhombre sin ninguna pasión que le arrastre y ciegue. Es un hombre de guerra, formado en el ambiente tumultuoso de las luchas civiles y endurecido en el fragor de la guerra contra el infiel. La alteza y el encanto de su figura tienden a provocar una cidofilia exagerada, que lo eleva por encima de su época y espiritualiza su sentido de la ley y la equidad en sus relaciones con los vencidos.

Pero si no nos cegamos por esa admiración, es preciso reconocer que no concede ningún derecho ni mérito a sus adversarios musulmanes, que exagera aún dentro de la crueldad de la época, el rigor inhumano con que tortura a los vencidos para acelerar la rendición de Valencia; y al juzgar al cadí, lo mismo jura que lo condenará a muerte por regicida,

cuando ve en peligro la sumisión de Valencia a Castilla, que lo reconoce por rey y le promete igual protección y respeto que a al-Qādir, con tal que renuncie al apoyo de los almorávides.

Incapaz de ver en su adversario, el cadí, un patriota que defiende la independencia de su país, así como de consentir que los tesoros del rey vendido a los enemigos de su raza y de su fe, pasasen al nuevo gobernador, elegido y aclamado por su pueblo, lo condena a muerte e incluso al inhumano e innecesario suplicio del fuego, tanto para evitar que la rebelión volviese a rebrotar, como para satisfacer la "auri sacra fames", que ardía en su pecho; paso políticamente falso, que sin necesidad alguna iba a agravar el rencor de los vencidos.

Merece ahora un minucioso análisis el curso del aparatoso proceso, montado por el Cid para justificar con las pertinentes pruebas judiciales la durísima condena y ejecución de Ibn Yāḥḥāf. Son varias las versiones que encontramos, tanto en las fuentes islámicas como en las cristianas, sobre el desarrollo de este proceso, y sobre si fue quemado o apedreado, pero todas las islámicas coinciden en asegurar que el odio y la venganza del Cid no tenían otro motivo que la gran firmeza de que el cadí dio tantas pruebas durante el asedio, a pesar de la escasez e inferioridad manifiesta de sus medios y los esfuerzos que hizo para conseguir el socorro de los zaragozanos y de los almorávides, con la esperanza de conservar la ciudad para el Islam.

Por su parte el Cid tenía el presentimiento y corría siempre el peligro de que la irresistible marea almorávid destruyese en un avance inminente la obra construida con tanto tesón, marea que una vez muerto el Cid, volvería al cabo de poco tiempo a borrar sus huellas en todo el Levante español. Durante ocho meses se dejó en libertad a Ibn Yāḥḥāf, sin que fuese molestado en el ejercicio de su elevado cargo, y en el disfrute de sus bienes, hasta que repentinamente, cuando todo peligro había pasado ya gracias a

la espectacular victoria de Cuart, ordena el Cid de súbito detenerlo, sin indicar el verdadero motivo; lo acusa de regicidio e inicia las pesquisas para comprobarlo, pesquisas que son meras fórmulas para confirmar un hecho conocido por toda la ciudad desde hacía tres años; aunque Valencia era en aquella época una ciudad relativamente bien poblada, no lo era tanto que sus habitantes, sobre todo, los personajes más destacados e influyentes, no conociesen perfectamente todo lo ocurrido y no les constase que la conspiración había sido tan extensa como justificada, desde el punto de vista musulmán, y que el cadí, como juez supremo, hiciese, en nombre de todos los conjurados, detener a al-Qādir.

El Cid no podía ver las razones patrióticas de esa conjuración que para él sólo constituía un grave obstáculo a la sumisión de Valencia al poder de Alfonso VI, y el grave riesgo de abrirse la puerta a los almorávides, que, en adelante, iban a ser su pesadilla continua; menos aún podía reconocer que Ibn Yāḥḥāf y sus cómplices fuesen unos patriotas musulmanes, que se arriesgaban a afrontar las iras del poderoso caudillo castellano, en su afán de salvaguardar la independencia de su país¹. El Cid olvidó pronto el juramento que había hecho de vengar la muerte de al-Qādir, y se dispuso a perdonarle todo, y tratarlo como a rey de Valencia, con tal que prescindiese de los almorávides, como hemos visto, y aceptase la soberanía absoluta de Castilla, representada por el Cid. El cadí y todos los valencianos se negaron a entregarse sin lucha, y prefirieron sufrir el martirio de su largo y horrendo sitio, con la vana esperanza de ser socorridos. Finalmente, al tener que rendirse, el Cid recibió solemnemente de manos del cadí la sumisión, le garantizó su seguridad y le dejó ejercer, casi un año, sus funciones. Con la llega-

¹ Su texto en "Al-Andalus", vol. XIII, fasc. 1., p. 116; y su traducción, en la p. 136.

da de los almorávides a Cuart, el temor y casi el pánico que se apoderó de sus gentes, trató el Cid de disiparlo, más que con la seguridad de sus acostumbrados agüeros, con las medidas tan enérgicas de desarme y expulsión tomadas con la población musulmana, exaltada por las acometidas del ejército sitiador, exaltación que un poeta proclamaba arrogante: "decid a Rodrigo que la verdad va a triunfar; miradle cómo consulta sus agüeros! Los sables de los Sinhāya [los almorávides] desmentirán los presagios que le dan sus aves".

Esta paladina expresión de la unánime confianza de los valencianos y, por lo tanto, de su exponente máximo, el cadí, con los gravísimos peligros que encerraba, fueron la causa decisiva, aunque no confesada, de la tardía acusación de regicidio y del proceso, sentencia y ejecución que le siguieron, cuando todo parecía ya olvidado. No hay datos concretos, ni en las fuentes árabes ni en las cristianas que nos expliquen con los debidos pormenores el desarrollo de la grave perturbación provocada dentro de Valencia en esta ocasión, pero nos basta recordar el júbilo desbordante con que las turbas subían por los muros y a las torres para darse el placer de escudriñar el avance del primer ejército salvador desde Almusa-fes, y tenían ya acordado en su consejo que, cuando la batalla se trabase frente a los muros, ellos caerían sobre el campo cristiano¹.

Y si esta era su decisión irrefrenable y su ansia de vengarse, cuando aún no habían sufrido los horrores del asedio y no habían tenido que rendirse y ver al Cid dueño de su ciudad, es forzoso reconocer que esos afanes libertadores tenían que ser aún mayores, ahora que un gran ejército estaba a sus puertas y atacaba sus murallas y, por lo tanto, el cadí, que tanto había sufrido y que tan dolido estaba, tenía forzosamente que sumarse a ese movimiento y ser su expo-

¹ Cfr. *Primera Crónica General* p. 574.

nente más destacado, como lo evidencia el rencor con que es perseguido, por ese último gesto de patriotismo regional y de fe islámica.

Tanto Ibn al-Abbār, como Ibn Bassām, autores contemporáneos, y el muy posterior al-Maqqarī en su extensa y no siempre muy exacta recopilación, discrepan en cuanto a la cronología de la entrega de la plaza y de las perturbaciones y tumultos que le siguieron, pero todas las fuentes árabes coinciden en relacionarlos con la apertura del proceso incoado contra el cadí. El Cid sabía de sobra que Ibn ʿYahhāf y las principales autoridades de la ciudad eran conjuntamente los responsables de ese regicidio y es por pura fórmula que abre la investigación y busca la prueba legal, en una ciudad, que a nosotros nos parece pequeña.

El Cid olvidó pronto, como hemos visto, el juramento que había hecho de vengar la muerte de al-Qādir; se dispuso a perdonarle todo y tratarlo como a rey de Valencia, y cuando recibió la capitulación, le garantizó su seguridad y le dejó ejercer durante varios meses sus funciones de cadí. Pero con la inminente llegada de los almorávides a Quart, cambió radicalmente la situación, tanto de los ocupantes cristianos como de los valencianos musulmanes. La ciudad entera se conmocionó profundamente; la mesnada del Cid y los viejos mozárabes locales tuvieron por segura su pérdida y, aunque el Campeador no perdió la serenidad, dictó las más severas medidas para desarmar a sus nuevos súbditos y deshacerse de todos los elementos más peligrosos e inclinados a recurrir a la fuerza en favor de los sitiadores.

La *Primera Crónica General* y con ella la *Particular*, interpretando mal las fuentes árabes, afirman, con demasiada precipitación, que al mes de haberse rendido Valencia, se trasladó el Cid desde la almunia de Villanueva al Alcazar y "fincó sosegadamente en lo suyo"; luego, al otro día, mandó llevar a Ibn ʿYahhāf a ʿYubayla [El Puig], donde lo atormentaron hasta ponerlo en trance de morir, durante dos días; luego lo vol-

vinieron a Valencia para encerrarlo en la Almunia del Cid. A continuación ordena el Cid al cadí presentar un inventario jurado de todos sus bienes, joyas y muebles. No le pidió la famosa joya de la Sultana Zūbayda, tan ponderada antes por estas mismas fuentes; y, al serle leído el inventario y ver que no figura en él ningún haber monedado, convoca a todos los musulmanes en el alcázar y les pregunta qué pena merecen el regicidio y sus cómplices. Ellos le contestaron que, según su ley, debían ser apedreados. E inmediatamente el Cid los mandó matar de esa guisa. Y eran con Ibn ʿYahhāf trescientos treinta hombres¹.

Contra esta precipitación en deshacerse del cadí, tenemos el testimonio de Ibn al-Abbār, quien asegura que el Cid lo dejó en el ejercicio de su cargo hasta algún tiempo, después de vencer a los almorávides en Quart, y señala para su ejecución el mes de ʿġumāda I del 488 [mayo del 1095], lo cual concuerda con el testimonio de *al-Bayān al-Mugrib*, quien señala un plazo de tres años, dos meses y siete días para el tiempo en que el cadí ejerció su cargo; y como ya actuaba como tal, al tomar parte en la conjura contra al-Qādir, se deduce que había sido nombrado en rabī^c primero del 485, o sea hacia marzo o abril del 1092. *La España del Cid*² lo reduce a dos años, cuatro meses y siete días, y rechaza las fechas de *al-Bayān*, por creer equivocadamente que el cadí no empezó a ejercer su cargo judicial, sino el día siguiente a la ejecución de al-Qādir, sin tener en cuenta que, si tomó parte en la sublevación contra al-Qādir, fue como cadí, y por lo tanto unos seis u ocho meses antes ya ejercía ese cargo, como lo puntualiza *al-Bayān al-Mugrib*.

En apoyo de esta rectificación tenemos, además, los muchos problemas que el Cid hubo de resolver

¹ Cfr. *Primera Crónica General* (p. 590 a) y *Crónica Particular* (p. 177 a).

² Véase MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 780, nota 4.

antes de esa condena y ejecución, como fueron la organización administrativa de la ciudad conquistada, tras un desconcierto tan grave, las querellas entre los vencidos y los soldados del Cid, surgidas por la posesión de las tierras cultivadas durante el asedio, la recepción de doña Jimena y sus dos hijas, la lucha con los almorávides en Cuart y la expulsión de Valencia de los numerosos musulmanes contrarios al dominio castellano.

El testimonio de las fuentes árabes

Ibn Bassām, autor contemporáneo, afirma en su *Dajira*¹ que Rodrigo, después de firmarle un tratado al cadí, no tardó mucho en buscar los medios para deshacerse de él. Los encontró, según se dice, en el tesoro de gran valor que perteneció a al-Qādir. Cuando Rodrigo entró en Valencia, interrogó al cadí sobre el caso y le hizo jurar ante testigos que no lo poseía. Al referir después que Rodrigo lo descubrió, alega que esto no fue, quizá, más que un falsopretexto y una de las acciones más atroces a las que estaba acostumbrado y que sabía muy bien llevar a cabo. Expone, luego, informado por un testigo presencial, la escena de la quema, y pone de relieve el horror que esta crueldad produjo en todo al-Andalus, pero no hace la menor alusión a los actos de rebeldía que se quiere ver, como provocados por este suplicio, cuando ya no tenían sentido ni finalidad alguna.

Según Ibn al-Abbār, también autor contemporáneo, al entrar el Cid en Valencia por capitulación, prometió respetar la persona y los bienes del cadí, y le dejó seguir en su cargo cerca de un año, pero luego lo encarceló con toda su familia. Le pidió los tesoros de al-Qādir y los despojó de todo lo que tenían, a fuerza de golpes y torturas crueles; luego nos ofre-

ce el mismo cuadro de la ejecución en la huerta de Valencia en ħumāda primero del 488 [mayo del 1095].

El *Bayān al-Mugrib*, después de confirmar el encarcelamiento y proceso de Ibn Ĥahhāf y los suyos, y la tortura a que fueron sometidos al reclamarles las riquezas de al-Qādir, nos dice que el Cid se hizo entregar todo lo que poseían, y enseguida mandó encender la hoguera en la que fue quemado el cadí¹. Ibn al-Jaṭīb dice que, cuando el Cid se incautó de todos los bienes de Ibn Ĥahhāf, preguntó al pueblo reunido qué pena merecía el regicida; y, al no recibir contestación, decidió que fuese quemado. Una crónica anónima² refiere que Ibn Ĥahhāf gobernó a Valencia tres años, cuatro meses y siete días, y que al rendirse, prometió entregar al Cid todos los tesoros de al-Qādir. Algún tiempo después, al tener el Campeador barruntos de que se había reservado para sí uno de mucho precio, le mandó jurar, en presencia de testigos y de los notables musulmanes y cristianos, que no lo tenía; y, al hacerlo, lo dejó libre, pero más tarde se enteró de que no era verdad y lo mató.

Por su parte Ibn Ḥalqama, testigo presencial, cuenta en su *Historia* que el Cid pidió a Ibn Ĥahhāf sus riquezas, y que al presentarle sólo multitud de objetos y de muebles, dijo el Campeador, "quien tiene tales objetos, ¿no ha de tener dinero?". Y encolerizado ordenó que le diesen tormento; una vez cruelmente torturado, mandó el Campeador que fuese quemado³. Es muy de notar que este testigo presencial y único historiador que trata exclusivamente de la tragedia de Valencia, no haga mención de un tesoro especial de al-Qādir, ni aluda para nada al legendario collar de Zubayda. Ibn Ṭāhir, ex rey de

1 Parte tercera, inédita, fol. 19

1 En "Al-Andalus", vol. XIII, p. 139.

2 En "Al-Andalus", vol. XIII, p. 154.

3 En "Al-Andalus", vol. XIII, p. 149 a 151.

Murcia, que fue íntimo amigo y consejero de al-Qādir, para nada alude al collar y al hablar del tesoro y del juramento, dice que quizás eso no fue más que el pretexto falso para tan atroz castigo¹. El *Kitāb al-iktifā'* tampoco menciona el collar, y afirma que los que dieron muerte a al-Qādir no entregaron al cadí más que una parte de las piedras preciosas que llevaba ocultas entre sus vestidos².

Al-Yasa^{C3}, transcrito por al-Maqqarī, nos ofrece algunas variantes sobre este tema. Dice que el cadí quiso poner a Valencia en manos de Yūsuf b. Tašfīn, pero que se lo impidió al Qādir, después de entregar Toledo a Alfonso VI. El cadí entonces lo acometió con un grupo de almorávides y lo mató, con lo cual fue elevado el cadí a un puesto para el que no estaba preparado, el desempeño del poder. Se retiraron los almorávides con los que había contado, y recurrió al emir de los musulmanes, pero éste se retrasó en socorrerlo. Cuando entró el Cid en Valencia, se repitió la misma escena del tesoro y del suplicio. Añade, luego, que el Cid perturbó a Valencia y la incendió, siendo una de sus víctimas el poeta Abū Ya'far al-Battī.

Hubo un al-Yasa^C, oriundo de Jaén, que se trasladó a Valencia, donde fue secretario de algún rey de taifas, probablemente, del de Alcira, donde estudió con el famoso poeta Ibn Jafāya y le nació su hijo, Ibn al-Yasa^C, que escribió una historia de Valencia, en la que dice que al ocupar el poder Ibn Yaḥḥāf, cargo para el que no estaba preparado, lo hizo a nombre del sultán Yūsuf ibn Tašfīn. Se retiró el destacamento de almorávides con el que contaba, y después de pedir socorro a Yūsuf ibn Tašfīn, que se retrasó en dárselo, lo pidió también a Aḥmad ibn Ḥūd, rey de

Zaragoza. Se rindió al Cid con la condición de entregarle el tesoro de al-Qādir; negó tenerlo, y al encontrarlo el Cid, lo condenó a ser quemado, y perturbó la situación de Valencia, en la que se ensañó la desgracia, según cantó Ibn Jafāya¹.

Una leyenda

Pero en medio de todos estos relatos escuetos de las fuentes árabes, que sólo demuestran la codicia violenta del Cid por recobrar el tesoro de al-Qādir, se nos ofrece por la *Primera Crónica General*² una versión tan fantástica, como bien escenificada, digna de figurar en las páginas de Las mil y una noches. Aunque es sola esta Crónica cristiana la que nos la ofrece, no hay duda que está basada en una fuente musulmana, más o menos verídica, ya que a esas fuentes acude con tanta frecuencia.

El emir omeya, ^CAbd al-Raḥmān II imitó a mediados del siglo IX el fausto de los cafifas de Bagdad, y mercaderes judíos trajeron a Córdoba mercancías de lujo y joyas, entre las que se cita el famoso collar, célebre en todo el Oriente, donde se le llamaba el Dragón, que perteneció a la fastuosa Zubayda, mujer de Ḥarūn al-Rašīd. Al ser destronado y muerto su hijo el califa Muḥammad al-Amin, y ser saqueado su palacio, se trajeron a al-Andalus magníficas joyas y objetos de lujo, entre ellos el collar de Zubayda, que fue comprado por ^CAbd al-Raḥmān II en diez mil dinares para regalarlo a su favorita, al-Šifā^C, con cuyo nombre fue conocido en España³. Hasta

1 Cfr. Dozy, en *Récherches*, 3.^a edición, t. II, 21.

2 Cfr. Dozy, en *Récherches*, 3.^a edición, t. II, p. 145.

3 Cfr. AL-MAQQARĪ, *Analectes*, t. II, p. 754.

1 Véase AL-MAQQARĪ, *Analectes*, t. II, p. 754.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 567.

3 Según el texto del *al-Bayān al-mugrib* (segunda edición, t. II, 91) y LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire de l'Espagne Musulmane*, t. II, p. 264.

aquí llega la información más o menos veraz de los cronistas árabes, pues no sabemos cómo ellos y, sobre todo, ^CAbd al-Rahmān II, pudieron comprobar la autenticidad de la joya; menos conocida aún es la suerte que tuvo el collar, regalado a al-Šifā^C, desde el año 813 en que empezó a reinar ese emir, hasta dos siglos y medio más tarde, cuando la *Primera Crónica General* nos lo presenta en poder de al-Ma'mūn, opulento rey de taifas, en Toledo, y casi un siglo más tarde en 1092, en manos de al-Qādir, quien, temeroso de una sublevación, envía a los castillos de Olocáu y Segorbe "muchas cargas de sus averes et de sus cosas" y, sin embargo, luego, al disfrazarse de mujer e ir a meterse en una casuca para ocultarse, saca sus tesoros del máspreciado aljófar, además de piedras preciosas, muchos zafiros, rubíes y esmeraldas, una arqueta de oro, llena de joyas, y en su cintura el sartal, que se dice fue de Zubayda, la mujer de Harūn al-Rašid. Es muy de notar la gran cantidad de joyas que nuestra *Primera Crónica* le hace sacar sobre su cuerpo y el "se dice" con que subraya la procedencia del collar.

Menéndez Pidal ve en el *Cīqd* de las fuentes árabes, (que sólo significa collar, y que la *Primera Crónica* traduce exactamente por sartal), una cinta de caderas; y supone que el Cid la dio a su mujer, Jimena; y que ésta, en vez de regalársela a una de sus hijas, que iban a ser princesas de Navarra y de Cataluña, se la llevó consigo a Castilla; y ya sólo puede asegurar que tres siglos y medio más tarde, al ser ajusticiado don Alvaro de Luna, el rey Juan II rebuscó las riquezas ocultas por el Condestable; y en el último escondrijo descubierto, el más secreto de todos, soterrado en medio de dos pilares del alcázar de Madrid, aparece un ingente tesoro, valorado en más de ochocientas mil doblas de oro, en el que figuran, según la *Cuarta Crónica*¹, las espadas del

¹ Por el obispo D. Gonzalo de la Hinojosa, en el tomo 106 de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España.

Cid, Tizona y Colada, y una cinta de caderas, toda de oro, perlas y piedras preciosas, que fue del Cid Ruy Díaz, afirmación que, aun aceptándola en todos sus extremos, no permite identificar esa cinta de caderas con el collar de la favorita al-Šifā^C y de la sultana Zubayda, ya que la diferencia entre ambas joyas es muy grande en su forma y en su uso; y si las cintas de caderas se llevaron por las altas damas castellanas, no consta que figurasen en el atavío de las sultanas orientales. El autor de *La España del Cid* no sólo las identifica, al aceptar el relato de la *Cuarta Crónica*, sino que además añade que, quizás la hija de Juan II, Isabel la Católica, aficionada al lujo de sus ceñidores, lució en alguna ostentosa solemnidad esa "cinta de caderas que fue del Cid, y hasta imagina que por apuros del erario y para necesidades de la guerra contra Granada, desmembró tan exótica joya de excesivo precio y la hizo desaparecer de la leyenda.

5. LA MUERTE DEL CID Y LA PERDIDA DE VALENCIA SEGUN LAS FUENTES CRISTIANAS

La muerte

El Cid acaba prematura y pacíficamente su vida el domingo, 10 de julio del 1099, a los cincuenta y seis años, según se cree, ya que se ignora la fecha de su nacimiento¹. Mientras su rey Alfonso VI era varias veces vencido por los almorávides, él, sin más fuerzas que las de su mesnada y su genio militar y político, supo crearse un principado y mantenerlo firme contra la creciente marea de los ejércitos de Yūsuf b. Tašfīn en la batalla campal de Cuarte y en la problemática de Bairén, de la que me ocuparé luego. Pero sin sucesión masculina, por la muerte de su hijo Diego, y agotadas las energías de su trepidante vida de soldado, iba a perderse todo el fruto de sus victorias y conquistas, sin encontrar en el invidente Alfonso, el necesario sucesor para consolidar el dominio de Valencia y su región.

Doña Jimena continúa en Valencia

Casi tres años se mantuvo doña Jimena en Valencia, sin que el rey de Castilla hiciese nada para contener la ofensiva almorávid, que había de ser inevitable, una vez desaparecido el espanto que el nombre del Cid infundía; ya aún tardó dos años, hasta fines de agosto del 1101, en presentarse el emir Mazdalī² con un ejército y asentar su real cerca de la ciudad con el propósito de sitiarla. Al verse cercada, doña Jimena pidió socorro a Alfonso VI, animándole a no dejar perder tan preciada joya para su corona. No

¹ Véase MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 576.

² Sobre su linaje, su biografía y su brillante actuación bélica, de la que nos ocuparemos más adelante, véase mi trabajo, *‘Alī b. Yūsuf y sus empresas en al-Andalus*, publicado en “Tamuda”, año VIII (Tetuán, 1959).

conocemos los pormenores de los ataques almorávides, durante los siete meses que la tuvieron sitiada; sólo sabemos por las fuentes árabes que el gran rey cristiano se puso en camino hacia Valencia, a la cabeza de un ejército muy nutrido; y que cuando llegó a dos parasangas¹ de la ciudad, el emir Mazdalī retrocedió y fue a instalarse con sus tropas en Cullera.

Alfonso permaneció en Valencia cerca de un mes, durante el cual los cristianos intentaban persuadirle para que se quedase con la ciudad, y alentaban su deseo de conservarla, diciéndole que las tropas musulmanas, congregadas en las cercanías, eran una fuerza desdeñable. Ante esta insistencia, Alfonso salió con su ejército hacia Cullera, haciendo creer que iba en algaría y con el propósito de talar los panes; pero dispuesto en su fuero interno a conocer las fuerzas que el emir Mazdalī podía oponerle. Este le salió al paso, lanzando por delante incursiones de caballería y escuadrones de reconocimiento. Ambos bandos trabaron un violento combate que duró casi todo el día; y cuando el sol estaba a punto de ponerse, Alfonso volvió a tomar el camino de Valencia con el firme propósito de evacuarla, como lo hizo a poco, llevándose a todos los cristianos, y prendiendo fuego a la mezquita mayor, al alcázar y a buen número de casas. El emir Mazdalī entró en Valencia durante el mes de raḡab [21 de abril a 20 de mayo del año 1102]².

Nueva leyenda

Este final tan escueto y tan poco glorioso de la epopeya cidiana, que sólo conocemos por las fuentes musulmanas, no podía compaginarse con la exalta-

¹ Unos diez kilómetros.

² Según el texto árabe de *al-Bayān al-mugrib*, que he publicado en “Hesperis-Tamuda”, vol. II (Rabat, 1961), y su traducción en *Nuevos fragmentos almorávides y almohades*, en “Textos Medievales”, p. 100.

ción popular creada por las hazañas del héroe, y para aureolar dignamente el epílogo de su incomparable vida, nació en Cardeña, el monasterio predilecto del Cid, una leyenda, en la que las maravillas más inverosímiles se mezclan con errores históricos evidentes. Después de celebradas las segundas bodas de sus hijas, deja la leyenda más de un año al Cid para "fincar señor de Valencia, mucho asosegado et a grant sabor dessí"¹. Al tener que ocuparse, a continuación, de la muerte del héroe, quiere adornarla con una gran victoria, y, acordándose de la batalla de Quart, ganada casi cinco años antes, le hace al emir Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. Tašfīn volver por mar desde Túnez, que nunca poseyeron los almorávides, y lo lanza a vengarse de la humillación sufrida, cuando perdió su noble espada, a la que el Cid puso por nombre Tizona.

El Cid, al recibir nuevas de que todo el paganismo de Berbería se aprestaba a venir contra él, manda a todos los musulmanes evacuar la villa con sus mujeres e hijos, e instalarse en el arrabal de Alcudia²: "Hasta que veamos en qué se para este fecho entre nos y el rey Búcar". La noche en que se acabó esta difícil instalación de todos los habitantes de una gran ciudad en un solo arrabal, se aparece san Pedro al Cid y le anuncia su muerte, dándole un plazo de treinta días para hacer enmienda de todos sus pecados, y les asegura que, una vez muerto, "Dios quiere facer merced que la tu compaña desbarate al rey Búcar, et que tú, seyendo muerto, benças esta batalla por onrra del cuerpo tuyo, et esto será con ayuda del apostol Sant Yago, que Dios enviará a esta hacienda. Esto hago, le dice San Pedro, por la reverencia que tu siempre feciste a la mi iglesia del monasterio de Sant Pedro de Cardenna"³.

1 Cfr. *Crónica particular del Cid*, p. 252.

2 Eco de lo ocurrido, ya en gran parte, antes de la batalla de Quart.

3 Cfr. *Crónica particular*, p. 253.

Los consejos cidianos

El Cid lo oye muy complacido y convoca a todos sus vasallos, les expone su visión y se la confirma con otra que durante más de siete noches ha tenido de su padre Diego Laínez y de su hijo Diego Ruiz¹, que le exhortan a reunirse con ellos en las moradas perdurables. El Cid se confiesa y no toma en sus últimos siete días más que una cucharada pequeña de aquel bálsamo y de aquella mirra, que le envió el imaginario Soldán de Persia². Reanimado con esta prodigiosa medicina, y con la cara fresca y la palabra firme, aunque enflaquecido y sin poder moverse de la cama, reúne a sus íntimos y les expone serenamente el plan a seguir, cuando él haya muerto y el rey Búcar con otros treinta y seis reyes y un ejército innumerable cerque la ciudad³. Manda que lo embalsamen cuidadosamente con el resto del bálsamo y de la mirra de Persia; que no den voces y alaridos de pena, para que los moros que están en la Alcudia, no se enteren de su muerte; y que además, al aparecer el rey Búcar, manden a todos los suyos subir a las murallas y tocar tambores, trompas y añafiles con el mayor alarde de alegría. Que, al llegar el día en que decidan volverse a Castilla⁴, carguen en gran secreto las acémilas con cuanto haya de valor en Valencia, que manden ensillar a su caballo Babieca, y que a él, vestido con sus mejores galas, lo hagan cabalgar y lo aten de modo que no se pueda caer; que le pongan su espada Tizona, y que el obispo

1 Es la primera vez que se le hace hablar de él.

2 De cuya absurda embajada nos ocupamos luego (p. 212-213).

3 Vuelve la leyenda a desbordarse en fingidos pormenores, sin acordarse de que el Cid estuvo cerca de dos años enterrado en la nueva catedral de Valencia, antes de ser sus restos trasladados por doña Jimena y Alfonso VI a Cardeña.

4 Rayab del 495 [abril-mayo del 1102].

don Jerónimo y al-Waqaši¹ [convertido en Gil Díaz] vayan a sus dos lados, y guíen su caballo, precedidos por Pedro Bermúdez con su enseña; Alvar Fáñez ordenará las haces para lidiar atrevidamente con el rey Búcar y derrotar a los moros.

Hace, al día siguiente, testamento; manda ser enterrado en Cardeña y deja todos sus bienes a doña Jimena, con al-Waqaši [Gil Díaz] por administrador; a Alvar Fáñez y a Pedro Bermúdez les ordena que en cuanto hayan vencido al rey Búcar, no se preocupen más que de encaminarse con toda prisa a Castilla y al monasterio de Cardeña para cumplir sus órdenes. A los tres días de haber muerto el Cid, llega el rey Búcar directamente por mar al puerto de Valencia, con innumerables tropas, y durante nueve días² salen los cristianos a defender las murallas, mientras se hacen los preparativos para la evacuación. Cuenta luego la leyenda con gran morosidad cómo el cuerpo del Cid embalsamado, con su carne y el rostro yertos y hermosos, los ojos abiertos y la luenga barba muy apuesta, fue colocado a caballo con el cuerpo bien entableroado. El décimo día lo dedicaron a armarse y cargar las acémilas, sin dejar en Valencia cosa que valiese un mal dinero.

El último viaje sobre Babieca

Llevado de su inventiva, nuestro informador nos describe con precisión³ la manera cómo acomodaron el cadáver en su silla, sobre Babieca, y lo sujetaron

1 Es el famoso alfaquí, natural de Uqaš, en la provincia de Toledo, y autor de la conocida elegía tan estudiada y comentada al tratar del asedio y toma de Valencia por el Cid. Ahora se le hace convertirse al cristianismo y seguir el servicio de doña Jimena y de Babieca [sic], siendo así que, según las fuentes árabes, se trasladó muy pronto a Denia, donde murió. (Véase RIBERA TARRAGÓ, *Disertaciones y Opúsculos*, t. II, p. 283.)

2 Cfr. *Crónica particular*, p. 258.

3 Cfr. *Crónica particular*, p. 259.

con cuerdas ajustadas a los arzones entre dos tablas huecas, para que su cuerpo no se inclinase a ningún lado. Nos señala sus calzas y su manto de púrpura, el escudo que lleva colgado al cuello, la capelina que a modo de cascole cubre la cabeza, y la sutileza con que mantiene la espada derecha. Sale la comitiva a media noche por la puerta de la Culebra [Bāb al-Hanaš], situada al Oeste, y llamada luego de Roterros: se pasa lista a toda la columna en marcha, y llegando el amanecer, acomete Alvar Fáñez con sus haces ordenadas el real almorávid. Pasa a describirnos la fantástica batalla, en la que hace intervenir con frases veladas a Santiago, y nos pinta el terror de Búcar y los suyos, que con enormes bajas huyen a refugiarse en las naves que los han traído.

Una vez saqueadas las tiendas de los moros, enderezan todos con el cuerpo del Cid hacia Castilla, y llegan aquel mismo día a Siete Aguas, a nueve leguas de Valencia.

Los musulmanes ocupan Valencia

La leyenda acude al testimonio de Ibn al-Faraḡ [el Ibn Alqama de la historia de la toma de Valencia] para asegurarnos con toda seriedad que los valencianos, confinados en el arrabal de Alcudia, no se enteraron aquel día de la muerte del Cid y de la evacuación de la ciudad, ni se atrevieron a llegarse al real abandonado por el rey Búcar y su ejército; al día siguiente Ibn al-Faraḡ entró en Valencia por la única puerta que los cristianos dejaron abierta en su retirada, y sólo entonces entraron los principales moros para encontrarse clavado en una pared un escrito en árabe, que les daba cuenta de la muerte del Cid y de que lo habían llevado de aquella extraña manera para vencer al rey Búcar. Finalmente al tercer día permite nuestro atrevido informador que los moros valencianos se enteren de que el campamento musulmán estaba vacío; desde él fueron al puerto, y, al no

ver ninguna nave, se dieron cuenta de lo que había ocurrido. Hasta entonces no se atrevieron a saquear lo que habían dejado los castellanos en las tiendas de los almorávides y, puesto a exagerar, nos asegura que encontraron en ellas víveres bastantes para abastecer a Valencia durante diez años, y aún sobró para llevarlo a vender fuera.

El camino hacia Cardeña

La comitiva del Cid siguió de Siete Aguas a Salva-Cañete, y en cada etapa lo descabalgaban y lo ponían en el caballete o cabalfuste que le hizo Gil Díaz. Se enviaron cartas y mandaderos a todos los parientes y amigos del Cid, y, sobre todo a sus yernos, los infantes de Navarra y Aragón, que acudieron con sus mujeres, al cabo de quince días, cuando ya el cortejo llegaba a Osma¹; como doña Jimena no había consentido que el cadáver se metiese en un ataúd, todos pudieron ver su rostro tan fresco y sus ojos abiertos tan hermosos. Por fin entran todos en Cardeña y Alfonso VI mueve de Toledo a grandes jornadas para hacer al Cid que a caballo reciba al rey, quien se maravilló también de encontrarlo tan fresco y tan liso y con los ojos tan claros y abiertos; pero al explicarle que había bebido durante sus últimos siete días el bálsamo y la mirra de Persia, lo encontró muy natural y recordó lo que se hacía en Egipto con los Faraones.

Las honras fúnebres

Después de las honras fúnebres, que, durante tres días, se le hicieron en Cardeña, pensó Alvar

1 La ruta parece exacta, aunque es incomprensible que sus hijas y sus yernos llegasen tan tarde a Osma y no a Valencia a su debido tiempo.

Fáñez en meterlo ya en el ataúd y enterrarlo, pero el rey de acuerdo con doña Jimena, no lo tuvo por bien y mandó hacer un tabernáculo y traer de Toledo su trono regio de marfil; sólo entonces se le desentabló de la armazón que se le había hecho en Valencia; y, rígido como estaba, lo colocaron a la derecha del altar mayor de san Pedro en su silla de marfil, dentro del tabernáculo, vestido de púrpura y con la espada en la mano. Al cabo de tres semanas de exequias, se despidieron el rey y todos los asistentes, y el Cid siguió incorrupto, vestido con paños precitados; y sólo cuando unos estaban podridos, vestíanle otros¹.

La leyenda sobre Babieca

Tras ponderar la devota piedad con que doña Jimena consagraba su vida a la memoria y al culto del Cid, esta fuente, tan fácil en aceptar los más inverosímiles extremos para sublimar el epílogo de la vida de su héroe, nos ofrece un episodio curioso sobre el caballo Babieca que "si non e vero e ben trobato". Este famoso corcel, que, según el Carmen Campidoctoris², un sarraceno había traído de Africa, no lo daría el Cid por mil sueldos, pues corría más que el viento y saltaba mejor que un venado. En todas las campañas fue la única montura del Cid y el pseudo-convertido Gil Díaz, que compartía con su amo la predilección por Babieca, al quedarse al servicio de doña Jimena en Cardeña, "tomaba gran sabor en mandar pensar en él, que pocos eran los días que por sí mismo no lo abrevaba, et desde el postrimero día que al Cid descendieron dél, nunca jamás omne

1 Continúa el desaforado relato de las escenas inventadas sin más base que la glorificación póstuma del Cid.

2 Cfr. estrofa 121 de la edición MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 884.

en él subió, sinon que por las riendas lo llevaban a abreviar et assyl tornaban a la establia".

"Et Gil Díaz, por guisado de aver linaje de tan noble caballo, mandó buscar dos yeguas, de las más hermosas que pudiera fallar, et echáronlas al caballo Babieca por cabestro; et desque las yeguas fueron preñadas, guardáronlas muy bien, et la una de ellas parió maslo et la otra fembra; et diz la estoria que del linaje deste caballo del Cid ovo después en Castilla muchos buenos et preciados caballos, et por ventura ay oy en día. Este caballo Babieca del Cid viscó, después de la muerte del Cid, dos años, et murió, et Gil Díaz fazol soterrar en la plaza a man derecha, ante la puerta del monasterio, et puso dos olmos, par el uno del un cabo, et el otro del otro cabo a los costados, et el caballo en medio; et estos olmos son hoy en día a la puerta del monasterio, et tanto crecieron que tan grandes son que es maravilla, et Gil Díaz mismo, cuando se quiso finar, mandósse enterrar en aquella plaza do el caballo yaze¹².

La última legendaria acción

Para completar esta desmesurada exaltación, la leyenda hace que permanezca su cadáver durante diez años, asentado en aquella silla de marfil, dentro del tabernáculo que le preparó el rey Alfonso; y allá por el año séptimo, mientras todos los asistentes oían absortos el sermón del señor Abad, un judío se paró ante el Cid y comenzó a decir: "este es el cuerpo de aquel Ruy Díaz, el Cid, de quien dizen que nunca en toda su vida le travó omne de la barba; quiero yo agora travarle della et veer que será lo que él me podrá fazer. Entonces tendió la mano por travar en la barba del Cid et antes que la mano huviesse llegado

¹ Cfr. *Crónica particular*, p. 267a.

¹ Cfr. *Crónica particular*, p. 271.

al Cid, sacó la mano derecha de las cuerdas del manto et travó en el arriaz de la espada et sacola fuera de la vaina quanto un palmo. Et cuando esto vió el judío, ovo tan gran miedo que cayó en tierra amortecido de espaldas".

Para completar el cuadro, el judío se convierte y le ponen por nombre Diego Gil; y con el otro converso Gil Díaz se consagra al cuidado de las sepulturas del Cid y de doña Jimena que murió cuatro años después que su marido¹. No es menester poner de relieve la desmesurada ficción con que esta Crónica trata de mantener vivo más allá de la muerte el resplandor glorioso de una gesta incomparable, que, por efímera y estéril, iba a desvanecerse sin resultados tangibles y duraderos.

El final

Muerto el Cid sin hijo que le sucediera y abandonada por Alfonso VI la conservación de tan preciada conquista, no podía consentirse en Cardeña que la marea almorávid borrara tan pronto y tan completamente sus huellas, y por ello inventa la réplica de la batalla de Cuart y la evacuación inaudita de Valencia sin mencionar la briosa resistencia de casi tres años mantenida por doña Jimena y la ineficaz intervención del rey, que, derrotado en Cullera, renuncia a Valencia y se retira a Castilla.

La leyenda conoce a al-Waqaṣī, que el Cid nombró cadí de Valencia en sustitución de Ibn Yāḥḥāf; es el docto autor de la elegía sobre Valencia, musulmán ladino y pacifista, grato al Campeador, pero que lejos de hacerse cristiano y seguir al cuidado del cadáver del Cid con tan exagerada fidelidad y devoción, abandonó ese puesto bastante antes y se retiró a De-

¹ Murió hacia el 1114 ó 16, pues consta que en 1113 hizo venta de una heredad, según *La España del Cid*, t. II, p. 874.

nia, donde consta que murió tres años antes que él. Dejando de lado la inverosímil momificación del cadáver del Cid, mantenido diez años a caballo o sobre un trono, sólo puede rastrearse algún dato real en las pormenorizadas etapas del viaje hasta Cardeña, en la descripción de su indumentaria y en el relato de las exequias que se le tributaron. Todo lo demás es la amplificación, llevada al absurdo, del culto apasionado que tributaban a su heroico y legendario protector los monjes de Cardeña¹.

He transcrito in extenso esta desmesurada leyenda, la más absurda e incalificable de todas, para subrayar una vez más la desconfianza con que hay que recibir y comprobar toda la información, aparentemente histórica, que nos ofrecen las crónicas cristianas, al tratar de las empresas del Cid, aun antes de verlas víctimas del vértigo informativo que las enloquece para entregarse a las fantasías con que enmascaran los últimos años del Campeador.

El valor del Cid

Nunca se ha puesto en duda el valor temerario del Cid Campeador. Es el jefe nato que une a sus hombres y los alienta con su intrepidez y sus dotes bélicas, que les da vida y les hace confiar siempre en la victoria con su ardor irresistible y su desprecio del peligro. Pero, al mismo tiempo, parece increíble que se arriesgue tan ciegamente a perderlo todo en un momento, si un accidente fortuito o un enemigo audaz y afortunado cortaba su vida, al exponerla temerariamente en tantos encuentros personales.

¹ Todas estas leyendas de Cardeña son una continuación de las Bodas y el robledal de Corpes, del collar [c]líd de la Sultana Zubayda, de la visión del elefante, antes de la batalla de Zalaca, de la entrevista de Sancho el Fuerte de Navarra con el miramamolín al-Manşūr, antes de la batalla de las Navas de Tolosa, de la de Fraga y la campana de Huesca y finalmente del imbroglío de la historia y la leyenda de los orígenes del Imperio almohade, tema del que me he ocupado en apéndices a *Las grandes batallas de la Reconquista*.

No tuvo en cuenta la lección que le dieron poco antes los organizadores del imperio almorávid, el alfaquí misionero Ibn Yasīn y el emir Yaḥya Ibn ʿUmar. En una de sus guerras con las cabillas vecinas del Sahara, intervino Yaḥya personalmente en el combate; y, al terminarlo victoriosamente, le reprendió el alfaquí y le dijo que tenía que castigarlo en nombre de Dios por faltar a su deber. El emir, que tanto respetaba a su jefe espiritual, se resignó a recibir varios azotes, y el alfaquí justificó el castigo, al decirle; "El emir no debe entrar personalmente en la batalla, porque su vida es la vida de su ejército, y su muerte la de todos ellos"¹.

El Cid no tuvo jamás en cuenta este sensato consejo, y se expuso a innumerables peligros con una suerte casi milagrosa². Prescindiendo de los rasgos más o menos juglarescos, que esmaltan su primera juventud, apenas emprende su primera campaña como desterrado, se queda en celada ante el castillo de Castejón con cien caballos, y, cuando de mañana se abren sus puertas, se lanza directamente contra la entrada principal "e cogiose por ella adentro, espada en mano, matando cuantos ante sí fallaba, de guisa que ganó luego el castiello"³.

Llega ante Alcocer, y al trabar batalla contra los naturales de la región, reforzados con el ejército llegado de Valencia, entra resueltamente en combate "en el que a las veces se veye en priessa". Alvar Fáñez, al serle muerto el caballo y perder la lanza, tiene que defenderse a pie con la espada; y el Cid, al acudir personalmente en su socorro, se lanza contra un visir, que tenía un buen caballo, lo mata y entrega su corcel a Alvar Fáñez. Arrecia el ataque cristiano y el Cid, al ver al rey Faris rodeado de sus

¹ Cfr. AL-BAKRĪ, edición B. DE SLANE, p. 166 del texto árabe (París, 1911).

² Que no tuvo su hijo, al ser muerto tan joven, en lucha con los almorávides.

³ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 529a.

soldados, lo ataca y le causa tres heridas graves, que le obligan a huir.

Después de sus aventuras en el reino de Zaragoza con catalanes y musulmanes, en las que no parece que abusó de su intervención personal, siguió despreciando el peligro; y en una pequeña razzia por la sierra de Albarracín, se dejó sorprender casi sin escolta: al atacar ciegamente a un grupo enemigo, recibió una seria herida en la garganta, de la que afortunadamente se curó. No aprendió la lección y al sitiarse más en serio y por segunda vez a Valencia, asaltó el arrabal de Villa Nueva; y una vez tomado, arremetió contra el de Alcudia, muy de recio, pasando con su mesnada por medio de un gran gentío de musulmanes. En medio del ataque, tropezó el caballo que montaba y cayó, quedándose apeado, pero inmediatamente se recobró, para volver a cabalgar y herir tan de recio que los valencianos quedaron espantados.

Al prolongarse excesivamente el asedio, unos musulmanes influyentes de la ciudad, que pudieron salir de ella con autorización del Cid, le aconsejaron que intentase el asalto de sus murallas. Hízolo así, y ocupó un baño contiguo a la Puerta de la Culebra, en el que sufrió una lluvia de piedras y saetas, que le hizo retirarse muy perdidioso y arrepentido. Se rinde la ciudad, y goza el Cid unos pocos meses de paz relativa, pero en seguida tiene que enfrentarse con el primer intento almorávid de rescatar a Valencia; en medio de la batalla, que dirige y gana, lucha en duelo personal con el caudillo musulmán, y lo hiere tres veces. Tenemos una segunda versión de esta batalla, localizada ya en Cuart de Poblet y "el Cid lo fizo tan bien aquel día, et tantos mató de los moros, que la sangre le corrie por el cobdo ayusso et tan grant sabor avie de com se fallava bien cabalgado, que nunca querie ferir a ningún moro más de una vez. Et yendo en alcance, alcanzó al rey Iunes et feriol, tres veces"¹.

III

EPILOGO CIDIANO

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 598a.

1. EL ENIGMA DE DIEGO, EL HIJO DEL CID

La primera noticia cronística

Después de exponer todas las variantes del intento almorávid fracasado en Cuart para recobrar a Valencia y de ver al Cid organizar y regir la vida valenciana, como lo hacía el cadí, nos encontramos con una sorpresa inesperada procedente de una fuente, que no se ocupa del Cid. Son los *Anales Toledanos primeros*¹ que nos anuncian la derrota de Alfonso VI por Ibn al-Ḥaŷŷ en Consuegra.

Y por fin llegamos a encontrar la prueba documental de la existencia de Diego Rodríguez, hijo del Cid, y a saber algo, aunque muy poco, de su vida, o mejor dicho, de su muerte. Es el año 1097 y el Campeador lleva ya tres años como señor absoluto de Valencia; por entonces emprende Alfonso VI una marcha hacia Zaragoza en compañía de la reina Berta y del arzobispo de Toledo, con un brillante séquito de obispos, abades y los principales caballeros de León y de Castilla, entre los que figuraba al lado de los más enconados enemigos del Cid, su sobrino Alvar Fáñez Minaya².

El aguerrido general almorávid, Muḥammad Ibn al-Ḥaŷŷ, uno de los grandes colaboradores de Yūsuf b. Tašfīn en la sumisión de los reinos de taifas³, aprovecha esta ausencia de Alfonso VI y lanza

1 Cfr. *Anales Toledanos Primeros*, p. 345 del tomo I de mi reedición.

2 Es de suponer que en ese séquito iba también, al lado de Alvar Fáñez, Diego, el hijo del Cid, ya que al regresar muy pronto ese ejército y enfrentarse con los almorávides en Consuegra, Diego figuraba en sus filas.

3 Además de ser primo y privado suyo, en 484 (1091) toma a Córdoba y da muerte a al-Ma'mūn, hijo del rey de Sevilla al-Mu'tamid.

un ataque en dirección hacia Toledo; el rey para rechazarlo, retrocede a Castilla y lucha en las cercanías de Consuegra con los atacantes, que lo derrotan y le obligan a encerrarse de momento en el castillo. Entre los caídos en este encuentro figura Diego, el hijo del Cid, según la *Crónica Particular del Cid* escrita en Cardena, que se limita a decir "e en esta batalla morió Diego Rodríguez, fijo del Cid Ruidiez". La *Primera Crónica General* se limita a copiarla escuetamente sin ningún comentario¹. Los *Anales Toledanos primeros* anotan también la "arrancada sobre el rey don Alfonso en término de Consuegra", y puntualizan la fecha: sábado, día de Santa María de Agosto, era MCXXXV, o sea el año 1097; pero ni siquiera mencionan la muerte en ella del olvidado hijo del Cid².

Consideraciones sobre Diego

No tenemos la menor referencia sobre el cómo y el porqué figuró Diego en este desgraciado encuentro. Menéndez Pidal, dando por cierto que,

Después de derrotar a Alfonso VI en Consuegra, sustituye a su hermano, 'Alī b. al-Haṣṣa en el gobierno de Granada. Acude a defender a Sevilla contra una algarada de los castellanos. Pasa a ser gobernador de Fez en 501 (1106-7), es trasladado a Valencia en 503 (1109) y entra en Zaragoza, abandonada por 'Imad al-Dawla b. Hūd, y en 509 (1115) es muerto en un encuentro con los castellanos en Mastana. Véase la lista de los gobernadores almorávides de Zaragoza en mi trabajo *Los Banū Hūd, Alfonso el Batallador y los Almorávides*, en "Estudios de Edad Media en la Corona de Aragón", vol. VII, p. 1 a 32.

1 A las fuentes antes indicadas hay que añadir la *Gesta Regum*, en su segunda edición, hacia 1330, citada por MENÉNDEZ PIDAL (en *La España del Cid*, II, p. 972), y mejor aún la nueva edición de las *Crónicas Navarras*, edición UBIETO, 14, "Textos Medievales" (Valencia, 1965), p. 34.

2 Véase mi reedición de las *Crónicas latinas de la Reconquista*, tomo I, p. 343.

como hijo del Cid y hermano de Elvira y Sol, estaba al lado de su padre en la conquistada Valencia, afirma buenamente que su padre lo envió al frente de una hueste a reforzar el ejército de Alfonso, alegando, para justificar la ausencia del Cid en persona, los versos que en otro lugar y por diferente motivo le atribuye el *Cantar*: "e yo fincaré en Valencia, que mucho costado m'a; grand locura sería, si la desamparás"¹.

Pero este razonamiento, que parece tan natural, cae por su base, si se tiene en cuenta que no hay ninguna razón para creer que Diego estaba por entonces en Valencia, y que su padre no tenía de momento enemigos ni dentro ni fuera de Valencia que supusiesen un peligro.

No sabemos qué motivo tuvo para no hacerlo, ni cómo y porqué formaba Diego parte del ejército castellano, ni las relaciones que lo ligaban a Alfonso más que a su padre. Menéndez Pidal² no duda de que es hijo de doña Jimena, y, apoyándose en el testimonio documental de sus arras [19 de julio del 1074], no puede atribuir a Diego más que unos veintidós años; y dando también por cierto que la pérdida del hijo, unida a las derrotas del rey y de Alvar Fáñez, se amontonaban pesadamente en su ánimo, como excesivo rescate de dolor, que ahora le era exigido por la ventura de toda una vida de prodigiosas victorias, y sin tener en cuenta las enigmáticas circunstancias, que en este caso particular rodean las relaciones entre padre e hijo, comenta que la muerte del hijo único no era entonces sólo falla en la propia eternización a través de generaciones futuras; ese extremo dolor de desesperanza se ensanchaba aún por representar, además, una irreparable quiebra de fuerza social; la familia era sentida entonces no sólo en su

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.470-71.

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 539.

intimidad doméstica, sino como necesaria organización en apoyo mutuo de sus individuos contra los ataques de los demás, y sobre todo como garantía de la venganza, cuya carencia absorbe en el Romancero todo el pesar del viejo padre, que busca en el campo de batalla el cadáver querido:

Maldita sea la mujer que tan sólo un hijo pare,
si enemigos se lo matan, no tiene quien lo vengare

Transcribo estas consideraciones basadas en el carácter de la naturaleza humana y en las costumbres medievales, sin tener en cuenta las enigmáticas circunstancias, que en este caso rodean la relación familiar entre padre e hijo, y la necesidad de darle una explicación más racional y aceptable, ni buscada ni encontrada hasta ahora.

El punto de partida

Conocidos son los méritos que consagran al Campeador como guerrero invencible y como héroe nacional¹, pero también merece estudiarse el extraordinario vigor de su alma que conjuga estos méritos bélicos con una exquisita sensibilidad doméstica y un amor tan sincero como profundo hacia su mujer Jimena Díaz y sus dos hijas Elvira y Sol, que la Historia y muy especialmente su *Cantar*², han recogido y exaltado en escenas tan poéticas como reales, para ofrecernos la perspectiva más completa de las altas,

1 Nadie mejor que el autor de *La España del Cid* ha puesto de relieve estas excelsas cualidades, en su quinta edición, dos volúmenes (Espasa-Calpe, Madrid, 1956).

2 Para todas sus citas he seguido el volumen tercero de su cuarta edición por MENÉNDEZ PIDAL.

aunque divergentes cualidades que adornan su vida, tan fecunda y tan admirada.

Llegado muy joven por sus extraordinarios méritos a ser el Alférez o Porta-estandarte de Sancho II, el de Zamora, es elegido por Alfonso VI para ofrecerle como mujer a su prima Jimena Díaz, nieta de Alfonso V de León; el Cid le da espléndidas arras el 19 de julio del 1074¹; y, en los cuatro o cinco años siguientes, nacen de este matrimonio dos hijas. Cuando siete años más tarde, en 1081, se enoja Alfonso VI con él y lo destierra, envía el Cid a su mujer y a estas dos hijas al monasterio de Cardena para ponerlas bajo la protección de su Abad. Se ha dado por cierto que envía con ellas a su hijo varón, Diego, pero las escenas siguientes van a demostrarnos con gran sorpresa nuestra, que este hijo, el primogénito, no estuvo presente ni se le tuvo en cuenta en esta despedida.

Organiza el Campeador su mesnada y sus finanzas en Burgos, y sale a rienda suelta hacia Cardena para llegar muy de madrugada, cuando "apriessa cantan los gallos e quieren crebar albos". Encuentra a doña Jimena, asistiendo a los Maitines y pidiendo a San Pedro y al divino Creador:

-Tu que eres de todos guía, - ampara al Campeador³.

1 Su original en el Archivo de la Catedral de Burgos. El primero en publicarlo con su traducción española fue SANDOVAL (en su *Cinco Reyes*, 1615), y últimamente MENÉNDEZ PIDAL (en *La España del Cid*, p. 835-40). En cambio lo desconoce la *Crónica particular del Cid* (edición VELORADO, Burgos, 1593), que a pesar de proceder de Cardena, donde tantos años residió doña Jimena Díaz, sólo la cita como Jimena Gómez.

2 Cfr. *Cantar*, verso 235.

3 Tienen mucho de reales y de vividas las escenas de la despedida, pero no se puede aceptar como espontánea y propia de Jimena la larga oración (versos 330 a 365), en que un clérigo o un monje le presta un resumen de Historia bíblica para que lo recite con gran exactitud y dominio en unos momentos de tanta emoción y desconsuelo.

La ignorancia que los textos tienen sobre Diego

Tanto el *Cantar* como la *Primera Crónica General* nos exponen la solicitud con que el Cid, ante la perspectiva de una larga separación, provee a las necesidades materiales de su mujer, de sus dos hijas y de las dueñas que quedan a su servicio¹. Entrega un donativo al Abad, y ofrece hacer más legados al monasterio, pero con gran sorpresa nuestra, no se acuerda en absoluto de su hijo.

No puede ser más emocionante el dolor de la despedida y los lamentos con que Jimena le pide consejo en su soledad; conmovido el de la barba bellida alarga sus brazos a sus pequeñas hijas, las acerca a su corazón, "ca mucho las quería"; con lágrimas en los ojos suspira profundamente y dice a su mujer: "Oh doña Jimena!, esposa tan honrada y tan cumplida; a vos os quise igual que al alma mía. Ya veis que es preciso el separarnos en vida. Plegue a Dios que yo case por mis manos algún día a estas hijas mías, que tengamos ventura, se alarguen nuestros días y vos, mi mujer honrada, seais por mí servida"².

Menéndez Pidal, al comparar el dolor de esta despedida con el de la uña que se desgarrar de la carne, afirma sin prueba alguna, que, como es natural, Jimena salió a la puerta con los niños, Diego, Elvira y Sol, en compañía de las dueñas, que los criaban; cree que el mayor, Diego, tendría unos seis años, y la menor era llevada todavía en brazos³. Pero esta afirmación, a pesar de parecer tan natural y casi obli-

1 "Et estonce mandó dar al abad cincuenta marcos de plata, e dexó a doña Jimena Gómez e a sus fijas cien marcos de oro para su despena; e rogó al Abad que le emprestase lo que oviere menester et que él ge lo pagaria" (Cfr. *Crónica Particular*, p. 78). Véase el estudio crítico del profesor belga L. CHALON, *A propos des filles du Cid*, publicada en la revista "Le Moyen Age" (Bruselas, 1963-4).

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, I, 273.

3 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, I, 273.

gada, no se puede aplicar más que a las dos hijas, como lo corroboran la *Crónica Particular* y la *Primera Crónica General*², al concretar más prosaicamente que "desque fue la noche, espidiose de la mugier et de las fijas, et fuese su vía".

Vuelve a sorprendernos este silencio tan inesperado sobre el hijo varón, que, además de ser el primogénito, parecía destinado a ser el heredero y el colaborador obligado en la obra de su padre. Tenemos varias pruebas documentales de que este hijo existió, imitó a su padre en seguir la carrera de las armas e incluso encontró honrosa muerte en el campo del honor, como hemos expuesto antes³. Durante un largo periodo de unos trece años, en los que el Cid despliega sus grandes energías y recursos, nada volvemos a saber de toda su familia, hasta que, en la primavera del 1094, conquista a Valencia. Entonces envía a sus fieles Alvar Fáñez y Martín Antolínez a Castilla para ofrecer a Alfonso VI parte del fabuloso botín ganado⁴ en la conquista de la rica capital del

1 Cfr. *Crónica Particular*, p. 78 a.

2 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 524 b.

3 La *Crónica Particular* lo cita cuatro veces; dice (p. 85 a) que el Cid tuvo en doña Jimena un hijo y dos hijas, Diego Rodríguez, doña Elvira y doña Sol. Afirma dos veces más (p. 98 y 85) que don Diego Rodríguez, "fijo del Cid, fue muerto por los moros en la hacienda de Consuegra"; añade que no dejó generación y por fin (en la p. 308) asegura que está enterrado en el panteón del monasterio de Cardena.

4 Nada sabemos de la vida de Jimena y de sus hijas en los muchos años que permanecieron en Cardena, ya que no se les permitió reunirse con el Cid, ni siquiera en las diversas ocasiones en que conseguía reconciliarse con Alfonso VI. Sólo ahora, cuando Alvar Fáñez y Martín Antolínez le llevan el magnífico presente del Campeador, y el rey lo acepta, se atreve Alvar Fáñez a decirle:

Merced vos pide el Cid, si os cayese en sabor
Por su mugier doña Ximena e sus fijas, amas a dos.
Saldrien del monasterio, do elle las dexo
E iríen pora Valencia al buen Campeador.

Levante musulmán, y pedirle sumisamente que permita a doña Jimena Díaz y a sus dos hijas [amas a dos] dejar Cardeña, e irse a reunir con él, para reanudar la vida de familia y gozar a su lado las delicias del triunfo.

Con la misma escrupulosa preocupación que tuvo al salir de Cardeña para el destierro, envía ahora a su abad quinientos marcos de plata para pagar los servicios hechos a su familia en todo este tiempo, y otros tantos marcos de oro a doña Jimena¹ y a sus dos hijas para que se equipen decorosamente con las mejores galas que en Burgos puedan encontrar. Conseguida la licencia real, Alvar Fáñez se encamina a Cardeña para preparar la ida a Valencia; su encuentro con Jimena y sus hijas es descrito con la mayor emoción, tanto por el *Cantar*² como por la *Primera Crónica General*, pues esta llega en su lirismo a decir que "con el gran gozo que tuvieron la madre y las dos hijas, parecían haber perdido el seso, ya que, sólo al sosegarse y cesar en sus llores, pudo doña Jimena preguntar cómo iba el Cid. "pues desde la

Essora dixo el rey: "plaz me de coraçon" (Cfr. *Cantar*, versos 1.351 a 55).

Es por lo tanto inexacta la afirmación de la *Historia Roderici* (p. 935-6 de la edición MENÉNDEZ PIDAL), cuando al tratar del enojo de Alfonso VI contra el Cid por no haberse reunido con él para descercar al castillo de Aledo, dice que el rey se incautó de todos sus bienes, e incluso encarceló a su mujer y a su familia (liberos), aunque a continuación afirma que les permitió ir a reunirse con él. Este cronista no emplea las palabras *filium* y *filias*, sino la más vaga, *liberos*, que significa literalmente los libres, y aquí se aplica a la descendencia libre, no esclava, sin especificar el sexo.

¹ Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, I, 497. Según la *Crónica Particular*, les dio mil marcos de plata para el monasterio de Cardeña, y treinta marcos de oro para doña Jimena, su mujer, para con que se guisase de venir (p. 181).

² Cfr. *Cantar*, versos 1.395-1.400.

postrimera vez que de ella se partiera, non oyera dél ninguna nueva"¹.

Es muy extraño este tan largo corte de comunicación, e incluso de noticias entre el Cid y su querida familia femenina, ya que el silencio sobre el hijo seguirá aún mucho tiempo imperturbado. Al reconciliarse con Alfonso VI, después de la derrota de Zalaca (el 23 de octubre del 1086), parecía lógico que se levantase el arresto de Jimena y de sus hijas en Cardeña; y no concebimos, si damos crédito a la frase de doña Jimena, que tampoco fuese a visitarla en todo el invierno del 1086-7, que debió pasar en Toledo para firmar las capitulaciones por las cuales le daba Alfonso VI el pleno dominio de cuantas conquistas hiciese en Levante.

El autor de *La España del Cid*, calcula que el Campeador pasó año y medio inactivo en la corte de Toledo; se basa para ello en la falsa cronología de la *Historia Roderici* cronología que he rebatido con amplia información árabe y cristiana en mi libro *Las Grandes Batallas de la Reconquista* durante las invasiones africanas, al tratar de la campaña de Aledo². El sitio de este castillo y su liberación tuvieron lugar en el verano-otoño del 1088, fecha que por otro lado concuerda mucho mejor con el carácter y la actividad del Cid, quien en vez de estar ocioso en la corte hasta el año 1089, sale ya en la primavera del

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 594 b.

² Cfr. *Las Grandes Batallas de la Reconquista*, p. 85 a 99. Son, como hemos visto, ocho los testimonios, seis árabes y dos cristianos en favor del año 1088 para la segunda venida de Yūsuf b Tašfin a al-Andalus y el sitio de Aledo, contra sólo dos cristianos a favor del 1089, la *Historia Roderici*, muy equivocada en varios casos, como veremos más adelante, y el diploma de San Millán. También son falsas las afirmaciones del *Rawḍ al-qirtās* y del *Hullal al-mawšiyya*, plagadas de errores, al asegurar que la guarnición de Aledo se componía de mil jinetes y doce mil infantes, afirmación aceptada como buena por todos nuestros historiadores modernos (Ibíd. p. 96).

1088 con su mesnada y se instala en Calamocha; y sólo cuando hace levantar el cerco de Valencia a Berenguer, conde de Barcelona, se traslada a Requena, donde recibe la llamada de Alfonso VI e intenta reunirse con él para liberar a Aledo.

La *Historia Roderici* afirma por su cuenta que el rey de Castilla, indignado por la defección del Cid y sobreexcitado por las acusaciones de sus enemigos, mandó confiscar todas las propiedades, e incluso encarceló y aherrojó a su mujer e hijos, y se incautó hasta de sus bienes muebles. Dice que el Cid indignado, le envió un emisario que lo excusase y le propusiese un duelo judicial en su corte para justificarse. Asegura que permitió a su mujer y a sus hijas volver a reunirse con él, sin acordarse de dónde estaba el Cid ni de cómo iban a establecerse a su lado, envueltas en sus continuas marchas militares, sus combates, sus asedios y sus asaltos. Con esta afirmación gratuita se emparejan, a mi parecer, las cuatro alegaciones jurídicas¹ con que el cronista aragonés adorna, en innecesaria repetición, la defensa legal del Cid, y nos lo presenta como un gran sabidor. La *Crónica Particular del Cid* se limita a decir que el rey mandó detener a doña Jimena y a sus hijas, y que el Campeador envió a Toledo un caballero para justificarse y decir que, si hubiese un Conde o un Rico-hombre o un Caballero que declarase tener más voluntad de servir al Rey que él, se lo denegaría en duelo. Entretanto nada volvemos a saber de la familia del Cid, en este tiempo ni en los tres años siguientes, 1092 a 94, en que fracasa la tentativa de Alfonso VI para apoderarse de Valencia y el largo asedio con que el Campeador logra rendirla para sí.

Tras el penoso y largo silencio de estos años de guerra y de separación, ahora con el triunfo y las halagüeñas perspectivas de un hogar feliz y de una vida

¹ Cfr. *Historia Roderici* (p. 936 a 40 del texto latino en *La España del Cid*) y *Crónica particular*.

espléndida, el *Cantar*¹, la *Crónica Particular*² y la *Primera Crónica General*³ se dedican a exponernos con morosa delectación el viaje triunfal de doña Jimena y sus hijas, su itinerario, la escolta de caballeros cidianos y de musulmanes sometidos que las acompañan, su estancia en Medinaceli, su paso por Molina de Aragón, donde el arraez Ibn Galbūn⁴, gran amigo del Cid, las hospeda y obsequia como a reinas y las acompaña hasta Valencia. El Cid les sale a recibir a tres leguas de Valencia, y cuando doña Jimena y sus dos hijas lo ven descabalar, se arrojan a sus pies. El las levantó, abrazó a Jimena y a sus hijas "et besávalas mucho a menudo et había grant sabor por verlas tan ataviadas". El Cid las lleva enseguida a la ciudad: "Vos, doña Jimena, querida mujer, tan honrada por mí y vosotras, mis hijas, mi corazón y mi alma, entrad conmigo en esta heredad que para vos he ganado". Y las subió a la más alta torre del muro para que contemplasen aquella hermosa campi-

¹ Cfr. *Cantar*, versos 390 a 1.618.

² Cfr. *Crónica Particular*, p. 182.

³ Cfr. *Primera Crónica General*, capítulos 923 y 924, p. 593 a 596.

⁴ Sobre este arraez, sus hijos y la fidelidad afectuosa que finge hacia el Cid, véase antes, p. 230, así como mi trabajo en *Enciclopedia del Islam*, 2.^a edición, sub. verbo, y mi artículo sobre *El Cadi de Valencia Ibn Yahhāf*, publicado en la "Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos" de Madrid. Este amigo sin falla confiesa, en medio de sus zalemas, que:

"maguer que mal le queramos, non gelo podremos fer en paz o en guerra de lo nuestro abrá mucho tengol por torpe qui non conosçe la verdad" (v. 1.523 a 26).

Por su convicción de que el Campeador es invencible, no acude a Cuarte para unirse a los sitiadores, pero en cambio, una vez muerto el Cid, olvida sus reiteradas muestras de adhesión y se une al ejército almorávid para tomar parte en la batalla de Cutanda contra Alfonso I el Batallador.

ña¹. El biógrafo del Cid se limita a anotar que el poeta eliminó de esta composición bucólica al hijo del Cid, a quien supone en Valencia, y le calcula diecinueve años; y sin que le extrañe esta omisión, se contenta con anotar que aquella tierra de promisión, que, según cree, le había preparado su padre, iba a ser pronto su sepultura². Pero lo cierto es que en esta desbordamiento de festejos y de expansiones familiares no hay el menor lugar para el hijo del Cid, que sigue tan ausente del corazón de su padre, como de la lira del poeta; que no está siquiera en Valencia, y de quien nadie se va a acordar, cuando se concierten las bodas de las dos hijas de doña Jimena, sus hermanas, tan envueltas en amplios episodios de leyenda, ni en los casamientos posteriores y más verídicos con los infantes de Navarra y Aragón.

Diego, hijo de distinto matrimonio

He insistido en desentrañar y poner en claro, según pienso, las falsedades e inexactitudes, así como la aviesa interpretación que se da a los hechos de la vida del Cid en el tiempo en que su hijo Diego aparece por fin en el campo de la historia. Con esto llegamos a las postrimerías de su vida, ya que muere prematuramente, el domingo, 10 de julio del 1099, cuando, según los cálculos de Menéndez Pidal, tendría unos cincuenta y seis años³, cálculos aproximados, ya que no tenemos datos ciertos sobre la fecha de su nacimiento, retrasado bastante por los romances y la leyenda. Antes de morir hace testamento y como ya había dado la mitad de su fortuna a sus hijas, al casarlas, hace ahora grandes donaciones a

1 Cfr. *Cantar*, versos 1.611 a 15; *Primera Crónica General*, cap. 924, p. 595 de la edición MENÉNDEZ PIDAL.

2 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, I, p. 501.

3 Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, II, p. 577.

sus más íntimos colaboradores y a su mujer, a quien la *Crónica particular* sigue llamando Jimena Gómez, para darnos, por fin, en medio de visiones piadosas, el último testimonio acerca de su hijo Diego, y hacerle decir que "bien ha ya unas siete noches que veo en visiones a mi padre, Diego Laynez, e a Diego Rodríguez, mi hijo; cada vez me dicen: mucho haveades morado aquí e vayamos a la vida perdurable"¹.

Una vez consultadas todas las fuentes, más o menos históricas, de que he podido disponer, y estudiados con particular interés el ambiente familiar y la sinceridad afectiva del Cid, así como la de Jimena en sus relaciones matrimoniales, es materialmente imposible reconocer a Diego, como hijo de Jimena Díaz y hermano uterino de Elvira y Sol². Como también es inexplicable la conducta del Cid con su hijo, único varón, dado el frío silencio que lo envuelve, en tan marcado contraste con la efusión amorosa y la solicitud paternal de que hace gala, al preocuparse del bienestar material de sus dos hijas y de su porvenir en el matrimonio. Sólo el reconocer, como existente, un primer matrimonio con Jimena Gómez, la hija del conde Lozano, y el atreverse a sacarlo de las nebulosas sombras en que la leyenda y los romances lo han envuelto, nos pueden orientar hacia una explicación inicial, aunque incompleta, de su desarrollo y justificación, del problema más arduo e incomprensible, que ofrece la vida doméstica del Cid Campeador³.

1 Cfr. *Crónica Particular*, p. 254 b.

2 Tampoco se puede aceptar el que viviese con ellas en Cardena los largos años en que residieron al amparo del monasterio. El niño Diego, fuese hijo de doña Jimena Gómez o de doña Jimena Díaz, vivió siempre, como hemos visto, muy alejado de ese ambiente, en un medio tan extraño como desconocido.

3 Lo mismo MENÉNDEZ PIDAL que los demás historiadores modernos, que le siguen, han dado por legendario todo lo que se refiere a las Mocedades del Cid y subrayan el error cronológico que supone el creerlo

Nada sabemos del nacimiento y de la adolescencia de este enigmático Diego, ni de su vocación militar, que le lleva a formar parte del ejército de Alfonso VI y no del de su padre, que parece haberlo desconocido totalmente, ya que sólo al morir, como hemos visto, se acuerda la Leyenda de Cardeña de hacérselo aparecer. Esa misma Crónica, escrita en Cardeña, nos asegura que en su monasterio estaban enterrados no sólo el Cid, sino también doña Jimena, a quien llama Gómez y no Díaz, y el mismo Diego, al lado de su abuelo el conde Gómez.

Grandes y hasta desaforadas son las exageraciones cronológicas y los relatos hiperbólicos que desfiguran y enmarañan las Mocedades del Cid Campeador; todos los historiadores, dignos de ese nombre, han tratado, a partir del siglo XVI, de talar esa selva virgen, y sin detenerse a descubrir y estudiar el fondo real de los hechos o los actos generadores, como ocurre siempre, de un mito o de una tradición literaria, han rechazado de plano todo el ciclo legendario, a que esas Mocedades han dado vida poética y literaria. Por ello y para orientarnos en esta exploración, vamos a valorizar un testimonio documental que nos abra el camino hacia el punto de partida, que ha

ya adulto, al empezar a reinar Fernando I. Califican de cuento el que Rodrigo, adolescente, matase en duelo al conde don Gómez de Gormaz, que Jimena Gómez, su hija, se casase con el homicida; boda que fue grata tanto al rey como a Rodrigo, y que se celebró en Palencia, bendecida por su obispo. Afirman que todo esto son cuentos de juglares tardíos, sin más realidad que la que les presta la poesía. No les ocurre pensar que una leyenda de tanta vitalidad y tan variadas facetas pueda haber tenido un fondo real, recubierto y amplificado con los arreos y aditamentos que le presta, para enmascararla, la mentalidad del siglo XVI. Y a pesar de que toda la vida familiar del Cid, como acabo de exponer, se presta a tantos interrogantes y exige tantas aclaraciones, no les ha ocurrido adentrarse en esa selva virgen de la juglaría, explorar sus misterios y comprobar si todo en ella no son más que fantasmagorías de una mente enferma.

atraído a la imaginación y ha centrado el celo apasionado de sus admiradores.

El erudito Sandoval, en su *Historia de los reyes de Castilla*, rechaza como cuentos los capítulos que dedica la Historia de Cardeña al Cid, durante el reinado de Fernando I, el Magno, pero acepta su participación en el asedio y toma de Coimbra, donde fue armado caballero, en el mes de julio del 1064 y firma la donación hecha por el rey al monasterio de Lorván¹. Asegura que sólo se ha basado para sus investigaciones en las escrituras antiguas, firmadas en tiempo del Cid, y que las historias que dicen lo contrario son muy recientes y están escritas por personas poco curiosas en papeles, que son los que más alumbran las tinieblas en que nos dejaron los pasados. Después de hacer estas pertinentes observaciones, encuentra muy sorprendido en el monasterio de San Juan de la Peña una antiquísima tabla con la lista de los entierros señalados en ese monasterio y que dice: "hic requiescit Eximina Gomez, mulier Ruderici Cid, vulgo Rui Diaz", y luego en la entrada de la iglesia ve una muy antigua sepultura, y en la piedra que la cubre, como se usaba en aquellos siglos, están escritos o abiertos a cincel estos versos en letra lombarda:

In hac tumba requiescit dona Eximina
Cujus fama praenitescit Hispaniae limina,
Regis Sancii fuit nata Felicia, quae me fecit;
Roderico copulata gentes quem vocant Cid,
Haec in Era M. fuit hic tumulata,
Centum et sexaginta fuerant: sed balsamata
Marci Nonis: sed sepulta manet cun gaudio,
Bona quia fecit multa praesenti cenobio.

¹ Cfr. SANDOVAL, *Historia de los Reyes de Castilla y de León* (edición de 1792), p. 37-8.

que el mismo Sandoval traduce así: "En esta tumba está sepultada doña Ximena, cuya fama resplandece por toda España; que hizo esta sepultura doña Felicia, hija del rey don Sancho; y que fue mujer de Rodrigo, a quien las gentes llaman Cid. Que fue allí sepultada en la Era 1160 (1122), y la embalsamaron a siete de marzo. Quede en la sepultura con gozo, porque hizo mucho bien a este monasterio"¹. Sorprendido con este inesperado hallazgo, tan contrario a todo lo tenido en esa época por cierto y puesto que en Cardena se mostraba también la sepultura y hasta los huesos de Jimena Díaz, si las dos sepulturas son auténticas, no encuentra Sandoval otra solución a tantas dificultades, sino el reconocer que el Cid estuvo dos veces casado.

El primer matrimonio del Cid

Menéndez Pidal, encariñado con su héroe, se niega, no sólo a admitir sino también a discutir² la veracidad que pueda atribuirse a los sepulcros e inscripciones que nos presenta el concienzudo Sandoval, tan enemigo de romances y consejas, como puede serlo el autor de *La España del Cid*. Este, al rechazar los errores cronológicos, que pueda haber en situar la primera juventud del Cid en tiempo de Fernando I, en vez de los comienzos del reinado de su hijo, Sancho, el de Zamora, se niega rotundamente a investigar lo que pueda haber de cierto y de inventado en el episodio de la vida del Cid, más famoso y más celebrado por la poesía popular de los romances y más idealizado en el teatro de Guillén de Castro y de Corneille.

La *Crónica Particular*, escrita en Cardena, se

¹ Felicia fue mujer del rey aragonés Sancho Ramírez, y madre de Pedro I y de sus hermanos, Alfonso I el Batallador y Ramiro I el Monje.

² Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 125.

limita a decir que Rodrigo Díaz, andando por Castilla, tuvo una riña con el conde don Gómez, señor de Gormaz, a quien se llama el conde Lozano, "e ovieron su lid entre amos a dos, e mató Rodrigo al conde"¹. Añade, luego, que, estando el rey por tierras de León, se le presentó Jimena Gómez, hija del conde muerto por el Cid; se puso de rodillas ante él y le dijo: "soy hija del conde don Gómez de Gormaz; Rodrigo de Vivar mató al conde, mi padre, y yo soy, de tres hijas que dejó, la menor. Vengo, señor, a pedirnos merced que me deis por marido a Rodrigo de Vivar, de que me tendré por bien casada. En esto terné, señor, que me facedes gran merced, porque es servicio de Dios y para que perdone yo a Rodrigo de Vivar de buena voluntad"².

Aceptó el rey su ruego y mandó llamar a Palencia a Rodrigo, quien aceptó su propuesta; y el obispo "les tomó la jura e fízoles pleyto fazer, según manda la ley". Es llevada la novia a casa de la madre del Cid, en cuyas manos jura éste no tocar a su mujer, ni en poblado ni en yermo, hasta que venza en cinco lides campales³. Ya no vuelve la *Crónica Particular* a ocuparse de este matrimonio, ni conoce las segundas bodas.

Se limita a decir que una vez en Cardena, al pasarse los nueve días del plazo para el destierro, mandó dar cebada "e se partió de su mujer y de sus hijas", y sólo cuando conquista a Valencia envía sus emisarios a Toledo y a Cardena para que le lleven a doña Jimena y a sus dos hijas; nótese de paso que a pesar de ser una Crónica escrita en Cardena y haber estado en ella durante varios años la segunda mujer, Jimena Díaz, la nombra siempre con el nombre de la primera, Jimena Gómez; y hasta, al hablar de sus

¹ Cfr. *Crónica Particular*, p. 3 b.

² Cfr. *Crónica Particular*, p. 4.

³ Cfr. *Crónica Particular*, p. 5. Se continúa en el *Romancero* la exageración sobre las lides campales del joven Rodrigo.

funerales, a los que acuden sus dos hijas, Elvira y Sol, sigue llamándola Jimena Gómez, aunque la hija del conde Lozano, haya desaparecido tan prematuramente del relato de Cardeña, y se haya ido a Aragón, donde, sin saberse más de sus andanzas, la encontramos enterrada en San Juan de la Peña, monasterio tan alejado del ambiente y de las actividades del Cid¹.

No nos queda, por lo tanto, mal que nos pese, otra solución para el enigma de Diego, el hijo del Cid, que aceptar el primer matrimonio, y sospechar que las condiciones, tan poco idílicas en que se verifica, le hacen fracasar muy pronto, y pensar que Jimena Gómez y su hijo se apartaron definitivamente de la órbita en que se movía el Cid, y se alejaron de la escena en que iban a actuar Jimena Díaz y sus dos hijas. Las escasas e inconcretas noticias que tenemos sobre este primer matrimonio tan fuera de lo normal, y el duelo que, por modo tan inusitado, lo provoca, han dado pie al Romancero y al teatro para ofrecernos un rico venero literario, ya que, al apoderarse la imaginación de troveros y juglares de este tema, son incontables las variantes con que lo adornan y enmascaran². El hecho tiene que ser cierto en el fondo, pues siempre las leyendas tan persistentes y de tan hondas raíces son hijas o derivaciones de un acto real, ya que la sola imaginación, sin una base en que apoyarse, no puede construir tan compleja obra hasta enmascararla y no permitir reconocerla.

En cambio, las *Corónicas Navarras* (p. 34) dicen: "este meo Cid ovo muyllier a dona Xemenia, nieta del rey Alfonso V, filla del conte don Diago de Astorias, et ovo eylla un fijo e dos fijas. El fijo ovo nombre Diago Roiz, et mataronlo moros en Consuegra. Estas dos fillas, la una ovo nopne dona Cristina, la otra dona María. Caso dona Christina con l'infant don Ramiro: caso dona María con el conte de Barçalona".

2 Para las variantes que los romances dan a las diversas escenas con que se adorna este episodio, he seguido al *Romancero general* (t. I, segunda edición, por A. DURÁN, en la "Biblioteca de Autores Españoles".

El conde de Gormaz ofende al viejo padre del Cid, y lo abofetea por una baladí disputa de caza¹, o por aspirar los dos al mismo puesto en la corte de Fernando I². El Cid para vengar la deshonra infligida a su padre, desafía al conde y es despreciado por éste como un niño, al que hay que castigar, pero el Cid lo fuerza a batirse, lo vence y presenta a su padre la cabeza del ofensor. La escena siguiente, en la que la hija huérfana y sin defensa, pide al rey una reparación por parte del matador de su padre³, responde a un estado jurídico medieval, ya en desuso al llegar el siglo XVI; y el juglar, para mejor escenificarlo, supone que el Cid cabalga orgulloso ante la casa de Jimena, le mata sus palomas, la amenaza, así como a sus doncellas, y le mata un pajecillo bajo su brial⁴. Otras fuentes, con Guillén de Castro⁵, para suavizar el brusco cambio anímico de Jimena Gómez, desde la cólera vengativa hasta el amor conyugal, nos presentan a la huérfana enamorada, ya de antes, del joven y atractivo caballero, y así se llega menos bruscamente a la boda con galas y festejos más propios del siglo XVI⁶. Se dedican varios romances a exponer la romería y las algaradas del Cid, se prescinde de escenas amorosas y siguen en seguida las quejas de Jimena Gómez, que se siente abandonada por su marido⁷, entregado a sus más o menos auténticas campañas contra los musulmanes, y que ni siquiera abandona el campo de batalla, al dar

1 Cfr. Romance 726, p. 479.

2 Cfr. *Obras*, de GUILLÉN DE CASTRO, t. II, en "Biblioteca selecta de clásicos españoles" (2.ª serie, 1926); *Las Mocedades del Cid*, p. 187 y sigs.)

3 Cfr. Romances 733 a 76. "Porque es servicio de Dios (y yo le perdonaría la muerte que dió a mi padre si él aquesto concedía."

4 Cfr. número 733.

5 Cfr. acto segundo, p. 184.

6 Cfr. número 739.

7 Cfr. números 745 y 757.

su mujer a luz y salir a misa de parida'. El romancero que describe con cinco siglos de retraso esta escena, la coloca todavía en tiempos de Fernando I; y como se había perdido la memoria del hijo varón, solo semenciona "aquesa ferosa infanta que el cielo divino os dio".

Aunque el relato es juglaresco, los copleros del siglo XVI que lo romancean, lo bordan con sus fantasías, pero no se apartan del fondo real que hay en los episodios de este ciclo, como tampoco se desvían mucho en el de los Laras, en el de Sancho II con el episodio de Zamora y en el de Alfonso VI con el juramento en Santa Gadea y el destierro del Cid. Los episodios posteriores, tanto al despedirse el Cid de su mujer y de sus dos hijas, a las que deja desconsoladas en Cardeña, como al recibirlas gozoso y con gran aparato en la conquistada Valencia, dan pie a varios romances para poetizar sin excesivas exageraciones los hechos ya conocidos y comprobados por la Historia.

Y ahora, por fin, después de estudiar y comentar todas las fuentes y referencias de que he podido disponer, relacionadas con la vida y los hechos de Diego, el hijo del Cid, creo que se debe llegar a la conclusión de que sólo el matrimonio primero con Jimena Gómez, por legendario e inaceptable que parezca, puede dar una razonable explicación al enigma de este Diego, y abrir el paso al camino tan desconocido y tan extraviado que siguió en su corta y oculta juventud, y que al apartar a su madre, Jimena Gómez, del hogar del Cid, la llevó fuera de Castilla, hasta ser enterrada, no en Cardeña, sino en San Juan de la Peña.

Pero, aun aceptando como real el primer matrimonio del Cid con Jimena Gómez, y aunque demos por cierto que ese forzado enlace no se viese favorecido

por un amor sincero y una atracción mútua; es más, aunque, dada la facilidad con que todavía en el siglo XI, se podía disolver un matrimonio bendecido por la Iglesia y los dos cónyuges quedaban en libertad para legalizar nuevas uniones¹, nos es imposible comprender y menos justificar el hondo abismo de indiferencia y alejamiento que debió separar a tal padre de este hijo, cuando parecían destinados a una vida ya una acción tan unidas y tan prometedoras. Por muchos defectos y aun vicios, que queramos suponer y atribuir a ese hijo tan irreal, no encontramos explicación razonable a este misterio; y si no aceptamos el primer matrimonio, rechazado por los historiadores modernos, nos sentimos casi forzados a rechazar también el triple testimonio de la *Crónica Particular del Cid*, reproducido en la *Primera Crónica General* y en la *Gesta Regum*, y por lo tanto a negar la existencia de este Diego, por juzgarla incompatible con todos los testimonios reconocidos y comprobados sobre la vida doméstica del Cid Campeador y de su familia.

¹ Las costumbres permitían entonces el divorcio fácilmente, bastándonos recordar la hija del famoso conde Fernán González, que tuvo tres maridos sin quedar viuda de ninguno (Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. I, p. 563 y 816).

2. LAS BODAS DE LAS HIJAS DEL CID

La historia y la leyenda de los últimos años de la vida del Cid Campeador

La *Primera Crónica General*, la *Particular del Cid* y la *de 1344*, en medio de los errores con que les hacen tropezar las fuentes árabes y de las leyendas, con las que adornan el curso de los acontecimientos, ofrecen un relato histórico de acuerdo con las normas de Alfonso X el Sabio, para poner de relieve la figura y los hechos de los reyes cristianos. Conservan en general su carácter histórico, y nos obligan a seguir sin grandes reservas sus relatos.

Pero al darnos cuenta de la rendición de Valencia y de la rotunda victoria de Cuart de Poblet, que obliga a los almorávides a renunciar a su reconquista, mientras el Cid viviese, tropezamos con un completo e inesperado giro en el relato, que nos enfrenta con una serie de leyendas tan absurdas e incoherentes, que nos obligan a hacer un alto en el camino para tratar de comprenderlas y darles una interpretación razonable.

Una vez alejado el peligro almorávid y tomadas las medidas militares necesarias para asegurarse la sumisión de los musulmanes valencianos, sólo dos intervenciones históricas encontramos en los últimos cinco años de la vida del Cid, y ninguna de ellas es de carácter guerrero y conquistador, sino meros actos civiles, judicial el uno, y familiar el otro, o sea la condena a ser quemado vivo del cadí, defensor de Valencia, en 1095; y el casamiento de sus dos hijas, que ya eran núbiles, con los infantes de Navarra y Aragón, en 1097-98

Su rey Alfonso VI no va ahora, menos que nunca, a imponerle más que una soberanía nominal, y él por otra parte, con su pequeña pero invencible mes-

nada, a la que no dejaba disolverse y regresar a Castilla con el botín hecho, no podía pensar en nuevas conquistas, y tenía que contentarse, como la *Primera Crónica General* anota ¹ "con fincar ya quanto tiempo en Valencia, muy vicioso et a muy grant sabor de ssi".

Pasa de pronto a ser un gran señor feudal, sin enemigos que pudieran oponérsele, se ocupa de casar a sus dos hijas con dos príncipes, y pronto empieza a envejecer, agotadas ya todas las energías de una vida tan dura y peligrosa. No le queda durante tres o cuatro años más perspectiva que la de una senectud prematura y ociosa en un ambiente de paz y honores, que ninguno de sus panegiristas podía imaginar; y esta obra, aureolada con las glorias de sus victorias triunfales y de sus magníficas dotes de gobernante, acaba prematura y estérilmente, ya que después de morir su enigmático hijo Diego y no ser capaces su viuda con Alvar Fáñez, ni el mismo Alfonso VI, de mantenerse en Valencia, la marea almorávid anega todo el campo de acción del Cid y lo restituye a los dominios del Islam.

Nuestros historiadores, seducidos por la tradición del Romancero y por la poesía del Siglo de oro, no han podido ver, ni por lo tanto aceptar, esta versión prosaica de una vida tan fulgurante y sólo encuentran en él al prototipo de la Reconquista que "por necesita batalla, y una vez puesto en la silla, se va ensanchando Castilla delante de su caballo". Y si para nuestros historiadores y literatos de la Reconquista han pasado desapercibidos la realidad y los pormenores de los últimos cuatro o cinco años de la vida del Cid, aún fue más difícil entreverlos para los contemporáneos y sus sucesores, que le consagraron los más encendidos elogios de su creación poética y de sus historias más o menos auténticas.

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 652.

Los resultados de la batalla de Cuart

La victoria del Llano de Cuart causó tal impresión en los reinos cristianos, que pasó, de ser un relato épico escueto, a convertirse en una ficción literaria, rebotante de pasión contra los condes de Carrión y sus allegados, y transformarse en un cuadro caballeresco de duelos campales y asambleas feudales, que sirven para encubrir el vacío que se interpone entre esa batalla y la muerte del Cid, ya que nadie se atrevió en esos cinco años a luchar con él y disputarle la posesión de Valencia.

Con la descripción hipertrófica de la batalla de Cuart y la exaltación consiguiente de los méritos, el poder y la riqueza del Cid, el texto que ha llegado a nuestras manos, no encuentra materia épica para su poema, ya que desde el año 1094, en que obtuvo el triunfo definitivo, nadie entre los musulmanes peninsulares o africanos, se atrevió a enfrentarse con el Campeador, y para llenar ese vacío tiene la fantasía que ofrecernos el panorama de unas bodas magníficas, que acaban trágicamente, unas cortes generales en que los discursos y las acusaciones mutuas provocan un triple duelo campal con el triunfo definitivo de la causa justa.

La fulgurante actuación del Cid y sus magníficos triunfos, obtenidos con tan escasos medios bélicos, debieron promover un rico florecimiento de relatos históricos, de comentarios juglarescos, y de cantos populares, hasta ser recogidos y coordinados, sin tener en cuenta las discrepancias y contradicciones, para formar un texto oral o escrito, al que en prosa se le dio el nombre de Historia, con el que la conocen y transcriben las crónicas posteriores, para ser versificado por los autores de las diversas partes del Cantar en una incontenible gradación de exageraciones e incongruencias.

Las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión

Para convencernos de la tosca realidad históri-

ca y del abuso de una imaginación desenfrenada con que abordan torpemente el tema sin asomo de verosimilitud histórica ni cronológica, basta comprobar la desfachatez con que rehacen y deforman el primer relato de la auténtica batalla de Cuart, para dar pie al episodio del Robledal de Corpes y demostrar la cobardía de los infantes de Carrión, que la *Primera Crónica General*¹ exagera sin reparos.

Por el mes de noviembre del año 1094, al presentar Alvar Fáñez y Pedro Bermúdez al rey Alfonso VI el magnífico regalo que le envía el Cid, los hermanos Diego y Fernando González debieron pensar entre sí, que el casarse con sus hijas los haría ricos y honrados. Comunican al rey en gran secreto su idea y le piden que interponga su autoridad para lograrlo. Alfonso VI se presta a intentarlo, aunque teme que el Cid no acceda aún a ello, por ser todavía sus hijas demasiado pequeñas. Sin embargo se decide a llamar a los enviados del Cid y les ruega que le propongan una entrevista para tratar de esa unión. Se celebra en Requena con gran aparato y el Cid acaba por avenirse a la propuesta regia. Las Crónicas se adelantan a prever sus funestas consecuencias y alegan sobre todo que doña Jimena y Alvar Fáñez veían con el mayor disgusto esta propuesta, aunque todas las apariencias estaban en su favor, excepto el orgullo nobiliario de los infantes, que se consideraban mucho más encumbrados que el hidalgo de Vivar.

El *Cantar* y sobre todo las Crónicas que concuerdan con él, nos refieren con inusitada precisión las ceremonias y diálogos con que se adornan los esponsales y las bodas, así como los banquetes y torneos que duran ocho días con gran afluencia de invitados. Dejan estas fuentes pasar dos años a los recién casados "mucho en paz e muy viciosos e a muy grand sabor", y, de improviso, se lanzan a inventar, con tanta libertad como torpeza, el episodio pueril del león.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 602.

La cobardía de los infantes

A continuación, para preparar el odioso episodio de Corpes, no se vacila en darnos una nueva versión retardada de la batalla de Cuart con nuevos datos y episodios apócrifos, dedicados exclusivamente a poner de relieve la cobardía casi pueril de los infantes de Carrión. Se sabe ya que el ejército almorávid mandado por Búcar [Abū Bakr] está a punto de desembarcar en el puerto de Valencia y todos los jefes de la guarnición cristiana acuden a palacio para deliberar. En un corral contiguo estaba, como hemos visto, guardado un muy fuerte león, y los hombres que lo cuidaban acudieron a palacio para enterarse de las nuevas de los almorávides. Habían dejado una cuerda colgada por la que le daban de comer "y el león trabosse por ella et subio susso"¹. Encontró la puerta abierta y se dirigió a palacio; "todos los reunidos se levantan, y con los mantos sobraçados, rodean el escaño del Cid, que a pesar de la gravedad del caso y de la importancia de la reunión, hacía una pequeña siesta.

Toda la escena se dispone para exagerar la cobardía de los infantes, que se ocultan, despavoridos, sin el menor reparo; y para completar la ficción de este episodio previo, se hace que el león reconozca al Cid, al oír su voz, y se deje ser conducido por él a su cubil, como si fuese un manso alano.

A continuación se nos expone con el mayor descaro la reposición de la primera batalla de Cuart, sin que se vea en ella otra finalidad que la de ofrecernos un nuevo episodio, que demuestre la cobardía del infante Fernando González de Carrión, a quien socorre y salva Ordoño, el sobrino del Cid, de una manera muy sofisticada. El Campeador no se da cuenta de la cobardía de sus yernos, y les hace participar espléndidamente en el reparto del botín.

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 603 a.

La Historia, que da pie a estas patrañas, afirma que el Cid entró en esta pseudo batalla de Cuart con 2.600 caballeros y 7.000 infantes, y se atreve a decir que el poder de los musulmanes era tan grande, que "duró la hacienda bien hasta hora de nona o sea media tarde", mientras que en la auténtica batalla de Cuart, apenas hubo resistencia y las bajas fueron muy pocas. Ni que decir tiene que el Cid volvió a combatir como un simple soldado y que se cubrió de sangre.

Dos son los polos en torno a los cuales gira todo el episodio de las supuestas bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión. El uno es la cobardía tan exageradamente reprochada con la máxima insistencia a unos hidalgos castellanos, tan linajudos y bien quistos entre cristianos y musulmanes como los Banū Gómez, en una época tan destacada por el valor y la agresividad de los reconquistadores. El otro, también exageradamente injusto, es la bajeza de sentimientos con que se les afrenta, ya que se les obliga a vengarse de la maledicencia de sus detractores, al descargar sobre sus inocentes esposas todo el injusto amargor, concebido sin motivo y no desahogado, contra el ignorante e incauto padre.

La afrenta de Corpes

Y si pueriles son las escenas con que se ha preparado esta retirada a Carrión, aún es más inverosímil y llena de burdas incidencias la tragi-comedia del Robledal de Corpes. Los infantes y sus mujeres son despedidos con tanto afecto como liberalidad, pero el Cid acaba por admitir las sospechas que tenían doña Jimena y Alvar Fáñez de que los infantes no tratasen bien a sus mujeres, y envía a su sobrino Ordoño, a pie y encubierto, para que siga y vigile a la comitiva.

Es muy sorprendente que estas fuentes tan propensas a dejarse llevar de sus apasionamientos para

razonar y justificar su relato, sean tan exactas en cuanto a topografía y toponimia se refiere. Insertan aquí un itinerario, que, si no fue el seguido por los infantes, al menos con sus esposas, es real en sus etapas y jornadas; desde Valencia y el campo de Cuart, por Chiva, Buñol y Requena, se llega a Camprobbles, Moya y Ademuz y se sigue hasta Molina de Aragón, donde para afrentar a los infantes y preparar su villanía, se inventa un plan de asesinato contra Ibn Galbūn, para apoderarse de sus riquezas y agravar así el enojo de su gran amigo y protector, el Cid.

Siguen describiéndonos con toda exactitud el itinerario hasta cruzar el Duero, cerca de Berlanga y llegar el Robledal de Corpes, donde, según estas fuentes, se había pensado en martirizarlas. Hacen marchar adelante a toda su comitiva, incluso a la escolta que por orden del Cid llevaban sus hijas y cuando las dos parejas se quedan completamente solas, saben nuestros informadores, o por lo menos se imaginan, y describen con sadismo la furia con que los infantes martirizan a sus mujeres hasta dejarlas cubiertas de heridas y casi muertas, en venganza de la afrenta del león. El sobrino del Cid, Ordoño, que iba para vigilar la marcha del viaje, no se da cuenta de nada. La escolta de cien caballos que el Cid da a sus hijas, tampoco puede evitar esta deshonra y cuando se enteran de lo ocurrido y piensan en atacar a los infantes, basta que estos les digan que las han dejado vivas y sanas en el Robledal de Corpes. Van a buscarlas, y al ver el suelo ensangrentado y no encontrar a las damas, van dando voces sin hallar a nadie, mientras Ordoño y las damas que se habían alejado un poco, creen con espanto que son los infantes, que las buscan para matarlas.

Todo el episodio de su salida de Valencia con el itinerario que siguen y las escenas sádicas del Robledal de Corpes son una creación más de la anónima Historia, a la que tanto las tres Crónicas como el *Cantar copian*, y que demuestran la facilidad con que

se crean diálogos y situaciones carentes de una base histórica, y destinadas en todos sus pormenores y anomalías a poner en la picota a los infantes. Combinada con esta cobardía, se nos ofrece la incapacidad de la escolta de cien caballeros, que dio el Cid a sus hijas, para descubrir y castigar tan feo agravio y dejar a los infantes regresar indemnes a Carrión, para no cortar el hilo de la leyenda.

La reparación de agravios

El burdo folletón hace que la escolta decida ir a batirse con los infantes, pero no les puede dar alcance y entonces se presenta en Palencia al rey Alfonso VI, le cuenta, a su modo, todo lo ocurrido y se queda en la corte las largas semanas que mediaron hasta que el Cid fue vengado en el triple duelo judicial de Carrión. La desmayada ficción hace, luego, intervenir a un labriego, en cuya casa el Cid se había hospedado muchas veces -sic-.

Ordoño, al que tan desairado papel se le ha repartido en este melodrama, se dirige a Valencia con una carta de las dos hermanas para su padre, y en el camino encuentra a Alvar Fáñez y a Pedro Bermúdez, que iban a presentar al rey cien caballos y ochenta cautivos, cifra ahora rebajada¹, como presente de la nueva batalla de Cuart; y le cuentan, informados por Ordoño, lo que ya sabía por Martín Fernández y la escolta, que tan mal protegió a las infortunadas hijas. Al mismo tiempo le piden formalmente que repare, según fuero, el deshonoroso agravio inferido al Cid. Alfonso VI promete convocar cortes en el plazo de tres meses, y pide que Rodrigo

¹ Cfr. *Primera Crónica General*, p. 611.

asista a ellas. De Valladolid cabalgan por el valle del Esgueva hacia Peñafiel, Roa y Santisteban, llegan al Robredal de Corpes, y encuentran a las damas en casa de aquel labriego, quien los había visto muchas veces con el Cid, cuando pasaban por su casa [sic]. Toman el camino de Atienza, y por Medinaceli llegan a Molina de Aragón, donde son hospedados generosamente por Ibn Galbún.

Pedro Bermúdez se adelanta para llegar a Valencia y contar al Cid y a doña Jimena lo ocurrido, y nuestras fuentes se extienden en largos parlamentos y escenas de dolor, para pasar, luego, a exponernos los grandes preparativos que el Cid hace para presentarse en Toledo, donde también son convocados los infantes de Carrión. Una vez instalado el Cid con sus soldados en el castillo de San Servando, a la otra orilla del Tajo, se extienden nuestras fuentes en diálogos pintorescos y escenas amañadas, como la del precioso escaño que fue del rey al-Ma'mún y sólo ahora se nos informa que el Cid lo encontró en la tienda del rey Búcar, al ganar la nueva batalla de Cuart; escaño que sirve de pretexto para poner una vez más de relieve la vieja ojeriza del conde García Ordóñez hacia el Cid.

Las cortes

Sigue una amplia referencia de la composición de las cortes, que ninguna otra fuente histórica ni diploma oficial mencionan, y luego se nos informa sobre la composición de las cortes, que con los diálogos sobre el retorno de las espadas Tizona y Colada y sobre las dotes, que el Cid dio a sus hijas, ocupan muy intencionadamente largo espacio en este memorial literario. La excusa que se hace alegar a los infantes para no devolver esas dotes, no puede ser más falsa, ya que, en ese breve plazo que va desde Corpes a la convocatoria de las cortes, no habrían tenido ocasión de gastar en servicio del rey las

grandes cantidades reclamadas, y se les obliga a buscar, ayudados por sus padres, parientes y amigos, e incluso a tomar prestadas, las cantidades debidas.

Con esto se llega al reto formulado por el Cid en vehemente desafío, a la excusa de los infantes que aseguran no haber maltratado a sus mujeres, y a tacharlas por su inferior linaje; surgen los insultos mutuos entre ambos bandos con peleas de bodegón a cargo del sobrino Ordoño, armado ahora caballero y de Pedro Bermúdez, que de un puñetazo hace caer en tierra a García Ordóñez, el principal enemigo del Cid. Ni un experto taquígrafo podría recoger todas estas escenas con la precisión con que lo hace la fantasía apasionada de sus fuentes. Se da a los infantes un nuevo plazo de tres semanas para que los duelos se celebren en Carrión, y se señalan los tres combatientes asignados a cada parte, antes de que el Cid regrese a Valencia, despedido solemnemente por el rey. Precisamente, entonces, ignorantes de todo lo que ocurre, llegan los enviados de los infantes de Navarra y Aragón con sus cartas credenciales para pedir las manos de las dos hermanas, como si nada hubiese ocurrido entretanto, demanda a la que tanto el rey como el Cid acceden documentalmente.

La descripción ritual del triple combate responde bien a las tradiciones de la época en que se elabora este relato, pero, antes, se atribuye a los infantes de Carrión el propósito de asesinar a los paladines del Cid, propósito del que nuestros novelescos informadores les hacen desistir, para no deslucir el proyectado espectáculo y en cambio para hacerlo más atractivo, olvidan la exagerada cobardía de que les hicieron dar muestras en el episodio del león y en la falsificada batalla de Cuart, para darles ahora la iniciativa en el ataque y mantener una facienda muy grande, tanto ellos como su tío Suero González.

1 Cfr. *Primera Crónica General*, p. 630.

La posible cronología

Ha sido necesario seguir paso a paso toda esta creación literaria, forjada para dejar en buen lugar el honor del Cid y sobre todo para llenar con desafortunados episodios la felonía cobarde de los infantes. La exactitud en la reproducción de los más triviales diálogos y de los discursos, nos revela la facilidad con que han sido creados, y al mismo tiempo las falsedades y contradicciones en que incurren.

Y si el aspecto histórico y literario es tan recusable en esta creación, basada en un incidente familiar tan leve, no lo es menos en sus deslices cronológicos. La idea de entablar relaciones matrimoniales con las hijas del Cid debió surgir en la mente de los infantes, al mes o a los dos meses de la verdadera y única batalla de Cuart (27 de octubre del 1094), cuando el Cid envió a Alfonso VI el cuantioso presente del botín logrado ese día. Durante el invierno, y mejor en la primavera del 1095, debieron celebrarse las gestiones que pudieran dar lugar a la entrevista de Requena. El *Cantar* y las Crónicas hacen que las bodas se celebren poco después, o sea en la primavera-verano del 1095. Dejan dos años a los recién casados disfrutar de las delicias de su nuevo estado en Valencia, y es ya el verano del 1097 cuando se inventa burdamente la escena del león y se escenifica retrasada, la batalla de Cuart para escarnecer a los infantes de Carrión, que, hacía ya por lo menos dos años, habían renunciado a este proyecto matrimonial, si es que lo tuvieron.

El abandono y las crueldades del Robledal de Corpes, debieron ser calculados a fines de ese verano o a principios del otoño; en aquellas tierras frías no se podía escenificar tanta crueldad y desnudez en pleno invierno del 1097-8. Con el regreso de las hijas del Cid al hogar paterno y las largas negociaciones que le siguen, el rey da un plazo de tres meses para celebrar cortes generales. Después de complicadas intervenciones, se da un nuevo plazo de quince

días a los infantes de Carrión, y luego un tercero de tres semanas más, y, como el rey temía que no volvieran a Toledo, una vez en su tierra, decide ir en persona a Carrión para presenciar allí los encuentros campales, y se eleva aún a cinco semanas más por haber enfermado el rey en el camino. Si se aceptan todas esas dilaciones y aplazamientos, hay que retrasar los duelos hasta muy adelantado, si no pasado, el verano del año 1098.

3. EL SOLDAN DE PERSIA

Otra leyenda

Se rodean de visiones los últimos días del Cid, en los que se le aparecen su padre y su hijo Diego, para consolarnos de su muerte y de la consiguiente ruina y desaparición de su obra reconquistadora. Se recurre con evidente pobreza de imaginación a la quinta y última reedición de la batalla de Cuart, en la que Búcar vuelve a ser derrotado por Alvar Fáñez con la cooperación de un ejército celeste¹.

De esta manera tan absurda llenan de fábulas la Historia y sus transmisoras, las Crónicas castellanas, los cinco años que el Cid pasa inactivo entre honores y placeres, mientras medita y prevé seguramente la ruina inminente de su efímera y estéril obra.

El *Cantar* termina su relato con la derrota y condena providencial de los infantes de Carrión, pero las Crónicas, que le han acompañado en la forja de esta leyenda, al encontrarse sin elementos narrativos para rellenar los dos años que aún le quedan de vida a su héroe, inventan sin ninguna base real la embajada que un innominado Soldán de Persia envía con ricos y extraños presentes al Cid. Hacen sin ningún recato cronológico que la fama del Cid, y sobre todo las nuevas de su duplicada victoria de Cuart contra el rey Búcar y sus veintinueve reyes, lleguen el año 1098 a la residencia de ese Soldán, y que inmediatamente las mismas alas traigan a la embajada presidida por un pariente del Soldán con enormes regalos, un pequeño parque zoológico de especies desconocidas en España,

¹ Como era de suponer, Ibn al-Farāy (o sea Ibn 'Alkama) no habla de este episodio, que con tanto impudor se le atribuye.

y sobre todo con el bálsamo precioso de los Faraones egipcios, que servirá previsoriamente para momificar al Cid dentro de poco.

El recibimiento y las entrevistas, así como el pacto de amistad, que el Soldán pide al Cid, se deben a los avances de las Cruzados, que ya habían tomado Antioquía y sitiaban a Jerusalén; fechas falseadas, como todo el relato, ya que Antioquía fue tomada el 2 de junio del 1098 y el asedio de Jerusalén no empezó hasta el 7 de junio del 1099 y terminó el 15 de julio siguiente, cuando ya había muerto el Cid.

Las bodas con los infantes de Navarra y Aragón

A poco de haber despedido a esta fantástica embajada, recibe el Cid a los infantes de Navarra y de Aragón y se celebran las bodas con gran aparato; se quedan los auténticos yernos del Cid tres meses en Valencia, según estas fuentes; y al llevarse a sus mujeres, el Cid les da la mitad de sus bienes y les promete dejarles en herencia la otra mitad. Aún tienen tiempo estos Cronistas tan imaginativos para añadir a sus fantasías el falso bautizo de al-Waqasí, y llegan a adornar con la última y más desafortada versión la tantas veces renovada batalla de Cuart. Para paliar el desencanto que su muerte y la próxima ruina de su obra iban a producir, acuden al recuerdo de Cuart, y nos ofrecen una ridícula parodia de esta célebre batalla, tan comentada en sus anteriores versiones.

Búcar, a quien ahora se hace rey de Túnez, reúne un formidable ejército y llega con él por mar a Valencia. El número de reyes que le acompañan sube ahora a treinta y seis, y no se duda en atribuir a Ibn al-Farāy o sea a Ibn 'Alqama, el autor de la historia de la pérdida de Valencia, los datos que de su arábigo nos dice que va a traducir. Búcar acampa en torno a Valencia y monta quince mil tiendas; la ataca durante nueve días, y los castellanos salen a recha-

zarlo, tañendo trompas, añafiles y tambores, mientras se prepara la evacuación en secreto de sus bienes e impedimenta y se momifica el cadáver del Cid.

Cuando por fin sale la comitiva fúnebre muy bien escoltada, Alvar Fáñez derrota, por última vez, a los almorávides con el auxilio celeste de una columna de 60.000 caballeros más blancos que la nieve, acaudillados por Santiago. Búcar huye hacia el mar, perdiendo veintidós de sus reyes y ahogándose veinte mil de sus soldados¹.

Menéndez Pidal juzga al *Cantar* como histórico en su trama general, y prueba con numerosas citas que sus episodios fluyen entre personajes, que realmente han existido y han vivido poco más o menos, tal como el Poema nos los presenta, pero se ve obligado a reconocer que la segunda y tercera partes, en lo referente a los matrimonios de las hijas del Cid, se apartan francamente de la Historia, aunque se permite afirmar que el carácter de ficción de ese relato, acaso sea más bien aparente que real, y que el autor del *Cantar* o de la fuente en que se ha inspirado, se ha permitido agravar con tintes dramáticos un suceso de muy relativa importancia, o sea la ruptura de un proyecto de matrimonio, hecho de carácter estrictamente familiar, y se permite advertir que es muy arriesgado el declarar totalmente falsa la acción central del poema.

No hay duda que el poeta, autor del *Cantar*, ha recogido este pequeño incidente y le ha dado una resonancia épica, pero es preciso tener en cuenta que esos excesos líricos, con que lo amplifica, se deben, tanto a la admiración por el héroe, como a la carencia de otros sucesos, sobre todo bélicos con los que llenar los cinco años que siguieron a la victoria de Cuart, para no dejar a su admirado caudillo

¹ Cfr. *Primera Crónica General* (p. 636 b y 637) y *Crónica Particular* (p. 260 b).

consumir su vejez en la molicie y la paz de su querida Valencia.

Los infantes de Carrión, que desempeñaron un papel muy borroso y secundario en la historia de su época, hubieran pasado inapercibidos, si no les hubiera ocurrido pensar en casarse con las hijas del Cid, al ver las grandes riquezas que su padre había acumulado y la ostentación que de ellas hacía Alvar Fáñez en Toledo, al presentar a Alfonso VI una muestra de lo ganado en Valencia. Pudiera ser que, a pesar de estos incentivos, el orgullo de su alta nobleza, como miembros del linajudo clan de los Banū Gómez, les hiciese despreciar al simple hidalgo de Vivar, desprecio que no tuvieron los infantes de Navarra y Aragón y el conde de Barcelona.

Pero prescindiendo de estas conjeturas, el hecho es que el *Cantar* y las tres Crónicas no pueden dejarlos irse impunemente y forjan, con tanta torpeza como desenfado, el ridículo cuadro del león, que, desde el corral, se encarama hasta el salón del alcázar para poner de relieve la cobardía femenil de los infantes y la mansedumbre e inteligencia con que esa fiera reconoce y acata el poder y la gloria, que irradia la figura del Cid. Se inventan episodios del desarrollo de la batalla, tramados exclusivamente para demostrar una vez más la cobardía extrema de los infantes. Se aderezan luego con pormenores, tan crueles como infundados, pero indispensables, las escenas del Robledo de Corpes, para dar con ellas pie a la demanda judicial del Cid, que provoca la convocatoria de unas Cortes generales y el caballeresco cuadro de un triple duelo campal, en el que, como era de rigor, se demuestra la razón del Cid, se le desagravia y se declara alevosos y traidores a los infantes. Pero no se les hace morir en el encuentro, ya que consta históricamente que siguieron formando parte del séquito real y que no fueron castigados gravemente, según exigían las leyes de esa época.

El *Cantar* se contenta con esta reivindicación del honor del Cid, y lo deja morir en paz o por lo me-

nos, si aún quiso alargar su vida con nuevos episodios, nada se ha conservado.

No nos ha sido difícil descubrir y juzgar las exageradas proporciones con que la leyenda, aceptada por el *Cantar* y las tres Crónicas ya citadas, amplían su relato con nuevos episodios, creados para describir y glorificar los últimos años de la vida del Cid. Todos ellos están envueltos en una atmósfera forzada de heroísmo, que nubla todos los actos del Cid Campeador, y los hace casi increíbles en sus peligrosas y afortunadas intervenciones¹.

1 Sobre estas bodas y sobre el problema que suscita el segundo matrimonio de Sol-María con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, véase A. UBIETO, en su *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra* (Zaragoza 1950), pp. 35-40; y L. CHALON, *A propos des filles du Cid*, en la revista "Le Moyen Age", n.º. 2 (1967).

4. LAS FANTASIAS DE LOS CRONISTAS

Los errores del cronista Ibn al-Qardabūs

Por desconocer las fechas y los objetivos de las cuatro travesías que Yūsuf b. Tašfīn hizo de Marruecos a al-Andalus, se ha supuesto que la batalla de Consuegra se dio, después de otra imaginaria venida, con lo cual se elevan a cinco sus travesías del Estrecho, y se afirma sin más, que el Emir de los musulmanes, al esquivar encontrarse con el Emperador cristiano, encargó el mando de la expedición contra Toledo a Muḥammad b. al-Ḥāyḡ, alegando que, "si Dios ha decretado que sean vencidos los musulmanes, yo quedo detrás de ellos como un manto, para cubrir su retirada"¹. Esta venida de Yūsuf, intercalada entre la tercera, en que destronó a ʿAbd Allāh, el rey zirī de Granada, y la cuarta, en que pasó a la Península para hacer reconocer a su hijo y sucesor ʿAlī en 496 [1102], después de haberlo proclamado el año anterior en Marrākuš, es un lapsus de Ibn al-Qardabūs en su *Kitāb al-iktifāʾ*², copiado a ciegas por Ibn Jaldūn y el autor moderno al-Salawī³, ya que después de esa tercera venida, el año 483 [1090]⁴, se

1 Frase del imaginativo Ibn al-Qardabūs, de cuyas fantasías ya me había ocupado al tratar de la batalla de Zalaca, en mis *Grandes Batallas de la Reconquista*, p. 51-52. No hubo cinco travesías de Yūsuf b. Tašfīn. Estas fueron cuatro: la primera para acudir a Zalaca en 479 (1086); la segunda, dos años después, en 481 (1088), para descercar a Aledo; la tercera venida es el año 483 (1090) para destronar a ʿAbd Allāh, emir de Granada, y organizar la conquista de toda Andalucía.

2 Cfr. IBN AL-QARDABŪS, *Kitāb al-iktifāʾ*, folios 162-3.

3 Cfr. *Ibr.*, t. I, p. 245, y vol. XXXI de los "Archives marocaines", trad. G. S. COLIN, p. 190.

4 Ya CODERA incurrió en el error de reconocer esta venida de

volvió a Marruecos antes de finalizar el año, y en adelante se decidió a organizar la conquista de todo el Sur y el Oeste de al-Andalus, para lo cual se instaló en Ceuta, desde la que dirigió el curso de la múltiple ofensiva, que le permitió no dejar fuera de su mando más, que a Valencia y Zaragoza. Durante esa larga estancia, emprende obras para mejorar las instalaciones del puerto ceutí y ampliar su mezquita mayor.

Ya hace tiempo que estudié y comprobé el escaso valor de esta fuente, sus errores y apasionamiento, al tratar de la campaña de Zalaca; ahora además de ponernos en guardia contra esa deformada exposición de la campaña de Consuegra, tenemos que rechazar sus escandalosas invenciones, que le mueven a recargar ese triunfo con otros dos nacidos en su apasionada y fértil imaginación. Hace que Ibn C'Ā'īša, el gobernador de Murcia, que siempre fue incapaz de oponerse al Cid en Levante y que demostró esa incapacidad en el Congost de Martorell, en Peña Cadie-lla y en Bairén, al no intentar cortar el paso al destacamento que había razziado el valle de Albaida, avanza ahora hasta Cuenca, derrota a Alvar Fáñez y cuando regresa triunfante, no vacila el *Kitāb al-ikhtifā'*¹ en brindarle otra victoria sobre una división del ejército del Campeador, a la que causa pérdidas exterminadoras, desastre a cuya aflicción se permite atribuir la casi inmediata muerte del Cid².

Y si estos inventos y distorsiones de un autor tunecino, distante un siglo de los hechos, que narra o inventa en su lejano país, merecen ser controlados y aquilatados, nos encontramos con su contrapartida

Yūsuf el año 490 (1096). Descendencia de los Banū-l-Hāyṣ, en mi trabajo *'Alī b. Yūsuf y sus empresas en al-Andalus*, publicado en "Tamuda", año VII, p. 106-7.

¹ Que es el único en hablar de esta doble derrota.

² Que sólo murió dos años después.

cristiana en el relato que de la famosa campaña de Bairén nos ofrece el clérigo o monje que redactó la *Historia Roderici*

Valoración de la Historia Roderici

La *Historia Roderici* no sigue el camino del Cantar y de las Crónicas generales; deja de lado las fantasías caballerescas en que se envuelve la vida privada del Cid y toma otro rumbo de carácter más histórico en apariencia, pero con la misma carencia de verdad. Inventa la batalla de Bairén, en la que los restos del ejército almorávid deshecho en Cuart, intentan vengar su derrota. Atribuye al Cid una gran victoria; y luego, para no dejarlo llegar en paz hasta el fin de su vida, lo hace emprender poco antes de morir los asedios y las conquistas de Olocáu, Almenara y Murviedro, de cuya historicidad me ocupo seguidamente.

Esta repulsa tan rotunda al relato de la *Historia Roderici* que Menéndez Pidal reeditó y prologó en *La España del Cid*¹ merece por su importancia, como fuente para la historia musulmana de Valencia y su región, un estudio crítico, que pondere imparcialmente sus informaciones originales y sus aciertos, al mismo tiempo que sus errores y los excesos literarios, que nos presenta como documentos auténticos.

Después de informarnos sobre la genealogía y la actuación del Cid al lado de Sancho I de León en sus guerras contra su hermano Alfonso VI de Castilla, pasa por alto el juramento de Santa Gadea; y al mencionar el casamiento del Cid con doña Jimena Díaz, comete el primer error, al asignarles hijos e hijas. Con la embajada del Cid a Sevilla y la algarada que hace por tierras de Toledo, mientras Alfonso VI se

¹ Cfr. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, t. II, p. 904 a 969. de la quinta edición.

apodera de Coria, comienza a ponderar la influencia de los mestureros para desterrar al Cid, sin mencionar los motivos políticos que tuvo Alfonso VI para ello. Ignora su primera campaña por la Alcarria y lo lleva directamente sin compañeros ni amigos, desde Burgos a Barcelona, con manifiesto error, que ya hemos puesto de relieve¹. De Barcelona lo traslada a Zaragoza sin ninguna explicación.

Expone acertadamente las campañas que desde Zaragoza hace al lado de al-Mu'tamīn y al-Musta'in, hermano y sobrino respectivamente de Munḍir al-Hā'yib, rey de Lérida y Denia; pero al tratar del sitio de Aledo, incurre en nuevos errores. Afirma que el castillo estaba a punto de rendirse por sed, siendo así que en su interior había un manantial de agua potable². Es falsa, a continuación, la prisión de Jimena y de sus hijos, y aunque es verosímil que el Cid enviase un caballero suyo contra ese encarcelamiento y la incautación de todos sus bienes, ya no lo es tanto el texto que nos ofrece para justificarse y probarlo en un duelo personal. El rey se niega a aceptar, e incluso a oír esa propuesta, pero pone en libertad a su mujer e hijos y les permite ir a reunirse con él; nueva información doblemente falsa, de que ya nos hemos ocupado³. A continuación nos ofrece cuatro alegatos jurídicos, cuyo texto se atreve a redactar con pesada e inútil repetición, ya que el rey se había negado a oír al enviado del Cid. Niega éste que supiese y hasta que pudiese saber nada del paso del rey hacia Aledo. Vuelve a negarlo en el segundo alegato, y afirma que sólo se enteró del itinerario del rey cuando ya se había vuelto a Toledo, después de descercarla, descansar, reforzar su guarnición y aprovisionarla. Afirma por su cuenta que el Cid llegó

1 Ver antes nuestras páginas 218 a 220 del tomo I.

2 Sobre este punto ver nuestras páginas 24 a 29.

3 Ver las páginas 27 y 28.

hasta Hellín, etapa casi forzosa en el camino de Toledo a Aledo y que si lo hubiera sabido, le habría acompañado y se hubiera presentado a él en Molina del Segura. En el tercer alegato afirma que el rey le mandó establecerse en Villena y aguardar allí su llegada; afirmación, también inaceptable, ya que supone para el rey una desviación innecesaria, pues el itinerario más directo para el rey, que tenía prisa en descercar a Aledo, era ir por Chinchilla a Hellín, como lo hizo.

En la cuarta redacción de su juramento, protesta del injusto encarcelamiento de su mujer, no cita a sus hijos y olvida que ya todos habían sido puestos en libertad, antes de redactar esos cuatro alegatos que el rey se negó a aceptar. Sigue nuestro leguleyo autor redactando cartas y declaraciones para darnos el texto de la correspondencia cruzada entre Ramón Berenguer, conde de Barcelona, y el Cid, texto recargado de literatura, cuyas exageraciones desmiente el *Cantar*, como hemos visto ya. Nuevas cartas u comunicaciones entre el Cid, al-Musta'in de Zaragoza y el conde de Barcelona demuestran para la *Historia Roderici* que Alfonso no quiere entrar en la coalición contra el Cid, y de allí a poco, lo recibe para acompañarle en la campaña contra Granada, cuyas exageraciones y errores he comentado ya.

Deja de relatar el intento de Alfonso para apoderarse de Valencia y se equivoca al señalar el mes de julio y la cogida de las mieses para empezar el asedio de Valencia por el Cid. Todo el aparato de las cartas que se cruzan entre Yūsuf b. Tašfīn y el Cid y entre éste, los gobernadores de al-Andalus y los valencianos, debieron tener un fondo de realidad, pero tal como las redacta y nos las presenta el autor de la *Historia Roderici* son un mero producto de su caletre epistolar. Prescinde en absoluto de la vida familiar del Cid en Valencia, del ca-

samiento de sus hijas con los condes de Carrión, del episodio de Corpes, de las cortes generales convocadas por Alfonso VI y de los duelos campales con los que se da reparación al honor del Cid. Expone sucintamente, pero con más exactitud que las demás fuentes cristianas, la batalla de Cuart; y como después de ella hasta la muerte del Cid, nadie se atrevió a medir sus armas contar él, inventa nuestro autor, para llenar ese hueco de cinco años, la batalla de Bairén, como único corolario de la derrota del caudillo vencido en Cuart, y llena los tres últimos años de la vida del Cid con la toma del castillo de Olocáu para apoderarse de los tesoros que dejó en él al-Qādir, hacía cinco años, como si el Cid no se hubiese acordado de ellos, y llena los dos últimos años de su vida con la toma de los castillos de Almenara y Murviedro, de los que también se había olvidado el Cid antes y aún después de la toma de Valencia.

La ayuda aragonesa

Este autor, muy apasionado por todo lo aragonés, inspira a la *Crónica Pinatense*¹, que deforma en favor del rey Pedro I lo sucedido en la batalla de Cuart. Según esa fuente, Pedro I, que, sólo el 26 de noviembre del año 1096, rindió a Huesca, la había conquistado ya dos años antes, en 1094, y al acampar ante Valencia el ejército almorávid del rey Búcar [al que llama Luchar] y verse el Cid sitiado, dirigió sus ruegos al rey Pedro, como a su señor, para que le socorriese inmediatamente. Pedro, contra el parecer de sus nobles, que estaban cansados por el largo asedio que habían tenido que mantener, decidió no consentir que se perdiese tan buen soldado y prometió al emisario del Cid que en el plazo de doce días

¹ Edición UBIETO, en "Textos Medievales", núm. 4.

estaría en Valencia¹. Dejó a Huesca bien defendida, y con el resto de su ejército llegó a Valencia, antes del día prometido; entabló al lado del Cid la lucha contra el rey Búcar y, al vencerlo, dieron muerte a cincuenta mil musulmanes entre jinetes y peones.

El autor de la *Historia Roderici*, que inspira, como hemos dicho, a la *Crónica de San Juan de la Peña* [la Pinatense], estaba mejor informado sobre la batalla de Cuart; ofrece una versión que, aunque escueta, es mucho más verídica de la batalla, ya que prescindiendo del concurso de Pedro I, se limita a asegurar que a los diez días de tener los almorávides sitiado al Cid, hizo éste una arrolladora salida, los derrotó por completo y logró un magnífico botín.

Pero si en este punto disiente en absoluto de la versión aragonesa, no olvida su relato sobre la confirmación del pacto de amistad entre Pedro I y el Cid, para lo cual reproduce la escena del encuentro en Montornés; retrasa la venida de los aragoneses hasta dos años después de la conquista de Valencia, y traspasa la llegada de Pedro I con sus tropas al invierno del 1096-7 para oponerse, los dos con todas sus fuerzas unidas, a una hipotética invasión almorávid. Que el hermano de Pedro, el futuro Alfonso el Batallador, lo acompañase a luchar en Cuarte, se retrasa hasta este segundo socorro, y se crea así por la *Historia Roderici* una situación tan artificial como inútil.

El Cid no se veía ya en peligro, ni le hacía falta para aprovisionar a Peña Cadiella y razziar el valle del Albaida, la colaboración de los aragoneses; pero por otra parte para agravar el peligro, hace que el sobrino de Yūsuf, que mandaba el enorme ejército deshecho y dispersado en Cuart, permanezca en Játiva, por espacio de dos años, sin tener en cuenta que entonces no había ejércitos permanentes, y la imposibilidad de mantener unida e inactiva, durante tanto

¹ Págs. 65-6, en las que no sólo hay que error cronológico de la toma de Huesca, sino también la deformada intervención de Pedro I de Aragón en la batalla de Cuarte.

tiempo, a una muchedumbre tan heterogénea y desmoralizada por la derrota.

No es de extrañar que el Cid eligiese el camino más corto y peligroso, oprimido al Sur de Játiva por los montes que estrechan el valle y apenas dejan más anchura que la meramente precisa para que pasen casi juntos el río y la calzada romana. El Cid sabía bien que no iba a ser envuelto en esas angosturas por los treinta mil soldados bien armados, que no tiene inconveniente en oponerle la *Historia Roderici*, oposición, que reduce enseguida, al griterío y las vociferaciones con que los ven desfilar todo el día. Pasan Pedro I y el Cid sin encontrar resistencia y abastecen a Peña Cadiella con el botín conseguido en el rico valle de Albaida. A su vuelta toman el camino del Este, hacia el mar, y nuestro imaginativo informador traslada a las estribaciones del Mondúber el enorme ejército del sobrino de Yūsuf, y hace que acampe en ellas, mientras multitud de naves almorávides y andaluzas surgen de improviso y atacan con arcos y saetas; ataque inoperante en aquellos encharcados marjales, donde se supone que las balistas dominaban con sus tiros el camino, mientras el ejército, parapetado en las estribaciones de la montaña, hostilizaba a los expedicionarios. Nuestro informador, al que no acompaña, ninguna otra fuente ni cristiana ni musulmana, afirma que una arenga del Cid rehizo la confianza que sus tropas empezaban ya a perder y que se obró una vez más el llamado milagro cidiano.

En vez de iniciarse el ataque cristiano por sorpresa al amanecer, lo retrasa este su único cronista al mediodía, sin razón; y una vez roto el frente enemigo y llegados los vencedores a Valencia, reproduce con manifiesto error cronológico la entrevista del rey Pedro I y del Cid en Montornés, que se encuentra en la *Crónica de San Juan de la Peña*, antes de la batalla de Cuart. La conclusión que se saca del análisis de estas dos Crónicas y de los errores nacidos de sus interpolaciones, es que debió el

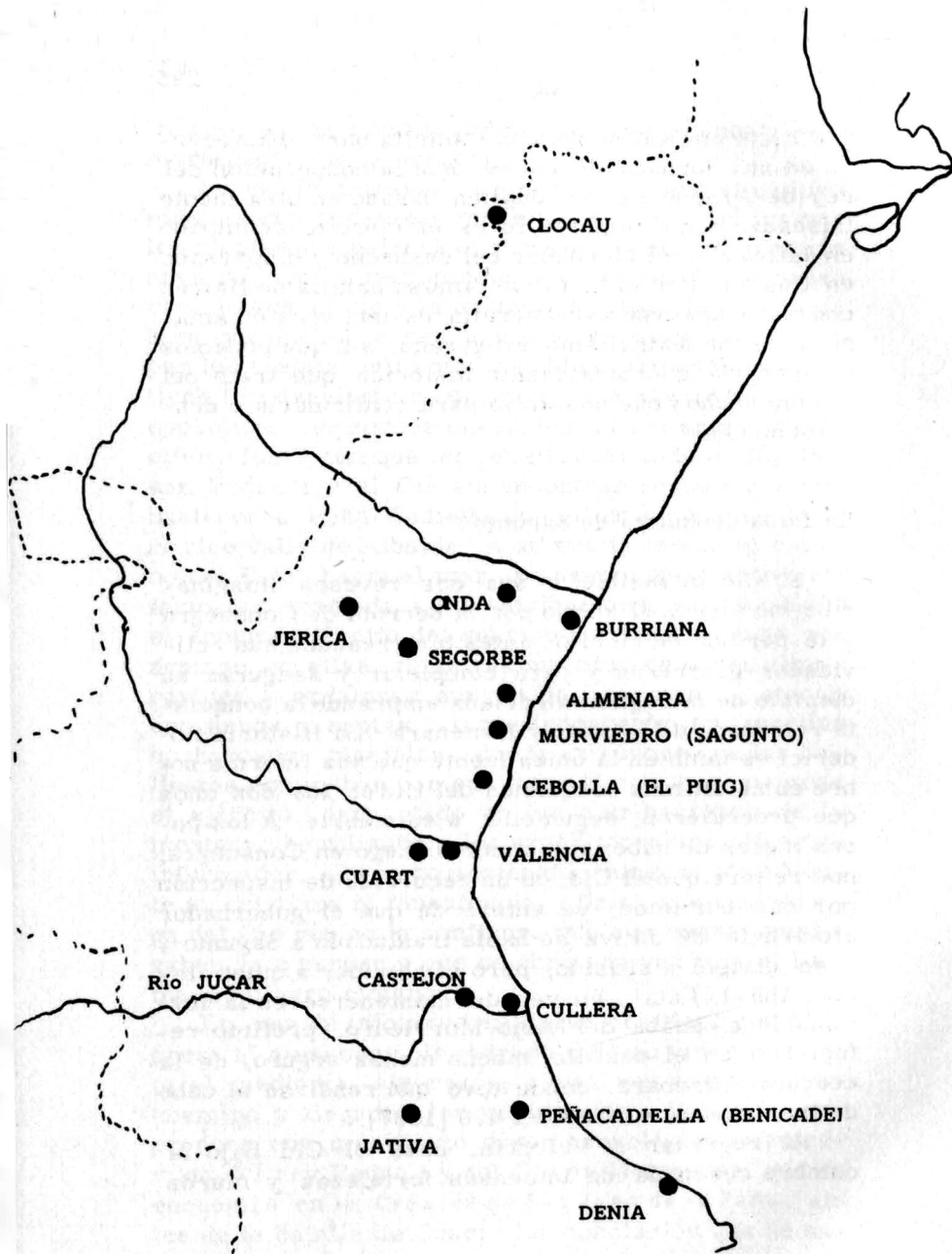
Cid hacer una salida a Peña Cadiella para abastecerla en una jornada de rutina; que la cooperación del rey de Aragón es una duplica basada en otra fuente falseada, como también lo es el ejército acampado en Játiva y en el Mondúber del deshecho y dispersado en Cuarte. Por lo tanto, la famosa batalla de Bairén con su aparatosa escenografía es una versión amañada de un teatralismo exagerado, sin que podamos compararla con otra fuente histórica que trate del mismo hecho y que nos sirva para confirmarla o desautorizarla.

La falsa conquista de Sagunto

El Cid, impasible a sus dos reveses imaginarios, no pierde el ánimo por la derrota de Consuegra y la pérdida de su hijo, antes bien reanuda sus actividades guerreras y para completar y asegurar su dominio de la región valenciana emprende la conquista retrasada de Sagunto y Almenara. La *Historia Roderici* es también la única fuente que nos informa sobre estas últimas conquistas del Cid en los dos años que precedieron, según ella, a su muerte. A los pocos meses de haber sido muerto Diego en Consuegra, nos refiere que el Cid, en un recorrido de inspección por sus dominios, se enteró de que el gobernador almorávid de Játiva se había trasladado a Sagunto¹, y se dirigió a sitiario, pero el alcaide, a quien llama Abū-l-Fatah, en vez de mantenerse en la formidable alcazaba del viejo Murviedro, prefirió refugiarse en el castillo, mucho menos seguro, de la cercana Almenara, donde tuvo que rendirse al cabo de tres meses, a fines del 490 [1097].

Al regresar a Valencia, pasa el Cid bajo la cumbre coronada de inmensas fortalezas y muros

1 Por Abū-l-Fatah.



Topónimos valencianos citados por el Poema del Cid

de Sagunto, y se decide entonces a sitiarla. No puede ser más amanerado y absurdo el modo como se acuerda, al pasar ante sus muros. Pide a Dios que le ayude a tomarla, y, sin más preparación, la ataca con saetas, lanzas y espadas, que tan poca eficacia podían tener contra aquellos muros milenarios. Los sitiados, incapaces para resistir, piden treguas para enviar sus emisarios a Yūsuf b. Tašfin y a los caudillos de al-Andalus; si no se les concede, amenazan con resistir y morir como buenos saguntinos [sic]. Concedidos los treinta días, que de nada les iban a servir, nuestro autor les hace escribir a Yūsuf y a sus gobernadores en la Península, al rey Alfonso, a al-Musta^cin de Zaragoza, al régulo de Albarracín y al conde de Barcelona. Con una verbosidad incontenible nos da los textos evasivos con que Alfonso, al-Musta^cin y el señor de Albarracín se excusaron. Los caudillos de al-Andalus se ofrecen por su parte a socorrerlos, si Yūsuf quería venir desde Marrákuš, situada a mil quinientos kilómetros. El conde de Barcelona les contesta de manera aún más extraña; les dice que no se atreve a luchar con Rodrigo, pero que irá a cercar el castillo de Oropesa, que ya, según esa fuente, había caído en poder del Cid antes que Almenara y Murviedro, y que cuando el Cid fuese a descercarlo, los saguntinos podrían abastecerse de víveres. El Cid no se toma la pena de ir a socorrer a Oropesa, y nuestro autor tiene la audacia de acabar este episodio, al hacer que un caballero asegure la llegada del Cid; y el conde, sin comprobar su veracidad, huya desfavorido a su tierra.

Han pasado los treinta días; el Cid se impacienta y los saguntinos alegan que aún no han regresado los emisarios; y aunque el Cid cree que le engañan, les da doce días más y les amenaza con quemarlos vivos y degollarlos bajo tormento. Se rinden, y después de despojarlos de todos sus bienes, los lleva encadenados a Valencia.

Esta rápida enumeración de los hechos, y el estudio de la manera como los enfoca y expone el autor de la *Historia Roderici*, bastan para convencernos de su parcialidad y de la innata tendencia a justificar sus puntos de vista con testimonios y textos elaborados por su imaginación, y por lo tanto restarle gran parte de la autoridad y el crédito, que por nuestros historiadores modernos se ha concedido a esta primera biografía del Cid Campeador.

INDICES

INDICE BIBLIOGRAFICO

^cAbd Allah, Memorias, 7, 16, 17, 19, 21 a 24, 54 y 217.

^cAbd al-^cAziz al-Ahwani, 20.

Ahmad al-Mujtār, 17 y 21.

Anales Toledanos, 44 y 180.

al-Bakrī, 175.

Beltrán Villagrasa, 83.

Cantar, anónimo, 11, 14, 27, 39, 42, 79, 73, 78 a 80, 82, 87, 101, 112, 122, 127, 129, 131 a 136, 146, 181, 183, 184, 189, 191, 201 a 203, 212, 214, 215 y 221.

Carmen Campidoctoris, 172.

Codera, F., 142 y 207.

Crónica del año 1344, 25, 46 y 90.

Crónica najerense, 25.

Crónica de veinte reyes, 74 a 76.

Crónica Particular del Cid, 39, 40, 42, 51, 60, 66, 85, 87, 90, 102, 133, 134, 146, 156, 184, 185, 188, 189, 195, 199, 200 y 214.

Crónica Pinatense, 222 a 224.

Crónicas navarras, 196.

Chalon, 184 y 185.

ad-Dabbī, 142.

De la Hinojosa, 162.

Dozy, 16, 20, 38, 106 y 160.

Durán, A., 196.

Gesta Regum, 180 y 199.

Guillén de Castro, 195 y 197.

Hesperis, 149.

Historia anónima, 206.

Historia y tres Crónicas, 65 y 83.

Historia Roderici, 9, 12 a 14, 19, 20, 25 a 28, 33, 36, 39, 40, 49, 50, 62, 77, 136, 186, 188, 197, 219 y 228.

Huici, A., 17, 30, 51, 55, 61, 66, 71, 115, 118, 121, 130, 149, 171, 174, 187, 217 y 218.

al-Ḥulal al-mawšiya, 149, 156 a 158.

Ibn al-Abbār, 20, 45, 101, 127, 156 y 158.

Ibn al-Aṭīr, 43.

Ibn Bassām, 55, 56, 106 y 158.

Ibn Cidārī, 21, 22, 25, 31, 45, 49, 51, 52, 57, 59, 73, 116, 119 a 121, 126, 137, 157, 159, 161 a 163 y 165.

Cinan, 148.

Ibn Jafāya, 160 a 162.

Ibn Jaldūn, 30, 46, 55 y 217.

Ibn al-Kardabūs, 45, 160 y 218.

Ibn Šāhib as-salā, 147.

Lévi Provençal, 7, 16, 20, 26, 50, 53, 97, 99, 101, 116, 120, 127, 140, 142, 147, 177, 264 y 276.

Menéndez Pidal, R., 13, 21, 34, 37, 43, 44, 58 a 60, 64, 86 a 88, 90, 101, 105, 112, 113, 116, 125, 127, 131, 136, 139, 143, 145, 164, 173, 184, 187, 191, 193, 199 y 214.

Primera Crónica general, 9, 10, 12, 14, 34, 36, 38, 42, 46, 49, 51, 55 a 59, 61, 66 a 69, 72, 78, 87, 90, 92, 94, 95, 96, 98, 99, 101, 110, 111, 122, 128, 131, 135, 136, 143, 145, 146, 155, 156, 162, 164, 176, 178, 184, 185, 189, 190, 200 a 202, 207 y 218.

Rawd al-Qirtās, 25 y 187.

Ribera Tarragó, 37, 71, 87, 140, 141, 143, 168 y 177.

Sandoval, 43, 193 y 194.

Ubieta, A., 216.

al-cUdri, 20.

al-Waqašī, 86 a 88, 170 y 173.

al-YasaCa, 160.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS

Abad de Cardena, 70 y 125.
 cAbd Allāh, rey de Granada, 54 y 70.
 cAbd Allāh b. cAbd al-Rahmān cadí, 141.
 cAbd al-Rahmān II, califa, 21.
 cAbd al-Rahmān III, califa, 140.
 cAbd al-Rahmān b. Yahhāf, 141.
 Abū-l-cAla, 150.
 Abū Bakr b. cAbd al-cAzīz, 8 y 69.
 Abū Bakr b. Ibrahīm b. Tašfīn, 67, 68 y 213.
 Abū Bakr b. Yūsuf, 45.
 Abū-l-Fatah, 225.
 Abū-l-Fatah b. cAzzūn, 149.
 Abū Marwān b. Razīn, 29 y 86.
 Abū Wayīb, 103.
 Abū Ṭāhir de Murcia, 54.
 Ademuz, 206.
 Aḥmad b. Yahhāf, 140.
 Albacete, 20 y 21.
 Albarracín, 11, 38, 65, 70, 83 y 227.
 Albufera, 14.
 Alcácer, 8.
 Alcalá de Guadaira, 150.
 Alcalá la Real, 41.
 Alcira, 30, 45, 48, 51, 52, 56, 59, 64, 68, 73, 78, 82, 92 y 151.
 Alcocer, 175.

Alcudia, arrabal de Valencia, 12, 29, 37, 47, 50, 61, 86, 111, 114 y 167.
 Aledo, 8, 13, 16, 19, 21, 22, 24, 26 a 30, 32, 44, 45, 49, 50, 71, 220, 221 y 250.
 Alfonso I, el Batallador, 148 y 189.
 Alfonso VI, passim.
 Al-Hakam II, 141.
 cAli b. Tašfīn, 78.
 cAli b. Yūsuf, 31, 45, 57, 78, 148 y 165.
 Algeciras, 21 y 150.
 Almanzor, 8.
 Almenar, 7, 15, 35, 38 y 81.
 Almenara, 27, 38, 79, 80, 222, 225 a 227.
 Almodóvar, 42 y 48.
 Almunia de cAbd al-cAzīz, 124 y 139.
 Almusafes, 68, 69, 73, 82, 84, 92, 122 y 151.
 Alpuente, 12, 38 y 119.
 Alucad, 81.
 Alvar Fáñez, 21 a 24, 42, 44, 45, 48, 54, 56, 80, 81, 133, 169 a 171, 175, 180, 201, 205 y 295.
 Alvar Salvadórez, 133.
 Alvaro de Luna, 162.
 Antioquía, 213.
 Aragón, 9, 82 y 83.
 Atienza, 208.
 Avila, 150.
 Babieca, 167 y 168.
 Bacer, torre de, 72.
 Badir b. Waranī, 24.
 Bairén, 164 y 225.
 Bagdad, 161.
 Banū Betir, 38.
 Banū Gómez, 205.
 Banū Yahhāf, 138 y 140.
 Banū Hūd, 77.
 Banū Wayīb, 60, 61, 65, 67, 71, 76, 84, 85 y 147.
 Barranco de Simancas, 141.
 Baza, 11 y 15.
 Benicadell [Peñacadiella], 36.
 Ben Lubón, 38.
 Berenguer, conde de Barcelona, 17, 25, 33 a 36, 39 y 227.
 Berlanga, 206.
 Berta, reina, 179.

Boatella, 52 y 72.
 Briviesca, 12.
 Búcar, caudillo almorávid, 122, 167 a 169.
 Buñol, 206.
 Burgos, 14 y 220.
 Burriana, 39, 79 a 81.

Cahiz, 29, 83 y 84.
 Calahorra, 49.
 Calamocha, 9, 11, 16, 33 y 118.
 Camporrobles, 206.
 Canal de Celfa, Cella, 82.
 Cardena, 13, 27, 105, 125, 160, 170, 174, 183, 185 y 192.
 Carmona, 175.
 Castellar, 14.
 Cataluña, 162.
 Cebolla [El Puig], 79 y 80.
 Ceuta, 21, 24, 42, 45, 71, 114, 150 y 218.
 Cid Campeador, *passim*.
 Cieza, 20.
 Colada, espada del Cid, 153.
 Condes de Carrión, 170, 201 y 202.
 Conde Gómez, 192.
 Conde Lozano, 196.
 Congost de Martorell, 45.
 Consuegra, 70, 185, 186, 198, 218, 225 y 226.
 Corbera, 59, 60 y 69.
 Coria, 220.
 Corpes, Robledo de, 148, 202, 204 a 206, 208 y 222.
 Cotanda, 148, 149 y 189.
 Cuart de Poblet, 4, 14, 17, 61, 68 a 70, 80, 81, 114, 116, 120, 126, 127, 148, 154 a 156, 164, 173, 174, 189, 212 y 222.
 Cuenca, 45.
 Cullera, 165, 173 y 174.

Chinchilla, 19 a 21, 29 y 221.
 Chiva, 206.

Dacarca, 39.
 Daroca, 11, 33.
 Daydabanes, 27.

Denia, 11, 17, 25, 27, 32, 37, 38, 48, 78, 112, 114, 117 y 220.
 Diego de Asturias, 196.
 Diego Gil, 170 y 173.
 Diego Rodríguez, hijo del Cid, 113, 125, 163, 167, 179, 180, 183, 185, 192, 196, 198, 201, 225 y 226.
 Dueñas, 12.
 Duero, 11, 15 y 206.

Ebro, 37 y 39.
 Eguña, 12.
 Elche, 13, 27, 32, 34 y 38.
 Elvira, en Granada, 41.
 Enrique de Lara, 149.
 Esgueva, 20, 88.
 Estrecho de Gibraltar, 24 y 114.

Fáris, arraez, 175.
 Fátima, hija de Sir, 43.
 Favara, 119.
 Fernando I, 192, 197 y 198.
 Fernando III, 97.
 Fernando González, 204.

Yafar b. 'Abd Allāh, cadí, 141.
 Yahhāf b. Yumn, 140.
 Yubayla [El Puig], 14, 36, 48, 55, 58, 61, 65, 77, 78, 86 y 101.

García Ordóñez, 47 y 49.
 Génova, 45.
 Gómez de Gormaz, 195.
 Granada, 24, 36, 39 a 41, 43, 46, 117 y 163.
 Guadalajara, 141.
 Guadalaviar, 65 y 88.
 Guadix, 22, 23 y 118.

Harūm al-Rašīd, 162.
 Hellín, 19 a 21 y 29.
 Hija de Fernán González, 197.

Hijas del Cid, casadas, 163, 200, 201, 204 y 220.

Hijo del cadí de Valencia, 99.

Huesa, 79.

Huesca, 222.

Husam al-Dawla, 20 y 119.

Ibias, 12.

Ibn 'Abdūz, 100.

Ibn 'A'īsa, 30, 44, 45, 47 a 49, 51, 52, 59, 61, 75, 76, 93, 93, 100 y 144.

Ibn 'Alqama, 169, 212 y 213.

Ibn Badrūm, 146.

Ibn al-Farāy, 50, 61 y 169.

Ibn Galbūn, 21, 146, 125, 206 y 208.

Ibn Hadidi, 53.

Ibn al-Hayy, 31.

Ibn Yahhāf, cadí de Valencia, 48, 51 a 54, 56, 60, 64, 66, 68, 69, 74 a 78, 105, 109, 120, 138, 140, 151, 153, 154, 156 y 200.

Ibn al-Qādir, 61.

Ibn Qāsim, 38.

Ibn Wāyib, 51.

Ibn Yamāmī, 119.

Ibn Yasin, 27, 119 y 175.

Ibn Zaydun, 146.

Ibrahim b. Ta'anyašt, 45.

Imād al-Dawla, 77, 180, 207, 209 y 213.

Infantes de Carrión, 122 y 125.

Infantes de Navarra y Aragón, 138.

Isabel I, 163.

Iunes, jefe almorávid, 176.

Iyih, 21.

Jaén, 29 y 43.

Jaime I, 97.

Jalón, 125 y 146.

Jardines del Real-Valencia, 105 y 108.

Játiva, 38, 54, 59, 60, 69, 71, 114, 123, 224 a 226.

Jerez, 149.

Jérica, 38, 79 a 81.

Jerónimo, don, 170.

Jerusalén, 213.

Jiloca [río], 147.

Jimena Díaz, 27, 113, 124, 125, 173, 183, 195, 205, 219 y 220.

Jimena Gómez, 113 y 196.

Juan II de Castilla, 162 y 163.

Júcar, 123.

Langa, 12.

Laras, los, 198.

Lérída, 33, 35, 49, 119 y 220.

Liria, 14, 36, 40, 119 y 52.

Loja, 23.

Lorca, 69.

Lucena, 23 y 24.

Llano de Cuart, 124.

Madrid [su alcazar], 162.

Mahoma, 90 y 109.

Mairena, 150.

Mahdí, al-, 150.

Málaga, 24.

al-Ma'mun, hijo de al-Mu'tamid, 179.

al-Ma'mun, rey de Toledo, 48 y 179.

al-Mansur, 174.

Manzil Ata [Mislata], 119.

Maravedí, 38.

Marrákuš, 25, 71 y 227.

Marruecos, 25, 42, 71, 114 y 218.

Martín Fernández, 207.

Martos, 40 y 42.

Mastana, 180.

Mazdali, 164 y 165.

Medinaceli, 112, 125 y 208.

Mera, río, 147.

Mestalla, 81.

Molina de Aragón, 20, 125, 149, 206, 208 y 221.

Molina del Segura, 29, 146 y 221.

Mondúber, 224 y 225.

Monreal, 16 y 82.

Monroya, 33.

Montalbán,

Montes Claros, 78.

Morella, 33, 36 y 37.
 Moya, 208.
 Muḥammad al-Amin, 161 y 162.
 Muḥammad b. al-Ḥayy, 179.
 Muḥammad b. Ibrahim b. Tašfin, 114, 117 a 119.
 Muḥammad b. Ismaʿil b. ʿAbbād, 56.
 Muḥammad b. Tašfin, 39 y 116.
 Mundir, 7, 10 a 12, 17, 27, 33 a 36, 38, 54 y 220.
 Muqātil, 23.
 al-Muqtadir, 8.
 Murcia, 19, 20, 24, 30, 41, 42, 44, 45, 49 a 51, 100 y 109.
 Murviedro, 78 a 80, 82, 150 y 227.
 al-Mustaʿin, 7 a 11, 17, 29 a 31, 33, 36, 37, 39, 53, 57, 58,
 77, 98, 100 y 137.
 al-Muʿtamid, 22 a 24 y 70.
 al-Muʿtamin, 33.
 al-Mutawakkil, 70.

Nájera, 49.
 Navapalos, 11 y 15.
 Navas de Tolosa, 130.
 Niebla, 43.
 Nizām al-Dawla, 119.
 Olocáu, 52, 162 y 222.
 Onda, 79 y 80.
 Onteniente, 19 y 28.
 Ordejón, 12.
 Ordoño, rey de León, 141.
 Ordoño, pariente del Cid, 204 a 206 y 209.
 Orihuela, 38.
 Oropesa, 227.
 Osma, 170.

Palencia, 192, 195 y 207.
 Parapanda, sierra de, 41.
 Parasanga, 117.
 Pedro I de Aragón, 83, 119, 222 y 224.
 Pedro Bermúdez, 168, 207 y 209.
 Peña Cadiella, 62, 70, 224 y 225.
 Peña del Cid, 64 y 65.

Persia, 170.
 Piedra, río, 147.
 Pinar de Tévar, 31.
 Poyo del Cid, 9, 15 y 16.
 Poyo de Monreal, 9.
 Puente de Serranos, 85.
 Puentes Pino, 41.
 Puerta de la Culebra, 94, 99 y 169.
 Puig, El, 144.

al-Qādir, Yahyā, 10 a 12, 30, 35, 40, 43, 45, 48, 51 a 54,
 56, 61, 62, 76, 77, 84 a 86, 89, 100, 139, 140, 146, 151,
 153, 154, 156 y 161.
 Qāfiz, 93.

Rachel, judío, 125.
 Ramiro, infante de Navarra, 196.
 Ramiro, rey de Aragón, 69.
 Ramón Berenguer II, 9, 13, 38 y 221.
 Requena, 12 y 206.
 Rioja, 47.
 Romancero, 201.
 Ronda, 149.
 Roterros, barrio de Valencia, 72.

Sagunto, 12, 22, 27, 225 y 226.
 Sahara, 175.
 Salvá Cañete, 170.
 San Esteban de Gormaz, 11, 12 y 15.
 San Juan de la Peña, 176 y 198.
 Sancho I, de León, 219.
 Sancho el Fuerte de Navarra, 174.
 Sancho Ramírez, 37, 45, 57 y 66.
 Sancho II de Castilla, 183 y 198.
 Santa Gadea, 198 y 219.
 Santarem,
 Santiago, 169.
 al-Sanyāti, 117 y 119.
 Sayyid al-matrān, 39.
 Sayyid al-Dawla, 119.
 Segorbe, 38, 52, 151 y 162.

Sevilla, 7, 15 y 42.
 Sierra de Córdoba, 150.
 Siete Aguas, 169 y 170.
 al-Šifā^c, 161 a 163.
 Sir, 91 y 123.
 Sir b. Abī Bakr, 42.
 Sulaymān b. Mundir, 33.
 Sultān de Persia, 167 y 212.

Tajo, 147.
 Tamīm, rey de Málaga, 70.
 Tamīm b. Yūsuf, 24 y 45.
 Ta^cyid al-Dawla, 118.
 Taylasān, 85.
 Tévar, 15, 32, 38, 39, 70 y 79.
 Tizona, 163, 166 y 167.
 Tobarra, 21.
 Toledo, 7, 12, 19, 20, 28, 29, 43, 118, 220 y 221.
 Torres-Torres, 17.
 Tortosa, 11, 17, 33, 35, 38, 45, 46 y 119.
 Túnez, 116.

cUbayd Allāh b. Qāsim, 141.
 Ubeda, 11, 41, 43 y 46.
 cUmar, 45.
 cUmar, Abū Ḥafṣ, 149.
 cUṣmān hijo de Abū Bakr, 8 y 53.

Valencia, passim.
 Valladolid, 208.
 Villanueva, 61, 67, 85, 110, 156 y 182.
 Villena, 19, 28, 29 y 221.
 Vilhel, 65.
 Viso, 150.

Walid b. Jaizurān, 141.
 al-Waqaṣī, 86 a 88, 93, 100, 145, 168 y 170.

Ymm, 132.
 Yahya b. Sir, 43.

Yahya b. cUmar, 175.
 Ya^cqūb al-Manṣūr, 151.
 Yernos del Cid, 170.
 Yunes, 122.
 Yūsuf b. Tašfīn, 16, 17, 19, 21 a 25, 29, 30, 36, 41 a 43,
 45, 51, 56, 59 a 63, 69 a 71, 75 a 77, 90, 97, 115, 117,
 121, 122, 139, 140, 146, 157 y 227.
 Yūsuf I, 150.

Zacarca, 33.
 Za^cabula' o Zagabuqa, 150.
 al-Zahra, 141.
 Zallaqa, 16, 20, 21, 29, 42, 60, 70 y 177.
 Zamora, 183.
 Zaragoza, 7, 8, 12, 13, 17, 30, 32, 33, 44, 49, 58, 71, 77,
 179, 218 y 220.
 Zubayda, 51, 157, 159, 161 a 163.

INDICE DE MATERIAS

LAS EMPRESAS DEL CID EN LEVANTE.

1. *El Cid en Zaragoza y Levante* (7). Inactividad del Cid (7). Al-Musta'in va a Valencia (8). El levantamiento del asedio (10). La intervención del Cid (11). Reconciliación del Cid y Alfonso VI (12). Liria y el Puig (14). Problemas de cronología (15). El asedio Aledo (19). Rectificaciones cronológicas (21). Las negociaciones con el rey de Sevilla (23). La fecha del asedio de Aledo (24). Enemistad entre Alfonso VI y el Cid (26).
2. *El Cid, en desgracia; y la actuación de Yūsuf b. Tašfin en al-Andalus* (30).
3. *La campaña del Cid al Sur de Valencia y la victoria de Tévar* (32). Estancia en Elche (32). La victoria de Tévar (33). Datos para la cronología (36).
4. *El Cid, señor de Levante* (38). El resultado de la batalla de Tévar (38). La supuesta expedición a Granada (39). Los sucesos del año 1092 (44). Intervención de Alfonso VI de Castilla (46). El Cid se retira a Zaragoza (47). El Cid por tierras riojanas (49).
5. *La rebelión de Valencia contra el Cid* (51). Conjuración pro-almorávid (51). El asesinato de al-Qādir (52). La proclamación de Ibn Yāḥḥāf (53). La vuelta del Cid (57). El pago de parias (58).
6. *El primer asedio cidiano en Valencia* (62). La presencia del Cid (62). Fantasías de la *Historia Roderici* (63). Expediciones cidianas (65). Los valencianos piden ayuda a Yūsuf (66). El Cid ocupa Villanueva y se prepara para la lucha (67). La fracasada ayuda almorávid en Almusafes (68). El Cid prepara la batalla (71). La cronología del primer asedio y de la batalla (73). Valoración de los almorávides por el Cid (75). Las negociaciones del Cid con Ibn Yāḥḥāf (77). Algunas conquistas cidianas (79).

7. *El segundo asedio* (82). El Cid pregona su futura empresa (82). El cerco definitivo (83). Carestía y descontento (84). Ibn Yāḥḥāf, señor absoluto (85). El alfaquí al-Waqāṣī y su elegía (86). La ruptura de los pactos (91). Hambre dentro de la ciudad (92). Un ataque a la Puerta de la Culebra (94). Continúa el asedio (95). Medidas contra los cercados (97). La escasez (97). Las negociaciones para la capitulación (100). El final (101).

II. EL CID, SEÑOR DE VALENCIA.

1. *La rendición* (105).
2. *La diplomacia del Cid con los vencidos* (105). Medidas prudentes (107). El Cid cambia de parecer (109). Instalación en el alcázar valenciano (110). La familia del Cid va a Valencia (112). La tardía reacción almorávid (114).
3. *La batalla de Cuart de Poblet* (116). Las fuentes musulmanas: primera versión (116). Segunda versión musulmana (119). Las fuentes cristianas (120). La versión del *Cantar de mio Cid* (123). El obispo don Jerónimo (128). La versión de la *Primera Crónica General* (131). La versión de la *Crónica Particular* (133). Otra versión de la *Primera Crónica General* (135). La versión de la *Historia Roderici* (136).
4. *El proceso y condena del cadí Ibn Yāḥḥāf* (138). Las acusaciones cristianas (138). Los Banū Yāḥḥāf en el gobierno de Valencia (140). La figura de Ibn Yāḥḥāf ante la crítica (143). La actuación de Ibn Galbun (147). La incomprensión del Cid (150). El testimonio de las fuentes árabes (158). Una leyenda (161).
5. *La muerte del Cid y la pérdida de Valencia según las fuentes cristianas* (164). La muerte (164). Doña Jimena continúa en Valencia (164). Nueva leyenda (165). Los consejos cidianos (167). El último viaje sobre Babiaca (168). Los musulmanes ocupan Valencia (169). El camino hacia Cardena (170). Las honras fúnebres (170). La leyenda sobre Babiaca (171). La última legendaria acción (172). El final (173). El valor del Cid (174).

III. EPILOGO CIDIANO.

1. *El enigma de Diego, el hijo del Cid* (179). La primera noticia cronística (179). Consideraciones sobre Diego (181). El punto de partida (182). Diego, hijo de distinto matrimonio (190). El primer matrimonio del Cid (194).

2. *Las bodas de las hijas del Cid* (200). La historia y la leyenda de los últimos años de la vida del Cid Campeador (200). Los resultados de la batalla de Cuart (202). Las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión (202). La cobardía de los infantes (204). La afrenta de Corpes (205). La reparación de agravios (207). Las cortes (208). La posible cronología (210).

3. *El Soldán de Persia* (212). Otra leyenda (212). Las bodas con los infantes de Navarra y Aragón (213).

4. *Las fantasías de los cronistas* (217). Los errores del cronista Ibn al-Qardabūs (217). Valoración de la *Historia Roderici* (219). La ayuda aragonesa (222). La falsa conquista de Sagunto (225).

INDICES 229

Este volumen II de la
Historia Musulmana de Valencia y su región
se terminó de imprimir el día
18 de marzo de 1970,
víspera de la festividad de San José.

Laus Deo